

A black and white photograph of an hourglass. The top bulb is partially filled with dark sand, and a stream of sand is falling from the narrow neck into the bottom bulb. The background is dark, making the glass and sand stand out. The text is overlaid on the image.

*Seis
Meses*

Paloma Carnero

Seis Meses

Paloma Carnero

Copyright © 2020 Paloma Carnero
1º Edición: Enero 2020
Corrección Texto: Elisa Martín Luna
Diseño portada: Paloma Carnero
Imagen de portada: Google Images, N°:
Todos los derechos reservados.
E-mail: paloma.angela@gmail.com
ISBN:

Algunos personajes y lugares citados en esta novela existieron realmente en Santo Domingo, durante los años 1783/1784. Muchos de esos emplazamientos siguen existiendo a día de hoy y se pueden visitar. Se han incluido algunos hechos históricos, para una mejor ambientación, pero esta es una historia completamente ficticia. Respecto a las personas reales citadas en la novela, sólo se han tomado prestados sus nombres y profesión; todo lo demás acontecido en la historia sale de la imaginación de la escritora. Todo parecido con la realidad es pura coincidencia.

Isla Santo Domingo 31 de octubre de 1783

La pequeña de tan sólo doce años, miraba horrorizada lo que estaba haciendo su ama. La había obligado a ir allí, para que le ayudara a llevar todo lo necesario, y levantar el improvisado altar. A sus pies, había arena mezclada con tierra y arbustos, y aunque estaba la playa a sólo unos pasos, a ambas las rodeaban árboles y vegetación. Anochecía y la luna ya se podía ver en su plenitud. Había velas esparcidas aparentemente en estudiada posición, y otras muchas más cosas que no llegaba a comprender por qué estaban allí. Empezó a temblar cuando vio cómo su señora degollaba una gallina. La sangre brotó del cuello del animal manchándole el bonito vestido, y a ella no parecía importarle, si no que sonreía y susurraba palabras como en una letanía, parecían rezos mezclados con cánticos. Miró con estupor la cabeza del animal que cayó unos metros más allá y se asustó aún más, cuando vio cómo se embadurnaba con el líquido caliente toda la cara, los brazos, y se arrodillaba para seguir con las plegarias.

En esa posición se quedó durante largo rato, y la niña se preguntaba por qué su dueña voluntariamente se ensuciaba de sangre, ella que era tan escrupulosa, siempre iba impoluta y no se dejaba tocar por nadie para no ensuciarse;

Largo rato después, ya perdiendo interés en lo que tenía delante, bajó la mirada y empezó a jugar con la arena.

De repente su ama Ángela dio un grito. La niña alzó la vista inmediatamente y vio cómo se agarraba el antebrazo, y después le dio una patada a una de las cajas que tenía delante, de la cual salió una serpiente.

Como estaba oscuro, no alcanzó a ver cómo era la serpiente que huía, pero si vio cómo su señora se tambaleaba hasta caer al suelo. Se acercó corriendo y le tomó la mano, respiraba con dificultad.

Ángela le dio un empujón para alejarla de malos modos y de forma entrecortada le ordenó:

–Vete, ayuda... ¡pero no a mi marido!

Ya le había advertido que nadie debía saber dónde estaban, ni qué estaban haciendo, y realmente entró en pánico cuando su dueña perdió el conocimiento. Salió corriendo pensando dónde podía buscar ayuda. Casi de manera mecánica sus pies la llevaron hasta la cabaña de “mama” Yeji^[1].

La vieja Yeji sonrió pensando todos los años que le había costado estar en su propia cabaña rodeada de sus hierbas, ungüentos, velas, y acercó un cuenco con fruta y pan al altar, para rezarle a sus Orishas^[2]. La santería era su religión, la del pueblo yorùbá. Sólo unos pocos sabían que era una Iyalocha^[3], y acudían a ella para que utilizara sus caracolas como medio de consultas adivinatorias, pero era conocida por todos al tener dotes como curandera.

—¡Yeji! ¡Yeji! ¡“mama” Yeji!

La niña entró en la cabaña con la respiración agitada, y la cara bañada en sudor y lágrimas. Apenas podía articular palabra, porque estaba sin aliento.

—¡María! ¿Qué ocurre? Espera, siéntate, respira.

La chiquilla echó un paso atrás, negando con la cabeza, y tomó del brazo a Yeji y tiró de ella para que la siguiera.

—¡María no, espera, cuéntame!

—¡La señora! ¡La señora Ángela...! ¡Una serpiente le mordió!

El semblante de Yeji se ensombreció. Rápidamente tomó una pequeña bolsa de cuero y metió sus remedios, mientras le preguntaba si había visto a la serpiente y cómo era. María no le supo decir, sólo que vio al reptil salir de la caja cuando Ángela le dio la patada. Salieron corriendo de la cabaña.

Pasados diez minutos, Yeji estaba cansada, sus viejos huesos ya no estaban para esos trotes.

—María, ¿Dónde está la señora?

—¡Sígueme!

—María, espera...

Tuvo que parar para respirar, y al cabo de unos segundos continuó:

—¿Cuánto has tardado desde donde está la señora en llegar a mi casa?

La niña no supo responderle, pero cerca de una hora le tomó llegar hasta la cabaña corriendo, y por las explicaciones que le dio de dónde estaba, Yeji, sabía que le iba a tomar mucho más tiempo llegar al lugar. Frunció el ceño, aunque si por ella fuera dejaría morir a “esa” déspota, mimada y ruin señora, no podía pasarle nada, tendría que hacer todo lo posible por curarla.

Cuando llegaron al lugar, primero se asombró al ver toda la escena, luego entró en cólera. Ángela había intentado hacer magia negra, sin mucho éxito, claro está, nada estaba donde debía estar para hacerlo bien. Yeji apretó el puño al ver un mechón de pelo castaño, que intuyó era del esposo de Ángela. Intentó hacerle algún mal. Desde luego se merecía lo malo que le pasara, pero muy a su pesar fue a atenderla.

Su rostro había perdido el color, al ver que estaba toda manchada de sangre, la recorrió con la mirada y temió que las alimañas hubieran hecho de las suyas, pero vio a unos metros de ella la gallina sin cabeza. La palpó por todos lados y levantó uno de los párpados. Acercó una vela, pero la pupila no reaccionaba, y acercó el oído a su boca para ver si respiraba: nada.

Sacó de su bolsa un pequeño espejo y se lo acercó a la nariz, pero tampoco se produjo vaho. Aunque localizó la mordedura, mucho temía que ya no iba a poder hacer nada por ella, había pasado demasiado tiempo. Su respiración empezó a agitarse al ver que la arrogante señora ya no tenía vida.

Una última cosa quiso comprobar: cogió la misma cuerda que hacía que se cerrase su bolsa y le hizo un nudo al dedo índice de la mano derecha, de esa manera, comprobaría si se amorataba,

que aún había corriente sanguínea. Pero el dedo no cambió de color.

Aspiró profundamente y dejó que la rabia la embargara, se levantó y a patadas lanzó a un lado y a otro los enseres del amago de altar que había improvisado Ángela.

María empezó a llorar desconsoladamente, de forma entrecortada, decía que la señora la había obligado a ir allí.

Yeji cuando terminó de desbaratar todo aquello, tomó la cara de la niña con ambas manos:

–María, vas a tener que ayudarme a enterrarla, alejémosla de aquí, la llevaremos más cerca del bosque. Escúchame y deja de llorar, ¡Nunca has estado aquí! ¿Entiendes? ¡Si te preguntan, tú no sabes nada!

Yeji arrancó de uno de los dedos al cadáver un anillo, el que tenía un zafiro. Esa sortija, con la gema azul oscuro, que los antiguos consideraban especialmente mágico, una vez bendecido y habiendo sido posesión de ella, le iba a servir para sus propósitos.

Utilizó un tronco grande y hueco, para hacer el hoyo que iba a servir de sepultura. María le ayudaba como podía, pero una anciana y una niña soterrando, les iba a costar más tiempo de lo esperado, con más riesgo de que las descubrieran.

La mujer pensó en cómo demonios había terminado en medio del bosque, cavando una tumba, y nada menos que para la señora Ángela...

Yeji sólo tenía trece años, cuando un grupo de ingleses irrumpieron en su poblado de Nigeria, y la metieron en un barco esclavista rumbo a las colonias. En el largo trayecto, sufrió todo tipo de vejaciones, la violaron, corría el año 1719. Cuando el barco llegó a tierra, la vendieron a los franceses terminando en Saint Domingue^[4].

Como esclava, recolectaba cañas de azúcar y ayudaba a criar los niños de los demás esclavos. Aprendió a usar las plantas para sanar, y poco a poco fue conocida como curandera, a la vez que iba ascendiendo en la jerarquía de su religión, de forma oculta.

Se enamoró del joven Cuyembe, y ambos arriesgaron sus vidas por huir a la parte española de la isla. Desde que se quedó embarazada de su amado, empezó a tener visiones de su hija, y no quería que fuera también esclava. En Santo Domingo tendrían una nueva vida. Cuyembe no lo consiguió, se dejó apresar por los franceses, para que Yeji pudiera cruzar al otro lado y lo mataron cruelmente.

Pasó algunos meses ocultándose en una hacienda, en la zona donde dormían los jornaleros. Ayudaba a las familias con su hacer como curandera. Seguía teniendo visiones de su hija: siendo pequeña, adolescente, otras veces adulta. Y parió a su pequeña Dada^[5].

Llegó a oídos del hacendado de esas tierras que ellas estaban allí, y una tarde le arrebataron a Dada de sus brazos. A ella la llevaron a otro lugar y la encerraron.

Pasó casi dos días confinada en un cuartucho con rejas. Tenía los ojos hinchados de tanto llorar y unos surcos manchaban su ropa por la parte del pecho, por la leche de sus senos. Trató de concentrarse para tener esas visiones que había tenido anteriormente de Dada, para saber de ella y ver si podía obtener algo de consuelo. Lo consiguió y la volvió a ver en esas visiones siendo bebé, con tres años, con doce años, con dieciséis, y supo que iba a estar bien, y que la volvería a ver, aunque muchos años debían pasar para ello.

Al anochecer del segundo día, un hombre irrumpió en el cuarto donde estaba encerrada y se arrodilló frente a ella. Estaba hecha un ovillo en el suelo y él le tomó la mano y le dijo:

–Soy Francisco de Orellana, ¡llevo días buscando un ama de cría, vas a venir conmigo!

–Pero mi bebé...

–Lo siento, el dueño de estas tierras ha vendido ya a tu bebé..., estás viva gracias a que podías ser útil como nodriza, y tienes suerte que necesito una inmediatamente...

Al ponerle el bebé en sus brazos, sin duda hambriento, y comenzando a succionar de su pecho, entendió que sería su cometido. Aún estaba aturdida tratando de asimilar lo de Dada, y no había comprendido muy bien qué le había dicho el hombre que la sacó de ese cuartucho. Cuando el bebé la miró con esos ojos color avellana y le agarró el dedo con su manita, supo que cuidaría, criaría y amaría al pequeño Jaime.

La esposa del señor Francisco había tenido un parto difícil, y casi muere dando a luz. Postrada en cama, le sobrevinieron unas fiebres, algunos meses después del parto, que hicieron que dejara de darle el pecho. Desesperado, Don Francisco, no iba a permitir que su primogénito y heredero muriera.

Yeji se acomodó a su nueva vida, además de criar a Jaime, y al cabo de un tiempo, empezó a hacer las funciones de ama de llaves de la hacienda, ya que la esposa de Don Francisco no podía encargarse por su delicada salud.

Tres años pasaron y el pequeño Jaime era un niño saludable y fuerte, Yeji siempre procuraba que nada malo le ocurriera.

El 18 de Octubre de 1761 hubo un gran terremoto en toda la isla: Azua, situada al sur, quedó destruida. Sufrieron daños las ciudades de Neyba, San Juan de la Maguana, La Vega, Santiago y Coutí.

La madre de Jaime que seguía en cama, no pudo escapar y no sobrevivió. Don Francisco, como tantos hacendados, tuvo que empezar de cero. No iba a volver a España con las manos vacías, si había conseguido una vez tener una hacienda próspera, lo haría de nuevo.

A duras penas lo consiguió, y casi veinte años después, ya pertenecía a la élite de familias de la isla y era miembro del cabildo, pero estaba endeudado, y necesitado de liquidez.

Ya era hora que su hijo, un codiciado soltero, se casara. Aunque la mayoría de los jóvenes de su edad estaban casados con provechosas uniones con otras familias de la isla, optó por arreglar el matrimonio con la hija de un español con el que mantenía una vieja amistad, Don Juan Núñez de la Vega, el cual vivía en la península, y le iba a proporcionar una gran dote.

Don Juan estaba harto de que su insolente hija Ángela permaneciera soltera, y estaba dispuesto a mandarla al otro lado del mundo, aunque eso le costara una pequeña fortuna. Además, necesitaba una dosis de realidad y humildad, ya que era una joven mimada y caprichosa. Rezaba para que al concertar ese matrimonio y vivir allí, su hija cambiara. Ya había rechazado varios matrimonios, pero este lo tendría que aceptar. Don Juan y Don Francisco, acordaron en el contrato matrimonial, una serie de cláusulas nada usuales para la época.

En el plazo de los primeros tres años, Ángela debía convivir con Jaime en la casa familiar como matrimonio, aunque sólo fuera ante la sociedad. El dinero de la dote, lo recibirían durante esos años, en varios plazos. Así, se aseguraba Don Juan, que Ángela no se embarcase y volviera a España, al menos en ese plazo de tiempo. Naturalmente, ya que la mandaba a las colonias, y no queriendo que le ocurriera nada, en las cláusulas venía estipulado que nada debía ocurrirle, de lo contrario, Don Francisco debía devolver el dinero de la dote recibido con sus correspondientes intereses. Pasados los tres años, ella podría volver a España si así lo deseaba, pero Don Juan esperaba, que hiciera vida matrimonial y le diera nietos.

Don Francisco, al llegar su nuera, firmó los papeles para concederle a Yeji la libertad. Le permitieron dejar la casa grande y vivir en su propia casa. Ya estaba mayor para aguantar los desaires de la nueva señora, y le partía el alma ver al señorito Jaime estar encadenado a esa mujer. Aunque ya no fuera esclava, seguía supervisando los quehaceres de la casa grande.

...Ahora, a sólo seis meses de recibir el último plazo de la dote, estaba enterrando a Ángela.

Ya era noche avanzada cuando Yeji y María terminaron la tediosa tarea. Ambas estaban

agotadas. Volvieron a la cabaña. La niña a los pocos minutos de llegar se quedó dormida. Yeji no podía perder más tiempo, encendió sus velas, rezó frente al altar, y puso su incienso especial. Se rodeó de los cuatro elementos, formando una cruz, y en medio puso el anillo con el zafiro que había pertenecido a Ángela. No podía permitir aquello, demasiada gente ya había muerto a su alrededor. El último fue el señor Francisco, que dos años antes había fallecido de un ataque al corazón y a partir de entonces, su hijo Jaime, tomó las riendas de la hacienda. Hizo reflotar la propiedad, contrató a más gente, y empezó a obtener beneficios. Si se enteraban de que Ángela había muerto, todo se iría al traste. Muchas personas dependían de esa hacienda. El destino de todos los que trabajaban allí estaba en peligro, por lo que Yeji tomó el brebaje, para entrar en estado alterado de conciencia y contactar...

I

*Costa del Sol, sur de España,
31 de octubre de 2020*

Estaba apoyada en el mostrador de la recepción del hotel en el que trabajaba. El chico de recepción le entregó las fotocopias que le había pedido y con sorna le dijo:

–Me he enterado que te vas de vacaciones ¿eh? ¡Quién pudiera!

–Bueno, todos tenéis vacaciones, ya era hora que me tocara a mí– contestó ella.

Había sido un largo verano, y el último día antes de irse de vacaciones iba a estar bastante ocupada ultimando cosas.

Ya le había entregado al director la programación de actividades deportivas, y los juegos y espectáculos de las noches, de cara a la nueva temporada, para que la enviara a las agencias de viajes.

Empezó a trabajar en animación turística con dieciocho años, y llevaba ya unos años en este hotel. Dentro del departamento, había hecho de todo: monitora infantil, monitora de deportes, D.J., presentadora, montaje y puesta en escena de espectáculos...

A día de hoy, era jefa de animación. Durante el verano, había dirigido un equipo de seis animadores, pero ahora que se acercaba el invierno, sólo terminarían tres personas componiendo el equipo.

Todo el año, se hospedaban en el hotel: ingleses, franceses, italianos, holandeses...

Se dirigió a uno de los salones cerca del bar. La guía turística de los franceses, estaba reunida con un grupo de unas cincuenta personas. En esa reunión del grupo recién llegado la noche anterior, la guía, les ofrecía excursiones a sitios como la Alhambra de Granada, Córdoba o Sevilla.

Ángela, antes de acercarse a los reunidos, se asomó a uno de los ventanales que daban a la zona de la piscina, para comprobar si el animador estaba ya realizando la actividad de tiro con pistola. Se puso las gafas de sol. Vio un pequeño grupo de ingleses e italianos en la zona de tiro, que ovacionaron a uno de ellos, después de sonar el golpe seco del balón, sin duda porque habría acertado al centro de la diana.

Mientras se colocaba las gafas como diadema, se sumó al grupo de franceses y esperó pacientemente que la guía terminara de hablar.

Ya habiendo terminado la mujer su discurso, ella se dirigió a los clientes, y con una gran sonrisa, les dijo en francés:

–Hola, buenos días, me llamo Ángela y soy animadora de este hotel. Les voy a informar de las actividades de las que podríais disfrutar dentro de las instalaciones...

Ella siguió hablando, y entre tanta gente no se percató de un detalle. Una señora mayor, con pelo gris muy rizado, apretó fuertemente la mano de su nieta, que estaba a su lado.

–¡Amelie! ¡Es ella! ¡No me lo puedo creer, es ella, la hemos encontrado!

–¡Abuela! ¿Quién? ¿De qué hablas?

–Cariño, hazme un favor, ¿Si?, ve a la habitación, y en mi neceser hay una bolsita de cuero con un anillo dentro, el anillo del zafiro. Tráemelo.

Cuando Ángela terminó de hablar, se alejó del grupo para preparar la decoración, ropa y accesorios del espectáculo de esa noche. La mujer la siguió con la mirada hasta que la perdió de vista;

Ángela, mientras preparaba las cosas, pensaba que los últimos meses habían sido muy estresantes. Dormía poco, y comía poco. Medio sonrió al recordar que incluso una noche tuvo una pesadilla ¡Con zombis! Los horarios eran muy dispares y los fines de semana, bueno, de locura...

En siete meses no había podido acudir a reuniones familiares. Su vida social era casi nula.

Menos mal que al día siguiente, irían a casa de la abuela, para celebrar el cumpleaños de una de sus primas, e iba a pasar un día agradable con los suyos. De vez en cuando la familia, desde que murieron los abuelos, se prometieron que a cada poco, se reunieran los que pudieran para bien un almuerzo, o merienda, cualquier excusa era buena. Su madre tenía ocho hermanos y hermanas, junto a las parejas e hijos la mayoría de las veces coincidían un buen grupo.

No paraba de recibir mensajes, del grupo de “whatsapp” de la familia, comentando lo que iban a llevar cada uno de comida y bebidas.

Cuando ya lo preparó todo para la noche, se unió a sus compañeros para almorzar en el buffet del hotel. Les entregó copias de los horarios y programa a cada uno que debían cumplir en su ausencia. Esa noche iba a ser ajetreada, tenían preparado una noche completa para “Halloween” con concurso de disfraces para los niños y el “truco o trato”, después harían un espectáculo tipo cabaret con números acordes a la noche, así que después de almorzar, fueron al escenario para ensayar. Les tomó un par de horas repasar y verificar los cambios de ropa, pelucas y accesorios de los números que se componía ese espectáculo. Posteriormente siguieron decorando todo el salón con calaveras y tela de araña. Junto a la puerta de la sala, emularon la entrada de un cementerio añadiendo lápidas y tierra. Al finalizar siguieron con las actividades de juegos cerca de la piscina.

Al anochecer fue al restaurante, y los animadores ya disfrazados, promocionaban en la puerta. Se unió a ellos. Les daban a los niños caramelos y a los adultos vasitos de “sangre de vampiro” que era en realidad un combinado con granadina. Era un gran parador que tenía cabida para unas ochocientas personas. En todo el hotel, se podía oír esa noche por el hilo musical temas acordes a la noche de brujas.

Después del concurso de disfraces con los niños, el cual ganó una niña irlandesa de seis años vestida de esqueleto, repartieron a los clientes cartones para jugar al bingo. Cogió el micrófono y preguntó los idiomas a los que tendría que decir los números. Esa noche, los tuvo que decir en español, inglés, francés, italiano y holandes.

La señora de pelo gris rizado y su nieta, no le quitaban ojo, esperando el momento propicio para hablar con ella.

Seguidamente al bingo, fue la entrega de diplomas de los ganadores de actividades deportivas, que se habían realizado en el día. Después, empezó el espectáculo.

Una hora más tarde, terminando el espectáculo con el “thriller” de “Michael Jackson”, los aplausos resonaron en el salón atestado de gente. Ese número en particular, siempre era un éxito, por muchos años que pasaran desde que se estrenó el videoclip. Ángela, sudorosa, sonreía ampliamente. Presentó a los compañeros y saludaron, a su vez, la presentaron a ella, e hizo una genuflexión.

Era una de las cosas que más disfrutaba de su profesión, estar encima de las tablas bailando, cantando y con un micrófono en la mano. Desde pequeña había sido así, le encantaba disfrazarse. Ni siquiera la primera vez que estuvo en un escenario para actuar se puso nerviosa, bueno, un poco sí, pero no por la gente que la miraba, sino, porque lo que había ensayado le saliera bien. Era extrovertida y nada tímida. No es que le gustara especialmente ser el centro de atención, no, no era eso. Era la magia que se crea en un escenario lo que disfrutaba, sin importar que la miraran o no.

Levantaron de sus asientos gente para bailar, y al cabo de un rato, se metió en el camerino para recoger todo aquello. Estaba todo hecho un caos de pelucas y trajes por el suelo, al tener que haberse cambiado a toda velocidad entre número y número. Cuando ya lo tenía todo puesto en el colgador móvil los trajes y accesorios, se dirigió al almacén para colocar las cosas en su sitio, mientras los compañeros bailaban con los clientes.

La paró una chica morena, con piel tostada y rasgos dulces. Los ojos los tenía oscuros y largas pestañas rizadas. La nariz ligeramente respingada y los labios carnosos con una dentadura perfecta. Con una amplia sonrisa le dijo:

–Hola, me ha encantado el “show”, mi abuela y yo nos lo hemos pasado muy bien, me llamo Amelie, y mi abuela quiere hablar contigo...

–¡Me alegro que os haya gustado! De acuerdo, pero espera un poco que coloque todo esto, me desmaquillo y vuelvo en un ratito.

–Vale, estamos sentadas allí

Tiempo después, se acercó a ellas con una sonrisa.

–Muchacha, déjame que te coja...

Le tomó la mano a Ángela entre las suyas, primero de forma suave, luego la apretó de forma amistosa. Amelie empezó a hablarle y Ángela dirigió la mirada hacia la joven para escucharla, sin apenas darse cuenta que la mujer mantenía la mano entre las suyas, y le dio la vuelta para que la palma estuviera hacia arriba. Cuando miró al frente, vio que la señora observaba atentamente la palma de su mano. Era una mujer entrada en carnes, pero no demasiado. Tenía rasgos negroides, piel de ébano y el conjunto de su rostro, podía decirse que era una mujer afable. Ángela alzó una ceja. La mujer la miró a los ojos y amplió su sonrisa, engrosando sus mofletes, miró a su nieta y asintió con la cabeza. Luego le puso otra vez la mano hacia abajo, la apretó y la liberó.

–Me gustaría darte algo, y no acepto un ¡no! por respuesta

Tomó su bolso y le dio un saquito de cuero diminuto. Ángela mostró primero asombro y cuando sacó el anillo se quedó muda.

–Señora, yo....

–No, muchacha, acéptalo, por favor.

Pasó mucha vergüenza en el momento, lo más que hubiera esperado era propina, o algo así. Pero la señora con mucha determinación cerró su mano en torno a la suya, para que sujetara con firmeza el anillo y la acercó a su cuerpo.

–¡Ni siquiera sé qué decir!

–No digas nada, por favor, quédalo.

Al ver la mujer que vacilaba, le arrebató el anillo de los dedos y le cogió la mano para ponérselo. Ángela dejó que lo hiciera, más por sorpresa que otra cosa, y tuvo que aceptar. Siguió hablando con ellas un rato, pero tenía que ir a cambiar los carteles de información, que estaban puestos en varios puntos del hotel, y anunciaban el espectáculo de magia que habría la noche siguiente. Se despidió de ellas y fue a hacerlo, pero al levantarse del sillón sintió un pequeño mareo. Paró unos segundos y disimulando se alejó.

“¡“buah”, necesito un descanso más de lo que creía!”– Pensó.

Amelie miró a su abuela y ésta le sonrió al decir:

–¡Vaya! Parece que las energías se han alineado con el universo para que precisamente sea esta noche cuando ocurra... ¡la noche más mágica del año! ¡Vamos a la habitación, tengo algo muy importante que hacer, y necesito que tú también me ayudes!

A media noche ya se habían retirado muchas personas, y en el salón, sólo quedaban unas pocas mesas ocupadas. Los compañeros ya habían recogido toda la decoración. Se despidió por el

micrófono, anunciando la última canción de la noche mientras ya se oía “thinking out loud” del cantante “Ed Sheeran”.

Rechazó la propuesta de los compañeros para ir a tomar algo fuera del hotel, ellos ni siquiera se quitaron el maquillaje para seguir con la noche de Halloween. Se sintió muy cansada, y sólo quería darse una ducha y relajarse.

Vivía sola en un pequeño apartamento, no muy lejos del hotel. Tomó las llaves del coche y condujo hacia casa. En la radio sonaba el último éxito de ventas, que hasta la saciedad repetían. Paró en un semáforo y sonrió al ver a los del coche de al lado: el que conducía era “Freddy Krueger”, al lado estaba “Jason” y en el asiento de atrás una vampira, una bruja, y alguien más cuyo disfraz no llegó a identificar.

Al llegar a casa, después de una ducha, se puso a ojear las redes sociales, mientras tenía la televisión puesta. Ahora iba a tener tiempo de ponerse al día de las series de televisión y películas que llevaba atrasadas. Eso le encantaba, al igual que leer novelas.

A muy temprana edad aprendió a leer, y siendo pequeña en navidades, les pedía a los reyes magos que le regalaran libros de cuentos y peluches, nunca fue mucho de muñecas.

Le gustaba leer de misterio y romance. En el fondo era una romántica, aunque en su día a día era más práctica que otra cosa, y tenía los pies en la tierra. Pero le encantaba leer novelas históricas, de ciencia ficción...

Miraba la televisión, emitían una película de terror, pero realmente no estaba prestando atención. Hacía ya tiempo que no tenía pareja. Había tenido unas cuantas relaciones, pero por una cosa o por otra, no salían adelante. No era algo que le preocupara, estaba segura de que llegaría alguien especial.

Observó el anillo que tenía puesto y lo tocó. Tenía una gema azul oscuro que al acariciarla con la yema de los dedos hizo que se acordara de su primer amor sin saber por qué. Bueno, no sabía si fue amor o una espinita que se le quedó clavada porque no llegó a estar con él. Sólo hubo un par de besos, conversaciones escasas, alejamientos y acercamientos. Pero en definitiva, siendo adolescentes, las cosas se viven con mucha intensidad. Quizá fue por eso que no funcionó, porque eran tan solo dos críos. Ella durante mucho tiempo, y a pesar que salió con chicos posteriormente, siempre pensaba en lo que podría haber sido y no fue.

¿Por qué demonios se acordaba de él ahora? Eso lo tenía superado con creces.

Se sintió mareada de nuevo, y no se lo pensó dos veces para meterse en la cama a dormir. Puso el móvil en “modo avión”. En seguida se quedó dormida.

II

*Isla Santo Domingo,
1 de noviembre de 1783*

Cuando despertó, con los ojos cerrados, buscó a tientas el móvil para ver la hora que era, no lo encontraba. Abrió los ojos y los volvió a cerrar, pero un segundo después, se irguió como un resorte.

“¿Esto qué es?, ¿Dónde estoy?”, pensó terriblemente asustada.

Estaba en una gran habitación, la cama era inmensa, y todo decorado como si fuera la habitación de “Escarlata O’hara”. La respiración se le aceleró y se miró el pecho. Estaba completamente desnuda. No entendía nada. Se quedó unos segundos mirándose las manos y tomó una bata que estaba a los pies de la cama para ponérsela rápidamente. Apoyó los pies en las frías baldosas. El móvil no estaba por ningún lado, y no llevaba el reloj en su muñeca izquierda, pero sí el anillo. Se asomó a la ventana y se echó la mano a la boca para tapársela cuando vio lo que tenía delante: Un hermoso paisaje verde, a lo lejos un bosque, personas que iban y venían a lo que alcanzaba su vista vestidas como de otro tiempo.

“¿Eso son caballos?” pensó, y se restregó los ojos y la cara.

No, demasiado coste tendría que ser para escenificar aquello, o para ser una broma de un programa de televisión.

¿La habían drogado? No, era imposible. ¿Pero cómo había llegado allí?

Oyó unos golpecitos en la puerta y una muchacha mulata, con unas flores en la mano, entró con total confianza.

–Buenos días, señora. ¡Ah, ya ha despertado!

Ángela estaba inmóvil, con ojos desorbitados, observando lo que la muchacha hacía. La chica cogió un florero y metió las flores dentro. Lo puso en una mesita. Se acercó a las flores para aspirar su aroma y sonrió, pero acto seguido se dirigió a una puerta frente a la cama, para perderse dentro de esa habitación. Tardó apenas unos segundos en volver a aparecer, con ropa en sus brazos, y la colocó encima de la cama. La vestimenta de la muchacha, también era de otra época.

–Señora, ¿desayunará aquí, o en el comedor?, su marido bajará en breve.

Ángela se agarró a lo que tenía más cerca, porque la cabeza empezó a darle vueltas de lo que llegó a pensar en sólo unos segundos: ¿Señora? ¿Marido? ¿Viaje en el tiempo? ¿Teoría de cuerdas? ¿Realidad paralela? Le iba a explotar la cabeza. Alzó las palmas y dijo:

–Espera, espera, ¿Quién eres tú y qué hago aquí?

La muchacha, a unos metros de ella, se quedó quieta unos segundos mirándola, sin expresión.

–Señora, ¿Se ha dado un golpe en la cabeza?

Ángela frunció el ceño y adelantó unos pasos, para ponerse frente a la muchacha, y la tomó del brazo. La chica echó un paso atrás acobardada, pero Ángela la mantenía agarrada.

–¿Quién eres?

–Soy... soy Lupe, señora. Trabajo para usted desde hace ya dos años y medio, ¿Se encuentra bien? ¿Le doy un vaso de agua?

Ángela le soltó el brazo, la chica no estaba fingiendo, o al menos eso le parecía. Tomó el vaso de agua que le tendía Lupe.

–¿Se encuentra mejor?

Sin convicción, Ángela asintió con la cabeza.

—¿Le ayudo con la ropa, señora?

—Lupe, ¿dónde puedo...?

Lupe al ver que lo que quería era aliviarse, le señaló a un punto alejado de la habitación donde había un biombo. Ángela se apresuró a ir detrás del biombo y emitió un quejido al ver un asiento de madera con un agujero en medio.

Cuando terminó y se aseó usando la jofaina, se acercó a la ropa que había encima de la cama aún con la nariz arrugada. Dedujo que era para montar a caballo por la fusta y el sombrero, pero ese vestido, distaba mucho de lo que tenía en mente como traje de amazona, era muy anterior. Se giró para ver lo que había detrás de la puerta, donde Lupe había sacado ese traje, y se adentró en el vestidor. Emitió un grito de sorpresa al ver los vestidos, corsés, guantes, lazos, y lo que pensó fue: “siglo XVIII”

Lupe había permanecido de pie en el mismo sitio todo el tiempo y dijo:

—Señora, ¿Desea ponerse otra cosa?

Ángela salió del vestidor abrumada, y comprendiendo que iba a necesitar ayuda para vestirse, negó con la cabeza y señaló el vestido, como aprobándolo, y Lupe empezó a ayudarla a vestirse.

Una cosa era disfrazarse unas horas con un vestido imitando a los del siglo XVIII, y otra saber cómo se ponía ese armazón, corsé y peto, sola no podía.

—Lo que necesita señora, es desayunar, se encontrará mejor cuando lo haga.

Cuando terminó de vestirse, Lupe iba a ayudarla con el pelo, pero Ángela cuanto antes quería salir de allí y averiguar dónde estaba. Rápidamente, se cogió con un lazo una cola de caballo, y se dirigió a la puerta, ignorando la cara de asombro de la chica. Estaba aterrada, no sabía qué estaba pasando, pero para empezar a descubrirlo tenía que salir de esa habitación.

Al salir del dormitorio, no daba crédito a todo lo que veía. Había mucho movimiento de personas de acá para allá limpiando, y arreglando cosas. Delante de ella pasaron dos chicas vestidas de doncella a paso ligero cargadas de toallas y sábanas, que al llegar a su altura, hicieron una pequeña genuflexión a modo de saludo, pero mirando al suelo. Ángela las siguió con la mirada sorprendida y se adentraron en habitaciones. Al final del pasillo había unas enormes escaleras, que se estrechaban un poco en su mitad y volvían a ensanchar, hacia el piso de abajo. Era una casa enorme, con muchas habitaciones en el piso de arriba. Había un chico limpiando cristales y una chica poniendo jarrones con flores en un aparador. Bajó lentamente las escaleras viendo cómo en los últimos peldaños había una mujer de rodillas limpiando los escalones. En la parte inferior, una vez bajó y se encontró en mitad del gran recibidor, a su izquierda había como una biblioteca y atisbaba desde fuera un escritorio y a su derecha vio una sala abierta. Enfrente estaba la puerta principal. Volvió a mirar a la sala de su derecha y vio una mesa larga, aunque respiraba con cierta dificultad por el miedo, se quedó parada unos momentos donde estaba. Respiró hondo, y pensó que lo más sensato era seguir el “juego”, para ver qué pasaba y hasta dónde le iba a llevar todo aquella locura, por lo que se dirigió allí.

Había una persona presidiendo la mesa, pero estaba leyendo el periódico y no podía ver quién era. Se acercó lentamente, observando que en la mesa había todo un desayuno completo preparado: café, té, zumos, bollos, pan...

—Buenos días— dijo Ángela vacilante.

—Buenos... Días...— dijo él, al bajar el periódico.

Cuando Ángela vio a quién tenía delante se paralizó. Su mente por momentos se obnubiló.

“¿Es él? No, no puede ser; que el chico con quien tuve tantos desencuentros siendo adolescente, esté delante de mí, tan tranquilo leyendo el periódico, vestido del siglo XVIII, y que

sea mi marido (supuestamente)...No, no es posible, se parece muchísimo, pero...no. Tengo delante a un hombre hecho y derecho, además, sería imposible”

Cuando Jaime la vio, y mutuamente se miraron, el tiempo se paró. Ángela percibió el brillo en los ojos con que la miraba, se le hizo un nudo en la garganta y miles de mariposas parecieron alojarse en su estómago. Pero unos segundos después, él frunció el ceño, y continuó leyendo, esta vez, con el periódico apoyado en la mesa. Ángela por momentos, se desconcertó del cambio tan repentino de actitud, agachó ella también la mirada, y no pudiendo articular palabra, sin saber qué hacer, se sentó a su lado y decidió disimular también.

Jaime al oírla entrar a la estancia, suspiró con resignación, no la soportaba. Bajó el periódico, para responderle los buenos días, y cuando la vio lo primero que pensó fue: “¿Se ha hecho una cola de caballo?!”, pero cuando la miró, y ella se fue aproximando, de repente, el corazón le dio un vuelco. Empezó a sentir un cosquilleo en el estómago y eso lo hizo ponerse nervioso. Pensó: “¿qué está ocurriendo? ¿Por qué parece que el tiempo se ha detenido cuando la he visto?, ¿Por Dios, si se me ha acelerado el corazón como a un adolescente! ”. Fue entonces cuando desconcertado, frunció el ceño y trató de disimular su nerviosismo y hacer como que leía.

“¿Se está sirviendo café?, ¡pero si odia el café!, siempre ha dicho que el café es de criollos, y que la clase alta debe tomar té. Esta no es mi esposa...”

Ángela, al ver que la observaba, se puso más nerviosa si cabe, y cogió con ambas manos la taza, para disimular el ligero temblor. Agachó la mirada y vio a su derecha una pequeña bandeja de plata con cartas. Soltó la taza, y dirigió hacia ella unos centímetros la bandeja, para poder leer mejor a quién iba dirigida la carta de arriba: Don Jaime de Orellana y Rodríguez.

Para seguir disimulando su estupor, con la izquierda, se echó dos terrones de azúcar, leche, y empezó a beber el café.

Jaime, al observar disimuladamente lo que estaba haciendo con la mano izquierda, más se convencía de que algo raro estaba pasando, y que la persona que tenía delante, no parecía ser su mujer. “¿Pero quién es? ¡En nombre de Dios, como puede ser tan parecida! ¿Tenía una hermana gemela y ahora me estoy enterando? ¿Es una treta de mi esposa? ¿Es esto un juego? Pero...”

Tuvo que reconocer, después de hacerse mil preguntas, que por primera vez, después de casi tres años se sentía vivo. ¿Que esta mujer se estaba haciendo pasar por su esposa? Está bien, estaba más que dispuesto a jugar, quería descubrir hasta dónde estaba dispuesta a llegar, porque no podía ser que de un día para otro su odiada esposa cambiara tan de repente. Era imposible que la mujer que tenía delante fuera ella. Su esposa le producía rechazo, por su forma de ser, su carácter, su forma de tratar a los demás y a él mismo, y la que tenía delante era justo lo contrario lo que le producía. No, no podía ser...

—¿Puedo?— dijo Ángela tendiéndole la mano para que le pasara el periódico.

Jaime no salía de su asombro, se lo dio, y accidentalmente se rozaron los dedos. Una descarga eléctrica sintieron, y él sí que lo disimuló, pero ella no, y retirando rápidamente la mano y agitándola soltó un sonoro:

—¡“Au”!

Jaime sonrió al ver la reacción tan espontánea de ella y se echó hacia atrás para apoyar la espalda en la silla y mostrar una postura relajada. Ángela al ver su sonrisa le correspondió, y se quedó parada unos segundos mirándolo, como hipnotizada: su rostro simétrico y ovalado, tenía las cejas rectas y las pestañas oscuras, contrarrestaban con el tono más claro de sus ojos color avellana. La nariz era recta y de longitud media. Sus labios no eran ni gruesos ni delgados, pero eran carnosos y bien delineados.

Ella, al darse cuenta que estaba mirándolo con descaro, desvió la mirada rápidamente al

periódico para ver la fecha de publicación.

Un chico perfectamente uniformado entró en la estancia y le dijo a Jaime que su abogado ya le esperaba en el despacho. Arrojó la servilleta encima de la mesa fastidiado, porque conforme pasaban los segundos al lado de ella, más intrigado estaba, pero sus obligaciones lo requerían, y como iba a tener todo el tiempo del mundo para averiguar, se levantó.

Ángela no pudo esta vez apartar la vista, viendo cómo se levantaba, ni tampoco pudo evitar recorrerlo con la mirada quedándose con la boca abierta, y terminando con la cabeza elevada hasta llegar a su rostro.

“¡Dios mío, qué cuerpazo! debe de medir por lo menos un metro ochenta, ¡este hombre no es él! Este es una versión muy mejorada, nadie podría llevar esas calzas con dignidad y que le quedasen tan bien, y esos hombros... ¡oh, madre mía!”

Jaime, por unos segundos, se asombró de cómo ella lo observaba, y le divirtió. Ninguna dama que se precie tendría el atrevimiento de mirarlo así, y aquello lo excitó. Aunque había visto mil veces ese rostro, ahora le parecía completamente diferente. Ella no exhalaba la acostumbrada soberbia de su esposa, sino todo lo contrario. Así que como si fuera la primera vez que la veía, y así era, acarició con la mirada sus facciones y vio sus ojos almendrados color chocolate brillar. Tenía largas pestañas oscuras y unas cejas bien delineadas sobre esos bonitos ojos tan expresivos. La ceja izquierda la tenía levemente más levantada. La nariz recta y los labios que ahora estaban ligeramente abiertos eran gruesos y carnosos. Todo enmarcado en un rostro ovalado, de piel tostada, sutilmente más oscura que la de su esposa. El cabello era castaño oscuro, aunque con reflejos rojizos y un rizo rebelde le caía sobre la parte derecha del rostro. Tenía que tocarla, quería olerla...

Jaime se acercó lentamente y ella con nerviosismo se puso el rizo detrás de la oreja, a la vez que se sonrojó. Él se posicionó detrás de ella, y posó una mano en su cuello. Ángela contuvo la respiración dirigiendo la mirada hacia abajo y la piel se le erizó cuando él acertó la distancia a su oído y le susurró con voz grave y envolvente:

–Nos vemos después– Y se alejó.

Mil demonios le llevaran, que cuando tocó su piel suave, y un ligero aroma fresco y cítrico le llegó a las fosas nasales, su corazón bombeó más rápido, y sintió un cosquilleo. No era ese olor a jazmín, que tanto detestaba. Excitado, pensó que definitivamente, esa no era su esposa.

Ángela, cuando vio la fecha impresa, palideció. Verificó el lugar donde el periódico decía que estaban, y ojeó algunas noticias. Su respiración se volvió agitada. Tenía que salir de allí cuanto antes para tomar aire. Salió por la puerta principal y a paso ligero se alejó. Paró un momento y se dio media vuelta para mirar la casa, cosa que la aterró más cuando vio lo grande que era, pero volvió a caminar rápidamente para alejarse.

“¡Pero qué coño! ¿Santo Domingo? ¿Cómo he llegado hasta aquí? En un “Delorean” desde luego que no. Ni soy “Marty Macfly”, ni doy con el perfil de las mujeres que en las novelas viajan en el tiempo. Para empezar no soy virgen, y ellas siempre terminan arreglándose porque o saben de medicina, o son expertas en historia... ¿Qué rey gobernaba en España a finales del siglo XVIII? Porque esta isla era entonces española, ¿No? Felipe IV o Carlos III ¡Mierda! Por el calor que hace y la humedad, esto no es Escocia, que es a donde terminan viajando las de las novelas, y desde luego Jaime no vestía un kilt... ¡Oh! ¿Por qué estoy divagando, cuando acabo de estar sentada al lado de él?”

Pensaba todo eso cuando sus pasos cada vez más rápidos la llevaron cerca de un gran árbol y corrió a ocultarse detrás de él. Empezó a hiperventilar y tuvo que agacharse en lo que el vestido le permitía hasta llegar al suelo e intentó poco a poco calmarse, mientras se secaba una y otra vez las

lágrimas de la cara.

Jaime entró en su despacho y saludó a su colega y amigo José Arredondo [6].

–Buenos días, Jaime, la semana que viene hay reunión del cabildo y...

–Un segundo

Con el dedo índice alzado reiteró que esperara, y se acercó a uno de los ventanales. Descorrió un poco la cortina, para observar a Ángela, pues había oído la puerta principal cerrarse. La vio alejarse a paso ligero y los bucles de su cabello, caían en cascada a su espalda, moviéndose de un lado a otro, por el recogido que llevaba. Se deleitó en cómo contorneaba sus caderas, pero ella abruptamente se paró y se dio la vuelta.

Él instintivamente dio un paso atrás, para que no lo sorprendiera.

Ella puso los brazos en jarras, y se quedó mirando con la boca abierta la fachada de la hacienda. Pensó: “¡Dios! ¡Parece una de esas casas sureñas que aparecen en las películas americanas!”

Jaime se preguntó, que si se suponía que iba a hacerse pasar por su mujer: ¿No la habían aleccionado? Esa cara de asombro, no la estaba ocultando...

Y se sintió orgulloso, que la casa, por la que tanto habían luchado su padre y él, luciera así. Nunca antes su esposa, había dado muestras de aprobación, más bien, lo contrario.

Vio cómo ella se alejó, y se volvió hacia José para atenderlo.

José sujetaba unos papeles con la mano derecha, y con la izquierda se estiró por la solapa el chaqué. Era un hombre de pelo castaño oscuro y algo ondulado, más bajo que Jaime. Tenía los ojos oscuros, cejas pobladas y nariz carnosa. El conjunto proyectaba ser una persona afable, y realmente lo era, aunque algo perfeccionista.

José y Jaime se conocieron en la universidad [7], años atrás, y ahora eran buenos amigos. Le llevaba los asuntos legales y le ayudaba con la administración del patrimonio [8]. Gracias a él, en alguna que otra ocasión, había podido solventar algunos problemas.

José ya tenía tres vástagos con su esposa, y vivían en la casa familiar, ya que era habitual en la época, que generaciones de una misma familia vivieran bajo el mismo techo;

A Jaime al mirarlo, le vino a la mente, que gracias a la providencia, su suegro, en el acuerdo prematrimonial, les había concedido el espacio de esos tres años para no tener descendencia si no querían. Era algo completamente inusitado para la época. No es que Jaime no quisiera ser padre, ni siquiera se lo había planteado, pero con ella... sólo la tocó la noche de bodas y fue realmente decepcionante. Menos mal que tenía amigas, siempre dispuestas a calentarle la cama. Suponía que su esposa, aunque él era discreto, lo sabía, pero a ella no parecía importarle lo más mínimo.

Dejó de divagar cuando José empezó a hablar y requería de su atención, así que se acercó a él y le tomó los papeles que tenía en la mano.

Ángela, largo rato después, ya más calmada, se puso a andar y llegó a las caballerizas. Acariciaba el cuello de uno de los animales, mientras pensaba en él: “¿Es su antepasado? Puede ser, pero en realidad es un perfecto desconocido...”

–¿Le ensillo la yegua, señora?

–No, déjalo, sólo quiero estar aquí acariciándola

“Ni loca que estuviera voy a montar yo en esto, ¡Pero si no sé! ¡Me mato!”, pensó.

A apoyó unos segundos con los ojos cerrados la frente en la cara del animal mientras le acarició los carrillos. No se podía creer lo que le estaba ocurriendo. Tenía que serenarse y pensar qué hacer, y lo más sensato era tratar de disimular, hasta averiguar por qué estaba allí, cómo había llegado, y lo más importante, cómo volver.

Regresó a su mente el rostro de Jaime, y se tapó la cara emitiendo un gemido y susurrando:

–¡Ay, Dios!

Lupe entró en las caballerizas con pasos ligeros y al encontrar a Ángela, dijo:

–Señora, los invitados de la fiesta de esta noche están llegando....

–¡¿Fiesta?!

III

Ángela estaba terriblemente nerviosa, en sus aposentos. Se había pasado el día atendiendo a los invitados que llegaban y distribuyéndolos en las habitaciones. No conocía a nadie, y en la última hora, no paraban de llegar carruajes. Afortunadamente muchas de las cosas ya estaban organizadas, como el menú de la cena, por ejemplo. Pensó: “¿En serio?, ¿No había otro “díita” para una fiesta? ¡Recién me estoy haciendo el cuerpo de dónde estoy, y tengo que hacer el papel de esposa ante toda esta gente...!”

Llamaron a la puerta y Lupe entró:

–Señora, ya le ayudo con el vestido, abajo estamos todos ocupados...

Ángela, al ver que traía ropa de hombre en sus manos, y la depositaba en el baúl que había a los pies de la cama, le dijo:

–¿Qué haces?– señalando las ropas

–Señora, todas las habitaciones están ocupadas, y los aposentos del señor se han cedido al alcalde y su señora

–Lo siento, Lupe, estoy nerviosa. ¡Vamos!, ayúdame a vestirme

La muchacha se quedó parada unos segundos, en su vida la había oído disculparse, y menos con los sirvientes.

Ángela, casi entró en pánico, cuando entendió que debía esa noche, compartir cama con su “esposo”. Pero en ese momento debía preocuparse por otras cosas.

“¡Venga, Ángela, tu puedes! estás más que acostumbrada a tratar con grupos de personas que no conoces” pensó; pero le preocupaba hacer o decir algo impropio de aquella época.

Cuando Jaime la vio bajar las escaleras, la recorrió con la mirada. Se acercó a ella para tomarla de la mano enguantada, devolviéndole la sonrisa, y no pudo evitar bajar la vista a su escote, que poco dejaba a la imaginación.

–Estoy aquí...– Le susurró ella, haciendo un círculo imaginario alrededor de su cara, con la otra mano.

Jaime alzó las cejas, y soltó una risa espontánea, mostrando un hoyuelo en la mejilla izquierda.

Ángela casi se derritió y sonriendo le dijo:

–Deberías mostrar más ese hoyuelo, estás más guapo

–Ja, ja, ja, me da, que a partir de ahora, lo voy a enseñar más

Toda la seguridad y descaro que mostraba ella en sus palabras, quedaron diluidas cuando le agarró con fuerza la mano. Jaime al darse cuenta, la tomó a su vez con determinación y le colocó el brazo bajo el suyo.

–No te preocupes, estoy aquí

Se lo susurró al oído, y sintió su aliento cálido en la oreja, lo que hizo que el corazón le bombeara más rápido, pero extrañamente se sintió segura de su brazo, y fueron a atender a los invitados;

Ángela, cuando vio a toda esa gente, con sus mejores galas, pensó divertida: “¡Vaya, pero si esto es como una fiesta temática! ¡Oh!”

Pareció que le dieran una bofetada cuando a su nariz llegó el olor a sudor y a pies, camuflado con diferentes olores de esencias de flores. Se echó la mano a la nariz disimuladamente y ocultó una arcada. Para aquello no estaba preparada, eso no salía en las películas ni en las novelas.

Durante la cena, Jaime desde el otro lado de la mesa, aunque ella sonreía y hablaba a los

comensales, percibió que algo no iba bien, pero no sabía muy bien el qué. Apenas había probado bocado, y todo estaba exquisito. Al finalizar la cena, pasaron al salón de baile. Jaime le ofreció una copa diminuta, con algo de color oscuro.

–¿Qué es?

–Licor de cacao

Ella lo olisqueó y se lo bebió de un tirón.

–¡Eh! ¡Calma! ¿Estás bien?

Ángela asintió con la cabeza, mientras miraba el salón. Al fondo, unos muchachos tocaban unos violines y cientos de velas estaban encendidas.

Él no se convenció mucho de su respuesta, pero le dijo:

–Vamos a abrir el baile...

Entonces ella dejó de observarlo todo y lo miró directamente.

–¿Es necesario?

–Hay que hacerlo, además, has sido tu quien ha organizado esta fiesta, ¿No?

Ella hizo una mueca, lo cogió del brazo a él para que fueran a la pista y pensó: “¡Oh, por Dios, todo sería perfecto si no hubiera esta peste! ¿Esta gente no sabe lo que es lavarse? ¡Venga Ángela, vamos! sonrisa de “Jocker” en tres, dos, uno...”

Comenzaron a bailar un vals y otras parejas se unieron a la pista. Jaime estaba en realidad encantado de tenerla entre sus brazos, le picaba la curiosidad. Quería conocerla, saber por qué estaba suplantando a su esposa, por qué le atraía como un imán siendo una perfecta desconocida, pero ella no parecía estar a gusto ahora mismo, y no sabía si era por él, o porqué.

Ángela, lejos de distraerse con el baile, vio a lo lejos los grandes ventanales abiertos, las vueltas habían empeorado su malestar. Necesitaba desesperadamente acercarse a respirar, se estaba empezando a marear. Antes de abrir la boca para decirlo, él le soltó la cintura. Se detuvieron y sin decir palabra, casi al instante, tomaron direcciones opuestas. Él, a por una copa hacia el otro extremo del salón y hablar con los invitados, ella para acercarse al ventanal a respirar. El calor de la sala llena empeoraba el olor del ambiente.

Un rato después, José, impolutamente vestido, como era usual en él, se posicionó al lado de Jaime, ambos con copas en las manos. José miró hacia donde miraba su amigo, mientras se estiraba el chaleco. Desde que se casó había engordado y le quedaba un poco apretado; dijo:

–No le quitas ojo de encima, ¿Habéis discutido otra vez?

–No, no es eso

Continuaron hablando, pero seguían mirándola, y José se extrañó de ver a Ángela hablando animadamente con uno de los sirvientes que portaba una bandeja con copas.

Ella, de cara al exterior de la casa, empezó a sentirse mejor, y un chico mulato le ofreció una copa. Empezó a darle conversación, y el chico bajaba la mirada avergonzado. Ella pareció entender y miró en derredor. La fiesta estaba plagada de gente importante y ella hablando con el camarero como alguien más de la fiesta, entendió que no era lo correcto, así que intentó mezclarse con los invitados.

Cerca oyó a una pareja hablando en francés que trataba de hacerse entender con otra española. Ella se acercó y terminó haciendo las veces de intérprete. Un hombre joven, que estaba cerca, se unió a ellos, y en tono jovial, le dijo a ella:

–Señora, si continua, me va a quitar el trabajo...

Ella lo miró sorprendida, sin saber a qué se refería, él le ofreció una mano de dedos largos y manicura perfecta a modo de saludo. Ella le tendió la suya de lado, como a un igual, pero él se la tomó suavemente para ponerle la palma hacia abajo, y acercó sus labios.

–Juan Tomati [9]

Sonrió a Ángela de forma amistosa, y le mantuvo la mirada unos segundos más de la cuenta, antes de dirigirse a la pareja. Era alto y de complexión atlética. Su cabello era oscuro. Los ojos color café enmarcados por unas largas pestañas y cejas rectas. La nariz tenía un puente alto y ligeramente arqueado que terminaba en una curva suave en su punta. El labio inferior era sutilmente más carnoso que el superior. La mandíbula era marcada y varonil, y todo el conjunto era simétrico, por lo que resultaba un hombre muy atractivo.

Al oír al hombre hablar en francés a la pareja, comprendió ella que debía ser traductor o algo así.

Jaime, se fue mezclando con los invitados hasta llegar cerca de ellos, y viendo la escena se preguntó: “¿Habla francés?”

Sintió un agujonazo en la boca del estómago cuando vio cómo Juan Tomati, se acercaba demasiado a “su esposa”. ¿Estaba sintiendo celos? Apretó la mandíbula, quería cuanto antes, quitar la mano que cogía distraídamente el brazo de ella. Se dispuso a acercarse, pero un sirviente lo interceptó para decirle algo urgente al oído. Jaime frunció el ceño, y abandonó la sala, para salir al exterior de la casa.

Un rato después, Ángela, que estaba cerca del ventanal, oyó voces fuera. Disimuladamente se asomó, y oyó gritos en la entrada. Volvió la cabeza hacia el salón y nadie se percataba del bullicio que se estaba generando en el exterior. Creyó distinguir la voz de Jaime entre varios hombres. Miró hacia el suelo, y vio que al estar el ventanal abierto, bien podría arremangarse las faldas y cruzar el otro lado del murete que apenas llegaba al metro de alto. Volvió a mirar hacia dentro, y comprobando que nadie la miraba, lo hizo rápidamente y cruzó, para aterrizar en el porche.

–¡Lárgate de aquí Villodres, estás borracho!

–¡Te dije que no te casaras Orellana, es una ramera!

Jaime enfureció, y con el puño cerrado le dio un derechazo en el rostro. Lo hizo trastabillar, con los tres escalones que había a su espalda. Terminó cayendo boca arriba, y cogiéndose el rostro, rojo de ira le escupió:

–¡Te arrepentirás de esto!

Los pocos hombres que había alrededor, agarraron a ambos para que no se enfrascaran en una pelea. Villodres se zafó de los brazos, y tomando las riendas del caballo que había dejado amarrado cerca, se montó rápidamente y se alejó al trote.

El pequeño grupo empezó a disolverse y Jaime se dio cuenta de la presencia de ella que estaba quieta de pie a su derecha. Se sacudió la mano, y cerró y abrió el puño mientras se puso frente a ella. Algunos mechones aclarados por el sol le cayeron sobre la frente y la nariz. Sus ojos refulgían aún del momento de tensión.

–¡pero qué...?!

–¡Shh! Tranquila.– Le acarició la cara y continuó diciendo

–vamos adentro, a ver si termina pronto esta dichosa fiesta...

Ella optó por hacerle caso, sin hacer más preguntas. No era el momento más apropiado.

Varias horas después, estaba acostada con un camisón hasta los tobillos. Jaime aún no había subido a la habitación. Supuso que estaría con los invitados que aún no se habían retirado, y dando vueltas en la cama, no podía dormir. Encendió la vela de la palmatoria que tenía al lado de la cama. Le daba vueltas a todo lo ocurrido desde que llegó, y mil preguntas se agolpaban en su mente.

Se seguía preguntando cómo había llegado allí y como podría volver. Todo aquello era surrealista y también se preguntaba, el por qué no dormían juntos y no sabía muy bien si era

normal en aquella época, o es que era uno de esos matrimonios de conveniencia.

Hizo el gesto de mirarse la muñeca, para ver la hora, pero no tenía el reloj. Sigilosa, salió de la habitación para investigar.

Pensó que sería el momento propicio para salir corriendo, pero no era estúpida. Sabía lo suficiente de historia como para ver que sería una muy mala idea. Una mujer sola, sin dinero, correteando en la noche por ahí, podrían tomarla por lo que no era. Era más seguro quedarse donde estaba, y allí era donde encontraría las respuestas que buscaba. Ni siquiera sabría qué dirección tomar o adónde ir.

Oyó de forma lejana hombres hablar, y alguna que otra risa en el piso de abajo. La vela iluminaba poco, así que se acercó más hacia las escaleras. Vio desde un extremo, ocultándose por una columna, que en la biblioteca había iluminación y un ligero humo salía de la estancia.

“seguro que están fumando y bebiendo” – pensó.

Por lo demás, la casa estaba en silencio. Oyó en el exterior unos cascos acercarse al trote y de repente, la puerta principal se abrió de golpe.

Villodres irrumpió en la casa. Parecía un desequilibrado con su aspecto larguirucho, la tez muy pálida y los rizos negros de la cabeza se movían insistentemente, su nerviosismo era patente. Aspiraba una y otra vez por el exceso de rapé que habría esnifado. Tenía una barba incipiente, pero las patillas eran gruesas y pobladas. Sujetaba con la mano derecha una pistola.

Jaime, en segundos, estaba en medio del recibidor, con las palmas en alto, diciéndole que se tranquilizara. Varios hombres también le siguieron saliendo del despacho, pero se quedaron en la puerta. Por el rabillo del ojo, Jaime, vio la luz de la vela de Ángela, que estaba en el extremo superior de las escaleras. La miró, y con la mano derecha le dijo que no se moviera. Lo hizo sólo con el gesto, porque Villodres demandaba toda su atención.

Villodres, al darse cuenta de la presencia de Ángela, dirigió la pistola hacia ella. Jaime se giró súbitamente. Los ojos de ella, se abrieron de par en par.

Ocurrió en fracciones de segundos y sin embargo, a la vez, era como si se ralentizara el tiempo. Adivinando sus intenciones, Jaime corrió hacia el centro de las escaleras subiendo de tres en tres los escalones, para protegerla, mientras ella las bajaba rápidamente. Pero sin saber cómo, ella resbaló. Ángela perdió el equilibrio cayendo hacia abajo, Jaime intentó cogerla al vuelo. Villodres apretó el gatillo.

Ella pudo sentir el silbido del proyectil esférico cerca del oído, mientras que a Jaime le rozó en el hombro. Inmediatamente, Ángela cerró los ojos al sentir la sangre salpicar en su cara. Jaime sólo llegó a cogerle del camión, pero se rasgó, y quedándose con el trozo de tela en la mano, ella cayó rodando por las escaleras.

Ángela sintió un dolor intenso por varias partes del cuerpo y cuando llegó abajo, oyó crujir algún hueso. Por el impacto, quedó en el sitio. Intentó levantar la cabeza y sintió el rostro mojado. No pudo, perdió el conocimiento y lo último que vio con la cara pegada al suelo, fue las piernas de Villodres, a lo lejos en la puerta, darse la vuelta para salir corriendo.

IV

Cuando abrió los ojos, estaba tendida en una cama. Se echó la mano a la cabeza, la tenía vendada y se encogió de dolor. Le dolía todo el cuerpo. Parecía que le habían dado una paliza. El tobillo izquierdo también lo tenía vendado.

–Parece peor de lo que es, niña, has tenido mucha suerte.

Miró a la persona que le hablaba y sus ojos se abrieron ante la sorpresa.

–¡Tu! ¡Tú eres la que me dio el anillo en el hotel! ¿Tú me has traído aquí?

–Tranquila, yo no fui la que te dio el anillo, fue una de mis descendientes. Mi nombre es Yeji

–¿Cómo? No, es igual que tú, y...– Se volvió a encoger de dolor, –¡Explicame ahora mismo quien eres y qué hago aquí!

–Espera...

Vio como salía de la habitación para ver si había alguien en el pasillo, cerró la puerta con llave, y se acercó a ella.

–¿Dónde estoy?, esta no es la habitación de antes

–Es la recámara del señorito Jaime, era la más cercana que había cuando te han traído y me han llamado. Siento mucho no haberte visto antes, pero era necesario que supervisara todo en la cocina por la fiesta, eso era algo que ya estaba programado...

–¡Oh, por Dios, me duele todo! No creo que tengas un ibuprofeno por ahí, ¿No?

–No sé lo que es eso, pero toma esta tisana, te sentará bien. Soy curandera, puedes estar tranquila.

–Empieza a hablar, Yeji, ¡por favor!

–Tengo un don desde que nací, y es ver los males físicos, reparar y sanar; lo he perfeccionado con los años, la gente sabe que curo, pero lo que la gente no sabe, es que desde que tuve a mi hija Dada, puedo comunicarme con ella, y con su hija, y con la hija de su hija y así sucesivamente...

–¿Esperas que me crea eso?

–Estás aquí, ¿no?, te sigo explicando. Mis hijas, cada una, tienen un don diferente. Pero cuando quedamos embarazadas, podemos comunicarnos unas con otras y ayudarnos cuando tenemos problemas. Les pedí su colaboración para encontrarte y te trajimos aquí. Para poder traerte, tuvimos que unir nuestros dones, y con la ayuda del anillo, fue posible.

Ángela, empezó a sentirse aturdida, pero oía con atención toda la historia que comenzó a contarle.

Yeji arrimó una silla y se sentó a su lado. Le acariciaba la mano, mientras le relataba toda la historia de sus señores, el matrimonio acordado, el accidente de la esposa de Jaime, cómo la había traído a esa época y las razones. Largo rato después:

–Pero Yeji, espera, ¿Por qué yo soy igual que ella?, y tú te pareces mucho a tu tataranieta y Jaime...

–Verás, las almas, de una vida a otra tendemos a encontrarnos. Sobre todo, si tenemos asuntos pendientes. Nos reconocemos, aunque sin acordarnos de por qué. ¿No has tenido esa sensación de conocer a alguien y que te caiga bien al instante, o por el contrario la detestas? Eso es por lo que nuestras almas arrastran. Venimos a la tierra para aprender, para ser mejores personas. Algunas personas necesitan más de varias vidas para asimilar eso. No nos acordamos de una vida a otra conscientemente, pero el alma, sí. A veces, la naturaleza es caprichosa, y físicamente se repiten ciertas pautas. Por eso cuando nos reencarnamos, tendemos a estar en un cuerpo parecido, en algo

que conocemos. Y aunque no siempre es así, movimos cielo y tierra para encontrarte. Para encontrar a la que era igual que la señora Ángela, y no fue hasta el siglo XXI, que te encontramos, para que te hicieras pasar por ella.

–Pero me llamo igual, al menos el nombre

–Eso ha sido sólo casualidad

–Pero Jaime, él se parece mucho a....

–Como ya te he dicho, tendemos a encontrarnos, y vosotros habéis tenido desencuentros en todas y cada una de las vidas en las que habéis coincidido. Ahora, tienes la oportunidad de resolver esos asuntos pendientes que tienes con él, y podrás continuar con tu vida después, y avanzar.

–Vale, y me devuelves a casa, ¿No? Allí tengo una vida, y familia

–Ángela, te hemos traído hasta aquí, para que en el plazo de estos seis meses que quedan, te hagas pasar por ella, no sólo por él. Hay mucha gente que trabaja en los hatos, en los campos de cacao, en esta casa. Prométeme que pensarás seriamente quedarte estos meses, ¿Sabes la cantidad de gente que vive gracias a esta hacienda? Si le pasaba algo a ella, Jaime tendría que devolver toda la dote, con intereses, y eso conllevaría a vender las tierras, despedir a gente, vender los esclavos. El padre de Jaime me dio la oportunidad de una nueva vida aquí, y también a otras muchas personas. Fue un hombre bueno, nos trataba bien. Tenía que hacer algo, no podía ver cómo la vida de Jaime y todos los demás se arruinaban

–¿Seis meses?! , pero mi familia, mis amigos, ¿yo no puedo desaparecer...!

–No te preocupes por eso, cuando se cumpla el plazo, te devolveremos a tu casa, la misma noche que partiste. Diremos aquí que volviste a España a visitar a tus padres.

–¿Volveré la misma noche que me fui?

–Sí, pensamos que el tiempo es lineal y va hacia adelante, pero en realidad no es así. Tu gente no sabrá que te has ido, no les dará tiempo a echarte en falta.

–Anoche, presencié una discusión de Jaime y el tal Villodres. Tengo la incómoda sensación de que conozco a ese hombre, pero eso no es posible, ¿la esposa de Jaime conocía a Villodres?

–No, que yo sepa. Cuando Villodres supo que Jaime se casaba, no volvió a poner un pie en la hacienda, hasta anoche...

Yeji sonrió y le dijo:

–Tienes que descansar, mañana seguiremos hablando, y responderé a tus preguntas.

–¿Me has echado algo en la infusión, verdad?

–Sí. Afortunadamente no tienes nada grave, pero debes estar muy dolorida.

Ángela no quería ni pensar lo que le había puesto, probablemente era láudano, para dormir y mitigar los dolores. Yeji se disponía a abandonar la habitación, cuando ella le dijo:

–Espera, ¿Eso de allí es una bañera?

–Sí, es una tinaja para lavarse.

–¿Por qué él tiene una en su habitación y yo no?

–Enseñé a Jaime desde pequeño, al contrario de la gente de por aquí, que debía asearse a diario, sé que eso evita muchas enfermedades.

Con los ojos ya cerrados y durmiéndose, Ángela le contestó:

–Bendita seas por eso, y yo lavándome como los gatos en la otra habitación...

Yeji sonrió, y la dejó dormir.

Al día siguiente, Jaime entró en su habitación portando una pequeña bandeja con café. Yeji, ya le había curado la herida del hombro y tenía una pequeña venda puesta. Cuando entró vaciló si seguir adelante, ella estaba profundamente dormida. Tenía el camión retorcido alrededor del

cuerpo y subido a la altura de las caderas, y las sábanas eran una maraña entre sus piernas. Se debió mover mucho durante la noche, y mostraba más de su piel de lo apropiado. Con mucho cuidado y sin hacer ruido, dejó la bandeja en una mesita, y lentamente se acercó. Contuvo la respiración al ver su pierna desnuda y parte de la nalga derecha. La recorrió con la mirada, lentamente, deleitándose. Y le afectó más de lo que estaba dispuesto a admitir.

“¿Pero qué me pasa? No soy ningún muchachito imberbe, que con sólo mirarla...”

Se le secó la boca y se pasó la lengua por los labios, terminando por morderse el labio inferior. Y cerró los puños, al ver los moratones, y apretó la mandíbula.

Ella entonces se movió y se desperezó. Él enseguida miró hacia otro lado y empezó a moverse por la habitación.

–Buenos días, te he traído café

Lo dijo sin mirarla, mientras se quitaba la camisa, se aseó un poco con la jofaina y se puso una camisa limpia.

Ángela, al despertar y ver que estaba él allí, se peleó con las sábanas para taparse y al ver lo que tenía ante sí, balbuceó un:

–Buenos... días...

“¡Oh, por Dios! ya quisieran los tíos de los gimnasios conseguir ese cuerpo, ya me podría yo despertar todos los días con una escena así”

Los marcados pectorales tenían una fina capa de vello castaño que bajaba hasta una línea al ombligo, el vientre plano, grandes bíceps (pero sin ser exagerados), y se dio la vuelta. Tenía unos anchos hombros y en forma de triángulo invertido terminaba la espalda en unas caderas estrechas. En la zona lumbar tenía dos hoyitos marcados. Pero ocultó todo aquello al ponerse la camisa. Le costó un poco por la venda de su hombro derecho.

–¡Por Dios! ¿Estás bien?, ¿Te alcanzó la bala?

Él entonces, se volvió terminando de vestirse y dijo:

–No, menos mal que sólo me rozó, ¿Pero y tú, como te encuentras?

–¡Como si me hubiera caído rodando por las escaleras!

Jaime sonrió ampliamente, mostrando unos dientes blancos. Se acercó a la mesita y le echó leche a la taza diciendo:

–Dos terrones, ¿verdad?

Ella asintió y tomó la taza que le alcanzaba. Jaime arrimó una silla cerca de la cama y se sentó frente a ella. Ángela preguntó:

–¿Dónde están los invitados?

–Algunos se fueron anoche, otros a primera hora, después de lo ocurrido... Ya he hablado con José para que informe a las autoridades, además tenemos testigos...

Frunció el ceño cuando vio que ella al moverse un poco, hizo una mueca de dolor.

–Después de todo, menos mal que estaba borracho, si no, estaríamos muertos

Ella lo miró directamente, con los ojos muy abiertos. Él le tomó la mano:

–Haré todo lo posible, porque algo así no vuelva a suceder. No me perdonaría que algo te sucediera

Ángela, no pudo evitar pensar, si era por ella, o por lo que acarrearía que le sucediera algo. “Pues si supieras que tu verdadera esposa está muerta y enterrada...”

–Jaime, no fue culpa tuya, además, se supone que yo tenía que estar durmiendo, y no allí, ¿Quién es Villodres?

Jaime por unos segundos apretó la mandíbula y miró al suelo. Algunos mechones rubios le vinieron a la frente. Con un gesto, se echó el pelo hacia atrás y suspiró.

–Nos conocemos desde pequeños, fuimos amigos durante años.

Ángela lo interrumpió:

–¿Por qué os llamáis por el apellido, si os conocéis de tanto tiempo?

–Una costumbre que adquirimos al coincidir en la academia militar

Ella se asombró, había muchas cosas que no sabía de este hombre, y en cuanto viera a Yeji le preguntaría.

Para Jaime estaba siendo un soplo de aire fresco que ella, fuera tan directa y tan franca. Las mujeres de la alta sociedad que él conocía, nunca preguntaban tan abiertamente y siempre hablaban con medias tintas. Los temas de conversación siempre eran por cosas superficiales. Al menos era así delante de los hombres. La noche anterior, cuando la oyó hablar con los invitados, en las conversaciones hablaba de otras cosas. No pensó por ello, que ella fuera de mala reputación, o de baja cuna, porque su educación mostraba lo opuesto. Sus manos eran delicadas, sin haber tenido trabajo físico. Y se sintió extrañamente cómodo hablando con ella. No tenía que dar rodeos, ni adornar las cosas, así que le habló como si de un amigo se tratara:

–Cuando terminamos la academia militar, nos metimos en varios líos de faldas, y a menudo estaba con él de juerga. Muchas noches terminaba borracho. Me enredó con un negocio, bueno, más bien contrabando de aguardiente entre otras cosas. Mi padre cuando se enteró, puso fin a toda esa aventura, y tuvo una charla conmigo. Me hizo entender que mi futuro eran estas tierras y llevarlas. Desde pequeño me enseñó en qué momento debía recolectar, el punto exacto de secado de los granos del cacao.... Y lo más importante, me explicó el estado en el que estaba todo, y que había acordado el matrimonio, para solucionar los problemas que yo no sabía que teníamos. Era el momento que enderezara mi vida.

Ella se terminó el café, no quería interrumpirlo.

–Mi padre, en compensación por los planes fallidos, le dio a Villodres una suma de dinero. Ni siquiera se la tendría que haber dado, pero para evitar problemas lo hizo; Lo que no sabíamos, entonces, es que el dinero que yo iba a invertir en el negocio, mayoritariamente era para tapar las deudas de juego que había adquirido Villodres. Ese dinero sólo lo ayudaba una mínima parte, y el que yo renunciara al negocio, le chafaba todos los planes y desde entonces me la tiene jurada...

Ángela se quedó anonadada por la historia, pero él se levantó diciendo:

–Tengo que ir a los campos, hay trabajo que hacer, ¿Llamo a mama Yeji?

–Si, por favor, dile que venga

Largo tiempo después, Yeji entró en la habitación. Incluso había vuelto ella a dormirse. Le trajo comida, ella estaba hambrienta y se lo comió todo mientras hablaban.

–Yeji, necesito que me ayudes a lavarme

–¡Claro, niña!

Un rato después, con ayuda de Yeji, llegó a la bañera. Tenía una torcedura en el tobillo que la obligaba a cojear. Yeji, por un momento, observó el pequeño tatuaje de una triqueta celta que tenía en la cadera izquierda, pero no dijo nada. Ángela, preguntó:

–¿Dónde está la niña que te ayudó a enterrar...?

–María está en mi cabaña, y la mantengo ocupada haciendo cosas allí y en el campo. Le pedí permiso a el señorito Jaime, y espero mantenerla alejada de aquí, para que no te vea, ¿Vas a quedarte, y ayudarnos?

–Claro, tal como me lo has puesto, como negarme, pero tengo mil preguntas...El padre de Jaime, ¿No se volvió a casar?

–No, estuvo viéndose con la viuda de Ortíz. Ella ya tenía seis hijos cuando su marido murió. Siguieron viéndose años, hasta que el señor Francisco pasó a mejor vida por el infarto.

–Jaime, ¿Se ve con alguien?

Yeji, se quedó parada un momento, pero le respondió:

–No lo sé, si lo hace, es muy discreto.

–¿Por qué te viniste a esta parte de la isla, Yeji?

–En la parte de los franceses, nueve de cada diez personas son esclavos. En esta parte de la isla, sólo una de cada diez. Aquí teníamos más posibilidades de tener una vida.

Continuaron hablando hasta el anochecer. Ángela, tuvo que obligarla a que cenara con ella en la habitación, aunque no fuera lo correcto. Volvió a darle su infusión especial y se quedó dormida.

Al día siguiente, Yeji le informó que Jaime había tenido que ir a la ciudad y estaría fuera más de una semana. Tenían reunión en el cabildo.

Pasaron los días y poco a poco, con ayuda de un bastón, Ángela caminaba por la casa.

Yeji, le enseñó la mansión y cómo funcionaban las cosas allí. Ángela, no quería perderse detalle, y le preguntaba de todo.

La primera vez que irrumpió en la cocina, las cocineras se pusieron nerviosas, pero ya se había corrido la voz, de que la “señora” había cambiado: Ahora saludaba a todos, trataba a todos por igual, daba las gracias y pedía por favor.

Pensaron que Yeji, que ahora no se separaba de ella, había obrado el milagro. Además, al final de la semana, ya colaboraba con los quehaceres de la casa, algo que jamás había hecho.

–Yeji, ¿Por qué no puedo comer en la cocina con los demás? Veo una tontería comer yo sola en el salón, y que se me haga una comida diferente.

–Debemos seguir manteniendo las apariencias, ya estás haciendo cosas que ella no hacía, no debemos llamar la atención más de lo debido

–Y el hecho de que yo esté aquí, ¿No podría cambiar el futuro?

–Para todos, eres la señora, nada ha cambiado, sólo los más allegados se pueden dar cuenta del cambio, y créeme, que ellos no hablarán.

–¿Y los demás?

–Esta gente no ve más allá de sus narices, tienen sus propios problemas, pero no tentemos a la suerte, por eso que ciertas costumbres, no las debes cambiar.

–Hablando de eso, Yeji, creo que lo justo sería que Jaime supiera que su esposa está muerta...

Yeji la miró con preocupación, pero Ángela continuó:

–No hace falta que le digamos toda la verdad, pero él más que nadie debería saberlo. No se creería toda la verdad, ni siquiera yo me lo creo. ¡Porque estoy aquí, que si no...! Además, en esta semana me has instruido acerca de cómo comportarme, pero tal como me has dicho que era ella, ¡Se va a dar cuenta! Si no lo ha hecho ya...

Un día estaba dentro de su vestidor, rodeada de ropa, y pidió que le trajeran tijeras, aguja e hilo. Tanto tiempo sin televisión, ni internet, ni novelas, ni música que poder poner en un reproductor, hacía que tuviera mucho tiempo para pensar. No tenía ni idea de coser, pero se las ingeniaría para fabricarse, con tantas telas que había allí, unas bragas. No había cremalleras, ni corchetas, pero sí lazos. Se las ingeniaría, para no tener que utilizar tantísimas capas de ropa. Por fuera, no se notaría. Al principio le resultó divertido, pero utilizar cada día los corsés, era una tortura.

La ropa interior que tenía se limitaba a una camisa que le llegaba a los muslos y unos pantaloncitos de tela hasta las rodillas, que además tenían una apertura en medio, para facilitar ir al aseo.

Puso cara de asco al pensar cuando le viniera el período. Podía pasar sin la tecnología, pero tenía que hacer algo, para que fuera más fácil pasar esos días. No quería usar más faldones, o

amarrarse un paño con sábanas, que era lo que hacían en ese tiempo.

“Ni móvil, ni internet, los grandes inventos de mi tiempo son la fregona, la lavadora, y las compresas y tampones...”

V

A Jaime, los asuntos que lo mantuvieron en la ciudad, le habían tomado más tiempo de lo que creía. Estaba deseando volver a casa, y volver a verla. No se la quitaba de la cabeza, y esperaba que se encontrara mejor de la caída.

La explicación más lógica de porqué ella estaba allí, era que su esposa Ángela, había conseguido encontrar a esta mujer, muy parecida a ella, para que la suplantara.

“¿Pero dónde la ha encontrado? ¿La ha contratado, hasta que se cumpla el plazo? ¡Probablemente es así y mi verdadera esposa está ya en España o sabe Dios!”

Lejos de preocuparse de dónde se encontraba su esposa, estaba muy complacido de que se hubiera ido. Aunque fuera la explicación más lógica, había muchas lagunas en esa teoría. Porque, ¿qué clase de mujer aceptaría ese trato?, no parecía para nada una meretriz. ¿Estaría huyendo de su esposo, o de la justicia? Eso le cuadraba más, para que una mujer adoptara una nueva vida, haciéndose pasar por otra...

Todo eso lo pensaba, mientras tenía en su mano los nombres de los candidatos, para el puesto de capataz. Estaba en el despacho de la casa que tenía en la ciudad. Esta casa además, la utilizaba para sus actividades extramaritales. Cuando llegara a la hacienda, iba a entrevistar a unos cuantos hombres para ese puesto. Durante años, se había negado a contratar uno, él mismo hacía esas funciones, junto otras muchas cosas. Las largas jornadas de trabajo, lo mantenían fuera de la casa grande, que era lo que quería para estar lejos de su mujer.

Ahora, quería delegar funciones, para poder tener más tiempo, estar cerca de ella, y conocerla.

Durante su estancia en la ciudad, en dos ocasiones, se había citado por la noche, con su última amante, Ana que estaba casada con su primo, veinte años mayor que ella, y que aquejado de gota, poco se enteraba de lo que hacía su esposa. Era una chica rubia complaciente, pero lo que en un principio era un desahogo para él, en esta ocasión, ya no era así. Rompió con ella la noche anterior, no tenía sentido verse más con ella, cuando era otra la que ocupaba sus pensamientos, y Ana, ya no lo satisfacía.

Quiso partir para la hacienda cuanto antes, para volver a ver a Ángela.

Cuando llegó, estaba empezando a anochecer, y dirigió el caballo hacia la cuadra. Dejó el animal al cuidado del mozo, y oyendo unas risas y ladridos en la parte de atrás, atravesó la cuadra y salió.

Nunca imaginó encontrar la escena que tenía ante sí: Ángela jugaba con los perros, había dos animales adultos y tres cachorros que con sus patas una y otra vez se alzaban y correteaban alrededor de ella. Reía y corría de un lado a otro con ellos.

Cuando Ángela se percató de su presencia, paró en seco. Su expresión era como si de una niña pequeña se tratara a la que habían sorprendido haciendo algo malo.

A Jaime, al verla, le empezó a palpitar el corazón, y cuando ella paró y vio su expresión, tuvo que sonreír. Los perritos, queriendo seguir jugando, la empujaron de tal manera que perdió el equilibrio y cayó al suelo. Ella emitió un grito, seguido de una risa. La caída no fue muy elegante, terminó con las piernas hacia arriba por un momento, pero enseguida quiso reponerse, a lo que los perros no la dejaron y se echaron encima de ella, lamiéndola. Ella en un principio, pasó vergüenza, pero tuvo que terminar riendo y le costó quitarse de encima a los animales y ponerse de pie.

En toda esa situación, Jaime, vio cómo su falda se subió, y en vez de llevar más faldones y las

enaguas interiores, llegó a ver un pequeño trozo de tela color rosa que le tapaba sólo el pubis y las nalgas.

Ella, ya de pie, trató de sacudirse toda la suciedad de la caída y dijo:

–¡Vaya, ya has vuelto!

–Sí, he vuelto– trató de reponerse de lo que acababa de ver y le dijo:

–Dentro de dos horas, quiero verte en el comedor, vamos a cenar juntos.

Ángela se llevó una mano a la frente en un remedo de saludo militar, con una sonrisa en los labios, y se fue hacia la casa, ya ignorando a los perros que querían seguir jugando.

Ella le pidió a Lupe que le llenara la bañera que ya tenía instalada en su habitación. Estaba hecha un desastre, toda sucia y despeinada. Esperó a que la chica echara el ungüento y se fuera para meterse dentro. Antes de desaparecer de la estancia, dejó sobre una mesita un pequeño neceser de bolsillo en forma de libro. Tenía en su interior aceites. Era de madera decorado en un lado con una muchacha tocando la lira y en el otro con un jeroglífico: “*ella me ha tentado*”. A diferencia de las mujeres de la época, no así los hombres, se metió en la bañera completamente desnuda, como era natural para ella. Pensaba en él, que la había sorprendido, tenía barba de varios días, y lejos de restarle atractivo, por el contrario le sumaba.

Jaime en su habitación, mientras se afeitaba, no se quitaba de la cabeza la cara de ella sonrosada y despeinada. Estar lejos, sólo había hecho que la deseara más intensamente. Quería verla así en su cama, entre sus brazos, besarla, sentirla... ¿Sería en la cama también tan desinhibida?

Cuando ella bajó al comedor, él ya estaba allí. Había encendido varias velas, y la comida estaba sobre la mesa.

–Está todo muy silencioso

–Sí, he pedido que se retiren

Él se sentó en un extremo de la mesa, ella se quedó parada observando que sus cubiertos y platos estaban muy lejos, así que lo cogió todo y lo puso al lado de él. Volvió a alejarse, para coger la silla y arrimarla. Jaime alzó las cejas sorprendido, pero le sonrió complacido. De forma burlona Jaime dijo:

–¿Me has echado de menos?

Lo miró a los ojos unos segundos para decir seria:

–Claro que no. Bueno, ¿Qué has hecho tantos días en la ciudad?

Él emitió una sonrisa de soslayo, y agachó la mirada hacia la comida diciendo:

–Pues...

Le contó los temas que trataron en el cabildo, que había acudido varias veces al club, y había hecho una preselección de candidatos al puesto de capataz.

Un largo rato después, mantenían una animada conversación. Oyeron mucho ruido que les llegaba desde la cocina, y él se levantó rápidamente. Ella entonces también se puso en alerta. Jaime se asomó al pasillo, se volvió y en voz baja le dijo:

–No te muevas de aquí, alguien ha entrado en la casa.

Lo vio ir dirección a la cocina, estaba todo un poco oscuro porque había pocas velas encendidas. Pasaron varios minutos y ella empezó a impacientarse, no se podía quedar de brazos cruzados sin saber qué ocurría. Así que se dirigió a la cocina.

Había tres hombres con Jaime. El que parecía más mayor tenía una barba espesa. Los otros dos, tenían un aspecto desaliñado y parecían enfurecidos. Amenazaban a Jaime con un puñal. Uno de ellos le cogió los brazos por detrás para inmovilizarlo. El de la barba se percató de su presencia.

–¡Eh! ¿Qué tenemos aquí?

La cogió fuertemente por el brazo y la zarandeó para ponerla a sus pies, cerca de Jaime.

–¡No!– gritó Jaime.

Ella no comprendía nada. De repente el de la barba la cogió por los cabellos y gritó:

–¡Deja ya de jugar, Orellana!

Ella, sin saber bien por qué, probablemente porque se dirigió a él por su apellido, intuyó que los habría mandado Villodres y dijo:

–¡Suéltame, hijo de puta!

Pero entonces la cogió por el cuello y la alzó poniendo su cara muy cerca de la de ella. Sintió su fétido aliento sobre el rostro.

–¡Oh, parece que tenemos una fierecilla!

–Suéltala– Escuchó decir a Jaime de forma muy calmada.

Lentamente le pasó el puñal a Jaime por el cuello, bajando al pecho del que brotó sangre. El hombre soltó una carcajada. Ella aprovechó la distracción y con un movimiento rápido se soltó y se puso frente al hombre para decirle desafiante:

–¡Cobarde!

Se quedó impasible mirándola, pero entonces ella de una patada le dio en la entrepierna y al agacharse le volvió a asestar con la rodilla en la cara. Por el movimiento tan repentino y doloroso cayó de rodillas al suelo. Sus compañeros se apresuraron a poner defensa, pero el hombre de un grito los paró. Ella tomó el puñal que se le había caído al suelo, lo cogió por los cabellos, le alzó la cabeza, y se lo puso cerca de la cara.

La reacción del hombre ante tal ofensa fue reírse, le cogió más fuerte los cabellos.

–¿Qué, le hace gracia que una mujer le haga esto?

–Me trae sin cuidado, preciosa.– Emitió una sonrisa odiosa.

–¡Está bien, ya basta!– dijo Jaime.

Ángela estaba muy desconcertada. Jaime se levantó y uno se puso a la defensiva, pero el de la barba le hizo una seña para que se detuviera. Jaime se agachó a unos metros de ellos y levantó una baldosa. Extrajo unos papeles que se los entregó al de la barba que aún seguía arrodillado delante de ella. Ángela lo soltó. Se levantó, cogió los papeles, hizo una reverencia y se fueron.

–¿Estás loca? ¿Cómo se te ocurre?

Le quitó el puñal que tenía fuertemente cogido y ella replicó:

–¡Yo que sé, me he venido arriba!

Él no entendió muy bien lo que dijo, pero al ver que empezó a temblar, la abrazó.

–Lo siento, en realidad todo esto es culpa mía, prometí protegerte, y lo único que he hecho ha sido ponerte en peligro

Ella se separó, para mirarlo interrogante. Él se restregó el mentón y se echó el pelo hacia atrás, suspiró y se sentó en una silla.

–No podía esperar a que Villodres tuviera su merecido. La burocracia es lenta y lo he provocado, no me paré a pensar...

–Explícate

–Cuando estuve en el club, dejé caer que en mi cocina aún tenía la lista de clientes con los que íbamos a contar para el contrabando. Sabía que llegaría a sus oídos, sólo quería provocarlo, y ver si era capaz de venir. Pero bueno, de todas formas, la lista de clientes que se han llevado es falsa. Hace mucho que me deshice de la lista original. Si intenta hacer negocios con cualquiera de los de esa lista, va a estar en serios problemas.

Ella mientras hablaba, estaba de pie frente a él, con los brazos cruzados, pero cuando terminó

de hablar se acercó a él y le abrió la camisa para ver la herida que le habían hecho.

–Hay que limpiarte esa herida

–No, no es nada

–¡Ni se te ocurra moverte!

Se quedó quieto viendo cómo cogía un paño, lo mojó en agua y procedió a limpiarle la herida. Ambos se quedaron callados, y él se dejó hacer.

La tenía muy cerca, Jaime en todo momento la miraba, ella estaba concentrada en lo que hacía. Se deleitó observando sus ojos color chocolate, e inevitablemente bajó la vista hacia los labios. Cuando terminó de curarle, no pudiéndolo soportar más, con delicadeza cogió su rostro con ambas manos obligándola a mirarlo. Ella con voz suave dijo:

–¿Es que tenemos que estar en peligro, cada vez que tú y yo estamos juntos en una misma estancia?

–No lo sé, pero querría estar en peligro de muerte...

Se miraron intensamente y él se acercó despacio, para posar los labios sobre los suyos. Lo hizo de forma suave, se separó unos milímetros, y al ver que ella estaba completamente quieta, lo volvió a hacer, esta vez, intensificando el beso. Ella abrió más los labios permitiéndole la entrada. Y empezaron a besarse de forma devoradora.

Ella suspiró, y él se levantó para estrecharla entre sus brazos. Ella puso una mano en la base de su cuello, y enredó los dedos entre su pelo, la otra mano la posó en su pecho. Mientras seguían besándose, él deslizó una mano en una caricia desde su cuello al escote, y sus dedos pudieron alcanzar uno de los pezones ya henchido, sintió los pantalones aprisionándolo cuando ella exhaló un gemido.

–¡Señor! ¡Señor! ¿Están bien? ¡Hemos visto a unos intrusos salir corriendo de la casa...!

Ella, con la respiración agitada, rompió todo contacto. Miró al suelo y apretó los labios. Negó con la cabeza y salió de prisa de la cocina para irse a sus aposentos.

Él trató de serenarse por la abrupta interrupción y la salida de ella. Cuando ya despachó a los sirvientes, diciéndoles que todo estaba bien, y estaba solo en la cocina, frunció el ceño. Ahora que la había besado, no había vuelta atrás, no pararía hasta hacerla suya.

“¿Por qué ha huido de esa manera? Si estaba totalmente entregada... ¡oh, Dios! ¿Será porque no estamos realmente casados?”

Ángela en su habitación:

“¡Mierda, mierda, mierda! ¿Por qué has dejado que ocurra? Joder, si sólo ha sido un beso y estoy flotando, ¿Cómo será si me acuesto con él, me llevará al cielo?”

Imágenes de él besándola venían a su cabeza, e imaginó escenas demasiado subidas de tono. Sacudió la cabeza, intentando desecharlas.

“¡Pero serás imbécil! ¡Que te vas en unos meses! No me puedo liar con él y adiós muy buenas.”

Imaginó lo que le dirían sus amigas: ¿Y por qué no? ¡Aprovéchalo! Semejante espécimen de hombre, ¿Y no lo vas a catar? Tómatelo como un rollo de verano, no seas tonta...

Pero iban a ser unos largos meses, y eso sería complicar las cosas.

“Además, tanta atracción...igual a la hora de la verdad, puede ser una desilusión, o peor, que sea todo lo contrario y eso sería muy peligroso, podría cometer el error de enamorarme...”

Siguió largo rato dándole vueltas al asunto y de repente, pensó: “¿Y si cree que está besando a su esposa?, no voy a tener nada con un hombre que cree que está con su mujer.

Pero según me ha contado Yeji, no se soportaban, entonces, es posible que sepa ya, que no soy ella. Si sabe que no soy ella, y quiere estar conmigo, tarde o temprano van a empezar las

preguntas, y me tengo que inventar una historia creíble, ¡Pero ya!”

Al día siguiente Jaime entrevistó a los hombres para el puesto de capataz. Cuando finalmente contrató al hombre, fue a los campos. Los dos días siguientes puso en orden los asuntos de la hacienda. No la había vuelto a ver, parecía que lo estaba evitando.

Su ayuda de cámara le informó de todo lo acontecido en su ausencia, y Ángela parecía protagonizar los asuntos de la casa. Todos los sirvientes ya comentaban el cambio. Yeji apenas se separaba de ella, y las veían dar largos paseos en los que no paraban de hablar.

Jaime se sorprendió, no por los detalles ínfimos que le contaba de las cosas que hacía ella, sino por Yeji. Empezó a sospechar que Yeji, bien podría ser la que estaba detrás de todo.

Ángela, en los momentos en los que él no estaba por la casa, empezó a ser habitual que estuviera en el despacho de Jaime, allí había una biblioteca bastante extensa. En principio fue por curiosidad, pero conforme pasaron los días, buscaba información.

Las primeras veces, le resultaba espeluznante estar allí. Había un cuadro de su esposa encima de la gran chimenea. Era como verse así misma posando. La diferencia era que esa imagen, mostraba una altanería que ella no poseía, ni tampoco la elegancia con que esa mujer llevaba ese vestido celeste. El cuadro le recordó a “Dorian Gray”, y le daba escalofríos las primeras veces que fue allí, hasta que optó por ignorarlo.

En la biblioteca, había libros religiosos y clásicos, escritos en latín. Menos mal que tenía otros muchos en español. Había libros de leyes, de plantas y animales en los que tenían impreso dibujos, incluso de razas del hombre en los que se describía sus culturas y rasgos.

En lo que a historia se refiere, había algo, pero naturalmente, los acontecimientos más recientes aún no estaban en los libros.

Lo único que sabía de Santo Domingo, distaba mucho de la imagen que tenía de la isla en ese momento: complejos de hoteles llenos de turistas visitando sus playas paradisíacas, y noches de “salsa”, “merengue” y “bachata”, mientras se tiene en la mano un “mojito” para beber.

Pero sí sabía de Estados Unidos. En el instituto había hecho un trabajo extenso sobre la Guerra de la Independencia Norteamericana. En septiembre de 1783, se reconocía la independencia de Estados Unidos, y España recuperaba territorios. No se podía creer que eso acababa de ocurrir, de alguna manera tenía que servirle todo eso. Pensar que tendría que mentirle, lo odiaba. Pero no podía contarle toda la verdad, la tomaría por loca. Ella volvería a su tiempo en unos meses, y lo que menos quería, era terminar encerrada por estar enajenada.

Una mañana, bajó a desayunar y Jaime aún estaba en la mesa, no tenía escapatoria, y tampoco es que pudiera seguir evitándolo. Había pasado unos días desde la noche que se besaron.

–Buenos días, aquí tienes correo– le dijo él.

Ella extrañada, miró las cartas: una de ellas, era una invitación para tomar el té en casa de una de las damas de la alta sociedad. Se iban a reunir varias mujeres para empezar a organizar actividades de beneficencia para la iglesia de Santa Bárbara [\[10\]](#)

Pensó que al menos, se sentiría útil, si ayudaba a esas mujeres. La otra carta era una invitación para la presentación en sociedad de una de las hijas de un vecino, en su hacienda.

Un rato después, cuando ya habían desayunado, Jaime dijo:

–Tengo que ir a supervisar unas cosas, ¿Quieres venir?

Lo dijo vacilante, no sabía muy bien la reacción que tendría ella. Su mujer nunca había querido saber nada de los asuntos del campo. Pero para su sorpresa, a Ángela se le iluminó la cara, y dando palmaditas dijo:

–¡Oh, sí! ¡Quiero ver las plantaciones y que me lo enseñes todo! Voy a mi habitación a prepararme.

–De acuerdo, voy a decir en cocina que nos preparen algo para llevarnos de almuerzo.

Ella sonrió, y dando un saltito, se cogió la falda y salió deprisa de la estancia.

“¡Oh, que guay, me va a llevar de excursión! ¿Qué me pongo para estar cómoda?, porque con el calor que hace...”

Cuando ella salió y vio a Jaime esperándola montado en un caballo y otro a su lado, le cambió la cara. No había caído en ese detalle.

Jaime al verla acercarse, y ver que estaba muy seria, le extrañó. Cuando vio que se puso al lado del animal y bajó la mirada, mordiéndose el labio inferior, se quedó observándola directamente. Él ladeó la cabeza pensando: “¿Tiene miedo a montar? O es que no sabe montar, ¿Cómo es eso posible?”

Para evitarle tener que decírselo, con un movimiento, se puso al lado de ella, y le tendió una mano. Ella miró la mano, y luego a él. Le aceptó la mano para que la ayudara a montar con él. Lo intentó pero no pudo, por la falda. Así que Jaime, ágilmente desmontó, la cogió por la cintura y con facilidad la subió y la puso de lado.

–¡Ay, ay, ay! ¡Espera, así no, me voy a caer!

Ante el rostro sorprendido de Jaime, ella se arremangó las faldas, mostró sus piernas, y levantó una pierna rodeando al animal, para ponerse a horcajadas. Luego, se acomodó la falda, para enseñar lo menos posible. Jaime cuando reaccionó, se montó. Ella, al mirar al frente, y sentir su cuerpo detrás, se tensó como una cuerda. Él la rodeó con los brazos:

–Tranquila, no dejaré que te caigas

Cuando sintió la proximidad del cuerpo de ella, pensó que había sido un error. El camino se le iba a hacer muy largo...

VI

Pasaron por los hatos y vieron las reses, luego se dirigió hacia las plantaciones de cacao.

Él se bajó del caballo:

–Espera aquí, voy a hablar con el capataz

Lo vio alejarse. Observó grandes extensiones, que ella no sabía si eran muchas o pocas, pero la maravilló ver los grandes terrenos y tanta gente trabajando. A lo lejos vio a los llamados “tumbadores” cortando el péndulo de las mazorcas maduras, algunos con una hoz, otros con márcoras, fijado sobre una pértiga. Otras personas extraían las semillas colocándolas sobre hojas de plátano, para que fermentaran.

Vio a Jaime hablando con el capataz, y señalando otra zona a la que se dirigieron. En esa zona había semillas ya secadas y eran más oscuras, un ligero aroma a cacao, le llegó a las fosas nasales.

Vio cómo Jaime se agachó para coger al azar algunas semillas, las tocó, y apretó entre las manos para romperlas. Comprobaba si se separaba fácilmente la cáscara, y olió una y la probó.

Ella estaba extasiada viendo cómo Jaime se movía, cómo daba indicaciones, aunque no oyera lo que decía y pensó: “¡Vaya tela, este tío es un alfa de manual!”

Y tenía que admitir que le encantaba...

Trató de disimular mirando hacia otro lado, el corazón le palpitaba, cuando él comenzó a acercarse. Estaba ligeramente bronceado, en las partes que se veía. Llevaba un sombrero al estilo “Indiana Jones”, y sus ojos ahora eran más claros por el sol. Con una sonrisa, él le dijo:

–¿Tienes hambre?

La mañana había pasado rápidamente, y ya era medio día.

–No mucha, ¿Dónde vamos ahora?– Le contestó ella.

–¿Dónde quieres ir?

–¿Está muy lejos la playa?

–¿La playa? Sí, está lejos, pero vamos, te voy a llevar a otro sitio en el que podremos almorzar tranquilamente y estaremos solos

Más de una hora les tomó llegar al sitio. Jaime dirigió el caballo adentrándose en la selva. Cuando al fin llegaron, ella emitió una exclamación sonora.

Ante ella había una espectacular cascada que caía sobre un pequeño lago de aguas dulces y cristalinas.

–¡Oh! ¡Qué preciosidad!– Exclamó ella.

Él sonrió y la ayudó a bajar del caballo, sacó la bolsa de cuero que portaba el animal, extendió un mantel y sacó la comida, para acto seguido ponerla encima de unas rocas. Ella estaba mirándolo todo. Fue un alivio que la bajara del caballo, ya le dolía el trasero por la falta de costumbre. Se apresuró a meter las manos en el agua, y se echó en el cuello y cara, para refrescarse. De forma desenfadada le dijo a Jaime:

–Seguro que traes a todas aquí....

–¿A todas?

Él pareció enfadarse realmente, y muy serio le dijo:

–Eres la primera persona que traigo aquí

Ángela, ni siquiera lo había dicho en serio, pero se le olvidaba que estaba delante de un hombre del siglo XVIII.

–Es igual, olvídale, vamos a sentarnos a comer
Ella se sentó frente a él, y él la miraba intensamente.

–No me mires así, me pones nerviosa

Él levantó un poco la comisura de los labios y dijo:

–¿Cuánto tiempo vas a estar aquí?

Por unos segundos se miraron, ella entendiendo lo que le preguntaba, contestó:

–Hasta que recibas el último plazo de la dote

–¿Después te irás? ¿A dónde?

–Eso no importa...

Él frunció el ceño, y le dio un bocado al trozo de queso y pan que tenía en las manos. Empezaron a comer en silencio. Ella tenía más hambre de lo que había pensado, y se comió todo lo que le ofreció. Jaime no paraba de darle vueltas al asunto, quería respuestas y era hora de poner las cartas sobre la mesa. Así que, simulando distracción, dijo:

–Mañana mismo te voy a enseñar a montar a caballo, ella es una gran amazona, y es algo básico que debes aprender, para hacerte pasar por ella...

Ángela casi se atraganta, y empezó a toser de tal manera que él se posicionó detrás de ella para darle unas palmadas en la espalda. Ella se levantó, con la respiración agitada y la mano en el pecho, él también se puso de pie. Ángela se acercó al agua y con ambas manos ahuecadas bebió, y cuando ya estaba empezando a serenarse le preguntó:

–¿Cuándo te has dado cuenta?

–Pues, creo que desde que pusiste un pie en mi casa....

–¡¿Y por qué no has dicho nada?!

–Al principio pensé que era un juegucito de mi esposa, y la verdad, estaba dispuesto a jugar, y ver hasta dónde eras capaz de llegar

Ella frunció el ceño, negó con la cabeza, y empezó a dar muestras de nerviosismo. Él dijo:

–No pasa nada, no te preocupes, por mi parte no voy a decir nada, si es eso lo que te inquieta.

–No es eso, es que.... ¿No te preocupa dónde esté ella?

–Por mí, que se quede dónde está, a no ser que aparezca y ¿cómo explico que tengo dos esposas iguales?– Sonrió ante la ocurrencia

Pero ella no sonrió, y dijo muy seria:

–Eso no va a ocurrir, no volverá

–¡Ah, pues mejor!, porque...

Ella lo interrumpió:

–Jaime, ella está muerta.

Él de forma abrupta se calló, y le cambió el semblante.

–Jaime, es por eso que estoy aquí, Yeji me buscó cuando ocurrió. Ella ya me conocía, no hubo mucho tiempo para explicaciones

–¿Pero cómo?

Ángela le relató las circunstancias alrededor de la muerte de su esposa, y que fue Yeji con la ayuda de María, quien la enterró.

Él la escuchaba enmudecido. Se quedó pensando, y después dijo:

–Entonces, sólo estás aquí, para que todos te vean, hasta que se cumpla el plazo, y después te vas

–Sí, después me voy, es el trato que hice con Yeji, y cada uno podrá continuar con su vida...

Se quedó un momento en silencio, y dijo:

–¿Cómo conociste a Yeji?

Ella no sabía muy bien cómo responder a eso, pero le contestó:

–Conocí a Yeji en un momento de mi vida... en el que necesitaba un cambio. Me explicó toda la situación y que era la única que podía ayudarla. Acepté, con la condición de que me ayudaría a volver a casa, con mi familia, después del plazo acordado.

Jaime frunció el ceño al decir:

–¿Estás casada, o estás comprometida?

–¡No! ¡No es eso! Soy libre. No tengo marido, ni prometido, ni hijos, pero sí padres, tíos, primos y amigos

Jaime miró al suelo, y asintió con la cabeza. Trataba de asimilar todo lo que le había dicho. Entendía que había dejado a su familia, para hacerle un gran favor. No sabía cómo demonios Yeji la había encontrado, pero ella sola, había resuelto que no terminara en bancarrota. Se sintió estúpido, al no haber visto la gravedad del asunto. Tampoco imaginó que su verdadera esposa estaba muerta y enterrada. Tenía que sentirse agradecido de por vida, por lo que esta mujer estaba haciendo por él. Pero no entendía por qué razón lo hacía ella.

–¿Por qué tu padre ha permitido que vengas aquí a vivir estos meses?

Ángela empezó a sudar por la historia que iba a relatarle, esperaba que fuera creíble:

–Mis padres y familia son españoles. Estábamos establecidos en La Florida, pero hace veinte años, cuando tuvimos que cederla a Gran Bretaña, nos fuimos a vivir a Cuba^[11]. Algunos de los hombres de la familia lucharon, hace dos años, en la batalla de Pensacola^[12]. Uno de mis primos, mal herido, se embarcó terminando en estas costas. Yeji, le salvó la vida, así que estábamos en deuda con ella. Cuando me pidió ayuda, no pude negarme. Ahora, que oficialmente La Florida, vuelve a ser española^[13], mi familia lo está preparando todo para volver. Dentro de unos meses, me reuniré con ellos para ayudar a establecernos.

Se hizo un denso silencio entre los dos, sólo se oía el garrir de los loros alrededor, y Jaime terminó diciendo:

–Entiendo, ¿Pero, como conociste a Yeji?

–Unos meses después de Pensacola, recibimos una carta de mi primo. Lo creíamos muerto. Nos decía en la carta que por error, en vez de bajar a Cuba, terminó arribando a estas costas. Mi padre, aprovechando que tenía que comerciar, vino en barco. Yo iba en ese barco, y cuando recogimos a mi primo, fue que conocí a Yeji

Jaime pensó que por esas fechas, ya estaba casado, y Yeji había dejado la hacienda para vivir en su cabaña. Sería entonces cuando la conoció, y se guardó ese as en la manga, por ello sonrió.

–¿Sabes? Mi padre me procuró unos estudios, y me preparó para desenvolverme como uno más de los hacendados de estas tierras, pero...fue mama Yeji la que me enseñó otras muchas cosas. Entre ellas, a tener una mente abierta. He visto a Yeji sanar a personas con técnicas que desconozco. Sé que tiene sus secretos, pero ha sido la mujer que me ha criado, por eso no voy a cuestionar sus razones. Siendo ella la que te ha traído a mí, no puede ser nada malo, y es por eso que te doy las gracias por aceptar toda esta situación. Y ¡que Dios me perdone! Naturalmente no le deseaba ningún mal, pero poco puedo ya hacer por ella, según me has contado, así que... entro en el juego, haré como que eres mi esposa. Cuando se cumpla el plazo, será cuando me ponga en contacto con su padre para informarle de la desgracia.

Ángela, aún nerviosa, se echó las manos a las caderas, de forma desenfadada dijo:

–¡Uf! Es un alivio no tener que seguir fingiendo contigo y simular que soy otra persona, ¡tampoco es que lo hiciera muy bien...!

Ambos terminaron sonriendo. Entonces ella señaló al lago diciendo:

–Bueno, no me habrás traído aquí solo para que admire esa cascada, ¡estoy muerta de calor!

Vamos, ayúdame...

Ella se acercó a él, y le dio la espalda, para que le ayudara a quitarse el corsé. Él alzó las cejas sorprendido, pero se apresuró a hacer lo que le pedía.

Se quitó la falda, y el armazón que tenía en la cintura que hacía que se abullonara. No tenía más enaguas, ni los pantaloncitos interiores, pero sí el minúsculo trozo de tela que le tapaba apenas el trasero y el pubis, anudado por lazos a ambos lados de las caderas. Se quitó por la cabeza la camisa interior, y allí también había un trozo de tela, con escote redondo que apenas le tapaba los pechos. Lo tenía anudado con lazos en los costados, y la escasa tela terminaba bajo los pechos.

Se acercó al lago, y sopesando la profundidad del mismo, se tiró de cabeza. Buceó unos metros acercándose a la cascada. Él fue rápidamente al sitio desde donde ella se había tirado. Observó cómo emergió para nadar con una elegancia y a una velocidad que él no había visto nunca. Sólo una sirena nadaría con esa fluidez, pensó. Esa mujer tenía la habilidad de alterarle el pulso y la respiración...

Cuando la vio antes de saltar, y vio su cintura pequeña, el vientre plano, los pechos generosos, unas piernas fuertes, y un trasero respingado, supo que iba a ser su perdición.

—¿Te vas a quedar ahí mirando? ¡Métete! El agua está muy buena.

No había terminado de hablar ella, cuando Jaime comenzó a desvestirse. Ángela le dio la espalda y se acercó a la cascada para que le cayera agua. Emitió unos gritos, y oyó el chapuzón, al meterse él. Se acercó a ella lentamente, y Ángela sonriente, le echó agua jugando. Empezaron a luchar con el agua, riendo. Hasta que Jaime la logró agarrar firmemente por la cintura y la atrajo hacia sí.

Se apoderó de los labios de ella con ansia. Ella pareció al principio dubitativa, pero se dejó llevar. Se devoraron el uno al otro, y la respiración de ambos se agitó. Ella se separó, y aflojó los lazos de los costados, para terminar quitándose el trozo de tela. Lo arrojó encima de una roca.

Se miraron intensamente, y acortaron la distancia al unísono para abrazarse.

Ángela, sintió un calor en el centro de su pecho, y abriéndose como una flor, ese calor se extendió, como un relámpago hasta sus dedos. Fue algo extraño, como si su cuerpo reconociera a Jaime, como si largo tiempo hubiera esperado llegar a sentirlo y suspiró.

Jaime sintió algo parecido, pero más como una punzada, que hizo que su corazón bombeara más rápido.

Comenzó a descender con besos hacia sus pechos, y ella se arqueó para facilitarle el contacto. Chupó, mordisqueó y lamió, uno y después otro. Ella suspiró, y él volvió a sus labios. Con voz ronca Jaime dijo:

—¡Me estás volviendo loco....!

Empezaron a besarse con mayor ferocidad. Jaime sintió una pequeña presión placentera y palpitante desde la parte anterior de los testículos hacia su pene. Deslizó una mano soltándole el lazo de la cadera, y bajó la mano para adentrarse entre los pliegues de su centro. Con un dedo, muy suavemente le acarició la vulva, ella exhaló un gemido, a la vez que movió las caderas hacia adelante. El agua les cubría hasta el pecho, y esa sensación de ingravidez resultaba excitante. Ahondó la caricia para notar, cómo su humedad caliente le envolvía los dedos. Los jadeos de ella lo iban a llevar al borde y sin poder aguantar más, Jaime rompió el contacto, y la tomó con ambas manos del trasero para alzarla y posicionarla.

Ángela lo rodeó con sus piernas. Podía sentir su miembro endurecido y suave en la entrada.

Se quedaron así unos momentos mirándose, sus ojos llameaban. Ángela sentía la respiración agitada de él por la contención.

Ella con los brazos le rodeaba el cuello, pero bajó una mano para ponerla en su pecho.

–Espera, no quiero...complicaciones. No quiero que termines...

Ella bajó la mirada, y él entendió.

–No te preocupes, no lo haré

Se besaron de nuevo, y él se colocó en su entrada. Ella, excitada, movió ligeramente las caderas, anhelando su contacto. Él lentamente se introdujo en ella, y ella emitió un quejido. Jaime también exhaló un gemido.

Se quedó un momento parado, sintiendo como su vaina suave, húmeda y caliente lo envolvía. Ella gimió, y empezó él a moverse, primero lentamente, después aumentando el ritmo.

Sintió como ella empezó a tensarse y aumentó los jadeos. Él se endureció más si cabe al oírla, y aumentó las embestidas y la respiración. Ella exhaló un quejido largo, y un segundo después notó las contracciones que lo apretaban, humedeciéndolo aún más. Y ella se relajó entre sus brazos. Él ralentizó el ritmo, hasta quedarse casi quieto. Estaba en el paraíso, y si no se paraba en ese momento se derramaría, y quería aguantar un poco más.

Ella se repuso enseguida, no quería que parara, y fue ella la que empezó a aumentar el ritmo.

–¡Sí! ¡No pares!– dijo ella de forma entrecortada.

Él la embistió hasta el fondo, ella se volvió a tensar, y apretándola contra sí, ella volvió a gritar de placer.

Él no pudo aguantar más, y muy a su pesar abandonó su cuerpo.

Ella rápidamente, lo rodeó con su mano, y apretó arriba y abajo hasta que él emitió un sonido gutural. Le acarició con los dedos la punta, para notar el líquido salir, y los espasmos posteriores.

Se abrazaron, con la respiración agitada, y él la besó en el cuello, en el hombro. Ambos temblaban.

Cuando sus cuerpos se serenaron, él con una sonrisa dijo:

–Vamos a casa, si no, nos va a anochecer, y es peligroso estar aquí

Durante el viaje de vuelta, estuvieron callados. Pero ella apoyó la espalda contra su pecho, y él la rodeó con sus brazos.

Jaime estuvo pensando en su mujer, probablemente iría al infierno, porque no lamentaba su muerte y además había aceptado que la mujer que tenía entre sus brazos se hiciera pasar por su esposa, para beneficio propio, mientras su verdadera esposa estaba recién muerta y enterrada en medio del bosque, pero había mucho en juego, tenía muchas personas a su cargo y que vivían de esa hacienda. No podía permitir tirar todo por la borda, por lo que había hecho su esposa: morir de forma ridícula tratando de perjudicarlo.

No sabía cómo lo iba a hacer, pero intentaría por todos los medios que ella, la mujer que ahora mismo estaba dormitando sobre su pecho, no desapareciera de su vida.

VII

A la mañana siguiente, Jaime estaba desayunando en el comedor. La había dejado dormida en su dormitorio. Lejos de perder el interés, el día anterior hizo que quisiera más de ella. Habían pasado la noche juntos. Dormir abrazados, había sido lo más íntimo y sensual que había experimentado. Imágenes le venían a la cabeza, de lo que ocurrió durante la noche en la intimidad. Se dio cuenta de una cosa que en el lago no había visto.

Cuando estaba tendida boca arriba y la agarró por las caderas, vio el dibujo de la triqueta. Al principio pensó que era pintado, pero con el pulgar trató de arrastrarlo para darse cuenta que era un tatuaje. Le sorprendió, nunca había visto uno con esos trazos tan finos, el color y el sombreado que tenía. Había visto marineros tatuados, y esclavos con motivos tribales, pero ninguno así. Ella se sonrojó cuando él se paró mirando el dibujo y dijo:

–Sólo es un tatuaje, me lo hice para llevarlo a modo de amuleto

“¿Se lo había hecho voluntariamente? ¿Qué mujer blanca lo haría? ¿Y quién lo había hecho y con qué técnica? Era imposible que una persona pudiera dejar tinta en la piel con esas líneas tan finas [14]”

Además, el dibujo en sí, le resultaba familiar, hasta que recordó que era un símbolo celta, y que entre otras cosas representa pasado, presente y futuro. Optó por no preguntar, ni siquiera pudo pensar más, ella requería toda su atención.

Sonrió al recordar las cosas que ella le hizo con sus labios, con su boca, sus manos, y cómo ella respondía a sus caricias. Yacieron hasta llegar a la extenuación.

–¡Buenas!– dijo ella acercándose

Él sonrió y dijo:

–Cuando desayunes, vamos con los caballos

Jaime estuvo toda la mañana instruyéndola: cómo debía montar, como coger las riendas...

Después del almuerzo, se fue a su despacho para poner en orden las cuentas y Ángela fue a prepararse para ir a tomar el té, con las damas que iban a organizar las actividades de beneficencia. Yeji la iba a acompañar. Cuando Yeji llegó a la casa, Jaime le pidió que hablaran en su despacho. Jaime le informó a Yeji, que ya sabía que no era su esposa, y estuvieron largo rato hablando de todo el asunto.

Cuando Ángela estuvo preparada, se subieron al carruaje para ir a casa de la señora Francisca Miseses [15]

El trayecto les tomó casi dos horas, durante las cuales tuvieron tiempo de hablar tranquilamente. A medio camino un fuerte viento se levantó, haciendo traquetear más el carruaje.

–Ángela, a Jaime le preocupa que la señora no tenga cristiana sepultura y su misa correspondiente. Ya le he explicado, que yo ya he hecho las misas pertinentes y rezado por su alma, para que descanse en paz y cruce al otro lado. Porque lo que menos queremos es que se quede su alma errante por aquí...

–¡Oh, por Dios! ¡Claro! Pero, ¿Eso podría pasar? Porque yo ya, me puedo creer cualquier cosa...

–Además, le he dicho que aunque ase un sacerdote para hacerle una misa, no es conveniente que el cura, sepa que vive en pecado contigo

–¡Vaya! claro, eso por aquí está muy mal visto.

–Hemos estado hablando, y dadas las circunstancias, en el hipotético caso que saliera a la luz

que ella está muerta, lo más creíble sería decir que tú eres su hermana gemela. Que viniste de visita y ocurrió la desgracia, y decidiste por el bien de todos los de la hacienda hacerte pasar por ella. Me ha dicho que te diga que si es necesario, si la gente se entera, se casaría contigo, para que tu reputación no esté en entredicho.

De la garganta de Ángela salió una carcajada, no podía creer lo que acababa de escuchar, pero dijo:

–O sea, más mentiras. ¡Bueno, esperemos que no “tenga” que casarse conmigo...!

–Ángela, entiende que toda esta situación es descabellada

–¡Y que lo digas!

–Él sólo quiere obrar correctamente y quiere velar por tu bienestar. En caso (“Olofi” no lo quiera) de que todo se vaya al traste, está dispuesto. De todas formas a la gente de por aquí les encantaría la historia, que la pérdida os unió y terminasteis enamorados y él te pide matrimonio... ¿Sabes? me da, que lo haría con mucho gusto, y no sólo por cuidar de tu reputación.

–Ya, claro. Nos conocemos de hace dos días, como aquel que dice, y se casaría conmigo... Además, eso es algo que a mí no me importa, que estemos casados o no, y de todas formas volveré a mi casa.

–Eso lo sé. Sé que en tu mundo no es igual que ahora, pero en esta sociedad, la reputación de una mujer es muy importante.

No sabía muy bien si todo eso era cosa de Jaime, pero se decantaba, más bien, que era idea de Yeji, y trataba hacer de casamentera.

–Bueno, Yeji, a ver, háblame de a dónde vamos, ¿quién es esta gente?

–Vamos a casa de Francisca Míeses, es un miembro respetable de la alta sociedad, su marido, Manuel, fue alcalde hace quince años y capitán del Ejército, pero ahora ya está retirado.

–¡Guauu!

Siguió contándole lo que solían hacer las mujeres en esas reuniones: recogida de alimentos y ropa para los pobres. Ángela replicó:

–¿No es un poco hipócrita que hagan eso, mientras tienen esclavos?

–Bueno, eso forma parte de esta sociedad, además, los españoles en realidad, hoy por hoy, no se portan mal con ellos, los tratan como trabajadores aunque sean propiedad, al menos, la mayoría. E incluso, ya hay parejas de diferentes razas en la isla. Por otro parte, estas mujeres, lo único que hacen es decidir el menú, y traer niños al mundo. En algo tienen que emplear su tiempo, además de asistir a misa los domingos y cotillear de las demás...

Ángela sonrió, pero volvió a preguntar:

–María, la niña que te ayudó a enterrar a la mujer de Jaime, ¿Es esclava?

–Sí, pero es que María quedó huérfana, era la manera más fácil, legalmente, de ocuparse de ella

El viento que se había levantado era realmente preocupante, todo indicaba que iba a caer una tormenta. Estaban llegando a los dominios de la hacienda, y en la entrada de piedra estaba el escudo de la familia. El cochero aminoró el paso, y Yeji se asomó un poco por la portezuela. Frunció el ceño al ver un trozo de tela amarilla ondeando como una bandera en la entrada de la casa. Gritó al cochero:

–¡Alto! ¡Pare el carruaje!

–¿Qué pasa, Yeji?

Yeji señaló la entrada de la casa, y cuando Ángela vio el trapo amarillo, no entendía muy bien el problema, pero intuía que no podía ser nada bueno.

Vieron a una mujer bajita india correr hacia el carruaje. Ángela miró a Yeji y luego a la chica.

Ángela hizo ademán de bajarse del carruaje, pero la chica la interceptó, y cerró la puerta que había abierto un poco.

–¡No! ¡Señora, no baje!

Ángela volvió a mirar a Yeji, y luego a la chica. La muchacha se apresuró a decir:

–¡Ay señora! ¡Qué pena con usted! La señora Francisca me ha mandado decirle, que lamenta mucho el contratiempo. ¡Todos los niños de la casa se han puesto enfermitos! Mandó las invitaciones la semana pasada, y después empezaron a ponerse malos. La señora Francisca ha avisado a las mujeres que ha podido para que no vinieran, pero es que estamos muy ocupadas atendiéndolos y no nos movemos de aquí, para no contagiar....

Yeji interrumpió:

–Muchacha, soy curandera, puedo ayudar, ¿Qué les pasa exactamente?

–Tienen fiebre, tos...

–¿Es el “vómito negro”?

Ángela abrió mucho los ojos y miró directamente a Yeji, se puso tensa, y oyó a la chica responder:

–¡No! Gracias a Dios, ¡Pero tienen pupas por todo el cuerpo!

Yeji, sin mirar a Ángela dijo:

–¿Viruela?

–¡No! Las pupas son rojas.

Yeji continuó interrogando a la chica por los síntomas que tenían los niños, pero Ángela, ya no oía nada de la conversación. No sabía qué era eso del “vómito negro”, pero imágenes le vinieron a la cabeza de personas putrefactas contagiadas con el virus “Z” y echando por la boca un líquido negruzco sin identificar. Aunque su sistema inmunológico estaba fuerte, no sería inmune a un virus o enfermedad erradicada, por la que no estaba vacunada. Se asustó realmente, y apenas se dio cuenta que Yeji, ya había terminado la conversación y le dijo a la chica que volviera a la casa, que en unos minutos iría a ayudar.

Yeji tomó de la mano a Ángela, tenía la mirada perdida. Cuando estuvieron solas, Ángela nerviosa, le gritó:

–¿¿Qué cojones es el “vómito negro”?!

–Fiebre amarilla

–¡Por Dios!

Ángela se echó las manos a la cabeza, pero Yeji la tomó del brazo, para que lo bajara.

–¡Tranquila! Tenía que preguntarle, ¡No te preocupes! Por lo que me ha dicho la chica, creo que es sarampión

Ángela se echó las manos al pecho:

–¡Uf! ¡Ay por Dios, que susto! ¿Es sólo sarampión? Bueno, en ese caso, yo estoy vacunada, y pasé la varicela de pequeña, y...

–Espera, espera. Voy a ir a la casa a asegurarme, debe haber por lo menos quince niños ahí dentro.

–¡Quince! ¡Qué dices!

–Verás, aquí es normal tener unos siete o más hijos, los hijos mayores se casan y viven bajo el mismo techo que a su vez tienen más hijos... Además, aquí sí muere la gente por sarampión

Ángela la miraba con los ojos desorbitados. Se restregó la cara.

–¡Madre mía! Bueno, ve a la casa

Mientras Ángela esperaba a Yeji, pensaba que Jaime era fuera de lo común incluso allí. No sólo porque lo normal hubiera sido que tuviera ya unos cuantos vástagos, si no que más familiares

habitaran bajo el mismo techo. Además, la mayoría de los hacendados de allí, lo máximo que hacían como deporte era montar a caballo, y eran o delgados y con porte casi afeminado, o todo lo contrario.

Pasó un rato y Yeji salió al porche de la casa. Hizo un gesto al cochero para que acercara el carruaje a la entrada. Ángela salió, y al subir tres escalones vino a su encuentro la señora Francisca con muestras claras de cansancio. Tenía marcas violáceas bajo los ojos, era una mujer de cabello plateado, ojos grises y llevaba un vestido color beige. Portaba un pañuelo que usó para limpiarse la nariz, mientras decía:

–Buenas tardes, Ángela, no es necesario...

–¡Claro que sí!, señora Francisca, se la ve muy cansada, queremos echar una mano

–Sí, es que prácticamente no hemos dormido en toda la noche. El padre Juan estuvo toda la tarde con los niños, confesándolos, bendiciéndolos, estuvimos rezando...

Ángela trató de permanecer impassible con lo que le estaba diciendo, pero dijo:

–Señora Francisca, mi... mi criada Yeji es curandera, por favor, hágale caso con las indicaciones que le haga, para mejorar la salud de vuestros niños, yo respondo por ella.

La mujer dejó caer los brazos, como abatida, y dijo:

–Está bien, entrad, por favor.

Cuando entraron, la dirigieron a la sala de baile. A los niños los habían colocado en camas alineadas. Había catres a ambos lados de la entrada y un gran pasillo en medio. Efectivamente eran unos catorce niños de diferentes edades. El calor era sofocante allí dentro. Yeji, les indicó que ventilaran un poco y retiraran las defecaciones de debajo de las camas, que estaban en unos recipientes de loza. Mandó cambiar las sábanas. Indicó los alimentos que debían tomar, que eran ricos en vitamina A. Ayudaron a asearlos, y darles una sopa de pollo. Algunos tosían, y los más pequeños no paraban de llorar por la fiebre.

Fuera, empezó a caer una tromba de agua. El fuerte viento hizo golpear las puertas de madera de castaño natural que sobreprotegían las ventanas. Las cerraron y posteriormente las de cristal que un rato antes habían abierto.

Una de las hijas mayores de Francisca, tenía en brazos un bebé de pocos meses que no paraba de llorar. Ella lo mecía. Pero estaba pendiente de sus otros dos hijos.

–¿Qué le pasa al bebé?

–Tiene hambre, tengo que darle el pecho

–¿Por qué no vas a tus aposentos y descansas? Dale tranquilamente el pecho, nosotras estamos pendientes aquí de los demás

–Está bien.

Largo rato después, cuando ya estaban aseados y comidos, a Ángela se le ocurrió entretenerlos.

–Chicos, ¿Os cuentan cuentos por aquí?

Un chaval al fondo, de unos doce años dijo:

–Sí, a veces el tío Antonio, nos habla de los cuentos de los griegos y los romanos... ¡Nos ha contado la historia de Hércules!

Otro chico, algo más mayor añadió:

–¡Pero a mí me gusta más la del Rey Arturo y la mesa redonda! ¡Nos ha contado cómo luchaban entonces, y los torneos que hacían!

Una niña más pequeña, en una de las camas frente a los niños le preguntó a Ángela:

–¿Tú sabes historias? ¿Alguna que no nos hayan contado?

–¡Uy! ¡Sé muchas historias! A ver... Os voy a hablar de “Kal–El”, él es un hombre

extraordinario, lucha contra los malos.

–¿Contra los franceses?– Dijo uno al fondo.

Ángela sonrió:

–No, no especialmente, contra todos los malos que hay en este mundo. Veréis, él es especial. Tiene habilidades que nadie tiene, es más fuerte que nadie, y...puede volar

–¡Eso es mentira! ¡Nadie puede volar!– gritó uno.

–Tienes razón, nadie de este mundo puede volar, pero es que en realidad, él no es de este mundo. Él está aquí desde pequeño, pero él viene de un planeta llamado “Krypton”...

Empezó a contarles la historia, y poco a poco los niños se fueron callando, y todos estuvieron muy atentos. A excepción de alguna que otra tos que se oía, más la tormenta que se cernía fuera, se creó una atmósfera envolvente.

Francisca se quedó dormida en una mecedora. Ángela no se dio cuenta que poco a poco, se unieron más oyentes, tras ella. Don Manuel, el marido de Francisca, extrañado de que no oía los lloriqueos de los niños se acercó, y apoyado en la puerta, fue uno más de los que escuchaban la historia.

Los niños más pequeños se quedaron dormidos. Los más mayores, la interrumpían haciéndoles preguntas. Las horas pasaron, y sin darse cuenta, se hizo bastante tarde.

Cuando Ángela volvió la vista atrás, vio a Don Manuel, a su hijo mayor y su yerno, en la puerta, oyendo como los demás. El patriarca tenía escaso pelo cano, y era un hombre grande y robusto. Tenía grandes cejas pobladas sobre unos ojos castaños. Miró hacia la mecedora y Doña Francisca tenía los ojos abiertos.

–Bueno, chicos, es hora de descansar.

–¡No! ¡Queremos oír más! – dijo uno de los chiquillos.

–No, chicos, tenéis que descansar, pero os prometo que mañana os contaré otra historia. Si no os dormís ya, no os la cuento.

En seguida se arroparon los que estaban espabilados, para cumplir lo que se les decía. Doña Francisca, miró a Ángela con recelo, pero ella dijo:

–¡Chicos, no olvidéis vuestras oraciones!

Se volvió hacia la puerta y Don Manuel, le dijo:

–Después de una semana, es un alivio que los hayas dejado a todos calladitos

Ambos sonrieron, y el hombre volvió a decir:

–He mandado preparar una de las habitaciones de invitados, es tarde y no permitiremos que vayas a casa a estas horas. Además, aún hay tormenta y o puede amainar o puede empeorar. Con este tiempo no te puedes ir.

Ángela miró a Yeji, ella asintió con la cabeza, y cuando Don Manuel dejó de hablar, Yeji le dijo:

–No se preocupe, señora, hace rato mandé al cochero que cogiera uno de los caballos y volviera a casa, para avisar al señor Orellana

–Bueno, en ese caso, no se hable más. Me quedo.

La invitaron a pasar a una salita contigua, donde recibían visitas, y le ofrecieron un chocolate caliente, antes de que se retiraran para dormir. Los adultos estuvieron otro rato de tertulia, y cuando ya se iban, un niño descalzo, corrió cerca de Ángela y le cogió la mano:

–¿Te vas a quedar?

–Sí, cariño, pero tienes que volver a la cama y descansar. Tienes que reponerte... así, mañana, os podría contar otra historia

El niño tenía los ojos enrojecidos y tosió, pero dijo:

—¿Qué historia? ¡Quiero saber!

—Bueno, mañana os contaré una, en la que hay una galaxia muy muy lejana.... Donde hay una guerra.

El chiquillo abrió los ojos asombrado, pero corrió para meterse en la cama. Don Manuel sonriendo dijo:

—¡Vaya! Pues esa también la querré escuchar.

VIII

Al día siguiente, después del desayuno, Jaime no quiso esperar para coger un caballo y dirigirse a casa de los Heredia, quería asegurarse que ella estaba bien. Hacía un sol de justicia, y sin atisbo de que la noche anterior descargara una tormenta.

Cuando llegó y lo acompañaron a la sala de baile, se quedó en la puerta observando cómo Ángela, junto con otras mujeres, les daba de comer gachas a los niños.

Le sorprendió, que la imagen que tenía delante le agradara. “Y si...”. Desechó enseguida esos pensamientos. Ángela se dio cuenta que estaba allí, le sonrió y fue a su encuentro. Él le dio un beso en la mejilla y apoyó la mano en su codo, para deslizar luego la mano hacia la suya y cogérsela.

El gesto no pasó desapercibido para algunos, y una niña se rio para posteriormente taparse la boca. Ella miró a la niña, y también sonrió.

–Voy a ir a la ciudad a encargarme de unas cosas, ¿Estás bien?

–Sí, mucho me temo que no me van a dejar irme de aquí. Puedes estar tranquilo, estamos bien.

Don Manuel se unió a ellos:

–Jaime, no te preocupes, cuidaremos de ella. ¿Cuánto tiempo vas a estar en la ciudad?

–Sólo un par de días

–¿Te importa que se quede con nosotros? No es porque cuide de los críos, tengo personal para eso, pero después de una semana de estar encerrados, sólo la llegada de tu mujer, los ha mantenido a raya.

Jaime sonrió y agachó la cabeza, Don Manuel continuó:

–De verdad, te estaré eternamente agradecido, además, nos tiene a todos expectantes con las historias que cuenta.

Jaime la miró, como preguntando, y ella replicó:

–¡Oh! Son sólo cuentos

Al cabo de un rato, en el que estuvieron hablando, acompañaron a Jaime a la puerta. Don Manuel le dijo:

–No te preocupes, muchacho. Estará bien atendida, además, hasta yo quiero saber qué ocurre con ese caballero malvado completamente vestido de negro, que lucha con una espada especial, que nos ha contado esta mañana.

Pasaron unos días, y en el tiempo que permaneció allí, tuvo que asistir a misa. Tenían una capilla privada, y el cura iba hasta allí para oficiarla. Doña Francisca, obligó a los niños que ya no tenían fiebre a asistir. A ella la habían educado en la religión católica, pero no era muy de ir a la iglesia, ni cumplía con algunos preceptos que la iglesia dictaba, y teniendo que acatar las costumbres, aguantó estoicamente toda la misa en latín. Ya imaginó que sería así, lo que no sabía, y le resultó desconcertante, es que el cura, en todo momento estaba de espaldas a los feligreses, y no de cara a ellos. Cuando los chiquillos ya estaban mejor, Ángela volvió a casa. Jaime quiso volver en el tiempo que había dicho, pero llegó a la hacienda bien entrada la noche. La casa estaba silenciosa. Se aseó, y fue a su despacho, no tenía sueño. Depositó la caja que contenía el collar de perlas, que había comprado, encima de la mesa. Se sirvió un poco de ron en un vaso, y se sentó a ordenar papeles.

Ángela despertó, encendió una vela, y se puso una bata que estaba a los pies de la cama. Quiso bajar a la cocina, para beber agua, pero vio luz en el despacho. Se acercó y se quedó en la puerta

observándolo. Cuando Jaime se percató de su presencia, ambos, sin decir nada, se miraron mutuamente y Ángela se aproximó a él. Dejó la palmatoria encima de una mesita, que había al lado de uno de los ventanales. Él la seguía con la mirada. Ella se puso frente a Jaime, se levantó un poco la bata que le llegaba a los tobillos y se sentó a horcajadas encima de él. Se acurrucó en su regazo, abrazándolo y apoyó la cabeza sobre su pecho. Jaime suspiró y la abrazó. Se quedaron así un rato. Él aspiró el aroma de su cabello. Ella se irguió un poco y apoyó la frente en su cuello, él dijo en un susurro: –Te he echado de menos.

Ángela levantó la cabeza, sus miradas se cruzaron y sonrieron. Se acercó a él lentamente, para besarlo.

Fue un beso suave, en un principio, pero cuando ella ahondó el beso, él la estrechó más entre sus brazos. Ella respondió con avidez e hizo un movimiento de caderas para sentirlo más. Jaime exhaló un gruñido y el beso se tornó voraz.

Él en un momento dado, dijo:

–Espera, tengo algo para ti....

Ella se separó lo suficiente para permitirle que él alcanzara una caja de terciopelo que había encima de la mesa a su lado. Ángela emitió una exclamación al ver el collar:

–¡Oh! ¡Qué bonito!

Él sonriendo, lo sacó de la caja. Ella se levantó y se lo acercó al cuello. Jaime se puso en pie también y se colocó tras ella para ponérselo. Cuando lo hizo, ella sintió que las perlas estaban muy frías, pero las tocó, admirándolas. Se volvió hacia él sonriente:

–¡Gracias! ¡Es precioso!

Se volvieron a besar, pero ella de repente se separó y se dirigió hacia la puerta. Él se quedó parado, no sabiendo muy bien qué hacer, sólo mirarla. Ella en vez de salir de la estancia, lo que hizo fue cerrar la puerta, y giró la llave que estaba en el picaporte. Se dio la vuelta y se puso cara a él. Se quitó la bata, y ya completamente desnuda, salvo por el collar, acortaron la distancia. Ella se echó a sus brazos a la vez que con las piernas rodeó sus caderas. Ella le dio varios mordiscos en el hombro.

Él la tomó firmemente por las nalgas, mientras tomó su labio inferior y lo succionó. Con ella en brazos, la dirigió hacia la mesa mientras intensificaba un beso, y la depositó encima. Mientras se quitaba la camisa, ella pasó la mano por todo su torso en una caricia, pero a la altura del estómago bajó la mano en forma de garra acariciándole con las uñas y lo ayudó a bajarse los pantalones, pero la urgencia de ambos impidió que se los bajara en su totalidad. Ella tiró al suelo los papeles para echarse, y arqueó las caderas mientras que con las piernas lo rodeaba y lo atraía hacia sí.

Él con una mano, la tocó en lo más íntimo, para comprobar que estaba más que preparada para recibirlo. Ella gimió, anhelando sentirlo.

Él se colocó en su entrada, y jugó un poco con su miembro tocándola alrededor, y notando cómo se humedecía más. Ella con un gemido dijo:

–¡Jaime! ¡No esperes más!

No había terminado de decirlo y se introdujo en ella, con una embestida, y al sentirla caliente y húmeda envolviéndolo, no quiso parar hasta hacerla gritar de placer.

El ritmo se volvió cada vez más acelerado, de manera que tuvo que cogerla entre sus brazos para sujetarla, y sus jadeos cada vez se volvieron más seguidos.

Ella se tensó cuando rodeándolo con sus piernas, y cogida a su cuello, estaba en volandas cabalgándolo ahora ella a él, y emitió un gemido largo que hizo que las convulsiones apretaran su miembro, sintiendo después el líquido caliente bajar hasta mojarle los testículos.

El ritmo se volvió más lento hasta casi parar. Ambos respiraban agitadamente, y ella comenzó a temblar y sonrió. Él también sonrió y la volvió a apoyar en la mesa. Entonces ella, se giró. Reclinó el pecho sobre la mesa, y con las piernas ligeramente separadas, arrimó el trasero a su entrepierna. Él no tardó mucho en volver a entrar en ella, agarrándola por las caderas, y deleitándose con la vista de su trasero que hizo que se endureciera aún más. Le dio una palmada en el trasero, seguida de una caricia, atrayéndolo hacia sí. Mordiéndose el labio inferior emitió un gruñido placentero.

Cuando el ritmo volvió a ser acelerado ella se irguió, para sentirlo más y ambos comenzaron a jadear cada vez más seguido. Ella estaba llegando de nuevo al borde, él no podía ni quería aguantar más para derramarse. Sentía cómo ella volvía a tensarse y él también se tensó. Las embestidas eran profundas, y a punto estaba de salirse, pero ella lo agarraba con fuerza con sus manos, pegándose a él

–¡Ah! ¡Ángela!

Hubo un pequeño forcejeo, él la advertía. Ella luchó contra sí misma si dejar que él descargara dentro, porque ella misma estaba llegando al orgasmo, o apartarse.

Él no pudo aguantar más, emitió un gemido largo y ella se retiró rápidamente. Él terminó en su espalda, y ella se pegó a él para al menos sentir su cuerpo. Jaime con la respiración agitada, empezó a temblar, con la mano derecha tenía cogido su miembro palpitante y con la izquierda rápidamente rodeándola, introdujo sus dedos en ella.

Ángela, que había estado a punto momentos antes, pegada la espalda a él, se dejó llevar. Hasta que gritó de placer momentos después, y su cuerpo se estremeció, pero él la sujetó fuertemente por la cintura. Sintió en los dedos la humedad cálida de ella salir de entre sus piernas y con los ojos cerrados suspiró en su cuello, para después darle suaves besos.

Al día siguiente, Lupe ayudó a Ángela a prepararse para la fiesta de la presentación en sociedad de una de las hijas de los Hidalgo– Montoya. Naturalmente, se pondría el collar de perlas. No estaba muy lejos la hacienda, por lo que no tendrían que pernoctar allí.

El vestido era color azul noche, y el escote pronunciado tenía un ribete de encaje negro. Los guantes también eran de encaje negro. Jaime la ayudó a ponerse la capa negra, que en el reverso era roja y tenía una gran capucha.

–Estás preciosa

Ella le sonrió y pensó: “Y tu pareces portada de la revista “People”...”

Él se quedó un momento mirándola de forma pícaro y dijo:

–Será mejor que nos vayamos o no respondo de mis actos...

Ángela emitió una sonrisa de soslayo y se acercó con mirada felina para darle un beso en los labios. Pero ella misma se separó poniendo una mano sobre su pecho y exhalando un quejido con los ojos cerrados, se giró para salir.

Cuando llegaron, ya era de noche. Veía algunas caras ya conocidas. Las jovencitas tenían todos vestidos tonos pastel. Le presentaron a la chica por la que se hacía la fiesta. Era una joven delgada, de pelo castaño, con ojos vivaces, llamada Rosario.

En un momento dado, la anfitriona, María Montoya, le acercó a Ángela una copa de jerez. Ella empezó a beber, mientras la señora le hablaba:

–Ángela, ¿Conoce a mi primo? Iñigo, Iñigo Montoya...

Ángela casi se atraganta al oír el nombre, si no fuera porque empezó a toser se hubiera reído. El hecho de tener que ocultar la risa, más aumentaban las ganas, y tapándose la boca, simulando tapar la tos, se alejó:

–Disculpen

“¡Ay por favor! ja ja ja, Iñigo Montoya, el de la película “La princesa prometida”, que se pasa toda la película diciendo: –¡Soy Iñigo Montoya, tu mataste a mi padre, prepárate a morir!”

Jaime se puso a su lado:

–Veo que te diviertes

–¡No sabes cuánto!

Anunciaron que pasaran al comedor. Había una larga mesa. A su lado estaba Jaime, enfrente un señor que no conocía, y al lado estaba Juan Tomati, el intérprete de lenguas de la Audiencia de Santo Domingo, que conoció en su primer día, en la fiesta. Tomati, hizo un gesto con la cabeza, a modo de saludo a Ángela. Ella hizo lo mismo.

La cena consistió en: sopa de caldo claro con pichones. Filetes de pavo con salsa de naranjas, pavo asado cebado, rebanadas de ternera en aceite, pollo estofado con vino de borgoña y de postre, había tortas de guindas y rosquillas de pasta flora. De beber, sirvieron vino dulce de Canarias y de Borgoña mezclado con agua.

Alrededor de ellos, empezaron a hablar durante la cena del mesmerismo^[16] o también llamado magnetismo animal, muy de moda en ese momento. Una señora al lado de Ángela, comentó:

–Me han dicho que está revolucionando la medicina, el método de ese médico alemán, cura muchos males...

El hombre que estaba frente a ella dijo:

–Pues yo creo que sólo es un charlatán, porque...

El hombre siguió hablando y Tomati no le quitaba ojo a Ángela. En un perfecto inglés, Tomati le preguntó a ella:

–¿Qué opina usted al respecto, señora Ángela?

Ángela sorprendida por la dicción de Tomati, pero lejos de amedrentarla, quiso incluso confundirlo. Tomati se lo había dicho en un perfecto inglés británico, así que ella, contestando a la pregunta, a propósito, usó un acento americano, como si lo dijera alguien del siglo XXI, sin llegar a definir muy bien el sitio de procedencia:

–Opino, que no es descartable utilizar imanes como método alternativo de uso terapéutico, pero sólo para dolencias leves. Un imán, no es la panacea para curar grandes males. Pero sí puede la persona, mediante sugestión, sentirse mejor, aunque sólo sea por eso, como un placebo.

Tomati levantó las cejas sorprendido. No sólo por la respuesta, sino en la forma y en el modo en que ella le había respondido. No sólo ella no había caído en la trampa, para así saber de dónde procedían sus conocimientos de inglés, si no que al hacerlo, con ese acento, no supo definir dónde habría aprendido el idioma. Además, su inteligente respuesta lo había dejado sin argumentos.

Jaime, aunque parecía prestar atención a la persona que tenía delante, estaba más pendiente de lo que ocurría a su lado. No entendió toda la conversación, pero sí vio la reacción de Juan Tomati al contestarle Ángela. Ella adrede, cambió al español diciendo:

–¿No pensaré que soy una espía o algo así, no, señor Tomati?

Tomati se sonrojó, e hizo un amago de sonrisa, para luego continuar comiendo como si no ocurriera nada. Jaime le clavó la mirada y Tomati contestó en español:

–No, señora, además, si lo fuera...no creo que una persona tan inteligente como usted, se dejara desenmascarar por un simple intérprete.

Lo dijo de forma socarrona, para dejar claro que estaba bromeando, y con una amplia sonrisa, levantó su copa para brindar y quitar hierro al asunto. Ella terminó sonriendo, tomó su copa y la levantó como él, para después beber. Jaime, volvió a mirar a la persona que tenía delante.

Llegando a los postres, Tomati, visiblemente incómodo, no quiso callar más y se dirigió de

nuevo a ella en inglés:

–Ángela, para nada creo que sea una espía, pero sí creo que...nuestro amigo común la ha subestimado

–¿Perdone?– Ella miró en derredor, pero nadie les prestaba atención, todos estaban animados en sus conversaciones.

–No se preocupe, nadie alrededor está entendiendo, pero no le diré su apellido para que sospechen de qué hablamos

–¿¡Pero qué!?

–Me refiero a la persona que trató de dispararla

Jaime notó cómo Ángela se puso tensa mirando a Tomati, y sería le dijo algo.

–Ese no es amigo mío

–Naturalmente, y menos después de aquello, pero verá, hace unas semanas, estuve jugando una partida de cartas que resultó ser muy interesante. Cuando llevaba varias copas, soltó la lengua y me contó que no iba a perdonar que su marido lo dejara tirado en los negocios que iban a tener juntos. Perdió mucho dinero por eso, así que en venganza trazó un plan para seducirla

Ángela, dejó de comer y soltó los cubiertos, perdió el color de las mejillas, oyendo lo que le estaba contando Tomati:

–Me dijo, que no le fue difícil hacerlo, ya que usted, según él, odia a su marido. Trazaron un plan por el cual usted, se “encargaría” de su marido, y él por otro lado recuperaría el dinero falsificando unos papeles...

–Espere, espere. Nada de eso es cierto.

–No, claro, en un principio pensé que eran delirios de un borracho. La he visto con su marido, y créame, el cariño y el dinero son las dos cosas que en esta vida no se pueden ocultar, y usted no odia a su marido, sino todo lo contrario.

–¿A dónde quiere ir a parar?

–Que más bien creo que fue usted, la que se burló de él, por eso no acudió aquella noche a la cita con él; él no ha recuperado aún el dinero que considera suyo, y por eso intentó matarla...

Ángela trataba de dilucidar si Tomati era amigo o enemigo, su expresión corporal era totalmente relajada, y como si estuviera hablando de algo intrascendente, tomó una guinda de la torta con los dedos y al vuelo se la echó a la boca.

Unos segundos después, empezó a ponerse rojo, comenzó a toser, y se echó las manos al cuello. Siguió emitiendo unos sonidos de agonía, por la falta de aire y los ojos los tenía desmesuradamente abiertos. Todos alrededor, se pusieron de pie. El hombre que estaba a su lado, le dio golpes en la espalda, para que recobrar el aliento. Pero no ocurría. No estaban muy lejos de uno de los extremos de la mesa, así que Ángela, corrió hacia el otro lado. Tomati, echó hacia atrás la silla, se agachó y volvió a erguir, aún más rojo, posicionándose de lado. Ángela, al llegar a su lado, se puso a su espalda y le hizo la maniobra de Heimlich: Rodeó su torso desde atrás con los brazos, y entrelazó las manos, poniendo el pulgar sobre el abdomen, presionó con un golpe seco hacia el estómago. Lo apretó una vez, no ocurrió nada, una segunda, y seguía sin reaccionar, pero la tercera vez, la guinda salió disparada por su boca.

Tomati, cogió aire de forma sonora, con una bocanada, empezó a toser. Las lágrimas le recorrían la cara del esfuerzo, y terminó vomitando.

La gente alrededor, espantada por el espectáculo que acababan de presenciar, no entendía muy bien qué acababa de ocurrir. Una señora cerca, se desmayó cayendo encima de la silla, y un hombre la cogió y empezó a abanicarla. Los que estuvieron más cerca de todo lo ocurrido, vieron que estuvo Tomati a punto de morir.

Ya recuperando la compostura, y limpiándose la boca, pidió agua. Ángela le alcanzó la copa.

–Beba despacio

–Me ha... ¡me ha salvado la vida! He estado a punto de....

Se echó las manos a la frente, se restregó la cara, y se aflojó el pañuelo del cuello, para quitárselo y limpiarse.

Cuando ya todos empezaron a serenarse, los anfitriones pidieron que los invitados pasaran a la sala de baile, afortunadamente no había pasado nada grave y era mejor seguir con la fiesta. Tomati le dijo a la anfitriona:

–Señora, permítame quedarme unos momentos aquí

–¡Claro! El tiempo que necesite.

Todos empezaron a desalojar la estancia. Hasta los criados se retiraron, y la última fue la muchacha que limpió el vómito del suelo. Cuando ya sólo quedaron Tomati, Ángela y Jaime, ella hizo ademán de irse, pero Tomati la tomó por el brazo. Jaime enseguida, se puso a la defensiva, y lo agarró del brazo que la cogía a ella, para que lo apartara. Tomati, en segundos la soltó, y levantó las palmas, a modo de rendición.

–Espere, le debo una disculpa, quisiera hablar con usted en privado.

–No, diga lo que tenga que decir delante de mi marido

Tomati se sentó en la silla, agachó los hombros, posó los codos sobre la mesa y cogiéndose la cabeza con ambas manos, con la mirada perdida dijo:

–Ese mal nacido me chantajeó, me mandó averiguar qué estaba pasando con usted, por qué no estaba cumpliendo con lo acordado.

Jaime frunció el ceño mirándolo, Ángela miró a Jaime y le dijo:

–Villodres

Tomati continuó:

–Perdí una buena suma de dinero jugando con él a las cartas, en la ciudad, en un sitio...no muy recomendable. Llevaba copas de más, y no fui prudente al intimar... en un callejón cercano, con un criado mulato...

Ángela lo escuchaba con atención con los brazos cruzados delante del pecho, pero no emitió expresión alguna. Jaime sin embargo, levantó las cejas, y se puso las manos en las caderas, se giró y se rascó la barbilla. Se alejó unos pasos, pero se volvió de nuevo hacia ellos al decir ella:

–Continúe

–Villodres nos sorprendió. Amenazó con decirlo, a menos que averiguara por qué usted no se había deshecho de su marido

Jaime y Ángela se miraron, ella agachó la cabeza y le preguntó:

–¿Qué piensa decirle?

Jaime se aproximó a ella y le rodeó la cintura con un brazo, a modo protector. Tomati observó el gesto y dijo:

–Ángela, estoy en deuda con usted. Me acaba de salvar la vida y... le diré lo que usted quiera que le diga. Si les he confiado mi secreto, ni siquiera sé por qué lo he hecho, probablemente porque quiero confiar en ustedes y estoy desesperado. Y porque admito cualquier sugerencia para callar a ese miserable

Ángela posó una mano sobre la de Jaime, apretándosela y dijo:

–Bien, creo que este no es el mejor lugar, ni el momento para hablar de esto tranquilamente. Puede venir alguien para ver qué tal se encuentra, ¿Qué le parece si viene a nuestra casa mañana por la tarde? Váyase a su casa y descanse. Nuestros labios están sellados, esté tranquilo

–Sí, será lo mejor, dispénsenme con los invitados y no se preocupen, les aseguro que tienen en

mi persona a un aliado, sea lo que sea que ocurrió, les doy mi palabra de honor que les ayudaré.

Alzó su mano para besar la de Ángela, y a continuación estrechó la de Jaime. Salió de la estancia.

—Jaime, será mejor que volvamos a la fiesta

Cuando fueron al salón donde estaban todos, Rosario, la protagonista del evento, inauguraba el baile, junto a su padre.

Ángela le explicó a Jaime, un poco apartados de todos, lo que dedujo que había ocurrido, por la conversación con Tomati, con respecto a su esposa y Villodres. Jaime dijo:

—¡Vaya, y yo pensando que Tomati quería seducirte! ¡Y si no llegas a venir tú, no me entero que mi esposa y Villodres planeaban desplumarme y liquidarme!

Ángela le dijo que no pensara en ello, que era mejor que se integraran en la fiesta. Ella se separó de Jaime para acercarse a los invitados. Él fue a por unas copas.

Ella se quedó mirando curiosa cómo las jovencitas se ponían en línea. Parecía que se exponían como en un escaparate para los casaderos y que las invitaran a bailar. Algunas, apuntaban en una pequeña libreta, que tenían cogida a la muñeca, los nombres de los candidatos, para ver el orden de cada baile.

A Jaime le pasó un criado una nota de forma discreta. Le acercó la copa a Ángela y le dijo que volvía en un minuto.

Pasó un rato, y ella se extrañó. Buscó con la mirada dónde podía estar, pero no estaba en todo el salón, así que ella salió fuera.

El recibidor de la casa, estaba algo más oscuro, caminó unos pasos para ponerse en el centro. No había nadie, pero oyó algo y caminó unos pasos más. Al lado de las escaleras que subían al piso superior, había un pasillo que llevaba a otras estancias.

Jaime, de espaldas a Ángela, tenía apoyado un brazo entre los barrotes de las escaleras, la otra mano la tenía en la cadera. Delante de él, una mujer rubia le hablaba y le sonreía. La mujer se dio cuenta de la presencia de Ángela, y rodeó a Jaime por la cintura, y se aproximó a él para besarlo.

Ángela nunca se había considerado una persona celosa, pero cuando vio la escena que tenía delante, pareció que su corazón se saltó un latido, y una sensación de miedo la embargó. Empezó a respirar con dificultad, apretó los puños y se dio la vuelta para irse por la puerta principal. Cogió al vuelo su capa que sostenía un criado, y salió deprisa. Fue donde estaban todos los carruajes, cerca de las caballerizas, y su cochero corrió a su encuentro. Le pidió que ensillara un caballo, que se marchaba ella sola.

A regañadientes, el cochero, hizo lo que le pedía, todo lo deprisa que pudo. Ella se colocó la capa, y ayudada por el cochero a montar, se alejó a toda prisa.

Jaime, ajeno a todo, tomó a Ana, su examante, por los hombros y la apartó con rudeza.

—¿Qué haces?

—Sólo quería tener mi despedida, ya que no me quieres ver más...

—¡Olvídate de que eso va a volver a ocurrir!

Ana sonrió y le dijo:

—Bueno, a mí me lo has dejado claro, ahora explícaselo a tu mujer...

Jaime frunció el ceño y se volvió, pero no había nadie en el recibidor. Se alejó de la mujer para posicionarse bajo las escaleras, pero Ángela no estaba allí. La buscó en el salón de baile y al no encontrarla regresó al recibidor. Volvió a mirar a Ana, que ahora estaba a los pies de las escaleras y ella le dijo:

—Me temo querido, que se ha ido de la fiesta de forma apresurada, después de lo que ha

visto...

Jaime encolerizó, y salió por la puerta principal. Cuando el cochero le dijo que se había ido montada en un caballo, entró en pánico. Él mismo ensilló un corcel y fue tras ella.

La rabia que Ángela sentía, hizo que pusiera el caballo a galope. La capucha de la capa le cubría completamente la cabeza y le ocultaba la cara. Las lágrimas le caían por el rostro y gritó.

Ni siquiera estaba enfadada con él, sino consigo misma. Se había confiado, había sido todo demasiado bonito para ser verdad. Se iba en unos meses, y no tenía derecho a usurpar la vida de él, de la manera que lo hizo. Él tendría que continuar con su vida cuando ella se fuera, y a partir de ahora, se iba a apartar de él. Sí, eso sería lo mejor. Tenía que pensar que sólo había sido una aventura pasajera. Ella ya sabía de antemano, que todo aquello tenía fecha de caducidad, y le enfurecía pensar que no había sido cuidadosa al haberse entregado en cuerpo y alma. Había tenido siempre precaución de no quedar embarazada, y con él, se le había ido la cabeza, había jugado con fuego. Tenía que alejarse, olvidarse de él en ese sentido, no sabía cómo lo iba a hacer, pero tenía que hacerlo.

Cuando estaba llegando a la casa, con la cara empapada por las lágrimas, fue cuando se dio cuenta que estaba perdiendo el control del animal, y que su inexperiencia para montar le estaba pasando factura. Todos los pensamientos que estaba teniendo, volaron al sentir el miedo.

—¡Me mato!

El animal iba a mucha velocidad. Sin saber cómo, ya casi en la puerta de la casa, un brazo a su lado cogió las riendas de su caballo para que aminorara. Ella vio que era Jaime, que en un momento hizo que el animal ralentizara el paso, hasta pararse. Ella saltó, para bajarse, pero las faldas se enredaron en sus piernas y cayó al suelo. Rápidamente, como pudo, se puso en pie, se arremangó las faldas y salió corriendo hacia la casa.

—¡Ángela!

Ella hizo oídos sordos, se quitó la capa y la arrojó al suelo, cerró de un portazo la puerta principal y se dirigió a las escaleras para subir las.

Jaime se apresuró a atar los caballos, entró a la casa y en medio del recibidor, le volvió a gritar:

—¡Escúchame!

Ella había subido varios escalones y se volvió hacia él:

—¡No! ¡No te voy a escuchar! Sé lo que he visto, no intentes convencerme de lo contrario y tranquilo, no me voy a interponer.

—Pero...

Hizo ademán de acercarse a ella, mientras intentaba replicar, pero ella se apartó de forma brusca. Aquel gesto lo enmudeció, y se quedó petrificado.

Ella con rabia se arrancó el collar de perlas, lo alzó con la mano y dijo:

—Sabes, me voy dentro de poco, y esto es tuyo. No me voy a llevar nada cuando me vaya.

Cuando vio que él no hacía intento de coger el collar, ella lo dejó caer y se rompió. Las perlas empezaron a rodar en todas direcciones, oyéndose tintineos repiquetear contra las baldosas. Él se quedó impassible. La miró directamente a los ojos, y por un momento ambos, furiosos, mantuvieron un duelo visual, en silencio. Ella se dio la vuelta, y subió rápidamente el resto de los escalones.

Jaime se giró, y tiró un jarrón que había cerca, cayendo de forma estrepitosa en el silencio de la noche.

IX

Al día siguiente, por la tarde, Jaime supuso que estaba arreglándose. Quería hablar con ella antes de que viniera Tomati. No quería dejar las cosas así. Entró en su alcoba sin llamar y ella estaba metida en la bañera completamente desnuda. Cuando ella se percató de su presencia, sentada se abrazó las piernas. El agua le llegaba por encima del pecho, trataba de ocultar su desnudez, y muy seria le dijo:

–¡Vete!

–¡No!

Giró la cabeza, para mirarlo con expresión de disgusto. Él arrimó una silla, para ponerse a su espalda y tomó la esponja vegetal que flotaba en el agua, para posarla sobre su hombro derecho. Ella se apartó. Pero él, con la esponja separada de ella, se paró unos segundos y volvió a depositarlo en su piel, para pasárselo de forma suave.

–No te voy a negar que fue mi amante, pero terminé mi relación con ella cuando tú y yo...

Ella se quedó callada unos momentos, y dijo:

–Sal, tengo que arreglarme, está a punto de llegar Tomati

–¡No! ¿No me has oído?

–Jaime, desde un principio te dije que iba a volver con los míos, eso va a ocurrir, así que lo mejor será dejar las cosas como están, y cuando me vaya podrás continuar con tu vida, y hacer lo que quieras...

Él se puso frente a ella, se agachó para ponerse cara a cara, le cogió el rostro por la barbilla:

–Escúchame bien, no quiero que te vayas. No voy a volver con ella.

Ella, conteniendo las lágrimas, dijo fríamente:

–Lo siento pero me iré, no te preocupes que seguiré haciéndome pasar por tu mujer. Nada cambiará para los demás, pero lo mejor para ambos será que no volvamos a... intimar

Lupe irrumpió en la estancia:

–Señora, el señor Tomati acaba de llegar

Jaime visiblemente enfadado, apartó la mano de su cara y dijo:

–Esto no va a terminar así, ya hablaremos.

Cuando Ángela entró en la estancia donde estaban Jaime y Tomati, ellos estaban hablando, y Tomati decía:

–Lo que no entiendo, es cómo Villodres creía que la había enredado...

–¡Hola!

Tomati se levantó de la silla, e hizo una reverencia. Ella le sonrió y dijo:

–Creo que es hora que nos tuteemos

–Por supuesto

Ángela, directamente fue al grano, y le dijo que ella no era la verdadera esposa, y le relató toda la historia que le había contado a Jaime. Juan estaba perplejo oyendo todo lo que le decía. Después de relatar todos los por menores, del porqué se hacía pasar por ella, dijo:

–...Y seguramente ella sí estaba “liada” con Villodres, pero su intento de hacer daño a Jaime fue su destrucción

Juan Tomati estaba a la vez que sorprendido por la historia, desconcertado por algunas palabras que ella utilizaba, que no había oído nunca, para expresar algunas cosas. Cuando ella terminó el relato, le preguntó a Tomati:

–¿Qué quisiste decir con lo de los papeles que Villodres iba a falsificar?

–Bueno, parece ser que tiene en su poder una lista de clientes para el contrabando, escritos por el puño y letra de Jaime. Pero él sabe que son falsos, e iba a utilizar su letra, para falsificar unos documentos. Ángela haría que él los firmara, y así perdería mucho dinero, y ella, posteriormente se “desharía” de su marido. Ella no acudió a la cita donde él le iba a dar esos papeles falsificados

–Entiendo, bueno, ¿qué opciones tenemos? De todas formas, hay una denuncia puesta, por atentar contra nosotros, ¿No?

Jaime asintió, pero Juan le explicó:

–Al ser él de la alta sociedad, eso sólo quedará en una multa y que él corra con los gastos de las curas que os tuvieron que hacer

Ángela lo miró horrorizada:

–¿En serio? Pero, ¿Qué tiene que pasar para que lo metan en la cárcel?

–¿En la cárcel?

–Sí, una pena de cárcel, como privación de libertad.

Juan la miró desconcertado y dijo:

–No, eso no se refleja como pena, tendría que ser un homicidio con agravantes para que lo desterraran o lo mandaran a trabajos forzados o incluso mandarlo a galeras, según demanda del rey

–¿Existe aquí la pena capital?– Le preguntó Ángela

–Sí, pero muy excepcionalmente se da, por la falta de verdugos, además tendrían que ser cargos como robo en caminos, con agravante de homicidio, más tendencia de armas, contrabando...

–Imagino, que todo sería diferente si no fuera de la alta sociedad

–Regularmente las penas a los granjeros son daños físicos, como azotes...

Ángela estaba asombrada, de cómo eran las penas allí, para con los delincuentes y preguntó:

–¿Qué se considera aquí grave?

–Pues, por ejemplo, falsificación de la moneda y comercio con moneda falsa. Eso es atentar contra la corona, no es lo mismo atentar contra la persona o propiedad, que contra el rey

Jaime de forma despreocupada cogió un libro de un estante y lo arrojó encima de la mesa en medio de los dos. Ella pudo leer en el título: “El Code Duello”. Juan cuando lo vio dijo:

–¡No dudes de que sería tu padrino!

–¡¿Estáis locos?!

Ángela cogió el libro y vio que se había impreso en Irlanda, en 1777. Detallaba treinta y seis reglas dirigidas a las clases altas e incluía frases apropiadas para desafiar al contrario, para elegir arma y lugar de duelo. Las reglas eran supremas, si alguien las rompía, el duelo dejaba de ser tal, para convertirse en una riña callejera más.

Jaime le dijo a ella:

–Créeme que ardo en deseos de echarle el guante

–¡No! ¡No y no! Primero, que le darías lo que quiere, y segundo, no te puedes fiar de él para que acate esas ridículas reglas. Además, podrías resultar gravemente herido, o muerto. ¿Merece la pena, después de tanto esfuerzo por mantener esta hacienda? ¿Merece la pena, que esté yo aquí, haciéndome pasar por tu mujer, para que no pierdas nada, ni a nadie, para que resultes muerto? Opino, que Villodres es una cucaracha que se merece algo peor que darle lo que quiere

–Si no lo retas tú, lo hago yo, no puedo permitir que me exponga, sería mi muerte social, y perdería el trabajo y...

Ángela interrumpió a Juan:

–¡No! ¡No caigas en su trampa! A ver, por lo que veo...es más grave aquí acabar con la reputación de una persona que atentar directamente con su vida, ¿No?

Jaime y Juan se miraron, para luego mirarla a ella:

–¿Por qué no le damos de su propia medicina? Es decir, creo que más daño le hará si hacemos que se extiendan los rumores de que engaña a las personas que quieren hacer negocios con él, o... que duden de su hombría....

Jaime frunció el ceño, y apretó la mandíbula, pero Juan sonrió diciendo:

–¡Oh! ¡Pero eso es muy rastroso! eso es lo peor que....

–Exacto, rastroso como él. Podéis empezar yendo a los burdeles y ando a las prostitutas para que corran el rumor de su falta de hombría.– Con sonrisa traviesa añadió –¡Seguro que ellas añaden ideas sobre sus gustos...”peculiares”!

Juan abrió los ojos desmesuradamente para terminar riendo.

–¡Por Dios! ¿Dejarías que tú “marido” y yo fuéramos a los burdeles?

Ángela se rio:

–¡Je, lo de menos es que acudáis a esos sitios...!

Continuaron hablando largo rato, incluso se quedó a cenar con ellos. Cuando ya se retiró Ángela para dormir y los dejó solos, Juan, con una copa de brandy en la mano le dijo a Jaime:

–Volviendo al tema, créeme que yo querría tanto como tu una satisfacción inmediata. Pero ella tiene razón, no acataría las reglas. Dejemos de fingir que no hemos sopesado la idea, que aunque sí es lo más bajo, es nada más y nada menos que lo que esa sabandija se merece. Además, eso crearía una cortina de humo, y la atención sería hacia él y no hacia mí o hacia a ti. Si intentara resarcirse, una vez vapuleada su reputación, nadie le daría crédito.

–Está bien, hagámoslo

–Además, tienes el beneplácito de ella...

Lo dijo sonriendo, y terminó con una carcajada, para continuar:

–¿Qué dama incitaría a su marido que fuera a burdeles? Ninguna que yo conozca...

–Eso tenlo claro, que no es como las demás

Juan se puso serio y dijo:

–¿Has creído esa historia acerca de su procedencia?

–No tendría por qué dudarlo, tiene sentido, pero...

–¿Pero?

–No lo sé, son detalles, cosas que no me cuadran... pero de todas formas está empeñada en volver con los suyos.

–Y tú no quieres que vuelva, claro está.

–No. No quiero que se vaya, de hecho, he mandado dos investigadores para localizar a su familia, cuando la encuentre, quiero hacerles ver mis intenciones, y pedir su mano.

Juan levantó las cejas, esperó unos segundos en silencio para decir:

–Cuando he hablado con ella en inglés...me ha respondido perfectamente, pero con un acento que jamás he oído. Es española, de eso no hay duda, y cuando habla en francés tiene ese ligero acento en español, incluso en inglés se aprecian las reminiscencias del español. Pero es algo que me desconcierta, he conocido personas de muchos sitios, pero ese acento jamás lo oí. También he de decir, que a veces utiliza palabras para expresar cosas, que tampoco he oído antes.

–A mí también me desconcierta a veces. No actúa como una dama en ciertas ocasiones, pero tampoco como una campesina o como una esclava. Su piel es suave, sin marcas. Tiene una educación, eso está claro, y bajo esas faldas tiene unas piernas contorneadas que ya quisieran

muchos jóvenes. Sólo se obtiene ese cuerpo con años de ejercicio

–¿Sabe ella que estás buscando a su familia?

–No, no lo sabe

Jaime mostró disgusto, y Juan notó su fastidio:

–¿Qué ocurre? ¿Crees que se enfadará? ¿No estás seguro de que ella aceptara casarse?

–En estos momentos, no estoy seguro de nada. Anoche mi ex–amante me montó una escenita y ella nos sorprendió.

Juan emitió un silbido:

–¡Uf!, una mujer, sea de donde sea, si se siente traicionada...pero yo no me preocuparía, sé que es fácil decirlo, pero deja que pase la tormenta. Jaime, he visto cómo te mira, y como la miras tú a ella. Ese tipo de cosas, no se van de un día para otro.

Jaime lo oía con atención, y queriendo cambiar de tema:

–Bueno, lo mejor será organizarnos, para empezar a desprestigiar a Villodres

–Sí, sé dónde mañana se organiza una timba, ahí podemos empezar con los rumores...

Siguieron hablando bien entrada la noche, y cuadraron citas y detalles con lo que iban a hacer.

X

Al día siguiente, Ángela mandó llamar a Yeji. Decidió que lo mejor sería mantenerse ocupada e iría a la iglesia donde organizaban las actividades de beneficencia.

Cuando iban en el carruaje, Ángela le dijo:

–Prométeme que ocurra lo que ocurra, en el tiempo estipulado, te pondrás en contacto con tus descendientes y me devolverás a mi tiempo

–Sí, claro, pero, ¿Ha pasado algo?

Ángela le explicó todo lo acontecido. Para cuando terminó de contarle, llegaron a la iglesia.

Las horas pasaron rápidamente, y cuando ya habían hecho muchos lotes de alimentos para los necesitados, una de las mujeres se acercó a ella y dijo:

–Yo voy a volver a casa, continuaremos mañana

La mujer se puso muy cerca de ella y en voz baja, dijo:

–No quiero estar aquí cuando oscurezca. Dicen que Santa Bárbara fue construida sobre un cementerio, y que durante la noche, se pueden escuchar los lamentos de los espíritus mientras mueven las verjas de la iglesia...

La mujer lo dijo con tanto dramatismo, que ella no pudo evitar sonreír. Se imaginó a gente entrando en la iglesia de noche con cámaras de luz nocturna y sensores de movimiento a la caza de fantasmas, como en los programas esos de la televisión, en los que el espectáculo es la premisa y sólo terminan captando unas sombras y poco más.

–¡Sí, de verdad, es cierto! Tú haz lo que quieras, nos vemos mañana.

La mujer se fue y las demás también se despidieron, así que ella hizo lo mismo.

Cuando llegaron a casa, Jaime le había dejado una nota diciéndole que iban a la timba, para comenzar con el plan. Ella quemó el papel al leerlo, para no dejar rastro de lo que hacían. Había también una carta de la señora Francisca Mieses, le pedía que los visitara, que los niños querían oír más historias.

Pasaron varios días, y entre ir a la iglesia, y las visitas que hizo a casa de Doña Francisca, no coincidía con Jaime.

Una madrugada, él la despertó entrando ruidosamente en la habitación, y visiblemente borracho se dejó caer en la cama.

–¡Jaime!

–Sólo quiero dormir a tu lado, no me tengo en pie...

–¡Oye!– Lo zarandeo. –¿Cómo va el plan?

–Va bien, va bien...

Lo dijo casi en un susurro, se estaba quedando dormido.

–Jaime, te lo tienes que tomar con calma, si no, estas salidas te van a destrozar.

–Sí, sí. Mañana no, pero pasado mañana, te voy a llevar a la ciudad, así nos ven juntos, y podrás ir de compras...

Se le quedó mirando pasmada y él se quedó profundamente dormido. Y después no pudo evitar acariciarle el rostro, lo echaba de menos. Él suspiró, y ella retiró la mano, se dio media vuelta y se echó para dormir.

Al día siguiente cuando despertó, él no estaba a su lado. Había ido a los campos, le dijo posteriormente un criado.

Durante la mañana, ella fue a dar un paseo. La hacienda estaba situada en medio de una

llanura. Ella estaba caminando, no muy lejos de la casa, ajena a unos ojos que la escrutaban en la lejanía.

El hombre, ocultándose detrás de un árbol, en una colina cercana, podía divisar la casa y los alrededores. Sacó su cajita de rapé y aspiró por ambos orificios. No veía a Jaime en las proximidades, pero no podía acercarse más, había criados por doquier. Desde su posición más alta, hizo un barrido con la mirada, y extrañado observó a una niña de unos doce años, que al lado contrario de la casa, desde donde él se encontraba, en los campos, estaba de pie, completamente quieta.

Miró hacia donde la niña lo hacía, y vio a Ángela caminando. Volvió a observar a la niña que miraba a Ángela con ojos espantados. La chiquilla retrocedió unos pasos, mientras se persignaba, y salió corriendo en dirección contraria a ella.

Toda la escena le extrañó sobremanera. No es que le tuviera miedo a ella, sino el verla, fue lo que la asustó, y averiguaría por qué.

Al atardecer fue de nuevo a Santa Bárbara, y se ofreció al sacerdote para ordenar sus notas y pasar a limpio el inventario. Al principio, le resultó un desafío, no estaba acostumbrada a escribir con pluma, pero terminó siendo una tarea relajante.

Sin darse cuenta, las horas pasaron y ya había oscurecido. Las demás mujeres hacía rato que se habían ido. El cochero esperaba fuera pacientemente, a que ella terminara su tarea. Estaba tan absorta en el trabajo, que no se dio cuenta que estaba sola en la iglesia. Unas velas iluminaban lo que escribía, y el resto de la estancia comenzó a ponerse en penumbras.

De repente, en el silencio de la sala, sintió cómo los vellos de la nuca se erizaron, y se miró el brazo derecho para ver cómo se le ponía la piel de gallina. La temperatura descendió varios grados, hasta incluso notar su propio vaho salir por la boca. Se quedó completamente quieta. Oyó la madera de los asientos de los feligreses crujir. Miró hacia el frente, y de reojo notó una sombra moverse. Empezó a bombearle el corazón más rápidamente. Supuso que el sacerdote estaba en la sacristía.

—¿Padre?

Su mente racional primero intentó buscar una explicación lógica, seguro estaba sugestionada por las historias de fantasmas que las mujeres habían contado esos días. Pero el descenso tan brusco de la temperatura, eso no era sugestión. Ella no era una persona miedosa, pero su instinto estaba reaccionando a algo tan ancestral como el miedo a lo desconocido.

De repente oyó un quejido o creyó oírlo, y de forma brusca se levantó de la silla, eso hizo que golpeará la mesa y tiró el tintero, y el líquido oscuro empezó a derramarse por la mesa. Se apresuró a poner papeles encima, para limpiarlo, y la puerta de entrada de la iglesia chirrió para cerrarse de golpe. Ella ante eso, sintió una descarga eléctrica por todo el cuerpo que hizo que se convulsionara. Su cerebro, con ello, le estaba advirtiéndole de un peligro inminente.

—¿Padre?

Seguía sin responder. Respiró hondo para intentar tranquilizarse. Seguramente la puerta la había cerrado el viento.

Pero en un lateral de la iglesia vio una figura de una especie de monje, ataviado con una cogulla completamente negra, y la capucha que lo cubría, no dejaba ver su rostro. Parecía que miraba al suelo y señaló a un punto concreto del piso.

En ese momento, el sacerdote, salió de la sacristía, que estaba en el lado opuesto de la figura que estaba viendo.

—Perdone, estaba enfrascado en mis cosas...

El sacerdote siguió hablando, pero ella, mirando a la figura, vio cómo se desvaneció ante sus

ojos. Ella perdió el color de sus mejillas, y el hombre, al ver el estropicio del tintero caído, se acercó para limpiarlo. Al ver su cara dijo:

—¡Oh, señora, no se preocupe, no es la primera vez que ocurre, hasta a mí me ha pasado varias veces!

Ella de forma apresurada se despidió del cura y disculpándose salió por la puerta rápidamente.

De camino a casa, tratando de tranquilizarse, le dio mil vueltas a lo que había pasado.

Terminó por pensar, que el hecho de que ella había viajado en el tiempo y el espacio, de alguna manera, la había hecho estar más sensible o perceptiva a planos diferentes de existencia. Hasta ese momento no creía en esas cosas, pero lo que había visto y oído, no lo había imaginado, de eso estaba segura.

Al día siguiente, Lupe la despertó por la mañana:

—Señora, ¿Qué se va a poner para ir a la ciudad?

Lo había olvidado por completo, e incluso se asombró que él lo recordara.

De camino a la ciudad, Jaime le contaba todo lo que Tomati y él habían hecho hasta el momento. Le dijo que se encontrarían con él en el puerto.

Estuvieron conversando de cosas varias, y en un momento dado, Jaime le dijo:

—¿No hay forma de disuadirte para que no te vayas?

—Ya lo hemos hablado, y creo que el trato estaba claro. Además, ¿Por qué habría de hacerlo?

Ella en el fondo esperaba una declaración de amor, pero en cualquier época, eso era un tanto difícil. A él desde siempre, le habían enseñado a no mostrar los sentimientos. Después de criarse sin su madre, la educación que le profirió su padre, luego la academia militar y finalmente llevar una hacienda, lo convirtieron en una persona que siempre debía aparentar ser fuerte. Cualquier demostración de sentimientos, se consideraba debilidad, y eso era algo que nunca se había permitido. Con ella, había descubierto sentimientos que no sabía que podía tener, pero se mostró práctico, como lo haría cualquier hombre de la alta sociedad:

—¿Tan malo sería? Creo que te puedo proporcionar una buena vida aquí, no te faltaría de nada. Además, los criados están muy complacidos de tu “cambio”, para bien, y mi gente me importa. No se me ocurre nadie mejor para llevar mi casa, ya llevas aquí un tiempo y se han acostumbrado a ti

Ella apretó los labios, y se cruzó de brazos. Trató de mostrarse neutra al decir:

—Eventualmente, podrás encontrar a otra para eso... cuando me vaya, serás libre de hacer lo que quieras con tu vida, eso es lo que querías desde un principio ¿No?

—¿Es porque no estamos realmente casados? Eso se puede arreglar, yo te acompañaría, cuando se cumpla el plazo, para hablar con tu familia, si me lo permites. Naturalmente que iría, a presentar mis respetos, por eso no te preocupes, quiero hacer las cosas correctamente y...

Ella ni siquiera sabía qué decir. ¿Cómo le explicaba que eso no era posible? Cientos de años los separaban. Cuando estaba enfadada o se ponía nerviosa, tendía a usar palabras malsonantes, siempre que estuviera con alguien de confianza, y en esta ocasión no pudo evitar decir, levantando la voz:

—¡Me importa una mierda que estemos casados o no! ¡No es por eso!

Él levantó las cejas sorprendido, se revolvió en su asiento. No entendía nada. No comprendía cómo era posible que ella le hubiera demostrado esa pasión entre sus brazos, y a la vez, como si no hubiera ocurrido nada entre los dos, quisiera irse.

Creó que había algo especial entre ellos, ansiaba tocarla, volverla a sentir, ¿Es que a ella no le ocurría lo mismo? ¿O quizás, buscaba a alguien más importante, más acaudalado?

—¿Buscas alguien con más propiedades o títulos nobiliarios?

–Me indigna que pienses así de mí. No busco a nadie, ni con más ni con menos dinero

–Entonces, si el dinero no es el problema, ¿Qué? ¿Cuál es el problema?

–No puedo, no puedo quedarme, no te lo puedo decir

Él frunció el ceño, menos estaba entendiendo ahora.

–Entonces, ¿Es porque no quieres o porque no puedes?

–Es porque... no puedo.

Él le acarició el rostro con la mano derecha. Se miraron durante unos segundos y ella derramó una lágrima que él atrapó con su pulgar. Se acercó a ella y tomó sus labios dulcemente.

El carruaje traqueteó y se detuvo, de forma que los obligó a separarse.

De repente, un arma apuntándola entró en el habitáculo. La mano que sostenía la pistola no se veía a quién pertenecía, pero momentos después, la cabeza de un hombre con barba y bigotes canos apareció por el ventanuco.

–Buenos días, ¿Serían tan amables de salir del carruaje?

Hicieron lo que se les pedía. Ángela vio cómo otro hombre apuntaba cerca de la sien del cochero, y un tercero estaba detrás del carruaje con un rifle encañonándolos.

–Tranquilo y sin hacer tonterías, “monsieur”. La plata

Ella se quedó junto al carruaje, el que apuntaba a Jaime retrocedió unos pasos y Jaime también se separó del vehículo.

Lo que ocurrió fue tan rápido, que Ángela ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar.

Jaime con las palmas en alto, miró tras el que lo enfilaba, y divisó al del rifle. Después dirigió la mirada hacia su cochero, al cual le hizo un gesto. Utilizando el factor sorpresa, Jaime, bajó su mano velozmente para ponerla encima del cañón de la pistola y girarla bruscamente para alejarla de su cuerpo, pudiendo así con la otra darle un tirón y arrebátarsela de las manos.

Con la misma velocidad, sin haberse parado un segundo, le dio en el rostro al barbudo con el arma, haciendo que se le fuera la cabeza hacia atrás de forma violenta por el golpe, provocando que se agarrase la cara de forma instintiva. Jaime aprovechando el desconcierto, lo posicionó de frente al que tenía el rifle. Nervioso el del fusil disparó, pero la bala alcanzó a su compañero por error, ya que fue usado como escudo humano. Entonces Jaime no titubeó en apretar el gatillo.

A la vez, el cochero alzó el codo, e hizo que la pistola del que le amenazaba, apuntara al cielo y se disparara. Después lo empujó con tal violencia, que cayó de espaldas al suelo. El cochero se bajó hábilmente, y con la bota le dio en el rostro al tumbado, haciendo que perdiera el conocimiento.

Ángela ahogó un grito, al ver a Jaime disparar, y en seguida caer un hombre al suelo a su derecha. Cuando vio cómo el cochero le dio la patada, se estremeció.

Atemorizada, no se movió del sitio. Jaime dejó caer al suelo el cuerpo inerte, y después se acercó al que estaba tras el carruaje, y le quitó el rifle. Comprobó que estaba muerto, le había dado en el cuello. Se acercó unos pasos y le lanzó a su cochero las armas que el hombre cogió al vuelo. Al llegar frente a ella, la tomó por los hombros, aún no había reaccionado y la abrazó.

Al cabo de un rato, cuando ya estaba más calmada, oyó unos cascos acercarse. Eran soldados. Estaban próximos al puerto, por lo que uno de los puestos fronterizos de defensa estaba cercano. Al oír los disparos, acudieron al lugar. Al relatarles Jaime todo lo ocurrido, se asombraron que hubieran intentado asaltarles tan cerca de sus posiciones. Les hicieron preguntas también al cochero, a ella sólo le preguntaron si estaba bien. Posteriormente, el soldado, le dijo a Jaime que podían irse, que ellos se encargaban, pero que en el día o días posteriores, se acercara a firmar la declaración.

Prosiguieron el camino, ella conmocionada se mantuvo en silencio, pero tras un largo rato ella

le dijo:

–¿Y tú quieres que me quede aquí?

–Si estás a mi lado, no corres peligro

Ella alzó la ceja izquierda, y enseguida empezaron a oír el gentío fuera. Cuando el carruaje paró y bajaron, les invadieron los oídos los pregones de las mercancías, gritos infantiles, risas. El aroma a pescado fresco les inundó las fosas nasales.

Justo donde atracaban los barcos había puestos de todo tipo. A su izquierda, ella observó la ciudad en la que un enjambre de calles transversales constituía un laberinto interminable. En la red de callejuelas, la mayoría sin empedrar, y sumidas en un pestilente hedor, se hacinaban muchas viviendas, casi todas de una sola planta y con las paredes desconchadas. Pero más al fondo, se veían más altas y suntuosas. Justo en la calle que daba frente al mar, que era donde se encontraban, se alineaban tiendas de barberos, sangradores, carpinteros, zapateros, sastres, artesanos, vendedores de utensilios de pesca... sin olvidar a los solicitados vendedores de perfumes y de ungüentos.

Entre la muchedumbre, apareció la figura de Tomati, que se acercó a ellos.

–¡Hola, habéis tardado!

–¡Nos han asaltado!– dijo ella con rapidez.

Sorprendido, Tomati miró a Jaime y luego a ella, a la que se aproximó diciendo:

–¿Estáis bien?

Mientras ella le respondía, un hombre se puso al lado de Jaime para decirle:

–Señor Orellana, el cargamento ha llegado, si es tan amable de seguirme, necesito que dé su aprobación....

El hombre siguió hablando, y después Jaime los miró. Tomati dijo:

–Ve, no te preocupes, me quedo aquí con ella

Jaime asintió, y con paso firme se alejó entre la multitud. Tomati, viendo que ella estaba nerviosa, le dijo que lo mejor era que se movieran, dando un paseo. Ella comenzó a hablar sin control:

–¡Nunca he visto nadie morir, y menos con violencia! ¡Oh Dios! ¡Si parece que estoy casada con “Clint Eastwood”!

–Espera, ¿Quién?

–¡Oh! Es... es sólo un pistolero famoso de Estados Unidos. No importa, pero es que... ¡Nunca pensé que sería tan peligroso estar aquí! ¡Desde que llegué he estado más en riesgo que en toda mi vida! ¡Ayer creo que vi un fantasma, hoy nos asaltan, me han apuntado con un arma ya varias veces!

–Espera, ¡¿Qué?!

La tomó por el brazo para apartarla un poco del camino. El tráfico de peatones era incesante. Ella empezó a hablar cada vez más deprisa, entonces Tomati, la dirigió hacia otro lugar, pero había gente por todos lados. Caminaron más deprisa, agarrada por el brazo, hasta llegar a una bocacalle poco transitada. Al final de esa calle más estrecha, se vislumbraba una pequeña plaza. Anduvieron un poco más despacio hasta llegar. Ella, en su estado de nervios, no se daba cuenta ni dónde estaba.

–¡...nunca me han pasado las cosas que me están pasando aquí! ¡Puedo pasar sin móvil, sin internet, sin tampones, sin agua corriente, sin tele...! ¡Por Dios! ¡Darme una ducha calentita, tirar de la cisterna, beberme una cola...!

Tomati estupefacto, la oía sin entender nada de lo que decía y de repente, cuando llegaron a la plaza, ella se calló de forma abrupta y se quedó petrificada. Él miró hacia la dirección que ella lo

hacía.

Había un grupo de esclavos, los estaban vendiendo. Estaban en un podio alineados. Abajo un grupo de hombres discutían y regateaban el precio:

–¡Maldición, hombre!– Exclamó un individuo. –Me ha traído un grupo lamentable. ¿Estos fueron los mejores que pudo traer? ¡Necesito hombre jóvenes y fuertes para el campo!

–Lo siento, señor– Contestó otro. –Fueron todo lo que pude conseguir. Quizás los habrá mejores más adelante

–¡Bah!– Replicó el primero. –Un precio muy alto, sin duda....

Ella dejó de mirarlos, para ver que a la izquierda de la plaza, había grandes jaulas hechas de madera, con barrotes del mismo material, y dentro había personas. A la derecha, los esclavos vendidos, estaban alineados para marcarlos a fuego.

Ella se puso una mano sobre el estómago, la otra mano buscó el brazo de Tomati para agarrarlo con fuerza, perdió el color de su rostro. Para colmo, vio que entre los compradores estaba Villodres, el cual se percató de su presencia. Les sonrió, y agachó la cabeza a modo de saludo.

Ángela, como tenía a Juan cogido del brazo, notó cómo hizo ademán de ir hacia él, pero ella lo agarró más fuerte impidiéndoselo. A duras penas, pudo decir:

–¡Sáca... sácame de aquí!

Él, al notar el apretón en el antebrazo, la miró. Cuando le vio la cara, le cambió el semblante. La tomó para volver por la calle por donde habían venido. A medio camino, de esa calle más estrecha y menos transitada, ella apoyó la mano libre sobre la pared, cuando llegó a su nariz el olor a carne quemada. Le estaba costando andar, y tuvo que parar. Terminó descargando todo el contenido de su estómago.

Él le tendió un pañuelo, cuando terminó, para que pudiera limpiarse. Y continuaron, lentamente hasta llegar donde estaba todo el gentío y el mar frente a ellos.

Un muchacho los interceptó, para darle a él una nota de Villodres.

Tomati, sin pararse a leer la nota, buscó entre la gente a Jaime. Miró a la dirección donde podría estar. Cuando lo halló, le hizo señas. Jaime, al ver el rostro descompuesto y bañado en lágrimas de ella, se apresuró a ir a su encuentro.

Fueron al carruaje, y los tres se dirigieron a la casa que Jaime tenía en la ciudad.

XI

La casa, situada como una más de las viviendas que poseían los hacendados en la ciudad, tenía dos plantas. A ella se le asemejó a las casas inglesas. A la izquierda, un despacho y a continuación, estaban las escaleras que llevaban al piso superior donde se hallaban las habitaciones. A la derecha, una pequeña salita. Dentro de la salita, al fondo, había dos puertas que accedían a un gran comedor. Por el comedor también se accedía al final del pasillo que había junto a las escaleras. Detrás de las escaleras, y frente a la otra puerta de acceso al comedor, se entraba a la cocina. En la cocina había una puerta trasera, donde había un pequeño jardín vallado e incluso un pequeño huerto.

Naturalmente, Ángela no vio nada de eso, hasta bastante más tarde. Se excusó con ellos, para ir a la habitación, e intentar refrescarse y tranquilizarse. Les dijo que quería estar a solas un rato.

Ya en la habitación, se echó encima de la cama y se puso en posición fetal. Comenzó a llorar.

Se sintió una ingrata al quejarse por echar de menos cosas nimias, mientras había gente allí esclavizada. Acababa de tener una dosis de realidad, de dónde estaba y en qué momento de la historia.

Le vino la imagen a la cabeza de cómo estaban marcando a uno de los esclavos, como si fuera ganado. Y lloró con más ganas. No era lo mismo ver algo así en una pantalla, sabiendo que son actores, y que la sangre es artificial, a verlo en la realidad. Aunque sabía que eso había ocurrido, no era igual verlo que vivirlo. Pensó que Yeji seguro le edulcoró la situación, para que ella no saliera corriendo.

Después de todo, ¿Por qué iba a quejarse? Más de una persona, daría su brazo derecho por vivir lo que ella estaba viviendo. Encima, le hacían la comida, le lavaban la ropa, no tenía que trabajar duramente para ello, vivía en una mansión. Incluso en su tiempo, la gente iba por ir a un sitio recóndito, sin teléfono, sin internet, y sin televisión, para “desconectar”

Sí, habían atentado contra su vida, pero todas las veces Jaime la había protegido, y había salido indemne.

A propósito de Jaime, ni en sus mejores sueños hubiera soñado poder estar con un hombre así. “Una segunda oportunidad”, le dijo Yeji. Y desde luego que la estaba teniendo, aunque fuera por tiempo limitado.

Una vez más lo había tratado como a los hombres a los que estaba acostumbrada, como a los de su tiempo, y él no era así. Jaime la había sorprendido en varias ocasiones, y lo más importante era que le había dicho que no quería que se fuera, ¿Sería su manera de decir que la quería? En su fuero interno quería escuchar las palabras, pero pidiéndole que se quedara, ¿No sería su manera de decírselo?

No lo sabía a ciencia cierta. Los hombres de esa época tenían un sentido del honor, y de lo que era correcto, que ella no terminaba de compartir o entender, pero acaso ¿No era esa una de las cosas que le fascinaban de él? La mayoría de los hombres de su tiempo tenían o no querían una relación estable. Muchos ni siquiera sabían lo que querían, y eso conllevaba a que muchas mujeres actuaran de igual manera.

Tenía que admitir que le asustaba y a la vez le dolía tener que dejarlo, para finalmente volver a su vida.

En el piso de abajo, Juan le contó a Jaime lo que había pasado. Ambos se extrañaron mucho que ella hubiera reaccionado así. Jaime dijo:

–¿Es posible que sea la primera vez que ve una venta de esclavos?

–Es evidente, le tenías que haber visto la cara... ¡estaba aterrada! Pero es que...te vuelvo a decir, antes de que llegáramos a la plaza, estaba diciendo cosas que para mí son un sinsentido

–¿Cómo qué?

–No sé, lo último que dijo, fue que quería beber una cosa llamada “cola” ¿Tú lo has oído alguna vez?

–No, igual será algo de Florida.

–No, no es sólo eso... es todo lo que dijo

Continuaron hablando del tema, intentaban comprender, por qué ella se descompuso de esa manera, pero después de un rato, Jaime le recordó la nota.

–¡Oh! ¡Cielos, sí, la nota!

La sacó del bolsillo y la leyó, después se la tendió a Jaime. Lo escrito decía:

“Veo que ya te has arrimado a ellos para averiguar lo que quiero... hoy, a media noche, nos vemos en tu callejón favorito. Más vale que sepas ya algo.”

V.

Jaime arrugó el papel, cerrando el puño. Antes de decir nada, vio a Ángela aparecer en la entrada de la estancia con los ojos enrojecidos de haber llorado. Se acercó rápidamente a ella.

–¿Estás bien?

–Sí, lo siento, quiero... quiero disculparme

–¡No! ¡No tienes que hacerlo! ¿Era la primera vez que veías una venta de esclavos?

Ella asintió con la cabeza. Y Juan le dijo:

–Bueno, que tal si piensas en otras cosas, necesitamos que utilices tu avispada cabecita

Cogió el papel arrugado, y se lo dio. Cuando terminó ella de leerlo profirió:

–¡Será cabrón!

Tanto Jaime, como Juan, se exaltaron al oírla. Juan, tuvo que ponerse la mano en la boca para ocultar la sonrisa, le resultaba divertido. A Jaime, no es que le gustara que ella se expresara así, pero sí era refrescante para él que fuera tan espontánea y sincera.

Hablaron del asunto largo tiempo, y en un momento dado, ella dijo:

–Bien, que tal esto: Te doy una carta, para que se la des a Villodres, y en ella le digo que intenté “deshacerme” de mi marido, pero que no me fue posible. Que no he podido ponerme en contacto con él y pensándolo mejor, esperemos al último o de la dote. De ese modo, nos quedaremos con el dinero y no perderemos la hacienda. Sólo entonces, hacemos desaparecer a Jaime, y así podemos estar juntos... y añado cualquier cursilería de mujer ciegamente enamorada

Los hombres se quedaron unos segundos callados, hasta que Juan soltó una carcajada.

–¡Me gusta! Ja, ja, ja. Jaime, me encanta cómo piensa tu mujer, estoy deseando ver su cara

A Jaime no le hizo tanta gracia, puesto que estaba pensando en las cosas que podían salir mal y sus consecuencias, así que le dijo a ella:

–Tendrás que imitar su letra

–¡Oh!, ¡Es verdad! ¿Hay aquí algo escrito por ella?

–No lo sé, busquemos.

Pasó más de una hora sin que obtuvieran resultados, pero Ángela, desde una de las habitaciones del piso superior, los llamó. Ella estaba frente a un escritorio, cuando llegaron, y les dijo:

–Observad...

Presionó uno de los compartimentos, mostrando uno oculto en donde había cartas guardadas.

–Jaime, ¿Sabías tu que esto estaba aquí?

–¡No! Para nada, ¿Cómo lo has averiguado?

–No lo sé, sólo lo descubrí toqueteando

No le iba a decir que sí sabía que en esos muebles solía haber compartimentos ocultos, y sacó las cartas.

Unas eran de los padres de ella, y otras efectivamente era de Villodres. En una hoja, ella le escribía a Villodres, pero no estaba terminada.

–Esto servirá, además, por lo que veo... efectivamente, Villodres la “cameló”

–¿La “cameló”?– dijo Jaime.

–Sí, quiero decir... que la embaucó

Acordaron qué iba a poner en la nota, y ella dijo:

–De acuerdo, primero hago un borrador, y vemos si queda bien, y luego ya imito su letra

Cuando vieron su caligrafía, Jaime y Juan se miraron, pero no dijeron nada. Se asemejaba más a la letra que se imprimía en los periódicos, que a la que se enseñaba en la escuela y que cualquier mujer cuidaba con adornos y armonía en los trazos.

Después de varias horas de discutir exactamente qué poner y copiando su manera de hacerlo para que quedara lo más perfecto posible, la carta final, se la entregó a Juan.

–Espero que esto funcione...– dijo ella.

–Crucemos los dedos, para que así sea

Quedaron en que Juan volvería a la casa al día siguiente, para ponerlos al día.

Esa noche, ella se retiró pronto. Todas las emociones de ese día le estaban pasando factura. Jaime se quedó varias horas más en su despacho.

Al día siguiente, él salió temprano a hacer diligencias y estuvo todo el día ocupado en la ciudad. Fue al puesto fronterizo, para firmar la declaración que los soldados redactaron del asalto.

Por la tarde, ya oscureciendo, ninguno de los dos había vuelto. Ella estaba impaciente por saber qué había pasado la noche anterior con Villodres, y esperaba que todo hubiera salido bien. Como no tenía forma de saberlo, hasta que volviera Tomati, pensó que tenía que hacer algo para entretenerse, o se volvería loca. Pensó que para variar, ella misma podría hacer la cena, le apetecía mucho comer pasta. En el tiempo que llevaba allí no había cocinado, así se le pasaría el tiempo más rápido.

Cuando entró en la cocina, había una mujer mayor y una joven. La mayor, dijo:

–¿Madame?

–Quisiera... que os tomarais lo que queda de día libre.

–Pero señora, la cena...

–Si no te importa, me gustaría encargarme yo

La joven, estaba limpiando unas verduras y patatas, tapándose la boca, ocultó una risita. La más mayor, sin dejar de mirar a Ángela, alzó las cejas, ladeó la cabeza y miró fugazmente a la más joven para darle con la mano abierta en la cabeza. Calladamente, la joven se encogió de hombros en el momento del golpe y dio señas de fastidio. La más mayor dijo:

–Señora, seguro que no...

–Ya lo has oído– Le dijo Ángela firmemente, pero en tono suave.

Bajó la mirada y asintió con la cabeza, después dijo:

–Sólo dígame lo que necesita, se lo dejaré preparado, pero, señora, no recuerdo que haya cocinado antes, no es molestia para nosotras ayudarla.

Ella le sonrió diciéndole que no se preocupara, que ella se encargaba. La mujer entonces, viendo que sus esfuerzos eran inútiles se encogió de hombros y se dirigió a la joven:

–Cesárea, deja eso, la señora quiere que nos retiremos.

La chica se quitó el delantal y se secó las manos. Mientras la otra hacía lo mismo, Ángela dijo:

–Dile a los otros que también se pueden retirar

–Sí, señora

Antes de que se fueran, ella preguntó:

–¿Tenemos harina?

–¡Claro! Pero si va a hacer pan, ya hemos hecho...

–No, no voy a hacer pan, voy a hacer pasta

Aprovechando las papatas que había lavado Cesárea, cogió unas cuantas y las puso a hervir. Buscó los huevos, y los encontró en una cesta de mimbre. Pensó: “¡Vaya nombrecito que le han puesto a la pobre chiquilla!”.

Cuando estuvieron las papas hervidas, las peló y trituró. A la harina le echó el huevo, el puré de papas, y comenzó a amasar. Cuando estuvo lo suficientemente dura, hizo un rollo largo de más de un dedo de grosor y lo partió en pequeños trocitos. Entretenida, le vino a la cabeza una canción y empezó a cantar. Otras tantas canciones recordó, terminando por hacer un popurrí sin sentido, aunque que en su cabeza sonaba las melodías de las canciones que hasta siglos después no se compondrían.

Aprovechando un trozo de madera que estaba castigada, sin duda por los cortes del cuchillo, deslizó suavemente los trocitos para que se estriaran y los iba dejando deliberadamente encima del poyete que estaba lleno de harina. Después, herviría los trozos, que se harían en pocos minutos, así que se puso con la salsa.

Cuando llegó Jaime a la casa, le extrañó que no estuviera el servicio, y oyó al fondo la voz de ella cantando. Lentamente, caminó por el pasillo acercándose a la cocina, donde le llevaba su voz. No quería que por el momento ella se percatara de que estaba allí, y lo que oía le agradaba, a la vez que lo desconcertaba. Lo hacía de forma armoniosa, pero estaba cantando en inglés, con una música inexistente, y cosas que nunca había oído y a un ritmo que no comprendía. Terminó entendiendo que saltaba de una canción a otra, pero nada de lo que cantaba lo escuchó antes.

Cuando se asomó a la puerta, y la vio entretenida cocinando, cantando, y a la vez, haciendo movimientos extraños, pensó: “¿Eso es un baile?”

Tenía un poco de harina en la mejilla derecha, y toda la escena fue lo más seductor que había visto hasta el momento.

Ella se dio cuenta de su presencia y se calló inmediatamente, se sonrojó porque la había pillado cantando.

–¿Sabes cocinar?

Ella sonrió y dijo:

–Bueno, es sólo pasta, pero tenía ganas...

Siguió hablando y explicándole lo que estaba haciendo y él se acercó a ella. Con el pulgar le limpió una mancha de harina que tenía en la mejilla, y se puso tras ella, para rodearla con sus brazos, mientras ella movía la salsa. Pero aún no la había abrazado, cuando llamaron a la puerta y Ángela dijo:

–Más vale que abras tú mismo, les he dicho a los demás que se fueran, para que estuviéramos solos.

–Lástima, que en un momento dejemos de estarlo...

Cuando abrió la puerta y vio a Tomati con un morado en la mejilla, torció el gesto. Tomati se adentró en la vivienda y al ver a Ángela acercarse con el delantal, por el pasillo, con un trapo

secándose las manos, la señaló, pero dirigiéndose a Jaime dijo:

–¿Está cocinando?

–Sí, lo está haciendo

–Tu mujer es una caja de sorpresas...

–Pero bueno– contestó ella –¿Es que las mujeres aquí no cocinan? ¡Oh! ¡¿Pero qué te ha pasado?! Te has liado a puñetazos

–Me temo que sí

Lo dijo, y enseguida, se cogió la cintura visiblemente dolorido.

–Por eso no he venido antes, necesitaba descansar...

–¡Ahora mismo nos lo cuentas todo!

–En realidad, no hay mucho que contar. Parece que sí se ha tragado lo de la carta, como le has dicho que va a tener dinero...eso de quitarle todo a Jaime es lo que persigue, y se supone que tú se lo vas a dar. Cree que te tiene bajo su influjo, pero después... bueno, después me enardecí y él respondió.

–Imagino que te quiere seguir chantajeando...

–Sí

Jaime dijo:

–Espero que él también se llevara lo suyo

–¡Oh! ¡Sí, algún derechazo se llevó!

Los dos terminaron sonriendo. Después, se pusieron a comer lo que ella había preparado. En un momento dado, Juan le preguntó a Ángela:

–El día de la fiesta, ¿Qué fue exactamente lo que hiciste para desatorar lo que tenía en la garganta? Si no llegas a hacerlo... ¡No podía respirar!

–¡Oh! Es sólo... una maniobra de primeros auxilios que se utiliza en esos casos, me lo enseñaron hace tiempo ya

–¿Quién?

–¡Uy, no lo recuerdo!

–Nunca vi una técnica así, deberían enseñarla a todo el mundo...

Ella le explicó en qué consistía exactamente lo que hizo. Pero por dentro, pensaba, que cuanto más tiempo pasaba allí, más iban a sospechar de ella. No se podría mantener una mentira así por mucho tiempo. No sabía cómo enfocar el tema, si en un momento dado debía decir la verdad. Yeji, tendría que ayudarla, y corroborar en su momento la increíble historia. Últimamente le daba la sensación de que cada vez que abría la boca, más metía la pata.

Estuvieron un rato charlando de otros asuntos. Cuando Jaime hablaba, ella lo oía embelesada, porque aunque él no lo supiera, le enseñaba cómo eran las cosas allí, y a la vez, hacía que lo conociera más.

Ella se levantó para recoger la mesa, y Jaime le dijo:

–Ángela, no tienes que hacerlo

Ella le sonrió y le dijo:

–Lo sé, pero quiero hacerlo.

Llevó las cosas a la cocina y los dejó solos. Mientras limpiaba ella en la cocina, Juan preguntó a Jaime:

–¿Están las cosas más tranquilas entre ustedes?

–Sí, pero se sigue manteniendo distante. He intentado hablar con ella, pero está siendo muy obstinada. No entiendo su posición y su reticencia. ¿Puedes creer, que dice que no le importa que estemos casados o no?

–Bueno, querido amigo, no estamos hablando de cualquier mujer a la que estamos acostumbrados a tratar, pero una mujer es una mujer, al fin y al cabo. ¿No?, debe ser un desafío...

–¡Oh! ¡Desde luego!

Terminaron charlando de otras cosas, y al cabo de un rato ella se unió a ellos.

–¿Vais a seguir con la campaña de desprestigio a Villodres?– dijo ella.

–Naturalmente, pero debemos ser cautelosos para no levantar sospechas – dijo Jaime.

Alrededor de una hora después ella se retiró a descansar. Juan no tardó mucho en irse, pero planificaron sus posteriores salidas nocturnas.

Jaime fue a su despacho. Ojeó la correspondencia. Una de las cartas era de uno de los detectives, que con sus primeras pesquisas, le decía los resultados negativos ante la búsqueda de la ubicación de los familiares de ella.

Frunció el ceño, escamado, porque empezó a dudar de su historia. Tendría que esperar a ver qué le decía el otro detective, pero todo le estaba resultando muy sospechoso.

No entendía nada. Sabía que no estaba allí para robarle, de eso estaba seguro. Yeji no la habría traído si no fuera de fiar. Estaba seguro que “mama Yeji” sabía perfectamente quién era ella. Si la historia que Ángela le había contado no era verdad, ¿Por qué lo ocultaban? En realidad, su procedencia le traía sin cuidado. Lo que lo estaba matando era tener que verla cada día, y no poder tocarla.

Había estado con otras mujeres, pero lo que Ángela le había hecho sentir, no había sido así con las otras. Las sensaciones cuando se tocaban habían sido muy intensas, y ella ahora no quería...

Dio un puñetazo en la mesa. Por momentos se sentía cada vez más enfadado. Necesitaba salir de allí. Dejó una nota y salió de la casa, cogió un caballo y volvió para la hacienda. Para cuando llegara, ya estaría agotado y podría dormir.

XII

Al día siguiente, cuando ella vio la nota, recogió sus cosas y volvió a la hacienda en el carruaje. No sabía por qué razón él se había ido de forma tan apresurada, pero pensando en la nota, aunque fuera algo escrito, percibía frialdad en la manera que le escribió que volvía.

Al llegar, Yeji y Jaime estaban en el comedor esperándola. Jaime estaba taciturno y Yeji le dijo a ella:

–María te vio el otro día, Ángela, no pude evitarlo, esa niña corretea por todos sitios, la mando a hacer recados, pero es fácil que se distraiga.

–¿Qué le has dicho?

–Bueno, vino a la cabaña corriendo muy asustada, pero creí que lo mejor era decirle que eres la hermana gemela...

Jaime dijo en un tono neutro:

–Creo que has obrado bien, es lo mejor

Sin decir nada más, se fue a sus quehaceres y Ángela, le pidió a Yeji que dieran un paseo.

Cuando ya estuvieron alejadas de la casa, Ángela le contó las cosas que habían pasado.

–...Yeji, tengo la sensación, que ni mucho menos nos hemos quitado de encima a ese tipo

–Yo tampoco lo creo, aunque le hayas prometido el dinero, no va a cesar en su empeño...

Siguieron caminando, y después de unos minutos de silencio, Ángela dijo:

–Yeji, me gustaría ver tu cabaña, y cómo ayudas a la gente, y si te puedo echar una mano....

Yeji se quedó unos segundos pensando, hasta que dijo:

–Bien, puedes acompañarme y ayudarme si hay que curar a alguien, pero...sólo en algunas ocasiones y los de la alta sociedad no pueden saberlo. Algunas veces vienen mujeres ricas, pidiéndome algún hechizo de amor, y otras cosas... bajo el más estricto secreto. Los otros, me respetan, si te ven conmigo no hablarán, pero si tengo que hacer algún trabajo de santería, o consejo espiritual o algo así, no puedes estar presente. Eso queda entre el consultante, el santero o santera y los Orishas.

–¡Claro!

Cuando llegaron, Ángela se quedó anonadada con todo lo que había dentro. Era una cabaña modesta. Dentro de la casa vio un trapo que hacía las veces de puerta, separando la zona de descanso con la sala donde recibía las visitas. Prácticamente era una pequeña salita donde había en una esquina un altar con imágenes de santos, fruta fresca, pan, y muchas velas. En otra pared, había estanterías abarrotadas de frascos con hierbas, y plantas. Toda la estancia estaba inundada de cachivaches varios y amuletos.

Ángela se acercó curiosa a la estantería, donde vio unos tarritos que llevaban escrito manteca de cacao, diferentes tipos de plantas y lo que parecía que era tierra.

–¿Eso es tierra?

–Sí, de cementerio, de iglesia, también de mi país...

En un estante había un abanico con plumas, un bastón con forma de serpiente, una maraca, un recipiente parecido a una sopera, un caldero, una campanita. Encima de una mesa había caracolas y un trozo de madera. Había colgados en varios sitios collares, pulseras y sombreros. En otra estantería de madera había cuencos, un tronco tallado imitando a una cabeza humana. Una brocha, un cencerro, una corona, cuchillos, un tambor, un cuerno de vaca, y multitud de cosas más, que no llegaba a comprender para qué las utilizaba Yeji.

Sin llamar a la puerta, entró una chiquilla, que al verlas se quedó inmóvil en la entrada y Yeji dijo:

–Ven, María, no te asustes, ya te hablé de la hermana gemela de la señora...

–¡Hola!– le dijo Ángela jovialmente extendiéndole la mano a modo de saludo y agachándose un poco hacia ella.

María sonrió por el gesto, entre avergonzada y sorprendida porque la tratara como a una igual, e incluso cambió su postura corporal y se puso más erguida. Le tendió la mano dudosa, pero cuando Ángela se la estrechó sonriéndole, María se sintió más segura. Yeji se apresuró a decir:

–No olvides María, que bajo ningún concepto debe saberlo nadie...

María asintió con la cabeza, y ya más relajada le mostró las hierbas que le había traído. Yeji tocó y olió cada una de las diferentes hojas. Le dijo que le había traído mal unas en concreto, y la mandó a que fuera por más, explicándole cómo eran y dónde las podía encontrar.

Una vez que volvieron a estar a solas, Yeji se lavó las manos en una tinaja, se las secó y luego tomó las caracolas que había sobre la mesa y las arrojó como si fueran dados. Se quedó unos minutos observándolas y le dijo:

–¿Por qué te resistes a estar con Jaime?

Ella hizo una mueca y se cruzó de brazos para decir:

–Es mejor así, para ambos, así será más fácil cuando me vaya

Yeji entendió perfectamente que no admitía lo que ya era evidente para todos, se negaba a sí misma lo que sentía por él, y quería pensar que así le sería más fácil llegado el momento, el despedirse. En un intento por justificar como estaba actuando, Ángela alterada dijo:

–Además, no quiero complicar las cosas... sólo estoy aquí por un tiempo

Yeji la miraba, en silencio, para que ella se explicara y así instarla a que dijera lo que le preocupaba. Ángela nerviosa se puso las manos en las caderas, y mirando hacia otro lado dijo:

–Es que... cuando estoy con él no pienso con claridad, es decir, en mi tiempo, estaría poniendo medios para no quedar embarazada...

Después continuó de forma rápida al decir:

–Pero es que aquí la idea de introducirme una esponja vegetal empapada en vinagre, o utilizar una tripa de cordero o cerdo como preservativo... eh, no, gracias.

Puso cara de asco al decirlo, a lo que Yeji sonrió y de forma sarcástica dijo:

–Bueno, puedes también comer búcaro

Ángela la miró desconcertada sin entender, y Yeji dijo:

–Las damas de la alta sociedad comen a pequeños mordiscos esas jarritas de barro. Las que traen de Portugal son las más codiciadas, aunque también hay pastillas de ese barro realizadas con azúcar y ámbar...

Ángela con los ojos como platos le dijo:

–¿Y para qué demonios hacen eso?

–El comerlo hace que se tapen ciertos conductos, sirviendo para cortar hemorragias. Algunos matasanos aún lo recetan para los sangrados del mes abundantes. Eso hace que se de extrema palidez en el rostro, que como bien sabes, consideran que es la verdadera belleza; el caso es, que lo comen para que se les retire el malestar del mes, y así pues no...

–¡Qué dices! ¿Eso lo hacen de verdad? ¿Se enferman a propósito?

–De hecho, las mujeres dadas a esa costumbre tienen que terminar por ir al médico y les aconsejan tomar polvos de hierro. En España, creo haber oído que las mandan a beber aguas de “la fuente de Acero”, cerca del Manzanares, que deben ser ricas en hierro.

–¡Claro, imagino que es por la anemia que cogen!

Ángela se echó la mano a la boca para tapársela, y entonces, alzando las cejas, dijo sorprendida:

–¡Uy! ¡En el cuadro de “las Meninas de Velázquez”^[17], la infanta que está justo en medio, la rubia! ¡La mujer que justo tiene al lado le está ofreciendo una bandeja con una jarrita de esas!

Yeji con una media sonrisa apretando los labios y las cejas alzadas asintió con la cabeza y dijo:

–No conozco ese cuadro, pero imagino que se lo está ofreciendo para lo que te he dicho... ¿Es que no quieres ser madre?

–Sí... sí quiero, pero algún día

–¿Consideras que eres demasiado joven o es que no has encontrado al apropiado?

Agachó la cabeza para contestarle:

–Supongo que ambas

–Entonces, si encontraras al apropiado, sí querrías...

El hecho de que Ángela no contestara, otorgó lo que le estaba diciendo, por lo que Yeji entonces emitió una sonrisa enigmática.

De repente alguien aporreó la puerta y Yeji se dio prisa en abrir. Entró en la estancia una mujer india con un niño que se había quemado el brazo. La mujer estaba asustada y el niño no paraba de llorar. Enseguida los atendió y Ángela le iba alcanzando lo que Yeji le pedía.

Prácticamente pasaron el día entero atendiendo a diferentes personas. Aparte de la quemadura del niño, una niña se había intoxicado con unas bayas. También una mujer vino con un bebé y Yeji al ver que eran gases, le dijo lo que debía hacer, y le dio hinojo para que le hiciera infusiones, y así tratarlo. Un hombre acudió para las curas de unas heridas, de las cuales ella utilizó clara de huevo con clementina para secarlas.

Cuando volvieron a estar solas, Ángela dijo:

–¡Madre mía! ¡Sí que tienes trabajo aquí! Eres como lo que sería en mi tiempo un médico de urgencias. Yo lo único que sé, fue por un curso que hice de primeros auxilios, que nos enseñaban cosas, hasta que acuda la persona que verdaderamente sabe de medicina. Trabajando con tantas personas, es normal que en un momento dado ocurra un accidente. Siempre se intenta evitar, claro está, como se suele decir “más vale prevenir que curar”, pero si sucede, lo primero que hacemos es llamar al médico, y mientras llega, algunas cosas se pueden hacer para evitar un mal mayor

–Bueno, hay días más ajetreados que otros, y ahora María me ayuda y aprende rápido. ¿Qué cosas te enseñaron?

–Pues... si alguien se quema, o se cae, cómo inmovilizarlo hasta que llegue el médico, o si se ahoga en el agua...

–¿Si se ahoga? Pero si ya está ahogado, ¿Qué hacéis?

–Bueno, en el caso de una persona que acaba de ahogarse, el tiempo es primordial para actuar. Si acaba de ahogarse, hay cosas que se pueden hacer

–¡Cuéntame, quiero saber eso cómo lo hacéis!

Ángela le explicó lo que era una reanimación cardio–pulmonar. En qué casos se hacían, en la posición en la que había que poner a la persona para hacerlo bien y no hacer un mal mayor. Las repeticiones que se hacían en el caso de que fuera un adulto o un niño, que era diferente. Le contó que ese método se utilizaba si no había pulso y le enseñó cómo hacerlo para que le llegara a los pulmones, habiendo verificado que ningún objeto obstruyera los conductos de aire, para insuflar oxígeno. Yeji se aseguró de aprender bien dónde había que poner las manos y cómo hacerlo, cualquier nuevo conocimiento para salvar una vida era algo primordial, por lo que por varias veces lo repitió para que se le quedara grabado.

Cuando ya se estaba haciendo tarde Yeji dijo:

–Será mejor que te acompañe a casa, está anocheciendo

En el camino de regreso a la hacienda, Yeji le dijo:

–Ángela, puedes venir cuando desees, pero nunca lo hagas sola, y antes de nada, debes resolver los asuntos que la señora solía atender.

A sus oídos les llegó el sonido de tambores y cánticos, no muy lejos. Ángela se paró a escuchar. Sin duda eran esclavos o trabajadores que al final de la larga jornada cantaban.

–Quiero acercarme

–No creo que...– dijo Yeji.

–Vamos, no nos verán, me ocultaré entre los árboles

Tiró del brazo de Yeji en dirección a los sonidos. Cuando llegaron vio las hogueras, trató de ocultarse entre el follaje y los árboles. Quedó fascinada con la escena.

Había hombres y mujeres alrededor de dos hogueras, tocando tambores y cantando. Tres mujeres bailaban frente al fuego con movimientos espasmódicos. Los cánticos parecían sonidos ancestrales. Los hombres, con graves, mantenían los tonos bajos y las mujeres con tonos altos, daban ritmo a lo que cantaban.

En un momento dado, cesaron los tambores, y a capela, más de siete voces emitían sonidos y una mujer sobresaliendo de los demás, en un idioma que no conocía, comenzó a cantar.

Ángela y Yeji, estaban acurrucadas tras un gran arbusto, a unos cincuenta metros de donde estaba todo el grupo. A Ángela se le puso la piel de gallina, sintiendo que le llegaba al corazón los sonidos que navegaban por el aire a sus oídos. Abrumada se le empañaron los ojos, percibiendo en todo su ser, la magia que le provocaba el sentimiento con que esa mujer cantaba.

Después, comenzaron de nuevo los tambores, y una música alegre y desenfadada, hizo que los demás se unieran alrededor de las fogatas para danzar. Ella sonrió ampliamente, y se restregó los ojos para secar la humedad. Se hubiera unido a bailar con ellos de buen grado, contagiada de la euforia y la energía positiva que transmitía el numeroso grupo de personas. Incluso empezó a mover las caderas y los pies, sonriendo. Yeji la cogió del brazo, para separarla del arbusto, e instarla a que se marcharan.

–¡Un rato más, por favor!

Se lo dijo sin dejar de mirar a través del follaje. De repente, sintió cómo la tomaban de la cintura alzándola al vuelo, mientras otra mano le tapaba la boca fuertemente, para que no gritara. Se sintió volar hacia atrás varios metros. El corazón le empezó a bombear alocadamente por el miedo que empezó a sentir. Como la tomaron por sorpresa, agitó las piernas al sentirse en el aire y perdió un zapato que voló a unos metros. Sólo fue en un momento, que varios metros atrás, sus pies tomaron tierra y oyó en su oído:

–¡¿Estás loca?!

Ella exaltada, y tratando de zafarse, con el codo le dio en el costado con un golpe seco. Él emitió un gruñido, y aflojó la mano que le tapaba la cara, pero con la otra la tenía fuertemente cogida por la cintura. Ángela aprovechando que aflojó la mano que tenía en la boca, el instinto hizo que le diera un mordisco, a lo que él, rápidamente la soltó. Ella entonces se separó y se puso frente a frente para ver que era Jaime con dolorida expresión.

Ella frunció el ceño, con la respiración agitada, pero a la vez aliviada al ver que era Jaime. Él sacudiendo la mano, le dijo a Yeji, sin alzar la voz y de forma autoritaria:

–“Mama Yeji” vuelve a tu cabaña

Sin decir una palabra, Yeji se fue, y él la volvió a tomar fuertemente por el brazo y la obligó a separarse del lugar y la dirigió a trompicones donde estaba el caballo amarrado.

Cuando estaban al lado del animal, Ángela se zafó de su agarre y dijo en voz alta:

—¡Sólo estaba mirando!

Él visiblemente enfadado, se posó el dedo índice en los labios indicándole que se callara. Algunos mechones le cayeron sobre el rostro y acto seguido, la cogió como una criatura y la alzó para depositarla encima del caballo. Él velozmente se montó y se alejaron en dirección a la hacienda.

Ella podía sentir el cuerpo masculino a su espalda y se tensó. Durante el camino ninguno de los dos dijo nada. Cuando llegaron, del mismo modo que la subió, la bajó del caballo. Un sirviente se acercó rápidamente y Jaime le tendió las riendas. Tomándola del brazo, la dirigió hacia el interior de la casa. Ella a paso ligero trataba de seguir el ritmo que le marcaba él, pero la pérdida del zapato hacía que cojeara y eso hizo que ella a cada momento se pusiera más y más enojada.

Cuando la soltó en su despacho, se puso frente a ella con ambas manos en las caderas:

—¿Se puede saber en qué demonios estabas pensando?

—¡Sólo estaba mirando! ¡No me iban a ver! ¡Ya volvía para la casa!

Él se sentó en el borde del escritorio y se cruzó de brazos, exhalando un bufido, dijo:

—¿Pero es que no eres consciente del peligro? ¿No te das cuenta de la cantidad de cosas que te pueden pasar?

—¡Yo sólo... tenía curiosidad!

—¿Curiosidad?!

—Sí, quería ver cómo lo hacían y si estaban haciendo capoeira, o... sólo bailaban

—¿"capo" qué?

Volvió a ponerse de pie frente a ella, con una mano en la cadera esperando su respuesta.

—Capoeira, es una combinación de danza, música y acrobacias que hacen algunos africanos. Lo hacen para disimular que están entrenando para pelear, ocultándola con una alegre coreografía de danza. Los esclavos entrenan el arte marcial, mientras los dueños creen que sólo bailan...

Él alzó las cejas, mientras echó la cabeza ligeramente hacia atrás. Se atusó el cabello y enfurecido dijo:

—¡Ni se te ocurra volver a salir sola lejos de la hacienda! ¡O sales conmigo, o con cualquiera de confianza de la casa! ¡Las cosas no están para que correes por ahí! Si no quieres que te encierre, más vale que hagas caso, ¿Has entendido?

—¡Sí!

La dejó en el sitio y él se fue rápidamente a su habitación. Ella se cruzó de brazos irritada y pateó en el suelo con el pie que tenía el zapato. Se agachó para quitárselo.

Con el zapato en la mano, pensaba: “Ya le vale, ¡Encerrarme! ¿Ha dicho que si no le hago caso me encierra? ¿Pero qué...? ¿Quién se ha creído?”

Arrojó el zapato con fuerza por la puerta donde había salido él, pero al estar abierta, terminó en el suelo en medio del recibidor.

Indignada como estaba, refunfuñando, salió de la estancia, subió las escaleras y se dirigió a su alcoba. Tenía la mano en el pomo de la puerta, pero no la abrió. Se dirigió a la habitación de él diligente e irrumpió en la estancia.

Lo encontró con el torso desnudo frente a una tinaja, y se pasaba un trapo mojado por los brazos y el pecho.

—¿Me has dicho que me encerrarías si no te hago caso? ¡Pero qué...!

—¡Sí! ¡Sin duda lo haría, para asegurarme que no te expones más!

Arrojó el trapo sobre la tinaja, y se lo dijo dirigiéndose a ella con el dedo índice en alto, y

alzando la voz.

Frente a frente, ella no pudo evitar mirar los definidos pectorales, y cómo una gota de agua resbalaba lentamente desde el pecho hasta su estómago. Abrió ligeramente los labios, y enseguida alzó los ojos, para mirarlo directamente, y tratar así de disimular lo que le estaba empezando a afectar la visión que tenía delante.

Él la desafiaba con la vista, y se echó hacia atrás unos mechones sueltos, lo que hizo que se le marcaran aún más los bíceps.

–Espero que no vuelvas a hacer una tontería así...

Lo dijo y apretó la mandíbula, para luego girarse e ir donde estaba la tinaja, que tenía una silla al lado. Al estar de espaldas a ella mientras se acercaba a la silla, emitió una sonrisa de soslayo. Cuando volvió a ponerse de cara a ella, de nuevo se puso serio y se sentó en la silla para quitarse las botas.

Ella abrió la boca y la volvió a cerrar. Apretó los puños hasta que se le pusieron blancos los nudillos.

Él se quitó una bota y después la otra, con toda la tranquilidad del mundo, cuando vio que ella se mordía el labio inferior.

Después de unos segundos, ella agachó los hombros, y mirando al suelo dijo:

–¡Está bien, no pensé... no creía que...!

Alzó de nuevo la mirada y vio que se puso de pie y empezó a desabrocharse los tres botones que estaban en la cadera. Ella recorrió la mirada desde sus pies, subiendo hacia arriba. Entonces él, con el pantalón desabrochado, distraídamente metió el pulgar entre la tela y la pelvis, y eso hizo que la tela bajara unos cuantos centímetros, mostrando más de su anatomía.

Esa visión hizo que ella se callara de forma abrupta y se le secara la boca. Se pasó la lengua por los labios de forma involuntaria, pero al percatarse, apretó los labios.

Cuando él lentamente hizo ademán de seguir bajando la tela, ella apretó la mandíbula, y abrió más los orificios de la nariz para exhalar aire. Rápidamente se dio media vuelta y salió de la estancia cerrando de un portazo.

Él se quedó mirando la puerta, pero sonrió y se le marcó el hoyuelo. Agachó la mirada, y asintió ligeramente con la cabeza, para luego terminar de desvestirse.

A la mañana siguiente, ella pensó que ya era suficiente de hacer el vago, le vendría bien retomar sus rutinas de yoga. Así no perdería elasticidad, fuerza, y resistencia para cuando volviera a trabajar y bailar. En todo el tiempo que había estado allí, no había hecho ejercicio y ya era hora, porque si no lo hacía, las agujetas en las coreografías iban a ser enormes. Aparte de todo eso, necesitaba desahogarse, los ejercicios la harían sudar y echar hacia fuera toda la tensión.

Después de una hora ejercitándose en su habitación, se aseó, se vistió y se fue a las caballerizas. Le preguntó al cuadrero si podía ayudarla. El hombre la ayudó a montar y la acompañó a dar un paseo por los alrededores de la hacienda. Ella trataba de recordar lo que Jaime le había enseñado y lo que no, se lo preguntaba al sirviente, que la corregía cuando hacía algo mal.

Cuando pasaron por los campos, divisó entre los trabajadores a Jaime, que con una especie de rastrillo grande removía las semillas de cacao que se estaban secando al sol.

Al día siguiente, fue parecido, esta vez vio a Jaime, con los demás “tumbadores”, sacando vainas de los árboles que la vez anterior no habían estado lo suficientemente maduras para cortarlas.

Pasaron tres días más y fueron similares, pero esa mañana Jaime salía de la casa muy enfadado y le seguía José, su asesor. Jaime montaba en su caballo mientras le decía:

–Eso es inadmisibile, trata de resolverlo en cuarenta y ocho horas

Se alejó sin más. José, chasqueó la lengua, y vio a Ángela en el porche esperando que le trajeran su caballo para el paseo, y con tono de reproche le dijo:

–No sé qué pasa entre ustedes, ni pretendo entrometerme, pero a ver si se arregla, porque no hay quien lo aguante....

Sin que ella respondiera, José se montó en su caballo y se alejó. Desde la noche en la habitación de él, no habían vuelto a cruzar palabra, pero tampoco es que hubieran coincidido. Él procuraba mantenerse ocupado y alejado...

XIII

Esa noche, ella despertó bañada en sudor. El sueño que acababa de tener hizo que se sentara de golpe en la cama. Se abrazó las rodillas. Tenía una sensación de desasosiego. Lo que acababa de soñar le había pasado ya. Fue una cosa muy extraña. Era como si su subconsciente, le quisiera rememorar algo.

Imágenes de lo que ocurrió cuando tenía quince años le venían a la cabeza, acababa de revivirlas en ese sueño.

Había pasado mucho tiempo y había deseado tanto olvidarlo, que era como cuando una persona intenta recordar un sueño: Las sensaciones y sólo algunas imágenes se vienen a la mente. Es como si el cerebro ya hubiera desechado partes de ese momento vivido, para llenarlos con nuevos recuerdos.

Este sueño, el que acababa de tener, había rellenado partes que tenía olvidadas. En la primera parte del sueño:

“Ángela salía de una fiesta, y los tres amigos se pusieron frente a ella. Tenían todos más o menos la misma edad y uno dijo:

–¿A cuál vas a elegir?

Ella los miró: a la izquierda había un chico delgado con flequillo hacia un lado, que fue el que le preguntó, en medio estaba Jaime, que la miraba callado. Su mirada decía que quería ser el elegido. Pero no dijo nada, entonces Ángela, que quería que él dijera algo, al ver que no hacía nada, quiso provocarlo y señaló al tercero que estaba a la derecha.

Éste se adelantó sonriente, y con aire de superioridad, la tomó del brazo para alejarla de allí. Ella volvió a mirar a Jaime, pero él, enmudecido, sólo la miraba intensamente. Ella, queriendo parecer madura, porque ya había decidido, se fue con el tercero.

Desde ese mismo momento, supo que había cometido un error. Pero ya estaba hecho. Era demasiado tarde para recular. Así que, en rebeldía porque Jaime no había hecho nada, continuó caminando. Echó la mirada hacia atrás, y al ver que él seguía mirándola, pero sin hacer ni decir nada, con más determinación se fue”.

“Sólo fueron unos besos, nada importante. El muchacho quiso más, pero ella se negó. En consecuencia, él lo que hizo fue desabrocharse y masturbarse”.

Fue cuando Ángela, recordando esa parte del sueño, evocó la cara del muchacho y se echó las manos a la cara al pensar que se parecía sospechosamente a Villodres...

“No sintió miedo, pero sí sorpresa ante la desfachatez de lo que el muchacho estaba haciendo, se quedó petrificada. Para cuando reaccionó, y se levantó poniéndose frente a él de pie dispuesta a irse, él terminó lo suyo. Fue todo tan rápido, que entonces ella simplemente metió la mano en su bolsito y le tendió unas toallitas de papel para que se limpiara y acto seguido se dio la vuelta y se fue. Él, se levantó y se fue en dirección contraria”.

Villodres y ella no volvieron a hablar en la vida, aunque coincidieran en el centro de estudios. ¡Menos mal que ambos estaban en clases separadas! Se ignoraron mutuamente.

Ángela sentada en la cama, susurró:

–¡Oh, por Dios! ¡Era Villodres! No me extraña que quisiera olvidar algo así de asqueroso...

Seguía tapándose la cara con las manos y los ojos cerrados, y recordó lo que ocurrió justo después de dejar a Villodres:

“Regresando sola de camino a casa, pensaba que no quería saber nada más de ese tipo, él se

había retratado con su acción, la clase de persona que era... De repente se encontró a Jaime, apoyado en un coche, con las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros y una chica, estaba prácticamente encima de él. Cuando él se percató de que ella volvía sola, con un simple gesto le dijo a su acompañante que se fuera.

La chica miró ceñuda a Ángela, volvió a mirarlo a él, pero increíblemente, sin decir nada, se alejó.

Jaime se acercó a ella. Ángela aún no daba crédito de que la chica, sumisa, se hubiera ido. Se miraron intensamente, y él le acarició la cara y se acercó para besarla. Ella se separó, muy nerviosa y dijo:

–No, esto no está bien, esto no es correcto, no...

Él, le dijo:

–Olvídate de mi amigo, como si no hubiera pasado...

Ella anonadada, se dejó llevar, porque era con quien quería estar desde un principio. El beso se tornó voraz, y la hizo volar...

Pero él quiso más, e intentó meter la mano dentro de sus pantalones. Entonces ella, que no estaba aún preparada para eso, se separó y le apartó la mano. Él, frunció el ceño y se alejó dejándola sola allí en medio de la calle, sin decir nada más”

Después de ese momento vivido, pasaron los meses y sus amigas le contaban entre risas, las numerosas ocasiones que él se quedaba mirándola entre la gente. A veces descaradamente. Pero cuando ella lo miraba, él se hacía el despistado. Delante de los amigos, él la ignoraba. Varias veces, ella intentó un acercamiento, pero él la rehuía. Aunque después, cuando ella no miraba, no la perdía de vista.

Pasó todo un año y ella empezó a salir con otro chico. Fue su primera vez y para el chico también. Fue una relación tierna y bonita. Pero ella en el fondo no se olvidaba de Jaime. Su novio, cuando se dio cuenta, terminó la relación con ella, para dejarle el camino libre. Pero nada ocurrió con Jaime.

La siguiente escena de su sueño, rememoraba cuando meses después, salió al exterior del centro de estudios, acababa de recoger las evaluaciones de fin de curso.

“Había suspendido varias asignaturas, y estaba devastada porque no sabía cómo se lo iban a tomar sus padres. A paso ligero, llorando, salió al exterior cuando se encontró de bruces con Jaime a unos metros frente a ella. Ángela se quedó petrificada, porque él, delante de ella, puso las palmas de sus manos hacia arriba, esperando que ella fuera a sus brazos para reconfortarla.

Ella miró a su izquierda y vio a unos metros más allá, al chico con el que había mantenido una relación y había compartido muchas cosas en los últimos meses, estaba con un pequeño grupo amigos. Entonces ella pensó en Jaime, el que ni siquiera le había dirigido la palabra, no iba sin más a ir a sus brazos. No había luchado por ella, así que optó por ir a su izquierda, con su exnovio y los demás amigos.

Al ver que ella se fue hacia el otro chico, Jaime se dio la vuelta y se fue...”

Demasiado tiempo había pasado de todo aquello, ese Jaime, su cara, se disipaba en su mente. Su cuerpo al darse la vuelta, se fue desvaneciendo en el sueño, como una demostración gráfica de que ese muchachito ya estaba desapareciendo para ella y que Jaime, con el hombre que estaba ahora, en ese tiempo, nada tenía que ver con ese chaval.

Se dice que la historia tiende a repetirse, ¿Habría pasado algo parecido en el siglo XVIII?

Al remover aquellas cosas del pasado, y estar viviendo lo actual, se le antojaba su vida en el siglo XXI lejana. Parecía que hubiera pasado mucho más tiempo del que había pasado realmente,

desde ese último día en el hotel, esperando para tomar sus vacaciones.

Muchas cosas habían sucedido desde ese día, algunas cosas habían cambiado en ella. Quería volver, pero... ¿Cómo demonios iba a volver a su vida anterior después de lo que estaba viviendo?

Se había negado hasta ese momento el pensar cómo sería su día a día, al retornar. ¡No podría olvidar todo lo vivido allí! Y ¡No podría olvidarlo a él!

Se mantenía distante para que el golpe fuera menor, pero cuando regresara, no lo iba a poder volver a ver más. Estando en el siglo XXI, él llevaría tres siglos muerto...

Estuvo todo el día como una autómatas. Pensaba que el sueño, le había mostrado que en su vida en el siglo XXI, había coincidido también con Villodres. Sus vidas se habían cruzado, y ese Villodres se había retratado así mismo con aquella acción y era igual de despreciable que el del siglo XVIII.

Por la mañana hizo sus ejercicios, montó a caballo, caminó por los alrededores de la hacienda, pero nada de eso impidió que le vinieran imágenes a la cabeza que creía olvidadas, y que quería volver a olvidar.

Aunque tenía clara una cosa, y es que le importaba un bledo Villodres, el de ahora y el de antes y que el Jaime adolescente de su tiempo, nada tenía que ver con el hombre con quien estaba conviviendo en ese momento. Probablemente el Jaime del futuro, era producto de lo que vivió en su vida anterior en el siglo XVIII. Pero Ángela, al estar allí, lo estaba cambiando todo, y tenía que dejar atrás ese pasado y vivir el presente.

Aunque el sueño le había mostrado algo a tener en cuenta, no quería darle más importancia.

Agotada física y mentalmente, se acostó y durmió toda la noche sin sobresaltos.

Por la mañana cuando despertó, ya tenía fuerzas renovadas para vivir íntegramente la aventura que estaba teniendo en el siglo XVIII.

Esa mañana, Jaime despertó temprano. Fue a la ciudad para ver si José había resuelto los problemas de burocracia que impedían que el cargamento de cacao hubiera partido ya hacia Barcelona [\[18\]](#).

Se encontró con José al lado del reloj de sol [\[19\]](#), y se dirigieron caminando hacia calle Las Damas [\[20\]](#)

—Jaime, ya he podido solucionarlo, en dos días parte el barco con el cargamento. No era necesario que vinieras...

—No te preocupes, confío en tu profesionalidad, he venido por si tenía que firmar algún documento, y así agilizar el proceso. Pero no sólo por eso, ya tenía previsto pasar unos días, y he acordado con Tomati vernos aquí, cuando saliera de la audiencia. Tengo unos asuntos privados, que espero me ayude a resolver...

Unas mujeres de la alta sociedad paseando, se pararon delante de ellos:

—¡Señor Orellana! Me complace verlo por estas lindes, ¿Querría decirle a su señora que estamos preparando una gala de beneficencia? En anteriores ocasiones nos ha servido de ayuda, y creo que le entusiasmaría saber que en esta ocasión se trata de un baile de máscaras...

La mujer siguió hablando comentándole dónde se organizaría y dónde se reunirían, y después de invitar también a José y su esposa, Jaime respondió:

—Encantado de mandarle el recado, señora, no dude que lo haré

Después de despedirse, oyó decir a la mujer comentarle a la que tenía al lado:

—Seguro que le gustará a ella hacer las invitaciones, el cura de Santa Bárbara me comentó...

Lejos ya de los oídos de ambos hombres, la mujer siguió hablando:

—No entiendo como esa linda pareja no ha tenido hijos ya

–¡Seguro que ella está yerma!

–¡Pues conozco a más de una que estaría muy dispuesta a darle hijos a ese hombre!

José y Jaime estuvieron largo rato hablando de los impedimentos de la salida de los barcos. José le contó que los cargamentos de tabaco que iban a la Real fábrica de tabacos de Sevilla, también habían tenido contratiempos.

Cuando Tomati se unió a ellos, se dirigieron al club. Allí almorzaron. José, se fue después de comer.

Tomando una taza de café, oían alrededor a los demás caballeros. Terminaron algunos haciendo un corrillo hablando del tema del momento: “El alcalde” (Carlos III), estaba siendo el centro de las conversaciones, y comentaban que había asfaltado más calles en Madrid, después de la red de alcantarillado que hizo, además del servicio de alumbrado, recogida de basura y el uso de adoquines.

Comentaban que no les extrañaba que hubiera podido hacer todo eso, por los altos impuestos que exigía la corona.

Los dos estaban entretenidos debatiendo el asunto, y se les acercó un muchacho que le pasó una nota a Jaime. Cuando la leyó le dijo a Juan:

–Espérame aquí, voy a salir un momento, me esperan en un callejón aquí al lado, me van a informar de “nuestros progresos”

El hombre que lo esperaba, tenía cogido el sombrero delante del pecho, los hombros ligeramente caídos y evitó la mirada directa, mayormente por respeto y le dijo:

–Señor, esta mañana, mi amigo me contó en la cantina, que anoche Villodres iba a vender un cargamento. Mi amigo iba contratado junto a dos tipos más, para cargar con las cajas. Me ha dicho, que estuvieron esperando al cliente en el puerto, pero no apareció. No pudo venderlo, y como tuvieron que esperar más de lo acordado, apareció por allí la guardia. Para que no los apresaran, tuvieron que tirar las cajas al mar. Perdieron toda la mercancía...

Jaime, después de agradecerle, se llevó la mano al cinto y le tendió una bolsita de piel llena de monedas. El hombre se relamió, pensando que pronto “se llenaría la barriga de vino”. Hizo varias reverencias, a la vez que dio las gracias, para después irse.

Cuando volvió al club y se acercó a Juan para susurrarle la información, Tomati no ocultó una carcajada.

–¡Se lo deben estar llevando los demonios, por el monumental “contratiempo”! ¡Esto hay que celebrarlo!

–No, no hagamos que se pregunten estos caballeros a que se debe de repente tanto entusiasmo, sigamos con lo acordado. Vuelvo a mi casa, tú haz lo que tengas que hacer, y nos vemos esta noche en casa de “Madame Afrodita”

Jaime se fue a la casa que tenía en la ciudad, se aseó, y pensaba que no le apetecía para nada ir a ese antro. Pero si querían seguir con el plan, era el sitio apropiado donde se escuchaban y se originaban los chismes. Se preguntaba qué estaría haciendo en ese momento Ángela. Odiaba tener que mostrarse distante, pero no veía otra solución para atraerla. Aquel día en su recámara, pudo ver en sus ojos el deseo, así que no estaba todo perdido. Era hora de jugar, y ver dónde llegaba su límite, y hasta dónde iba a poder aguantar. Él lo iba a pasar mal, pero “¡Por Dios, la provocaré hasta que sucumba!”

Cuando Madame Afrodita les abrió la puerta, les regaló una gran sonrisa con labios pintados de rojo. Llevaba una peluca blanca y se había excedido en los polvos de arroz para aclarar su piel. Su vestido, estaba un poco descolorido. Los pechos generosos, casi se le salían del corpiño y los invitó a entrar. Los alojó en una de las mesas al lado derecho del pequeño escenario donde

un hombre vestido de mujer cantaba y hacía gestos obscenos. Un violinista y otro que tocaba un clavicordio acompañaban al artista. El ambiente estaba cargado de humo, risas, y olor a alcohol y sudor. Unos hombres cerca chocaban las jarras visiblemente borrachos. Las mujeres que los acompañaban mostraban en sus rostros más aburrimiento que otra cosa, pero otras en otras mesas, reían y tocaban sin pudor a sus acompañantes.

Cuando ya estaban bebiendo, Jaime observaba al hombre del escenario, que llevaba una peluca de rizos dorados que se veía completamente artificial. Por un momento miró de reojo a Juan. Tomati, se puso serio y dijo:

–No te equivoques, eso no es lo que me gusta, sólo me divierte

Pero enseguida Juan, sonrió a una chica que se le acercaba y con un gesto la incitó a que se sentara en sus rodillas. La muchacha le sonrió, y contorneó sus caderas al acercarse.

–¿Cómo estás preciosa?

Le rodeó la cintura y la besó en el cuello, cuando se sentó en su muslo derecho. Jaime ignorando a la chica le dijo:

–¿Cómo lo haces?

Juan entendiendo perfectamente lo que le preguntaba, le contestó:

–Fácil, te acostumbras a aparentar...

Jaime por un segundo hizo una ligera caída de las comisuras de los labios, con la mirada perdida. Sintió tristeza por él. Pero enseguida Juan comenzó a bromear con la chica y a reírse. La chica le aceptó gustosa la jarra con alcohol que le ofrecía. La gente empezó a aplaudir con la finalización del número del travestido. Otra chica se disponía a acercarse a Jaime, cuando con una mano puso la palma en alto para que se detuviera.

Aunque su instinto le pedía a gritos un desahogo, prefería aliviarse solo, a estar con alguna mujer. No porque no le pudiera atraer, sino porque sería algo falso. Con las mujeres que había estado, se habían entregado de buen grado y no por dinero, y además estaban “limpias”, cosa que dudaba de las que había allí. Por otro lado, el pensar en ese momento estar con otra mujer, le producía rechazo.

La chica con muestras de fastidio, se alejó. Pero no tardó mucho en sonreír a otro potencial cliente.

Juan miró a Jaime, y serio por un momento dijo:

–Las cosas se pondrán en su sitio, Jaime.

Jaime echó una mirada distante hacia abajo, y Juan replicó:

–No sientas vergüenza porque yo vea tus sentimientos hacia ella. Como te he dicho, las cosas se pondrán en su lugar, y estoy seguro que ella siente lo mismo...

Jaime sonrió ampliamente, levantó su copa para entrecucharla con la de Juan y dijo:

–¿Apostamos?

Los dos rieron, chocaron las copas, y dirigieron la mirada al otro lado del escenario cuando un hombre gritó al travestido del escenario que estaba presentando la siguiente actuación:

–¡Guapa! ¿Eres rubia natural?

El artista imitó unos contoneos femeninos al dar unos pasos y aproximarse al hombre, y dirigiendo la mano a su entrepierna, le dijo de forma sensual, pero bien alto para que todos lo oyeran:

–Cuando quieras, puedes venir a comprobarlo...

El resto de los asistentes rompieron en risas. El violinista comenzó a tocar una melodía alegre y ellos continuaron bebiendo y hablando hasta altas horas de la noche.

Al día siguiente cuando Ángela despertó por la mañana, no tenía ganas de hacer sus ejercicios,

le dolía un poco la cabeza, y perezosa se quedó un poco más en la cama, pero después bajó al comedor. Cuando el correo llegó a la hacienda, le entregaron mientras desayunaba en una bandeja las cartas. Había entre ellas una que iba dirigida a ella y la abrió con curiosidad:

“Querida, no es que dude de tu palabra, pero me gustaría oír de tus labios lo que me dijiste por carta. Tengo deseos de verte. Encontrémonos donde siempre...”

V.

Ángela entró en pánico. No sabía qué hacer, no tenía la menor idea dónde solían encontrarse ella y Villodres. Y aunque lo supiera, no podía arriesgarse a ir, ese tipo era impredecible.

Imágenes de su rostro le vinieron a la cabeza, del Villodres del siglo XXI y el del siglo XVIII. Ambos tenían en común esa mirada de condescendencia, en sentido negativo. Incluso el Villodres que le había mandado esa nota, era más soberbio.

Optó por ir a la ciudad, sólo se sentiría segura cerca de Jaime, y él tenía que saberlo. Le provocaba coger un caballo y salir galopando a contárselo, pero tendría que disimular y hacer algo que normalmente haría.

No hacía falta que preparara ropa, en la casa de la ciudad tenía de todo. En vez de ir en carruaje, llegaría más rápido a caballo. Se sentía preparada como para llegar hasta allí a lomos de un animal, por supuesto acompañada.

Si iba primero a Santa Bárbara, como había hecho tantas veces, no distaría de lo que normalmente hacía.

Miguel, el siervo que se ocupaba de los caballos, la acompañó. Se dirigieron hacia la ciudad, tomando el camino que bordeaba el río Ozama. Efectivamente, yendo a caballo les costó menos tiempo que en el carruaje. En silencio, durante el camino, observaba el río que quedaba a su izquierda, pero estaba impaciente por llegar. Sintió alivio cuando otearon el baluarte “El Ángulo”. Para acceder a la ciudad amurallada, la puerta más cercana a Santa Bárbara, era la “Puerta de la Cetarasna”, por lo que continuaron dirección sur para entrar por allí.

Al entrar a la ciudad, pudo ver a su izquierda el Palacio del Almirante Colón, las calles estaban siendo muy transitadas y tomaron la dirección contraria para ir a la iglesia. Una vez allí, se encontró sólo con dos mujeres que ayudaban al cura con arreglos florales. Las señoras, le contaron a Ángela lo del baile de máscaras, y le explicaron dónde se estaban reuniendo esta vez. Le contaron que los trajes y máscaras, muchas se lo estaban encargando a una especialista. La mujer en cuestión, tenía una casa donde acudían las señoras de la alta sociedad y les tomaban medidas y podían elegir las telas para los vestidos. Una de las mujeres dijo:

–La modista a la que le estamos encargando los trajes es amiga de “Rose Bertin”

Se lo dijo como si fuera una confidencia, pero al ver la cara de Ángela que no mostró ninguna sorpresa, dijo:

–¡Sí, mujer! “Rose Bertin”, la modista y sombrerera que viste a la reina María Antonieta

Ángela entonces sí mostró asombro, y las mujeres siguieron chismorreando. Ángela para disimular estuvo un rato más en la iglesia. De forma inconsciente se miró la muñeca, como si fuera a mirar la hora del reloj. Resopló al darse cuenta de la estupidez de lo que acababa de hacer, pero no pudiendo aguantar más estar allí, se las ingenió para despedirse e ir cuanto antes a la casa que tenía Jaime en la ciudad.

XIV

Subió directamente las escaleras cuando le dijeron que Jaime estaba en su habitación. Dio dos golpes rápidos a la puerta, y entró sin esperar invitación. Ni siquiera se paró a pensar encontrarlo de aquella guisa; él acababa de darse un baño y sólo un lienzo le rodeaba las caderas. Estaba afeitándose delante de un espejo.

—¡Oh! lo siento yo...

—¿Qué haces aquí? ¡No habrás venido sola!

—¡No! He venido con Miguel

Ángela le extendió la carta, y bajó la mirada al suelo, y hacia la cama que aún estaba deshecha. Él, al leerla, levantó ligeramente el labio superior, mostrando asco. Pero tranquilamente posó la carta encima de una mesa, para seguir con lo que estaba haciendo.

—La verdad es que no me extraña, ha perdido la venta de una mercancía y se quiere asegurar que lo que tenéis pactado siga en pie...

Mientras hablaba, ella se sentó en una silla al lado de la mesa, y se quedó observando que en una bandeja había un vaso de agua y unas pastillas marrones.

—...y has hecho bien en venir aquí, mejor, que sola en la hacienda...

Se calló y paró de afeitarse, se volvió hacia ella para ver que estaba con los brazos cruzados y las cejas juntas.

—¿Estás bien?

—¿Eso qué es?— fue la contestación de ella

—Me lo ha traído Cesárea, de la botica, para “el mal de la taberna”

Ella se quedó mirándolo, sin entender, hasta que por sólo un segundo alzó las cejas, entendiéndolo que era para la resaca.

—¿Y qué lleva eso?

—Tenazas de cangrejo, canela y jengibre, lo hacen polvo con un mortero

Ella puso cara de asco, pensando que lo del cangrejo sería porque tiene calcio, y los otros ingredientes para calmar el estómago. Él sonrió cuando vio la cara que puso.

—Ha sido una noche larga

Ella lo miró entonces directamente a los ojos y alzó una ceja.

—Lo que deberías hacer es beber mucha agua o zumos en el día, el alcohol deshidrata, por eso los malestares

Jaime ladeó ligeramente la cabeza, preguntándose cómo sabía eso, y que su comentario había hecho el efecto deseado en ella. Sonrió, y mostrándole la navaja que tenía en la mano, dijo:

—¿Quieres ayudarme?

—¿Aprecias tu vida?

Él se rio, y le dio la espalda para mirarse al espejo y continuar. Ella para aparentar tranquilidad, al tenerlo semidesnudo delante, se fue hacia uno de los ventanales para mirar hacia fuera.

—¿Te acabas de levantar? No es propio de ti

—Juan y yo estuvimos en casa de “madame Afrodita” hasta la madrugada...

—Vale, no necesito saber nada más

Ella lo dijo con voz neutra soltando la cortina que tenía descorrida y se dirigió a la puerta para abandonar la estancia. Jaime, mientras enjuagaba en la tinaja la navaja, no evitó sonreír

ampliamente.

Cuando tiempo después bajó a la salita, Ángela se estaba tomando un té.

–¿Quieres uno?

–Eh... sí, me han dicho que es bueno beber líquidos en mi estado

Ambos sonrieron, y ella mientras le servía una taza le dijo:

–Jaime, esto... tengo un pequeño problema, hasta ahora me he librado, pero al enterarme de la fiesta de máscaras que se está organizando....

–No te preocupes, tienes cuenta abierta en casa de la modista, puedes ir sin problemas a encargar un vestido, de hecho, deberías ir, mi esposa iba asiduamente.

–¡Oh, pues menos mal que no lo sabían las mujeres de la iglesia!, porque han sido ellas las que me lo han comunicado. No sabía que tenías cuenta allí, así que les pregunté dónde era la casa de esa modista, pero no era por eso que te lo decía, es que... no sé bailar el “Minué”

Él mostró sorpresa, y ella continuó:

–Sé bailar muchas cosas, incluso bailes de otros países, pero el “Minué” ¡no tengo ni idea!

Ángela apretó los labios, había vuelto a hablar más de la cuenta. Él la miró directamente a los ojos, sin decir palabra, en lo que parecieron unos segundos eternos. Cuando al fin habló, le dijo:

–Eso se puede arreglar, si quieres contrato a alguien para que te instruya. Te puedo llevar a casa de la modista si quieres.

–Gracias

Ángela se sintió un poco incómoda, o quizás desilusionada, no esperaba que le pusiera un profesor, pero lo agradeció igualmente.

Cuando llegaron a casa de la modista, la mujer sonrió ampliamente a Jaime, y le dijo que no se preocupara, que la iban a atender como de costumbre. Jaime la dejó allí y le dijo que en un par de horas volvería a por ella.

Sentada con una taza de té en la mano, y viendo desfilar delante a varias chicas para mostrarle los modelos, le pareció todo surrealista. Por un momento se sintió como “Julia Roberts” en “Pretty Woman” cuando fue a la tienda. Y como en la película, se deshacían en elogios.

Cuando el desfile terminó, la mujer le dijo:

–Acompáñeme a la sala contigua, ahí tengo unas pandoras...

Las “pandoras”, resultaron ser unos maniqués, en los que estaba la mujer trabajando en ese momento. Continuó enseñándole telas y dijo:

–No se preocupe, le daremos tiempo para que escoja, además, tenemos sus medidas apuntadas, y aquí tiene los modelos para las máscaras

Ángela pensó que menos mal que tenía apuntadas las medidas, porque aunque más o menos le iban bien los trajes de la esposa de Jaime, podían darse cuenta que ella no era exactamente igual. Ella era un poco más baja, y tenía un poco más de pecho. Algo así a una modista, no se le puede ocultar.

Mientras Ángela miraba y tocaba todas las telas, a unos metros, la modista comentaba con otra la polémica que se había creado con el cuadro de Élisabeth Vigée-Lebrun ^[21]

–No me extraña, todo lo que hace Rose les resulta escandaloso, pero está volviendo a tener una mayor sobriedad en sus diseños, hace poco hablé con ella y....

Ángela entendió que esa mujer estaba a propósito alardeando de su amistad con la costurera oficial de la reina, para hacerle ver su valía, y que estaba a la última en moda.

La verdad es que el tiempo se le pasó volando, y para cuando Jaime la recogió, ya había elegido todo, y dado las instrucciones de lo que quería.

Al día siguiente, leyendo Ángela el periódico, no se podía creer que estaban ya a primeros de

Diciembre. El baile de máscaras, sería en menos de quince días. Después, pensó que pronto llegarían las Navidades. Le tendría que preguntar a Yeji sobre las costumbres de allí al respecto, porque intuía que ni mucho menos sería como se celebraban esas festividades en su época, y le descolocaban unas fiestas con ese calor.

Jaime apareció por la puerta y le dijo que lo había arreglado todo para ir al campo. Se tenían que hacer ver, como pareja. Al lugar donde iban, era una extensión grande de terreno, donde se congregaban los ciudadanos para pasar el día al aire libre con juegos varios. Estaba dentro de la ciudad, y cuando llegaron, se podía ver al final de la extensión del terreno la muralla de la ciudad y el baluarte “La Merced”, pero Ángela lo obvió, para ver maravillada la gran cantidad de personas que había para pasar el día de picnic.

Se quedó con la boca abierta viendo escenas, que le parecieron cuadros de Goya cobrando vida. Había gente con niños jugando a la pelota, otros adultos a la “gallinita ciega”, entre unos árboles una muchacha en un columpio...

Se acercaron a José y su mujer, que estaban comiendo, con un mantel en el suelo, y sus dos hijos mayores correteaban alrededor, mientras el tercero más pequeño, lo tenía ella en brazos.

Ángela le dio un tironcito a la manga de la camisa de Jaime, para preguntarle cómo se llamaba la mujer de José.

–Isabel [\[22\]](#).

Cuando terminaron de acercarse sonrientes, Jaime cogió a uno de los hijos de José, y lo alzó por los aires jugueteando con él. El niño rompió en carcajadas y Jaime también, a lo que Ángela dejó caer la mandíbula viendo la escena.

A Isabel, no le pasó desapercibida la mirada que Ángela les echó a Jaime y a su hijo. Se atusó el cabello castaño claro y la animó que se sentara con ellos; se acercó a ella para susurrarle:

–Tus hijos serán preciosos, y él se da buena maña.

Ángela intentó ocultar la tristeza que sintió cuando oyó eso. No iba a tener hijos con él, no iba a estar allí, y otra mujer ocuparía su lugar cuando ella se fuera. Otra mujer tendría hijos con él, y era muy mala idea fantasear con lo contrario a ese hecho.

Jaime al notar que lo observaban, dirigió la vista hacia ella, para encontrarla mirándolo directamente. Mantuvieron un duelo visual durante unos segundos, pero fue ella la que agachó la mirada.

Un par de horas después, de mantener una animada charla, Ángela vio cómo a lo lejos, había unas personas jugando a tiro con arco. Le dijo a Jaime que quería verlo y se acercaron. Había dos mesas, en una de ellas había una pistola con carga de avancarga y las balas esféricas. En otra, las flechas y un arco. Un hombre tensaba un segundo arco dirigiéndolo hacia la muralla, donde había una diana grande de esparto que era donde las lanzaba.

Ángela en su trabajo, estaba más que acostumbrada a dirigir actividades para los clientes del hotel, que consistían en juegos tales como tiro con pistola, carabina, ballesta y arco.

Naturalmente, era muy distinto, para empezar las armas eran de retrocarga con balines, no eran armas reales, eran especiales para lo que se utilizaban. Los arcos tampoco eran como los verdaderos de competición, eran igualmente especiales para su uso, solo que para principiantes.

Pero para afinar puntería eran perfectamente válidos. Cogió por curiosidad la pistola, la cual pesaba más de lo esperado. Como no sabía el retroceso que pudiera tener, optó por ir hacia el arco.

El hombre que jugaba estaba cogiendo mal el arco, y al fallar, la gente alrededor gritó un sonoro “¡Oh!”, pero aplaudieron igualmente. Cuando dejó el arco encima de la mesa, Ángela y Jaime se acercaron. Ella quiso probar. Cogió el arco sopesando el peso, y tocó las flechas.

Cuando el hombre encargado de recoger las flechas de la diana y el suelo, volvió a ponerse cerca de ellos, ella tomó el arco posicionándose de lado. Sintió la proximidad de Jaime al ponerse a su espalda, y su aliento cálido cerca de la oreja. Puso la mano izquierda sobre la suya y le enseñó la posición y la manera que debía poner para lanzar la flecha. Le alzó el codo derecho.

–Si tiras del codo hacia arriba, podrás tensarlo mejor, y ten cuidado con la yema de los dedos al soltar la cuerda...

Ella en silencio, dejó que él le explicara cómo debía hacerlo. Empezó a respirar con dificultad. Él, desde su posición, por un segundo se distrajo viendo su escote subir y bajar. Prácticamente cubría su cuerpo al ser más alto que ella. Se separó para que ella lanzara la flecha. Ella soltó los dedos y la flecha salió volando lejos de la diana. Jaime sonrió y dijo:

–No te preocupes, es perfectamente normal

Ella lo miró alzando una ceja. Ahora sabía cómo debía corregir el tiro para acertar. Tomó otra flecha y se tomó su tiempo para tirar. Cuando soltó los dedos, la flecha se fue directa al centro. Ella lo miró triunfante, pero esta vez él no sonrió. Ella lo ignoró y se fue hacia la pistola, no había nadie tirando. Se puso de frente a la diana, con las piernas separadas, estiró ambos brazos y cogió el arma con ambas manos. Jaime la observaba sin haberse movido del sitio.

El primer tiro dio el en borde de la diana que era más pequeña. Esperó a que el hombre le cargara de nuevo la pistola. El segundo tiro, dio justo en las inmediaciones del centro.

Jaime se apresuró a ponerse a su lado, la tomó del codo para alejarla de allí. Oyeron los aplausos de unas mujeres cerca, cuando vieron que ella acertó.

Mientras volvían donde estaba José e Isabel, le dijo en voz baja:

–¿No sabes bailar el Minué, y sí sabes tirar?, eso me lo vas a tener que explicar después

Ella apretó los labios ocultándolos completamente, puede que inconscientemente lo hubiera hecho a propósito, porque en el fondo quería descubrirse y que él supiera la verdad.

Largo rato después cuando volvieron a casa, él se puso delante de ella para enfrentarla y dijo:

–¿Sabes bailar el Minué?

–¡No! Te lo he dicho, no sé bailar!

–Pero sí sabes tirar con arco y disparar una pistola

–Nunca dije que no supiera, pero es la primera vez que cojo un arma de las que tenéis aquí, y ese arco, ¡era casi de juguete!

Él no daba crédito a lo que oía, y ella continuó:

–Me enseñaron, eso es todo. No te “rompas” la cabeza pensándolo

–Cuanto más sé sobre ti, menos lo entiendo

–Bueno, sólo piensa que no me han educado como a las mujeres de por aquí, estoy cansada, me voy a dormir.

Jaime tuvo claro que se fue para no darle más explicaciones. Ya sabía que no era como las demás, pero no dejaba de sorprenderlo, y cada vez lo fascinaba más...

Llegó el día de la fiesta, Ángela había estado aprendiendo el baile que el profesor le había enseñado. Le resultó muy aburrido y cursi. José, se acercó a la hacienda para que Jaime le firmara unos papeles. Fue una visita corta, por lo que cuando terminaron, Jaime acompañó a José a la sala de baile para que saludara a Ángela.

El profesor de baile acababa de irse, había sido su última lección. Ángela de espaldas a la puerta, miraba la partitura que había encima del piano. No sabía leer la música, pero apoyando las manos encima del piano, imaginó otro tipo de música completamente diferente y no pudiéndolo soportar más, después de ese baile tan tonto, dio unos pasos de charlestón, continuado de otros de twist, y para terminar poniendo los brazos en cruz, ondeándolos a lo “break dance”, se dio la

vuelta y los vio parados como estatuas mirándola. Se puso de color escarlata, abrió y cerró la boca no sabiendo qué decir y Jaime salió en su defensa alegando:

–Son unos ejercicios para desentumecer los músculos para el baile, ¿No?

Ella no pudo más que asentir con la cabeza y José dijo:

–Bueno, yo ya me iba, sólo pasaba a saludar, nos vemos esta noche en el baile

Ángela se puso la mano en la frente ocultando los ojos por la vergüenza, Jaime acompañó a la puerta a José.

Al anoecer, se preparó para la fiesta. El vestido era rojo, pero la tela conforme bajaba hasta sus pies se iba oscureciendo pasando al granate hasta quedar negro. La modista había conseguido hacerlo en el poco tiempo que tuvo, con las instrucciones que le dio Ángela. La máscara se adaptaba perfectamente a su rostro como una segunda piel. Era de encaje negro, pero en los bordes terminaba siendo rojo. Maquilló sus ojos con carboncillo para que el efecto fuera más enigmático. El mismo encaje, bajo el ojo derecho, imitaba una lágrima cayendo en la cual había una piedra brillante y diminuta pegada.

Cuando Ángela bajó, Jaime estaba en su despacho ojeando unos papeles. Llevaba una camisa blanca, encima un chaleco negro en seda, con bordados en plata. La casaca tenía un brocado en negro, rematado con un bordado de plata en los bordes de la solapa y bolsillos. Un antifaz negro de seda estaba aún encima de la mesa. Al ser un baile de máscaras, se permitían ciertas libertades en los colores.

Ángela sonrió al ver cómo contrastaba el negro con su pelo castaño, los mechones más claros le caían sobre el rostro por tener la cabeza agachada, le daban cierto aire desenfadado. Cuando la vio, le dijo:

–Si pensabas pasar desapercibida con ese traje, me temo que fracasará

Ángela por un momento se quedó parada y dijo:

–¿Subo y me cambio?

–Ni se te ocurra, será divertido verles las caras

Se fue acercando a él lentamente y percibió cierto brillo en sus ojos a la vez que sonreía, entonces ella se relajó y dijo:

–Bueno, siéntate, te voy a poner la máscara

Obedientemente hizo lo que le pedía, y se dejó hacer. Una vez le anudó la máscara, y mientras la recolocaba bien sobre el rostro, él miró directamente sus ojos color chocolate. Inevitablemente ella dirigió la mirada hacia los de Jaime, percibiendo que sus pupilas se dilataron.

–Es curioso, te noto relajada. Como si hicieras esto todos los días

Ella pensó: “si supieras, que esto sí es normal para mi...”, pero no dijo nada y le sonrió. Cuando dictaminó que tenía bien colocada la máscara, se dispuso a separarse, pero él le posó la mano en su antebrazo, y con el pulgar le hizo una caricia. Se volvieron a mirar intensamente, por unos segundos, pero ella rompió el contacto visual y dijo:

–Vamos, no sea que lleguemos tarde

Jaime exhaló aire de forma sonora, pero la recorrió con la mirada observando cómo se alejaba. Tuvo que hacer un gran esfuerzo por contenerse momentos antes, para no besarla. Cada vez le era más difícil, y esa noche le iba a resultar muy larga....

XV

En la fiesta, se asombró de los colores tan chillones que algunas mujeres eligieron para sus vestidos, todo lo contrario de lo que utilizaban habitualmente. Se quedó mirando la lámpara de araña más grande que había visto en su vida, iluminada por multitud de velas. Tan absorta estaba observando todo a su alrededor que no se percató que los presentes se giraban para mirarla. Algunas mujeres incluso lanzaron un gritito, escandalizadas, otras sin embargo asentían sonrientes, aprobando la audacia de llevar ese atuendo. Jaime, tuvo que mantener cara de “póker”, para ocultar lo que se estaba divirtiendo, al ver a tanto remilgado de la alta sociedad escandalizarse, y ver lo que ella estaba provocando, sin parecer ser consciente de ello.

Al final de la gran sala, la orquesta se componía de dos violines, un violonchelo, un piano y una flauta. Pegada a una de las paredes había mesas con canapés, para el que gustara de picar. Ella le sonrió y de forma pícaro le dijo:

–¡Ahora puedo bailar!

Pasó una hora, bailaron y bebieron. Jaime y José terminaron charlando, mientras Ángela e Isabel danzaban. Ángela empezó a achisparse por la bebida. Le resultaban tan ridículos esos bailes, que le hacían mucha gracia después de unas copas, y no le importó estar más desinhibida. Riendo, se acercó a ellos y arrastrando un poco las palabras dijo:

–¡Hola, chicos! ¿Qué tal?

José trató de ocultar una sonrisa, y miró de reojo a Jaime. Jaime nunca la había visto en ese estado, y no sabía muy bien cómo proceder. Permaneció callado porque le estaba resultando divertido que ella de forma desenfadada lo cogiera del brazo, y lo sacara para bailar el vals mientras le decía:

–Vamos, quiero estar un ratito en tus brazos...

Él sonrió, y la hizo girar mientras le preguntó:

–¿Te diviertes, querida?

Ella se rio y dijo:

–Ja, ja, ja es que me parece “toodo” esto “taaan” absurdo, ¡Ay madre! Que me mareo con “taanta” vuelta

Jaime ágilmente, la dirigió hacia una de las puertas acristaladas que estaban abiertas, y salieron al exterior donde había unos jardines, para que pudiera respirar aire fresco. Ella ya en el exterior, dio un último giro y continuó riéndose. Se separó de él y caminó a paso ligero mientras respiraba hondo.

–¡Uf, gracias! Un minuto más y me da algo

Él le seguía el paso, ella se dio la vuelta y sonriendo de cara a él continuó caminando de espaldas, hasta que tropezó con algo y él se apresuró a tomarla de la cintura para que no se cayera. Ella se rio y le rodeó el cuello con sus brazos. Él miró alrededor, sólo vio alguna que otra pareja que se ocultaba tras los árboles, así que la apartó del camino y la puso para que se apoyara en un árbol. Ella en ningún momento lo soltó, y cuando paró de reírse suspiró y dijo:

–¡Ay Dios! ¡Pero que gilipollas soy!

Jaime se retiró la máscara, levantando las cejas en tono de pregunta. Ella le acarició la mandíbula y se mordió el labio inferior.

–No hagas eso

–¿El qué?– dijo ella con una inocencia fingida, pero terminó riéndose de nuevo.

Jaime la tomó más fuerte por la cintura y se acercó a sólo un centímetro de su rostro y serio le dijo:

–¿Por qué has dicho eso?

–“Puesss”, te aparté deseando estar contigo porque voy a perderte cuando me vaya, para no pasarlo tan mal, pero de todos modos va a ocurrir, así que...

Él se separó lo suficiente para mirarla a los ojos y juntó las cejas:

–No vas a perderme

Ella volvió a posar la mano sobre su rostro, y con el pulgar le acarició la mejilla

–Ojalá fuera cierto, pero sólo estoy aquí un tiempo prestado, cuando me vaya no volveré a verte, no podré volver a verte

Él frunció más el ceño, pero unas risas de unos muchachos acercándose los interrumpieron. Tuvo que separarse de ella. Los jóvenes se quedaron cerca de ellos charlando y riendo mientras fumaban. La tomó de la mano para volver a la fiesta.

–Después continuaremos esta conversación cuando estemos solos, tenlo por seguro

La sala estaba abarrotada, consiguieron llegar hasta donde estaban José e Isabel. De repente, sintió una mano que la cogía firmemente para llevarla a bailar. Jaime en ese momento, estaba vuelto de espaldas cogiendo una copa, y cuando se volvió la vio alejarse bailando en brazos de alguien.

La tomaron firmemente de la cintura y la mano. Ella alzó la mirada para ver quién era. La máscara le cubría casi toda la cara. Llevaba un pañuelo negro en la cabeza, por lo que no se podía ver el color del cabello. Pero esa mirada arrogante era inconfundible. Ella hizo ademán de separarse, pero él la tomó más fuerte, impidiéndoselo.

–Querida, no he visto otra manera de hacerlo para que pudiéramos hablar, últimamente tu marido no te quita el ojo de encima

Ella se puso tensa, pero alzó la barbilla e intentando imitar la altanería de la mujer de Jaime dijo:

–Por eso mismo no he podido encontrarme contigo, creo que te lo dejé claro en la carta

–Sí, pero quería oírlo de tus labios

Villodres sonrió con la vista fija en sus labios, pero lentamente alzó la mirada a sus ojos y dijo:

–¿No querrás jugármela, verdad?

–¡No!, sólo espera unos meses más, tendremos el dinero

Cuando Jaime se dio cuenta de quién era, dejó la copa en la bandeja de un sirviente rápidamente y apretó los puños. José se dio cuenta de todo y lo cogió del brazo para que no fuera hacia ellos.

Ángela continuó diciendo:

–¿Por qué piensas que te la quiero jugar?

–Porque no parecía hace unos momentos que lo detestaras

–Querido, con el tiempo he tenido que aprender a disimular. Créeme que ardo en deseos de terminar con este matrimonio

La pieza de baile terminó. Se separó de Ángela y se agachó para posar los labios en la mano de ella que tenía apretada. Se irguió, y siguió cogiéndole la mano unos segundos más de lo apropiado, hasta que finalmente la liberó. Se alejó al extremo opuesto de donde estaba Jaime. Ella, que momentos antes había contenido la respiración, se dirigió hacia donde estaban Jaime y José:

–Dame una copa

Fue José quien le extendió la bebida, y ella se la bebió casi de un trago. Jaime estaba rojo de contenerse. Ella suavemente posó una mano sobre su brazo y le sonrió. Bajó la mano hasta llegar a la de él. Le obligó a abrir el puño y entrelazó la mano con la suya, le hizo una caricia para que se tranquilizara, y de alguna manera decirle que todo estaba bien.

–Creo que es hora de irnos

Cuando montaron en el carruaje se dirigieron a la hacienda. Ángela empezó a hablar rápidamente para contarle la conversación con Villodres, sin omitir nada.

Jaime se mantuvo en silencio un momento con la mandíbula apretada, pero dijo:

–Un segundo, ¿Crees que tienes que irte, cuando se cumpla el plazo, para evitar que nos enfrentemos? ¿Es por eso? ¿Quieres evitar ponernos en peligro, a ti incluida?

Ella suspiró y se quitó la máscara, él hizo lo mismo. Ella se restregó la frente. Jaime se movió inquieto en el asiento y afirmó:

–Piensas que yéndote será un problema menos para mí

Ella lo miró directamente a los ojos, y apretó los labios. Él continuó:

–Déjame decirte que tarde o temprano entre Villodres y yo habrá una confrontación, estés tú o no. Todo esto viene de mucho antes de que tú llegaras aquí. No tienes la culpa de nada de lo que está ocurriendo. Yéndote, no evitarás nada.

Él tenía toda la razón, ella no podía pensar con claridad para salir de ésa. Estaba más que harta de fingir, y quería contarle toda la verdad, pero no sabía cómo hacerlo para que la creyera. No tenía pruebas de que venía del siglo XXI, si hubiera amanecido aquel día con el móvil en la mano, por ejemplo, quizás...

Ella se puso las manos en las sienes, y dijo:

–¡Ay! ¡Joder! Me estoy mareando, para el coche

Jaime dio dos golpes en la puerta y el carruaje se paró. Ella se apresuró a salir, y empezó a caminar acercándose al río. Respiró hondo. Jaime la siguió de cerca.

–Jaime, necesito beber agua

Con un gesto le dijo al cochero que tomara agua del río. Ella miró a la lejanía, realmente sin ver nada en concreto, además estaba todo oscuro. Cuando bebió de la bota de cuero, se refrescó también un poco la cara y el cuello.

–Tienes razón, seré un problema menos para ti cuando me vaya

Jaime se posicionó frente a ella, y Ángela continuó:

–Y también tienes razón en que no podré evitar que os peleéis, pero lo que te he dicho antes no era por eso, es que... ¡Oh, Dios! Ni siquiera sé cómo empezar. Ni siquiera sé cómo decírtelo para que no me tomes por una loca.

Jaime ladeó la cabeza oyéndola intentando entender, y dijo:

–A ver, empecemos por... ¿Dónde está realmente tu familia? Contraté a dos investigadores, para que me dijeran dónde estaban exactamente. Quería escribirles para presentarles mis respetos y no los encuentran.

Ella cuando oyó eso, lo miró directamente a los ojos asombrada. Después bajó la mirada avergonzada.

–A mi familia no la puedes encontrar donde te dije, ni en ningún sitio.

Él se quedó unos momentos parado, pero preguntó:

–¿No tienes familia?

–Sí, sí que la tengo, pero no aquí, no ahora

Jaime frunció el ceño:

–No andes con ambigüedades, necesito respuestas ¡Ya!

–¡Lo sé! ¡Te mereces saberlo! ¡Tienes que saberlo! ¡Y yo no puedo callarme más!

–¡Pues habla de una vez, mujer!

Ángela echó ligeramente la cabeza hacia atrás al oírlo alzar la voz, dio un paso hacia atrás. Volvió a bajar la mirada, retorciéndose las manos e hizo un gesto de dolor.

Varias cosas ocurrieron cuando ella comenzó a hablar de forma apresurada. En un principio, Jaime quería desesperadamente ir a rodearla con sus brazos para borrar de su rostro la angustia que mostraba, pero tenía que obtener respuestas.

–Mi familia, mis amigos y todo el mundo que conozco y en el que vivo, está al sur de España, pero no ahora. Vengo del año 2020, Yeji me trajo aquí para que suplantara a tu mujer. Me hizo viajar en el tiempo...

Jaime juntó las cejas, pensando que estaba jugando con él, que descaradamente se estaba inventando una historia fantástica, para no revelarle la verdad, pero ella continuó:

–¡Lo sé! ¡Sé que suena a historia fantástica! Pero te juro, que esta es la verdad. Me inventé que venía de Florida, porque era lo más creíble. Ideé toda esa historia, porque no podía decirte la verdad, ¡No me creerías! ¿Cómo se dice algo así? ¡Si alguien viniera y me dijera eso, no lo aceptaría o pediría pruebas! Imagino que hay cosas que no te cuadran sobre mí, es por eso, yo vengo de una España completamente distinta a la que tú conoces. Vengo de un mundo mucho más avanzado en cuanto a tecnología, medicina...

Ella se calló unos segundos intentando dilucidar qué pensaba Jaime, porque estaba completamente callado, con el ceño fruncido. Se echó la mano a la frente y se la restregó.

–Te habrás dado cuenta que hablo y me comporto de forma diferente, que sé cosas que...– Volvió a callarse, la estaba matando que él no dijera nada.

La mente racional de Jaime le decía que eso que estaba diciendo era imposible, pero por la forma en la que ella se lo estaba diciendo, su rostro, sus gestos, su voz, estaba diciéndolo desde el corazón. ¿Cómo era posible? Una persona no pierde la cabeza de la noche a la mañana, entonces, ¿Por qué estaba diciendo esas sandeces? Ella dio un paso hacia él, y mirándolo directamente a los ojos le dijo:

–Jaime, te juro que no estoy trastornada, y que esta es la verdad, por eso no te lo habíamos dicho. Por favor, necesito que hables con Yeji, ella corroborará lo que te estoy diciendo. Ella me trajo aquí por el plazo de los seis meses, para que no pierdas la hacienda, por eso una y otra vez te dije que volvería. No puedes ni puedo comunicarme con los míos. No es que no quiera quedarme contigo aquí, es que no pertenezco a este mundo, yo...

Ángela se echó las manos al rostro para ocultarlo y agachó la cabeza, al cabo de unos segundos continuó:

–¡Tengo mucho miedo que no me creas!

De repente, él preguntó:

–¿Qué es una “cola”?

Ella se quitó las manos del rostro y lo miró a los ojos, y casi sin pensar le dijo lo que era. Acto seguido, él continuó:

–Esta mañana, cuando te vimos José y yo en la sala de baile...

Ella rápidamente le explicó lo que era un charleston, un twist y “break dance”. Jaime, al ver cómo le daba toda esa elaborada respuesta, y a la rapidez con lo que lo hacía, entendía que no era posible que se lo estuviera inventando, por lo que todo aquello se le estaba antojando rocambolesco.

–Lo que le hiciste a Tomati, en la fiesta, salvándole la vida...

Ella le explicó lo que era, en qué consistía, cómo se llamaba la maniobra, y que se llamaba así

porque fue Heimlich el primero que escribió sobre ello, en el siglo XX.

Jaime estaba en una encrucijada. Lo que estaba diciendo, tenía todo el sentido del mundo, veía en sus ojos que le decía la verdad, todo eso explicaría muchas cosas, pero su mente seguía negándolo.

–Vamos al carruaje, a casa y continuamos hablando

Al cabo de un rato de estar en silencio en el carruaje, ella le dijo:

–Jaime, di algo por favor, entiendo perfectamente que todo esto te pueda parecer una locura, no más que a mí. Créeme, ni yo termino de creerme que esté aquí.

–Empecemos por el principio, ¿Cuándo llegaste a Santo Domingo?

Ángela empezó a relatarle que amaneció en la cama de ella, sin saber cómo ni por qué. Que optó por no decir nada para que no la tomaran por una demente. Que no fue hasta que habló con Yeji que supo todo. Le contó toda la historia desde su vivencia.

Jaime la interrumpió, ya sabiendo cómo llegó y lo que ocurrió después, dijo:

–Espera, en tu casa, ¿Qué estabas haciendo?

–Verás, tienes que entender una cosa, de donde vengo, las mujeres y hombres son iguales ante la ley, votan, y trabajan igual que un hombre. Pueden estudiar y trabajar, pueden elegir si casarse o no. Pueden vivir solas, sin la protección de un marido...

Siguió explicándoselo, y llegaron a la hacienda. Ella no paró de hablar, tomando una infusión, a la luz de las velas, le contaba los adelantos en medicina, tecnología, y los acontecimientos históricos importantes que se producirían. Él, eventualmente le hacía preguntas. En muchas de las cosas, debía hacer incisos para explicarle lo que eran.

Estaba amaneciendo, ambos estaban agotados, y ella le dijo:

–Estás siendo más comprensivo de lo que esperaba, ¿Me crees?

–Sinceramente, no puedo responderte a eso, necesitamos descansar, cuando lo hagamos, haré llamar a Yeji.

–Sí, es con ella con quien tienes que hablar, yo no estaría aquí de no ser por ella.

Ella se levantó dispuesta a irse, y Jaime viendo la tristeza en sus ojos, dijo:

–Ángela, no he dicho que no te crea, pero necesito tiempo para digerir todo esto.

Ella asintió, y se retiró a descansar.

Tiempo después, ese mismo día:

Jaime pasó horas hablando con Yeji, para cuando Ángela bajó al despacho, Yeji le explicó que había hablado con él y que se había ido a la ciudad para estar solo y pensar. Ángela agachó la cabeza, abatida, pero Yeji le dijo:

–Niña, dale tiempo, todo esto le supera, hay que entenderlo

Pasaron los días, las Navidades se acercaban, ella no sabía nada de Jaime y no sabía muy bien qué iba a ocurrir entre ellos. Aunque cuando volviera a su tiempo, sería el mismo día de primeros de Noviembre, no podía evitar sentir nostalgia por las festividades que se acercaban, echaba de menos a su familia.

Yeji le contó cómo lo celebraban allí, y no había ni árbol de Navidad, ni tampoco tenían costumbre de hacerles regalos a los niños. Sí habría teatrillos con pasajes de la biblia llamados “pastorales”. Acudirían a la misa del gallo el 24, y la gente saldría a la calle a pedir “aguinaldo”.

Echaba de menos a Jaime, y no sabía cómo reaccionaría cuando se volvieran a ver. Recibieron invitación de los Heredia, para cenar con ellos la nochebuena e ir a la misa del gallo. A Ángela se le ocurrió que podría hablar con Francisca, para acercar sus costumbres y aplicarlas. Se sentiría mucho mejor, ya que no estaba con su familia, ver la cara de esos niños cuando recibieran sus regalos. Pensó en la manera de decírselo, para que esa mujer con lo devota que era, aceptara lo

que le iba a proponer.

Hizo varias visitas a los Heredia, y habló con Francisca, le explicó que sería bonito hacer ver a los niños, no sólo que se celebraba la venida de Jesús al mundo, si no que engalanar la casa con motivos bíblicos, propiciaría un ambiente que les inculcaría la importancia de la unión familiar, y que los pequeños si se portaban bien todo el año, obtendrían un presente. Así honrarían la figura de San Nicolás que tanto ayudó a los inocentes. Al principio, la mujer era reticente, pero Ángela la convenció. Los adultos de la familia, disfrutaron mucho organizándolo todo. Montaron un belén con figuritas hechas de madera y los niños incluidos, aportaron cosas para escenificar la escena. Convenció a Francisca de poner un árbol y decorarlo, alegando que representaba el árbol del paraíso, y en su base, “San Nicolás” pondría los presentes la noche del 24 al 25. Sería la excusa perfecta para cuando volvieran de la misa, que los niños se fueran en seguida a la cama, y así cuando despertaran al día siguiente, tendrían sus regalos. Encargaron a un carpintero, con las especificaciones que Ángela les dio: un patinete, un trompo, una comba, una peonza, una perinola, un juego de bolos y varias cosas más.

Jaime volvió el día antes de Navidad a la hacienda. Su criado le había contado las novedades en la casa, y cómo Ángela había puesto patas arriba la casa de los Heredia y la suya propia. Cuando entró al recibidor vio el árbol adornado con lazos y diferentes ornamentos repartidos por la casa. Una de las criadas, estaba fregando el suelo en el recibidor. Jaime, parado en la puerta, ladeó la cabeza viendo lo que la mujer hacía: sujetaba un palo que en su base tenía anudado un trapo mojado. Lo restregaba por el suelo, y luego lo metía en un cubo de madera y lo escurría en una hendidura con boquetes que estaba insertado en el balde.

—¿Qué haces?

—¡Oh! ¡Señor, que susto me ha dado! Es... es cosa de la señora, lo llama “fregona”, insiste en que lo haga así, dice que no nos haremos daño en la espalda

Se acercó curioso para ver el ingenioso artilugio. Aunque de alguna forma su mente seguía negando que ella viniera del futuro, las horas que pasó hablando con Yeji en su cabaña cuando volvió de la ciudad, lo convencieron que aunque pareciera algo imposible, entendía ahora muchas cosas de ella. La echaba de menos, y ahora estaba preparado y ansioso por hacerle mil preguntas y saber más, mucho más. Quería saberlo todo.

Fue a su despacho y ella no tardó en aparecer cuando le dijeron que había vuelto. Se quedó parada en la puerta. Los latidos de sus corazones se aceleraron al mirarse. Ninguno de los dos se atrevía a decir la primera palabra, hasta que Jaime dijo:

—Viniendo hacia aquí, he estado con Yeji. Ahora tiene mucho más sentido y es entendible tu forma de actuar. Estás envuelta en todo esto sin tu haberlo pedido y no sabes lo que te agradezco que aceptaras el trato...

Ella se acercó a él, Jaime continuó:

—Ahora entiendo por qué decías que no podías quedarte. Si de mí dependiera, no te irías, aunque comprendo que tendrás que volver con los tuyos. Yo he crecido prácticamente sin familia, no me ha faltado cariño, pero veo en los demás lo que es estar rodeado de los tuyos...

—Yeji me contó lo de tus padres, pero ¿Y el resto de tu familia? ¿Dónde están los demás?

—Conocí a mis abuelos una vez, cuando tenía once años, mi padre me llevó a España, concretamente a Málaga. Quería que conociera mis raíces. Allí está el resto de la familia, pero realmente son unos extraños para mí. Sólo los conocí aquella vez que fui a la península. Cuando me enteré del fallecimiento de mis abuelos años después, la verdad es que no lo sentí mucho, puesto que no había tenido roce con ellos, ni tampoco mis abuelos le prestaron ayuda a mis padres cuando tuvieron dificultades aquí en la isla. Por lo que pude saber tiempo después, no fue del

agrado de mis abuelos que vinieran a establecerse en Santo Domingo. El único con el que sí he tenido contacto, y me ha visto crecer, es mi tío Rafael, un hermano de mi padre. Él, desde que yo era pequeño, arribaba a estas costas con su barco una vez al año. Siempre me traía un presente de España. Es uno de los mayores proveedores de vino de Málaga, para la fabricación del Láudano [23], en las colonias del norte...

—¿En serio, para el láudano se utiliza vino de Málaga? ¡Qué curioso! ¡Nunca lo hubiera pensado!

—Sí, por eso ha hecho una gran fortuna. Se ha establecido en Newport, Rhode Island. Hace unos cuatro años que dejó de viajar, y traer él mismo el vino de España. Aunque sigue con el negocio, es su hijo Antonio, quien mayormente se ocupa. Ahora están también trayendo de la Almona de Sanlúcar de Barrameda, jabón de Castilla [24], puesto que es uno de los productos más demandados de “Caswell–Massey” [25], que es una tienda en Newport, donde la élite social compra productos de lujo europeos, fragancias y artículos de tocador.

—¿Deduzco que el jabón de Castilla, es de aceite de oliva?

—Así es; A mi tío Rafael y a mi primo Antonio la última vez que los vi, fue en mi boda... Ellos, sus esposas, y los cuatro hijos que tiene ya Antonio, son la única familia que tengo en este continente. Nos carteamos con regularidad, pero aparte de eso...

Se restregó la frente y se tapó los ojos un momento, se cruzó de brazos y después continuó:

—...en estos momentos tampoco sé qué hacer con esta situación, porque no tengo ningún derecho a arrebatarte la posibilidad de volver con los tuyos, con tu familia, con las personas que has crecido...

Jaime dejó de hablar. Apretó la mandíbula y miró al suelo.

Ella con ojos vidriosos y la voz entrecortada dijo:

—¿Puedes empezar dejándome que te abrace?

Jaime alzó la mirada, descruzó los brazos y puso las palmas hacia arriba. Ella se acercó y lo abrazó con fuerza. Él respondió al abrazo de igual manera.

XVI

Aunque su instinto le pedía a gritos besarla, hizo un gran esfuerzo para contenerse. Si toda aquella locura era verdad, ahora comprendía por qué ella quiso alejarlo. La noche del baile de máscaras ella le dijo que lo había apartado, “para no pasarlo mal”, cuando se tuviera que ir. También pensó en lo asustada que debió sentirse cuando aquella mañana amaneció allí, y casada con un perfecto desconocido. Sí, debían hablar y dijo:

–Voy a asearme, nos vemos en la cena y charlaremos tranquilamente, ¿te parece?

–De acuerdo

La comida ya estaba servida y ella esperándolo cuando él bajó. Apreció el gesto crispado de Ángela. Intuyó que aún le preocupaba que finalmente su actitud hacia ella cambiara, después de saber la verdad. Así que le dijo:

–Ángela, todo va seguir igual, por favor, estate tranquila.

Ella pareció relajarse cuando él le sonrió, y continuó:

–¡Tengo que admitir, que has puesto mi casa y mi vida patas arriba!– Lo dijo con el dedo en alto señalando los adornos navideños, y sonrió al continuar –Y tengo entendido que la casa de los Heredia también...

Ella sonrió, y le explicó el porqué de todo aquello, y lo que tenía preparado para el día siguiente en casa de los Heredia. Luego se puso seria y le dijo:

–Jaime, entiendo que todo esto es de locos, pero también ponte en mi lugar, imagina que una mañana te despiertas y amanece en un lugar que no conoces y trescientos años atrás. Yo sólo recuerdo cosas de esta época por lo que me enseñaron en la escuela, que no es mucho. Hay otros hechos históricos que sí recuerdo, pero esas cosas no sucederán hasta dentro de mucho. La historia que te conté de cómo llegué aquí, la elaboré porque me parecía completamente coherente, dado que en la escuela sí hice un trabajo sobre la independencia de Estados Unidos de América, y de eso sí sé. A lo que voy, es que, cuando me has comentado lo de tu tío en Rhode Island, he recordado algo, que sí podría servirte para que al menos creyeras un poco más en todo esto...

–¿Qué es? ¿Algo que va a suceder?

–Sí, el 14 de Enero, el congreso de los Estados Unidos ratificará el tratado de París con Gran Bretaña, y oficialmente se dará por terminada la guerra

Jaime dejó caer la mandíbula, le estaba dando una fecha concreta de algo que iba a ocurrir, tenía que estar muy segura de ello como para decirlo, por lo que todo lo apabullaba aún más. Ella continuó hablando:

–¿Sabes? Por fin me siento aliviada de no tener que fingir ser alguien que no soy, sobre todo contigo, me ha resultado complicado adaptarme a cómo vivís aquí. Estoy acostumbrada a otras cosas, es decir, aquí no me falta de nada, aunque mi mundo no es perfecto (ninguno lo es), pero hay muchas cosas que ya hemos superado que ustedes no...

–¿A qué te refieres?

–No hay esclavitud, al menos no en la mayor parte del mundo, la mujer es igual al hombre ante la ley, tenemos juezas, médicas...tenemos luz artificial, naves que vuelan. Por ejemplo, un cargamento de cacao podría estar en doce horas en España.

Jaime asombrado, le hizo preguntas al respecto, y ella le explicaba lo que podía. Estuvieron hablando hasta la media noche. En un momento dado, Jaime le preguntó:

–¿Tu rey sigue manteniendo aquí las mismas leyes que en la península y sobre el comercio?

Ángela sonrió y dijo:

—Jaime, siento decirte que España, poco a poco irá perdiendo las colonias. Sólo sigue perteneciendo a España fuera de la península: las islas Baleares, Canarias, Ceuta y Melilla

Jaime frunció el ceño y negó con la cabeza, echando la mirada hacia abajo pensativo. Ella continuó:

—La gran potencia que es España hoy, no lo será en los siglos venideros. Sigue habiendo ricos y pobres, sigue habiendo injusticias, pero por otro lado, te puedo decir que se erradica la viruela, la peste, la fiebre amarilla, aunque habrá nuevas enfermedades, se sigue investigando y luchando para combatirlas. Se hacen trasplantes de órganos...

Siguió contándole cosas y él eventualmente le preguntaba. Estaba fascinado con ese mundo que le describía ella. Fueron al despacho, porque ella quería dibujarle algunas cosas, para que entendiera mejor lo que le decía. Ella poco a poco se fue relajando, hasta tal punto, que para estar más cómoda se quitó los zapatos y se aflojó el corsé.

—¿Te importa? Por favor, ayúdame a desvestirme, esto es una tortura. Al principio me divertió ponerme toda esta ropa que utilizan las mujeres aquí, pero termina siendo lo peor, utilizar cada día el corsé

Él la ayudó, mientras ella le explicaba lo que utilizaban en el siglo XXI, como ropa interior, y la moda en general. Terminó con la camisa interior, y se soltó el cabello.

—¡Uf, que a gusto me he quedado! ¡Si por mí fuera estaría todo el día así! bueno, lo que te estaba diciendo....

Ella mientras hablaba, colocó el corsé y los faldones sobre una de las sillas. La camisa le cubría hasta los muslos. Ella tenía puesto una de las braguitas y un sujetador de los que se había fabricado, por lo que de forma despreocupada se sentó en un sillón frente a él. Cruzó las piernas, al modo como lo hacen los árabes o los asiáticos para meditar. Tiró de la tela de la camisa por la entrepierna, para cubrirse esa zona, pero eso hizo que se le resbalara un poco de un hombro. Los rizos, le cayeron por un lado, delante del pecho. Ella, con total naturalidad seguía hablando.

Jaime, tragó con dificultad. No se lo pensó dos veces y sentado en la silla, acertó la distancia entre ellos. Ella al ver la expresión de su cara y el brillo de sus ojos se calló, y él dijo:

—Ángela, te propongo un trato...

Ella lo miró directamente a los ojos, él le tomó el rostro por la barbilla y se acercó más. A ella empezó a bombardearle el corazón más rápidamente. Jaime dijo en voz baja y suavemente:

—Sé mi mujer. No sólo para el resto de la gente, finjamos que no te irás, es más, ni lo hablemos, aprovechemos el tiempo que estés aquí

Ella abrumada, se humedeció los labios, y casi podía sentir su aliento. Ángela le miró los labios, luego los ojos, y él de repente la soltó y se separó. Se levantó de la silla, y mientras fue a servirse una copa dijo:

—Piénsatelo, es tarde, mañana será un día largo, ve a descansar.

Ella se quedó inmóvil por un segundo, pero apretó los labios, descruzó las piernas y se levantó para irse con celeridad. Apretó la mandíbula, y juntó las cejas mientras se dirigía a la puerta. En el umbral, con el puño cerrado, dio un golpe en la puerta y se quedó parada allí unos momentos, pero se volvió para enfrentarlo. Con la voz un poco más aguda dijo:

—¿Sabes qué? ¡Ni siquiera me hace falta pensarlo!

Él con fingida despreocupación la miró esperando a ver qué decía, y ella bajando el tono hasta casi ser neutro le dijo:

—No me hace falta pensarlo, porque sí quiero ser tu mujer

Se miraron intensamente, y él se acercó de nuevo. Se quedó frente a ella y Ángela susurró:

–Quiero...

–¿Quieres...qué?

–Quiero sentirte, hasta el fondo...

Él cuando oyó aquello, se abalanzó sobre ella y tomó sus labios en un beso insaciable y con ansia la apretó contra su cuerpo. Ambos agitaron sus respiraciones devorándose el uno al otro. Los dos con urgencia se tocaron, se acariciaron, se besaron. Ella gimió, y él se separó un momento para sonreír, triunfante. La alzó entre sus brazos, para llevarla a sus aposentos.

Ella soltó un grito, riéndose al verse alzada, y él subiendo las escaleras con ella en los brazos. Cuando llegaron a la habitación, la soltó para que posara sus pies en el suelo y se quitó la camisa y los pantalones con rapidez. Ella saltó a la cama y también se deshizo del camión y la ropa interior.

Ambos completamente desnudos, se abrazaron y exhalaban un suspiro. Volvieron a besarse con ferocidad. Jaime bajó en un reguero de besos hasta uno de los pezones y lo rodeó con la lengua. Siguió bajando con su lengua y dio pequeños mordiscos aquí y allá. Cuando llegó a su centro y acarició con la lengua su vulva, ella se estremeció de placer, y no evitó gemir y agarrarse fuertemente a las sábanas. Continuó acariciándola, chupando, lamiendo, y provocando que ella realizara movimientos casi espasmódicos a lo que de forma entrecortada dijo:

–Jaime, no, no creo que aguante...

–¡Shh...!

Él paró de repente, ambos respiraban agitadamente y él se posicionó en su entrada. Se quedó quieto un momento, se miraron intensamente y la tomó por las caderas. Ella con los labios separados, se pasó la lengua por los labios y dijo:

–¡Hasta el fondo!

Casi con violencia se unió a ella, y ambos emitieron un quejido sonoro y placentero. Se aunaron en una danza ancestral, hasta que las rápidas embestidas hicieron que ambos jadearan al unísono llegando a hacer temblar sus cuerpos. Ella se dejó llevar sin restricciones a un orgasmo que hizo que lo llevara a él seguidamente.

Cuando sus cuerpos comenzaron a serenarse, él se separó de ella, y sin dejar de abrazarla, la besó dulcemente.

Ella se echó las manos a la cara y dijo:

–¡Oh, Dios! Estamos jugando con fuego, no estamos teniendo cuidado

Él la volvió a besar, para que ni siquiera pensara, y dijo con voz ronca:

–¡Shh...! has dicho que serías mi mujer, esto es sólo el principio, este sólo ha sido el primero, y desde ahora, cada noche, vas a dormir conmigo. Voy a procurar que no duermas en otro sitio, si no es conmigo.

Ella enmudeció, y tal como prometió, ese sólo fue el primero de una larga noche.

Al día siguiente cenaron con los Heredia y luego fueron para la misa del gallo. Las calles estaban abarrotadas de gente con ambiente festivo. Tocaban panderos, zambombas, sonajas y otros instrumentos. Aunque a Ángela no le pasó desapercibido, que había muchos soldados repartidos por doquier. Al entrar en la iglesia, igualmente estaba concurrida. Las personas congregadas, lucían sus mejores galas, y tardaron un rato en acomodarse, porque aprovechaban para saludarse y felicitar la nochebuena.

Cuando ya estaban sentados, Ángela observaba disimuladamente a la gente de alrededor y Jaime se acercó a Ángela para susurrarle:

–El hombre que tienes sentado delante es el gobernador, Don Isidro Peralta^[26]

Ángela miró con curiosidad, y vio que la mujer que tenía a su izquierda le decía:

–Querido, llevas un día con un humor de perros, ¡vamos que es nochebuena!

El hombre que había a la derecha del gobernador, le dijo en voz baja, aunque ellos que estaban detrás, pudieron oír perfectamente:

–Señor, ¿Ocurre algo?

–Está bien, te lo voy a decir, porque de todos modos se sabrá. Por culpa del tratado del Pardo y del Reglamento de Libre Comercio que se hizo en el '78, sabía que iba a arrastrarnos consecuencias tarde o temprano, hasta el punto que ayer recibí oficialmente la orden de hacer un “Código Negro”, parece ser que tendremos que preparar a la isla para recibir un gran número de esclavos que “mejorarán la agricultura”...

El hombre frunció el ceño, se quedó callado unos momentos, resopló y dijo:

–Bueno, pues como fiscal de la Audiencia, le recomiendo que tendremos que llamar a los hacendados de mejor nota, convendría oír lo que dice el Ayuntamiento, la real Contaduría, el superior gobierno, y por supuesto a la real Audiencia

El gobernador asintió con la cabeza, pero el fiscal continuó:

–Bueno señor, hoy es miércoles, y mañana es Navidad, hasta el lunes...

Tuvieron que callarse, pues el cura comenzó con la misa. Ángela y Jaime se miraron, ella lo hacía en tono de pregunta y él sorprendido le susurró:

–Luego te lo explico

Aproximadamente una hora después, casi terminada la misa, empezó a oírse mucho ruido fuera de la iglesia. Cada vez se oía más el gentío, y una algarabía de personas comenzó a gritar. Los congregados en la iglesia, de forma disimulada primero, empezaron a mirar hacia fuera por los ventanales, hasta que se arremolinaron grupos en las diferentes ventanas para ver qué ocurría fuera. Oyeron de repente cerrarse de golpe las puertas de la iglesia y todo el mundo miró hacia la entrada. Un soldado gritó:

–¡Señores, mantengan la calma! Me han ordenado que nadie salga de aquí

El gobernador, con pasos rápidos y firmes se acercó al soldado y le dijo con el dedo en alto:

–¡Exijo saber qué está ocurriendo!

–Señor, fuera los ciudadanos pidiendo el aguinaldo se han ensalzado, y la multitud se ha agolpado en la puerta, espere que la guardia disuelva el desorden, por su seguridad y los de aquí...

Jaime oyendo que el ruido de la multitud gritando ya palabras malsonantes y obscenas era cada vez mayor, agarró del brazo a Ángela, después, a uno de los niños de los Heredia lo cogió en brazos. Los llevó hacia una de las paredes de piedra, e hizo que apoyara la espalda en la pared. Le dio al pequeño de 4 años a ella, para que lo sostuviera. En uno de los ventanales más cercano a ellos, lanzaron una piedra desde el exterior, y cayó en la cabeza de uno que miraba curioso fuera. Pronto los gritos inundaron el interior de la iglesia. El soldado gritó:

–¡Aléjense de las ventanas!

Las personas en el interior se agacharon, otras se ocultaban como podían lejos de las ventanas. Jaime con su cuerpo delante de ella procuraba protegerla. Miró hacia atrás, para ver si los demás estaban bien. Una señora gritaba y lloraba de rodillas cogiendo la cabeza del hombre que estaba en el suelo y con su mismo vestido le cubría la cabeza para que no sangrara. El cura intentaba que mantuvieran la calma, pero la gente no le hacía caso.

Ángela abrazó al niño con fuerza, tratando de calmarlo. Jaime se asomó un poco a una de las ventanas para ver que la guardia trataba de deshacer el grupo.

Poco a poco el ruido del exterior se fue aando y dentro de la iglesia también. Estuvieron bastante rato confinados dentro. Los soldados querían asegurarse que los congregados cuando

salieran no corrieran ningún peligro. Jaime se puso al lado de ella, apoyando también la espalda en la pared y esperando como los demás a poder salir. Cuando los ánimos estaban más calmados ella en voz baja, para que sólo él lo oyera dijo:

–No me extraña nada que esto haya ocurrido [27]

–¿Por?

–Hay demasiada desigualdad aquí. Es normal que de una forma u otra salte la gente

–¿Quieres decir que lo apruebas?

–¡No, para nada!, pero lo entiendo, esta no es la manera de revelarse, la violencia solo genera violencia.

–¿En tu mundo no hay desigualdad?

Ángela agachó la mirada avergonzada y dijo:

–Por desgracia sí, los países más ricos siguen dejando que sigan pasando hambre los más pobres, mientras que permiten también, que en alguna parte del mundo haya una guerra, porque sigue siendo un negocio rentable

Se quedaron unos minutos en silencio. Jaime al oír que se estaba disipando el ruido fuera, se acercó de forma cauta al ventanal que tenían al lado, para comprobar que efectivamente la guardia había separado de la iglesia a un gran número de personas y poco a poco la gente se dispersaba. Se puso delante del ventanal, cuando ya no había peligro, pero con el semblante serio viendo el trabajo de los soldados.

Ángela alzó la mirada para verle el rostro. Él al notarlo la miró y por un segundo miró al niño que tenía en sus brazos, pero rápidamente volvió a mirar hacia fuera. Aunque lo hacía, su mente divagó con la escena que acababa de ver. Sintió un pellizco en el centro de su pecho al imaginarla con un hijo suyo en los brazos, y frunció el ceño comprendiendo que algo así no podría ser. Por mucho que le gustase la idea, ella se iría, volvería a su tiempo.

Ángela, ajena a los pensamientos de Jaime, lo miraba sin creerse todavía que estaba manteniendo una relación con él. Se deleitaba observando lo apuesto que era, y si no estuvieran encerrados en una iglesia y en aquella situación, se abalanzaría sobre él para besarlo. Se sentía segura y protegida estando él cerca.

Él volvió a mirarla, y durante unos segundos se miraron de forma intensa, ignorando adrede que la gente ya empezó a salir de la iglesia. Francisca se acercó para tomar al pequeño que tenía Ángela en sus brazos.

–¡Oh querida! ¡Qué miedo hemos pasado! Gracias por cuidar de Juanito, vamos, ya podemos volver a casa...

Mientras iban saliendo al exterior, Ángela miró al hombre que estaba herido. Por suerte no fue grave, aunque la sangre perdida de la herida indicara lo contrario. Ya había dejado de sangrar. Ella pensó: “menos mal, porque podría haber sido mucho peor”

Compartieron carruaje con algunos miembros de la familia Heredia para volver a la hacienda de ellos. Pernoctarían allí, dado que la hacienda de Jaime estaba lejos y Ángela quería ver la cara de los niños cuando abrieran sus regalos a la mañana siguiente.

Cuando ya estaban en la intimidad del cuarto, Ángela le preguntó sobre el “Código Negro” y Jaime le respondió:

–Sé que en el '68 ya se hizo uno, aunque no se ha llevado a cabo realmente. Deliberadamente dejaron parado el expediente, probablemente esté cogiendo polvo. Es una serie de leyes que especifican a los amos que mantengan a sus esclavos vestidos, comidos, atendidos si hay enfermedad o incapacitación y vejez, limitación de malos tratos...

Ángela lo miró horrorizada y dijo:

–¿Es que hay que especificar que les tienen que dar de comer y lo demás?

–Lamentablemente, sí. Si tal como ha dicho el gobernador, van a venir gran número de esclavos

–¿Y quién se lo ha ordenado?

–Probablemente el Consejo de Indias, por lo que esta vez, tendrá que hacerlo.

Ella miraba enfadada hacia el suelo y él le dijo:

–¿No crees que esto pudiera ser un avance, para mejorar la situación?

–Abolir la esclavitud sería un avance, y no esa pantomima, pero eso no ocurrirá hasta dentro de siglos. Cualquier tipo de sometimiento de un ser humano a otro me parece una aberración. Me siento impotente de no poder hacer nada, sabiendo lo que sé, aunque... probablemente el hecho de estar aquí y hacer las cosas que hago ya esté cambiando algunas cosas. Me da miedo pensar en las repercusiones que pudiera tener en la historia

–Yo no puedo tener la imagen global que tú tienes, sólo imaginarlo por lo que me cuentas. Pero desde mi punto de vista, podría ser un primer paso

–Decirles a los amos que tienen que darles de comer y vestirlos... no lo veo yo como un primer paso, pero, estoy pensando, ¿Tú tienes contactos verdad?

–Sí, claro, pero, ¿Por qué?

–Si se van a redactar leyes que “regularicen la situación”, ¿sería posible dictaminar por ley prohibir la práctica de marcar a los esclavos?

–Bueno, entre las leyes que redactarán, probablemente existan apartados sobre los “correccionales”, es decir, los castigos y seguro que se habla del “Carimbo” [28]

–Yo no puedo hacer nada al respecto, pero tú sí puedes tirar de contactos y hacerles ver a esta gente que eso es una práctica cruel y bárbara, quizás con suerte llegaran a incluir en la leyes la prohibición de marcarlos

–Haré todo lo posible porque así sea, aunque no será fácil y requerirá tiempo

–El tiempo que haga falta, Jaime

Jaime le sonrió y la abrazó, le dio un tierno beso en los labios y dijo:

–Bueno, descansemos, ha sido un día largo y mañana nos espera otro igual o quizás peor...

Ángela bostezó. Él mientras volvió a abrazarla, aspiró el perfume de su cabello.

–Ven, te ayudo a desvestirte

Ella se dio la vuelta, y le destensó los lazos del corsé. Para cuando se lo quitó, vio en su espalda que la tenía toda señalada por la presión de los lazos y las ballenas. Deslizó suavemente un dedo por las hendiduras de la piel, y apretó los labios dando muestras de disgusto al ver lo que el corsé le había hecho a su suave piel. Ella respiró hondo aliviada, de ser por fin libre de ese armazón y entonces se rio y dijo:

–Menos mal que hemos arreglado “nuestras diferencias”, si no esta noche dormirías en ese sofá de ahí...

Lo dijo señalándolo, y Jaime sonrió:

–¿Habrías sido tan cruel de hacerme dormir en ese pequeño sofá?

–¡Oh, sí! Ja, ja, ja

Tuvo que terminar riendo porque él empezó a hacerle cosquillas. Ella no quiso quedarse atrás y le asestó en la cabeza con una almohada. Él se quedó parado unos momentos por la sorpresa, pero acto seguido cogió otra almohada y comenzaron una pequeña guerra dándose golpes el uno al otro, terminaron los dos riendo.

XVII

A la mañana siguiente, Ángela despertó sobresaltada al oír golpes tras la puerta, y escuchar:

—¡Señora Ángela, vamos, los regalos!

Lo oyó como si proviniera de uno de los niños de la casa y unas pequeñas manos dieran sobre la madera. Otro le dijo en voz más baja:

—¡Nos van a pillar!

Acto seguido unas risas y un sonoro:

—¡Shh, silencio!

En seguida, dieron golpes un poco más fuerte sobre la puerta, y oyó cómo corrieron alejándose de la puerta, sin duda porque los sorprendieron. Jaime que estaba profundamente dormido, al sentir los golpes, dio un bote saliendo de la cama y poniéndose alerta como si fuera un soldado listo para la batalla, se posicionó ligeramente agazapado y con los brazos extendidos.

Ángela al ver su reacción, no pudo más que reír. Jaime, le costó aún un par de segundos comprender qué ocurría. Cuando lo hizo, todo su cuerpo se relajó y se restregó la cara.

—Ja, ja, ja, ¡sólo son los niños! ¡No nos invaden!

Él le echó una mirada condescendiente, pero después emitió una sonrisa de soslayo.

—Será mejor que nos vistamos y bajemos, no aguantarán mucho más sin abrir los regalos.

Un rato después, toda la familia alrededor del árbol, se unió en risas, grititos y ovaciones. Los niños armaron gran alboroto a medida que iban abriendo los presentes, los padres henchidos de felicidad de ver sus caritas. Fue un momento mágico, todos los adultos sonreían ampliamente al ver los chiquillos llenos de ilusión. Poco a poco se fue vaciando la base del árbol de cajas, hasta que quedó una pequeña. Estaba envuelta en una tela roja, con un gran lazo verde. Ángela se acercó a Jaime para susurrarle al oído:

—Esa caja es para ti

Jaime alzó las cejas ante la sorpresa, y ella lo instó a que cogiera la caja. Cuando lo hizo, se sentó en un butacón para abrirlo lentamente, con cuidado.

Era una caja de madera, al abrirla, en el reverso de la tapa, había grabado la frase:

“No dejes que el ayer ni el mañana, consuman demasiado el presente”

Dentro de la caja había un reloj de bolsillo, y en él estaba grabado:

“Carpe Diem”

Jaime se quedó quieto unos segundos, mirando el reloj. Ni siquiera sabía cómo reaccionar. Finalmente alzó la mirada abrumado, ella visiblemente emocionada también y con ojos vidriosos le susurró:

—“Carpe Diem” (vivamos este momento)

Todas las personas que había alrededor por un momento pareció que desaparecieran mientras ellos se miraron. El patriarca de la familia, empezó a instar a los niños que salieran al exterior para jugar con sus nuevos juguetes. Los niños corrieron, y gritaron mientras desalojaban la estancia y los adultos los siguieron. Ángela y Jaime, seguían mirándose y él se levantó y se acercó a ella para darle un beso en la mejilla, le apretó el brazo, y le susurró:

—“Carpe Diem”

Uno de los pequeños rompió el momento tirando de las faldas de Ángela gritándole:

—¡Venga, vamos, ven a jugar con nosotros!

Ella no pudo más que bajar la mirada y sonreír ampliamente. La pequeña mano tiró de ella,

para llevarla al exterior y ella se dejó llevar.

Los días posteriores fueron menos ajetreados, hasta que llegó el último día del año. Se prepararon para ir a una fiesta a la ciudad en una de las casas de los de la alta sociedad Dominicana.

Ángela bajó ya arreglada directamente al despacho de Jaime. Él estaba tras su escritorio poniendo en orden unos papeles. Cuando la vio aparecer le sonrió, y echó mano del bolsillo de su chaleco para sacar el reloj y mirar la hora mientras le decía:

–Estás preciosa

Ella torció la boca y se recolocó el corpiño en un vago intento de ponerse más cómoda, a lo que resopló de forma sonora, porque por mucho que lo hiciera se sentía embutida.

Él le sonrió y le dijo:

–Te quejas, pero en el fondo creo q todo eso te gusta...

Lo dijo haciendo un círculo imaginario con el índice señalando su atuendo. Ella medio sonrió y dijo:

–Me has pillado, pero sólo si fuera para un rato, no me explico... es un misterio que las mujeres hayan mantenido esto– se señaló el corpiño –por cientos de años, y hayan tardado tanto en desprenderse de él. Y toda esta tela, ¡uf! Y lo peor es que esto va a más

Ella veía que él la miraba, pero se puso serio. Miró hacia abajo y un halo de tristeza le surcó el rostro.

–¿Qué ocurre?

Él se sentó en el butacón y ella hizo lo mismo, con el escritorio entre ambos. Él tardó aún unos segundos en responder, hasta que dijo:

–Hemos prometido ni siquiera hablar de ello, pero...

Ella ladeó la cabeza intentando entender y callada para que prosiguiera. Él silenció unos segundos más, negó con la cabeza y volviendo a mirar hacia abajo dijo:

–Si pudiera, si tuviera la manera de impedir que vuelvas... o si te vas de todas formas, ¿Cómo podría hacer para que regresaras?

Ella echó los hombros hacia abajo y exhaló aire, sin mirarlo dijo:

–No puedes

–Ni siquiera llego a entender cómo es posible

–Yo tampoco llego a entenderlo, es de “ciencia ficci...” Quiero decir, es de fantasía. En mi tiempo, hemos llegado a encontrar planetas fuera de nuestra galaxia, y en la búsqueda de uno con agua están, porque donde hay agua, hay vida, pero el viaje en el tiempo... eso no hemos llegado a poder realizarlo, porque precisamente el ir a un planeta de esos lejanos, aún tenemos el problema del tiempo que emplearíamos en llegar a él. Y varios factores a tener en cuenta, porque el tiempo en la tierra no es lo mismo que...

Él la miraba con las cejas ligeramente levantadas por lo que acababa de revelar.

–¿Planetas?

–Sí, en plural, pero, a ver, trataré de explicártelo de la forma como yo lo entiendo. Ni siquiera soy la persona más idónea para explicarlo bien, puede que incluso no lo haga bien, nunca fui buena para entender estas cuestiones, pero trataré de hacerlo lo mejor posible, dame un papel...

Se rascó una ceja, y se puso un rizo rebelde tras la oreja. Cogió una pluma y dibujó encima del papel dos puntos equidistantes y dijo:

–¿Cuál sería la distancia más corta para ir del punto A al B?

–Una línea recta.– Contestó él

Ella dibujó la línea recta

–Correcto, pero hay que tener en cuenta también otros factores que has empleado para ir de este punto a este punto– Lo dijo señalando ambos puntos con la pluma –Has empleado un tiempo en ir de uno a otro en este espacio...

Al decir “espacio”, con la mano abierta recorrió todo el papel y continuó:

–Y la gravedad que has utilizado para hacerlo

Él entrecerró los ojos un poco para procesar lo que le decía, pero callado la escuchaba. Ella continuó:

–Sé que ahora pensáis que esos factores, el tiempo, el espacio y la gravedad, son cosas diferentes, pero en el siglo XX, se demostrará que todo está relacionado y cada una de las cosas será relativa a la otra según desde el punto de vista que lo mires. No me preguntes cómo se ha demostrado, porque eso no sabría explicarlo, el caso es...

Alzó el papel con ambas manos, con el dibujo de cara a él y continuó:

–Han demostrado que en teoría, si alteramos el espacio que hay entre A y B...

Lo dijo mientras doblaba el papel y juntaba ambos puntos

–Cogemos un atajo para ir de un punto a otro....

Atravesó el papel con la pluma

–Este atajo lo llaman “agujero de gusano” para poder atravesar los puntos a través de una dimensión superior. Yeji, con sus descendientes, probablemente porque precisamente están en tiempos y espacios diferentes, han encontrado ese agujero de gusano, ese atajo, para que yo pudiera atravesarlo. Sería algo así como saltar sobre el lomo de un caballo que está galopando, tendría que ser en el momento justo en el que pasa el caballo y saltar con la suficiente precisión para caer a lomos de él... Dentro de cuatro meses volverá a pasar ese caballo y me impulsarán para poder caer a lomos del animal, y volver a donde pertenezco. Si no lo hiciera, podría morir, podría desaparecer, sabe Dios qué ocurriría cuando ya de por sí hemos roto las leyes físicas Jaime estaba perplejo, y no sabía qué decir. Ella se echó hacia atrás y se levantó del asiento, le sonrió al decir:

–Venga, vámonos que “nos van a dar las uvas”

Él sacudió sus pensamientos y la miró sin entender, a lo que ella sonrió más ampliamente, ella le explicó lo que era la costumbre en España de tomar las doce uvas de la suerte, mientras salían de la sala.

–... la tradición se popularizó a partir de 1909, porque hubo un excedente de cosecha de uvas...

Tomaron el carruaje para ir a la fiesta en la ciudad. Durante el trayecto Jaime quiso saber más sobre la conversación que acababan de tener en su despacho, le pareció apasionante. Ángela empezó hablándole de “Albert Einstein”, esta vez tomaron el camino que llevaba para acceder a la ciudad amurallada por una de las entradas principales, al otro extremo donde solían entrar, esta vez, por el baluarte “El Conde”^[29]

Para cuando llegaron al destino ella estaba hablándole de “Stephen Hawking” y que el científico había explicado y demostrado muchas cosas del universo, pero con respecto al tema del viaje en el tiempo, en un principio decía que era imposible, e intentó hacer una ley de protección de la cronología, según él “para hacer segura la historia a los historiadores”. Al ser incapaz de encontrar una ley física, cambió de opinión y dijo que quizás era posible...

Delante de la gran casa, él la ayudó a bajar del carruaje. Había mucha gente, pero no tardaron en encontrar a Tomati.

–Querida, ven, te voy a presentar...

Ángela pestañeó un par de veces al presentarle Tomati a su esposa María, y no pudo más que

sonreír para disimular su sorpresa.

–Mi esposa ha podido llegar a tiempo desde Cuba, que es donde tiene su residencia habitual, para poder pasar la nochevieja conmigo. Ella suele ir mucho por La Florida, igual conoce a tu familia Ángela...

Ángela lo miró con estupor, Tomati no sabía que la acababa de poner entre las cuerdas, y Jaime salió enseguida en su defensa diciéndole a Tomati:

–¿Qué tal si dejamos a las mujeres un rato hablar de sus cosas y vamos a por bebidas?

Ángela para evitar tener que hablar de La Florida y tener que dar explicaciones sobre su familia, rápidamente le dijo a María que estaba sedienta, que la casa era muy grande, y que mucha gente había acudido a la fiesta.

María sonrió a Ángela porque pensó que sólo se puso nerviosa porque sabía el secreto de su marido, y que fue una sorpresa para ella conocer que Tomati tenía esposa, por lo que optó por seguirle la corriente.

Cuando los hombres aparecieron, extendieron sus brazos para coger las copas. En un momento dado, Tomati se acercó a Ángela y le dijo al oído:

–No te preocupes, querida. Nosotros... nosotros tenemos un acuerdo: ella mantiene la boca cerrada acerca de “mis gustos”, y yo le paso una manutención bastante generosa, pudiendo así hacer su vida en otro país...

Ángela se sonrojó, pero sonrió al decir:

–Entiendo

Estuvieron un rato hablando de cosas banales, la verdad es que estaban pasando un rato agradable, pero Ángela notó que Jaime estaba muy serio. Cuando Tomati sacó a bailar a su esposa, aprovechó para preguntarle:

–¿Qué pasa Jaime?

–Cuando hemos ido a por las bebidas, me ha dicho que Villodres está fuera de la isla

–Pues mejor, ¿No?

–No me fio un pelo de él, sé que trama algo...

–Cariño, no merece la pena ni que pienses en él, venga, vamos a bailar

La miró directamente a los ojos y le sonrió, acto seguido alzó la mano en una clara invitación para el baile.

Pronto llegó la hora de darle la bienvenida al nuevo año. Todo el mundo coreó las doce, entrechocaron sus copas, se oían las campanas en las iglesias, y gritos de júbilo y bullicio se oía por doquier.

Ángela se sentía realmente extraña, viviendo un momento de la historia y en un país en el que todo le parecía surrealista. Una lágrima rodó por su mejilla, en una situación parecida estaría con su familia toda reunida, y echando de menos a los que faltaban. Así era para ella las Navidades, agridulces.

Jaime tomó su rostro, y secándole las lágrimas, la obligó a mirarlo y dijo para hacerla sentir mejor:

–Estoy aquí

Ella le sonrió y se acercó a él para abrazarlo, él la tomó fuertemente entre sus brazos.

Un rato después, el ambiente festivo continuaba. Bailaron, bebieron, y en un momento dado se acercó a ellos un señor mayor que se atusaba los grandes bigotes. Charlaron un rato del cacao. Después el hombre se balanceó echándose la mano al cinto y mostrando una prominente barriga. Les lanzó una mirada achispada bajo unas espesas cejas blancas, claramente había bebido unas copas de más y dijo:

–Voy a “echar un polvo”^[30]

Ángela que estaba al lado, abrió mucho los ojos y dejó caer la mandíbula estupefacta siguiendo con la mirada cómo se alejaba el hombre. Acto seguido miró directamente a Jaime

–¿Qué es lo que ha dicho?!

–Que va a “echar un polvo”

Ella se echó la mano a la boca de inmediato para ocultar la risa y con los ojos como platos volvió a mirar hacia donde se había ido.

–¿Pero qué!?

Jaime divertido por su reacción le dijo:

–¿Qué piensas que va a hacer?

Ella le explicó lo que significaba la expresión en su tiempo, a lo que él soltó una carcajada y dijo:

–Ja, ja, ja sólo va a esnifar “rapé”, al hacerlo irremediamente va a estornudar varias veces, y quedaría indecoroso hacerlo encima de algún bonito vestido, por eso se retira y se usa la expresión...

Ella se rio y dijo:

–Igual de ahí viene la expresión, que con la excusa, en realidad, en el futuro, lo utilizarán para encontrarse con su amante

Ambos se miraron, y con una sonrisa en los labios, imaginaron a la vez al señor yéndose a hurtadillas de la fiesta para encontrarse con su querida. Sin decir nada, mirándose el uno al otro, entendiendo que estaban pensando lo mismo, terminaron en carcajadas.

XVIII

Un mes y medio pasó, y ninguno de los dos volvió a hablar de la vuelta de ella. Aunque retornaron a sus quehaceres diarios después de las fiestas navideñas, procuraban pasar el mayor tiempo posible juntos, todo lo que el trabajo de él les permitía.

Cuando Jaime leyó en los periódicos, que el pasado 14 de Enero se puso oficialmente fin a la guerra de Estados Unidos, en el tratado de París, tal como ella le había dicho, se quedó sin palabras. Ahí tenía una prueba de que lo que le decía era cierto. Le pareció aún más increíble todo, y no sabía muy bien qué pensar o qué sentir al respecto. Pero sí era consciente que el tiempo empezaba a correr en su contra.

Un día incluso lo pasaron en la playa. Ella tenía muchas ganas de visitar esas playas paradisíacas que había visto en televisión, y Jaime la llevó a una caleta en la que no pudieran molestarlos.

Varias horas a caballo les tomó llegar al lugar. Cuando ella vio aquellas aguas claras de color turquesa no paró de sonreír, y mientras él extendía una tela grande sobre la arena, cerca de las rocas, Ángela se apresuró a quitarse la ropa para bañarse.

Jaime se deleitaba viendo cómo ella nadaba. Se acercó semidesnudo a la orilla, y ella emergiendo del fondo marino, al ver su torso, divertida se mordió el labio inferior. Él se cruzó de brazos, mirándola intensamente, levantó la mano y con el índice le dijo que se acercara. Ella, sin parar de sonreír, negó con la cabeza e hizo el mismo gesto que él, diciéndole así que se aproximara. Jaime le lanzó una mirada abrasadora, y sonriendo dijo:

—Está bien, como quieras

Ella rio cuando él se metió rápidamente en el agua, intentó que no la atrapara, pero fue inútil. La tomó de la cintura, entonces ella rodeó sus caderas con las piernas.

Con ella en brazos, la alejó del agua y la llevó cerca de las rocas. Ni siquiera habían llegado donde tenía la tela, cuando se besaron apasionadamente. La tendió y rápidamente se deshizo de la pequeña tela que cubría su pubis, para saborearla. Ella no tardó en gemir al sentir su lengua, y cómo hábilmente rodeaba su clítoris, y daba unas pasadas lentamente en un principio alrededor de su entrada, para posteriormente acelerar el ritmo y llevarla al éxtasis...

Entre jadeos, ella se tensó, agarrándolo fuertemente de la cabeza, y viendo que estaba a punto, él le introdujo tres dedos, haciendo que ella levantara las caderas y rompiera en un gemido largo, seguido de las contracciones que rodearon sus dedos ya de por sí empapados.

Jaime, al sentir todo aquello, cuando ella ya se estaba relajando, no pudiendo aguantar más, se quitó rápidamente los pantalones, liberando su miembro completamente erguido y palpitante. Ella apresuradamente se sentó y lo tomó con una de sus manos, e instantáneamente pasó su lengua desde la base hacia arriba. Cuando llegó a la cima, lo succionó con los labios y lengua, para introducirlo en su boca seguidamente.

Ángela, al oír sus gemidos, se animó a acelerar el ritmo. Pero él, al cabo de unos minutos, la apartó, no quería derramarse, aún no...

Se miraron de forma intensa. Entonces ella se levantó y lo obligó a tenderse bocarriba. Él optó por dejarla hacer, y ella susurró:

—Ahora me toca a mí

Empezó lentamente, pasó la lengua por debajo de los testículos acariciándole la piel entre éstos y el ano. Ascendió lentamente, poco a poco, a lo que él irremediamente levantó sus

caderas. Llegó a su pene, y lo succionó pausadamente. Aceleró el ritmo en el que se lo introducía en la boca.

–¡Ah!

Él la tomó por los cabellos suavemente, y echó su cabeza hacia atrás para que parara. Él respiraba de forma acelerada y ella lo miró y dijo:

–¡No!

Introdujo su pene en la boca con más ansia, y aceleró aún más el ritmo, de forma que él ya no pudiendo aguantar más, emitió un sonido gutural de placer al verla y sentir cómo se lo hacía.

Ella no paró en ningún momento, al contrario, tomó todo de él, sintiendo cómo justo después de derramarse, su cuerpo tembló.

Ella apoyó la cabeza en su vientre. Sintió su respiración acelerada, a la vez que de forma entrecortada emitía un sonido entre placer y regocijo.

Al cabo de un rato, cuando sus respiraciones se calmaron, sólo se oía el vaivén de las olas, entonces ella sonrió y sin mirarlo dijo:

–Ahora sí que necesito un baño

Se levantó y se fue corriendo para meterse de cabeza en el agua. Él tardó unos segundos en reaccionar, pero la siguió, e hizo lo mismo.

Estuvieron nadando y jugando. Ella buceó para coger caracolas. Cuando ya tenía unas cuantas, salió del agua y se sentó donde tenían las cosas.

–¿Tienes hambre?

Mientras sacaba de la bolsa la comida, él se acercó y dijo:

–Te vas a quemar con el sol

–No te preocupes, no me va a pasar nada porque me broncee un poco

–No deberías...

Ella rompió en risas:

–Ja, ja, ja. Ya sé que aquí no está bien visto que una mujer de la alta sociedad esté bronceada, pero en mi tiempo, es todo lo contrario. Desde que “Coco Channel”...

Le explicó quién era la famosa modista, y continuó:

–...Pues desde que ella volvió de unas vacaciones en su yate (es un tipo de barco), bronceada, las mujeres quisieron imitarla, para sentirse sofisticadas como ella. Desde entonces la gente en verano, cuando tiene tiempo libre, va a la playa. Además, estas playas en el futuro, estarán plagadas de turistas tomando el sol. Incluso harán en algunas zonas playas artificiales...

Mientras hablaba, le hizo caso y cogió la primera prenda que tenía cerca, que era la camisa de él. Naturalmente le estaba muy grande, pero cumpliría con la función de cubrirla.

Siguieron hablando y comiendo. Él se volvió a poner los pantalones y dijo:

–A mí no me apetece quemarme el trasero...

En un momento dado, ella divisó a lo lejos unos barcos y volvió a sonreír diciendo:

–Ja, parece mentira, veo esos barcos e imagino que estuvieran rodando otra película de “piratas del Caribe” y en cualquier momento “Jack Sparrow” saltará de un barco a otro

Después de explicarle quién era el pirata de ficción, él le dijo:

–Pues no te extrañe que esos barcos bien pudieran ser de bucaneros, no llego a ver la bandera....

–¿Bucaneros? Quieres decir piratas, ¿no?

Él por un momento se despistó de la conversación, porque estaba observando cómo le caía el cabello suelto y rizado sobre el pecho, y la blusa entreabierta dejaba entrever sus senos.

–Eh... bueno, son saqueadores y atracadores, pero son de aquí, de La Española. Su

particularidad es que asan carne de res y las venden a las flotas españolas. Suelen asaltar los puertos, pero también faenan en el mar. Actúan sobre todo por aquí y en los alrededores de las Antillas Mayores

–¡Oh! entonces, por ejemplo, Francis Drake, el que hizo tanto daño en esta isla y a los buques españoles, sí era un pirata ¿No?

–En realidad, si le preguntas eso a un español, te dirá que fue un pirata, pero si se lo preguntas a un inglés, te dirá que fue un corsario.

–¿Cuál es la diferencia?

–Es un pirata “legal”, es decir, que tiene permiso de su rey o reina. Le otorga un papel firmado que lo acredita como representante de su estado, y con ello autorización para atacar barcos de otro país.

–Vaya, pensaba que todos eran piratas

–Sí, básicamente son piratas, pero depende de su procedencia y su forma de actuar se les llama de una forma u otra, lo que me recuerda, que ellos tienen un lema de vida, como era.... Sí, dicen:

Roba como un pirata,

Bebe como un corsario,

Pelea como un bucanero y

Engaña como un filibustero

Ella soltó una carcajada, y se aproximó. Se sentó encima de él y rodeó su cuello con los brazos. Le dio un beso rápido y con una sonrisa pícaro le dijo:

–¿Listo para otro asalto, “pirata”?

Él mostró su hoyuelo al sonreír, y comenzó a besarla, primero de forma tierna, hasta que paulatinamente sus besos se tornaron voraces.

Comenzó a descender por su cuello en un reguero de besos y susurró:

–Estás saladita, ¡uhm!

Ella rio y lo empujó para que se tendiera. Se volvieron a besar de forma insaciable, mientras ella se frotaba contra él y su miembro cobraba vida, ella se humedecía.

Sin llegar a unirse a él, ella se rozó una y otra vez, de manera que Jaime se retorció para intentar penetrarla, pero sin éxito.

Como si fuera una simple criatura, la agarró de las caderas, la alzó en el aire y la posicionó de espaldas a él. Se aproximó para abrazarla, ambos con la respiración alterada. Masajeó uno de sus pechos, y ella echó la cabeza hacia atrás sobre su hombro exhalando un gemido. Aguardó un momento, y se unió a ella en una embestida profunda.

Lanzó un quejido de placer, y la abrazó fuertemente para que no se pudiera mover. Se quedó quieto unos segundos, ella intentó removerse, pero se lo impidió. Sólo hizo un ligero movimiento de cadera, estaba tan profundamente unido a ella, que no podía hundirse más.

Ella empezó a jadear y podía sentir cómo se humedecía más y más, sin apenas hacer movimiento, sólo de forma sutil. Jaime dirigió una mano hacia su vulva para estimularla más, hasta que ella irremediamente se puso rígida y se agarró fuertemente a su mano y su cadera, para ahondar más el contacto, si eso era posible.

Justo cuando sintió que su carne lo apretaba, él tomó un ritmo desenfadado. Notó entonces los espasmos alrededor de su pene, y sin aflojar el ritmo, se rindió a su propio éxtasis.

Ambos liberaron gritos de placer. Por la posición en la que estaban, y el ritmo que él dictaba, Ángela experimentó cómo él alargaba su orgasmo, y el roce con la parte trasera de su vagina hizo que todo su cuerpo temblara de forma descontrolada.

Él retiró su miembro empapado, pero la tenía firmemente sujeta, sintiendo entre sus brazos aún cómo todo su cuerpo vibraba.

Ángela se agarró a él, pues sus piernas no le habrían podido responder. Jaime, al apreciar que su cuerpo seguía temblando de forma incontrolada, se asustó un poco y dijo:

–¿Te he hecho daño?

Ella entre jadeos, y risas dijo:

–¡No! ¡Estoy... estoy bien!

Como pudo, se dio la vuelta y lo abrazó con fuerza. Él la agarró firmemente:

–¿Seguro que estás bien?

Ella, ya calmándose, se rio y dijo:

–¡Me acabas de echar el polvo del siglo!

Él levantó las cejas, echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada mientras se volvieron a unir en un fuerte abrazo.

En ese día estaba pensando ella, con una sonrisa en los labios; estaba en el despacho, que hacía las veces de biblioteca. Pero después miró al suelo con tristeza pensando que todo aquello se acabaría pronto. No estaba prestando atención al libro que tenía en las manos. Sólo quedaba poco más de dos meses para irse...

En ese momento, Jaime entró en la estancia visiblemente alterado, y le dijo enfadado:

–Vengo del club, los hombres estaban hablando de ti...

Lo miró asombrada, y él continuó:

–¿Has incitado a las mujeres a hablar con sus hombres para que deroguen el “carimbo”?

Sorprendida de su reacción, abrió la boca, pero no dijo nada. Entonces él, más enfadado y enfatizando lo que decía, señalando su propia cabeza dijo:

–¿Pero en qué demonios pensabas?! ¡Te dije que yo me ocuparía!

–Yo no...

–¡Tú no qué! ¿Es que no entiendes? ¡En tu mundo las cosas serán diferentes, pero aquí, si te digo que yo me ocupo, es que me ocupo! ¡No creo que hayas pensado en las repercusiones que pueda tener todo esto!

Ella al ver que se estaba poniendo autoritario, cerró el libro de forma sonora, para hacerle ver que ella también se estaba enfadando, pero él alzando la voz dijo:

–¡Si empiezan a hablar, diriges la atención hacia nosotros! Y no queremos eso, ¿Verdad?

Ella frunció el ceño, sus intenciones ni mucho menos eran esas, sino las de ayudar, para que al final prohibieran el marcar a los esclavos, pero no pensó en lo que él le decía.

–¡Las mujeres aquí, no se meten en los asuntos de los hombres!

Ella se levantó rápidamente del asiento, apretando los labios y se cruzó de brazos, pero él siguió diciéndole:

–¡Para empezar, a mi “querida” esposa, le importaban un bledo los esclavos, y si de repente ante todos te quieres convertir en su salvadora...! ¿Qué demonios crees que va a pensar la gente? ¡Se empezarán a hacer preguntas! ¡No estoy dispuesto a tener que lidiar con unos y con otros...!

Ella lo interrumpió, con un par de tonos subidos:

–¡Vale! ¡Lo pillo! ¡Yo no pretendía...! ¡Lo que entiendo de todo esto es que “ustedes” los “hombres” dejáis que las mujeres den de comer a cuatro gatos para acallar sus conciencias, mientras... mientras tienen esclav...!

Esta vez fue él quien la interrumpió:

–¡Aquí no estamos discutiendo cómo son las cosas! ¡Has llamado demasiado la atención! ¡Hasta ahora he sido muy permisivo! ¡Una cosa es que hablemos de todo en privado, y otra muy

distinta que te comportes igual en público! ¡Pronto empezarán a decir que no sé manejar a mi mujer! y te juro... ¡te juro que no me importa lo que diga la gente! Pero este mundo es el que es. Eso conlleva que me desacrediten, y otras graves consecuencias, como que dejen de comprarme cacao. Además, Villodres ha vuelto a la isla, ¿Cuánto tiempo crees que tardará en ponerse a ello?

Ella alzó las cejas asombrada por la noticia y él continuó:

–¡Así que para ya! ¡Limítate a organizar fiestecitas y dar de comer a los pobres! ¡Sólo eso! Es más, no salgas de los límites de nuestra propiedad si no es estrictamente necesario, al menos mientras ese indeseable esté rondando por aquí...

Dio varios pasos hacia la puerta para salir, y ella lo siguió con la mirada muy disgustada. En ese momento se dio cuenta que Yeji estaba parada al lado de la puerta, callada, observando toda la discusión, pero la ignoró y le gritó a él:

–¡No podemos dejar que Villodres dirija nuestras vidas!

Jaime se giró y en dos zancadas se puso frente a ella, y con el índice alzado le dijo:

–¡Sólo hay una manera de que Villodres no se meta en nuestras vidas, y eso va a ocurrir estés tú o no, así que mientras tanto, no le des más motivos!

Salió rápidamente de la estancia. Ella se quedó mirando un momento el umbral de la puerta vacío, pero miró a Yeji, y ésta le dijo:

–La culpa puede que haya sido mía, no he estado estas últimas semanas por aquí, he estado muy ocupada... y no te he podido aconsejar

Ángela se restregó la frente y cerró los ojos unos segundos. Dejó caer los hombros. Yeji se acercó a ella y posó una mano en su brazo y con la otra le apretó ligeramente el hombro. Se quedaron calladas unos segundos y Yeji dijo:

–Ven, vamos a la cocina, te voy a hacer una infusión de extracto de sauce blanco

Cuando ya estaban sentadas con las tazas en la mano, Yeji le dijo:

–Creo... creo que los dos estáis empezando a poneros nerviosos por tu inminente vuelta

Ángela la miró un segundo y le preguntó:

–¿Qué ha querido decir conque sólo hay una manera...?

Yeji, con toda la tranquilidad del mundo contestó:

–Matándolo

Ángela se quedó parada mirándola entre perpleja y horrorizada, pero volvió a mirar la taza, a lo que Yeji le dijo:

–¿No has pensado en la posibilidad de quedarte?

–No puedo, y menos ahora, que lo que más hago es complicarle la vida

–Créeme que si te quedaras, él solucionaría todos esos pormenores; es el hecho de que te vas, que no actúa al respecto. Está protegiéndote, retrasándolo. Aún no se ha enfrentado a Villodres por ti. No es que dude de sí mismo, pero es precavido, y si algo le pasara cuando se enfrente a él, tú quedarías desvalida. Por el contrario, si Villodres resultara muerto, no te querría involucrar en algo así, cuando de todas formas te vas a ir, muchas cosas cambiarían por aquí...

Ángela la interrumpió:

–No, no intentes convencerme, lo único que hago aquí es “cagarla”...

Se levantó de la silla y se fue a su habitación.

XIX

A la mañana siguiente cuando despertó, se giró para tocar la cama y el espacio vacío. Hizo una mueca, con las comisuras de los labios hacia abajo. Cuando bajó para desayunar, Yeji estaba preparando en la mesa el desayuno.

–¡Ah, ya estás aquí! Me ha dicho que te diga, que estabas profundamente dormida y no quiso despertarte, ha tenido que ir a la ciudad. Hay reunión con el cabildo.

–¿Cuánto tiempo estará fuera?

–Probablemente una semana o algo más. Me ha dicho que te quedes aquí, en la casa grande, que no vayas a la ciudad...

Ángela frunció el ceño, mientras echaba azúcar al café. Yeji al ver su expresión dijo:

–¡Oh, niña, no te preocupes! Los hombres tienden a querer arreglar sus asuntos ellos solos

–Querrás decir a arreglar mis meteduras de pata

Yeji sonrió al decir:

–Confía en él, sabe lo que hacer, además, no hay mal que por bien no venga...

–¿Qué quieres decir con eso?

–¡Oh!, yo me entiendo...

La semana y media se le hizo realmente larga, lo echaba en falta, y el tiempo corría inexorablemente. No quería pensar en su vuelta, pero a veces era inevitable cavilar sobre ello. Hacía todo lo posible para mantenerse ocupada y terminar cansada a lo largo del día.

Una noche, la luna parecía un foco en el cielo. Ella estaba dormida, acostada de lado, la luz penetraba por la ventana y hacía sombras dentro de la estancia. Cuando Jaime entró, se quedó callado contemplándola. Se quitó las botas y la camisa en silencio y se aseó con la jofaina. Se acercó a la cama lentamente, y de igual manera se aproximó a su espalda. Tomó algunos rizos de su cabello y los acarició. Besó su hombro y lo acarició con sus dedos descendiendo hasta el brazo. Ángela despertó, y giró la cabeza para verlo. Se miraron mutuamente unos segundos sin decir nada. Ella al ver la barba que se había dejado crecer, enseguida puso la mano en su cara para acariciársela.

Una punzada de incredulidad sintió al tocar su mandíbula. La barba perfectamente recortada le sumaba atractivo a su rostro y emitió una sonrisa de soslayo al decir:

–Ahora sí pareces un pirata

Él sonrió y se acercó para darle un tierno beso en los labios. Se separó un momento para volver a mirarla a los ojos:

–¿Me afeitó?

–¡Ni se te ocurra!

Entonces él dijo con voz ronca:

–Estaba loco por volver a besarte...

Se acercó de nuevo para besarla de forma tierna, lenta, suave. Exhaló un suspiro, se separó un poco, volvió a besarla en el hombro y se alejó. Acomodó los almohadones para ponerse semi-acostado. Ella se giró hacia él, apoyando la cabeza en la mano y Jaime dijo:

–Tengo que contarte lo que ha pasado

–Te he dado mucho trabajo ¿No?

–¿Eh? No, no es eso. Sí se sigue comentando en el club de caballeros lo del “carimbo”, pero ya hablan de hacer algo, y la atención no es para con nosotros, al final parece que sí se están

movilizando para que la corona decida

Ella se irguió para mirarlo y decir:

–¡Ah! ¡Pero esa es una buena noticia!

–Sí, pero verás, estuve en casa de Ana...

Ángela se separó y frunció el ceño, se sentó sin dejar de mirarlo. Él continuó:

–Me hizo ir para decirme algo importante acerca de Villodres. Tuvieron un encuentro dos noches antes. Ella sabe de nuestra rivalidad, y en un principio sólo quería encontrarse con él para ver si podía fastidiarme un poco, dado que yo había terminado con ella...

Ángela no dijo nada, sólo estaba callada oyendo atentamente lo que le decía.

–...Según me contó, las cosas se pusieron tensas y la situación se le fue de las manos. Tenía varios moratones en los brazos, en el cuello y en el mentón...

Ella frunció el ceño y abrió la boca, pero acto seguido se tapó la boca con la mano cuando continuó:

–...Él pensaba que Ana le mentía cuando le dijo que yo había terminado mi relación con ella por ti. Se volvió como loco, balbuceando que debía encontrar a la niña para saber qué demonios estaba pasando. El caso, es que me contó todo eso muy asustada y para advertirme. Después de todo, no me desea ningún mal...

Ángela al oírlo todo se alteró, y él rápidamente la tomó por los brazos para tranquilizarla mientras decía:

–¡María! ¡Oh, Dios!

–Tranquila, antes de venir he ido donde Yeji y ella está bien, María está bien. La he acompañado para que duerma en la cabaña de Jacobo y Gabriel. Son dos esclavos grandes y fuertes que la pueden proteger mejor que “mama Yeji”, ¿Entiendes ahora por qué te digo que tengas cuidado?

–¿Pero cómo sabe que María le dará las respuestas?

–Eso es lo que me escama...

Ángela se abrazó a él, y así permanecieron unos minutos. Entonces ella rompió el silencio y dijo separándose:

–Debes estar agotado de todo esto

–Sí, pero... mi padre me aleccionó bien

–¿Lo echas de menos, a tu padre?

–Todos los días, no hay día que no piense en él. Sobre todo en los momentos en los que tengo más dificultades, pienso ¿Qué haría él? El primer recuerdo que tengo de mi padre es... no sé qué edad tenía yo, pero no levantaba un palmo del suelo, apenas andaba– Sonrió– Y con sus robustos brazos me agarró y me colocó a lomos de mi primer caballo. Lo recuerdo como en un sueño, pero el terror que sentí al verme encima de aquella bestia tan grande, no lo puedo olvidar. Pero me sentí seguro cuando él montó y me sujetó... Cuando tenía unos ocho años, tuve una mala caída saltando una valla. El caballo se rompió una pata y lo tuvimos que sacrificar. Yo me rompí también la pierna, pero mi padre trajo enseguida otro caballo y me puso encima. Recuerdo que lloré y pataleé, no quería volver a montar, pero él me dijo: Hijo, probablemente no sea la única vez que te caigas, pero tienes que volver a montar. No debes temer ni al animal, ni a las caídas, para continuar el camino siempre hay que volver a levantarse...

A principios del año pasado, perdí la cosecha de cacao de seis meses de trabajo. Asaltaron el barco que iba a Barcelona, recordé aquello que me dijo, y volví al trabajo, para que las pérdidas fueran menores, la verdad es que gracias a eso me recuperé rápido...

–¡Oh, no sabía lo del barco!

–Ya bastante tenías con digerir toda “esta situación” por cierto, mañana tenemos que ir a una fiesta. Probablemente pase todo el día en los campos, Juan vendrá a recogerte, y yo me reuniré con vosotros más tarde, porque no sé a qué hora terminaré...

–¡Vaya! ¡Aquí no tendréis “tele”, pero no paráis de ir a fiestas!

Él sonrió y le dijo:

–Háblame de tu familia

Ella sonrió a su vez. Agachó la mirada y tardó unos segundos en responder. Después dijo:

–Mi abuelo paterno era ferroviario, el materno era cocinero en barcos militares...

Le explicó lo que era un ferrocarril, y habló un rato de ellos. Le contó que ya habían fallecido y después habló de las abuelas.

–...Ellas son las que realmente mantienen a la familia unida. Tuvieron muchos hijos, y todos seguimos en contacto. Mi padre es director de un banco y mi madre, es gobernanta en un hotel, algo así como un ama de llaves...

Continuó hablando de sus padres, de sus tíos, primos. Le habló de cuando era pequeña y de las reuniones familiares. Al cabo de unas horas, él la tomó entre sus brazos para besarla y abrazarla. En un principio fue un beso tierno, pero inevitablemente se tornó apasionado.

Al atardecer del día siguiente, Ángela estaba terminando de arreglarse, cuando le comunicaron que Tomati la esperaba en el recibidor. Aún se sentía como en una nube, flotando, por la noche que había pasado con él. Había perdido la cuenta de las veces que la llevó al éxtasis. Con una sonrisa bajó la escalera y Tomati al verla dijo:

–Me temo que esa sonrisita no se debe a las ansias de llegar a la fiesta

–¡Oh, calla! ¡Me vas a sonrojar!

Le dio un codazo en las costillas, y Tomati se rio:

–¡Oh, vamos, no me creo que te hayas vuelto remilgada de repente!

Ella se rio al decir:

–Para nada, pero una “dama” tiene que disimular...

Tomati rio con más ganas, y se dirigieron al festejo.

Había muchas personas congregadas para el cumpleaños de una de las damas de la alta sociedad. El ambiente era alegre y la música inundaba la estancia. De repente, Tomati se acercó a ella y de forma apresurada le dijo en inglés:

–¡Oh, oh, cuidado, “zorra” acercándose!

Casi sin tener tiempo de reaccionar, delante de Ángela se puso una mujer más alta que ella que con sonrisa falsa y en un tono teatral dijo:

–¡Oh, querida! ¿Cómo tú por aquí? Te hacía ya en España

–Pues ya ves que no...

Notó Ángela cómo Tomati se puso tenso, y todos los sentidos de ella se pusieron en alerta. La mujer continuó con la misma modulación diciendo:

–¿Y Jaime? Espero que venga pronto, se va a llevar una sorpresita cuando vea que he llegado un mes antes de lo que acordamos...

Ángela, aparentemente la miraba sin reacción alguna. Pero en su interior sintió como si estuviera ingravida. Todo a su alrededor se tornó borroso, excepto la cara de esa mujer. Tenía el pelo rojizo. Las cejas eran finas y exageradamente arqueadas, aunque la izquierda la tenía ligeramente más levantada. La nariz la tenía un poco respingona. La boca pequeña, pero de labios carnosos, aunque los dientes superiores delanteros los tenía separados. Resaltaba un lunar grande bajo el pómulo derecho, no estaba segura si era maquillado o real. Los ojos los tenía verdosos y parecían escupir fuego.

Ángela no es que estuviera mareada, podía oír perfectamente lo que decía, y seguía hablando, pero su mente por alguna razón no lo procesaba, sólo algunas palabras aquí y allá.

“¿Quién coño es ésta ahora? ¿Por qué no me ha hablado nadie de ella? ¿Por qué Jaime me lo ha ocultado? De Ana me habló, y me lo reconoció, pero...lo de ésta se lo ha callado”

Todo eso pensó en sólo unos segundos sin poder oír lo que la mujer seguía diciendo, pero sin saber cómo, consiguió emitir una sonrisa.

Acto seguido sintió cómo la tomaban fuertemente por el brazo. Como una autómatas dirigió la mirada hacia la persona que la agarraba y vio a Jaime con el ceño fruncido y apretando los labios. Tomati se apresuró a ponerse de espaldas a Ángela y frente a la mujer diciendo:

–Clara, esta noche está usted realmente bella, ¿me concedería este baile?

Ángela ignoró por unos segundos a Jaime y miró cómo la pareja se alejaba hacia el centro de la pista. Miró a Jaime a los ojos, volvió a mirar a la pareja y dijo en un susurro:

–Necesito...aire...

Hizo ademán de alejarse, pero Jaime le apretó el brazo, a lo que ella de forma brusca se separó, deshaciéndose así de su agarre.

Salió como pudo casi a trompicones entre la gente, y Jaime la siguió de cerca. En el exterior de la casa, aceleró el paso.

–¡Ángela! ¡Déjame que te explique!

Cuando estaban suficientemente alejados de la casa, ella de forma abrupta se giró hacia él y le gritó:

–¡Explicarme qué! ¡Creo que está lo suficientemente claro!

–No, espera...

Jaime hizo el intento de tocarla, pero ella echó un paso atrás y con las palmas en alto gritó:

–¡No! ¡No me toques! Ha sido muy humillante.

Ella se cruzó de brazos frente a él y Jaime dijo:

–Lo siento, no...no esperaba que apareciera

–¡Bueno, pues siento haberte chafado los planes, porque aún sigo por aquí! Qué pronto pensabas sustituirme, ¿no?

–Ángela, lo que ocurrió entre Clara y yo fue mucho antes de conocerte...

Ella en un tono irónico soltó:

–¡Ah, vale! ¡Me quedo más tranquila! Mira, ¿Por qué no mandas mensajitos a tus ex amantes y les dices que mañana las invitamos a tomar el té? Las congregamos en la casa, y así...

Jaime hizo un nuevo intento de acercarse, pero ella con la palma en alto lo paró y siguió:

–¡No! Más que nada, para así conocerlas y no llevarme otra nueva sorpresita...

En tono conciliador Jaime dijo:

–Ángela, no pienso sustituirte ni por Clara, ni por nadie. Sólo estuve unas noches con ella, y cuando me di cuenta de la clase de “bicho” que era, terminé enseguida...

–Pues ella dice que...

–¡No!, ¡No creas nada de lo que te diga!

Ángela estaba de cara a la casa, y mientras Jaime estaba frente a ella hablando, vio con horror cómo Clara corría hacia ellos y Tomati detrás intentaba retenerla.

Ángela con cara de espanto pensó: “¿A dónde va “esta” loca? ¿Es en serio? ¡Qué fuerte!”. En un momento llegó donde estaban ellos, y un segundo después Tomati. Jaime no se percató de lo que ocurría a sus espaldas, estaba alterado y diciendo en ese momento:

–¡Mi esposa y ella siempre estaban en guerra, diría cualquier cosa por hostigarla...!

Clara replicó a su espalda:

–¿Yo hostigarla? ¿Y ella no lo ha hecho multitud de veces? Un momento, ¿Tu esposa? Tu esposa es ella...

Jaime se giró de forma brusca. Ángela lo miró, un segundo después a Clara, y después a Tomati. Los cuatro por un momento se paralizaron. Ángela se rascó la cara, se tapó la boca y alzó las cejas. Tomati no sabía lo que hacer, y Clara se cruzó de brazos esperando una respuesta de Jaime.

Tomati apretó los labios y miró a Ángela cuando ella dijo en un tono extremadamente calmado:

–Juan, ¿Puedes acompañarme a casa? Creo... creo que estos dos tienen que hablar, y Jaime le tiene que aclarar un par de cosas a esta mujer...

Tomati dio unos pasos hacia Ángela, le tendió la mano y ella la tomó para ir hacia los carruajes. Jaime observó toda la escena atónito, pero entendió que era lo mejor, que ella se alejara de allí, y así él tratar de arreglar todo aquel desaguisado.

En el interior del carruaje, Tomati no se atrevía a decir nada, hasta que ella dijo:

–¿La conocías?

–Claro, aquí nos conocemos todos. Yo mismo he sido testigo de los enfrentamientos entre la esposa de Jaime y ella. No me extraña que te dijera eso, no la creas, Ángela era despiadada con ella. Yo entonces no había hablado aún con Jaime, lo conocía, pero no teníamos relación alguna, ni con Ángela, pero ahora que se toda la historia...

–Pues lo va a “flipar” cuando Jaime le diga que no quiere saber nada de ella y que está conmigo

Pasando por alto que no entendió la palabra “flipar”, Tomati echó la comisura de los labios hacia arriba, y dijo:

–¡Me encanta ir a fiestas con ustedes!

Ángela apretó los labios para intentar no sonreír, pero él continuó:

–Porque he estado presente, si no llego a estar, habría ido por ver lo de esta noche...

Sonrió entonces ampliamente. Ella miró hacia abajo sonriendo, ocultó la cara con las manos, pero terminaron riendo.

Cuando llegaron a la casa ella le preguntó:

–¿Vuelves a la fiesta?

–¡Oh, sí!

–Si ves a Jaime, dile que me he ido enseguida a dormir, que necesito un poco de tiempo...

Tomati chasqueó la lengua y dijo:

–De acuerdo, pero no le hagas sufrir mucho

Ella puso los ojos en blanco, y se despidieron. Él sonrió y le dijo al cochero donde debía ir.

Al día siguiente, Jaime salió temprano a los campos para supervisar algunos trabajos. Su intención era volver pronto a casa, y pasar el día con Ángela, era preciso que hablaran. Tenía un mal sabor de boca, por cómo se fue ella de la fiesta, y necesitaba saber que todo estaba bien entre ellos. A Clara le dejó claro la situación, pero quería también decírselo a ella. Si lo ocurrido hubiera sido al contrario, que un hombre se le presentara diciéndole lo que Clara le dijo a Ángela, probablemente el tipo no habría llegado al día siguiente, por lo que entendía cómo debía sentirse ella. Pero le surgieron varios problemas que tuvo que resolver en los campos, y no regresó a la casa hasta bien entrada la tarde.

Ángela, por otro lado, al ver que Jaime se fue, optó por hacer lo mismo. Estuvo en casa de los Heredia con los niños, después fue a la iglesia con las mujeres. Pensó que cuando se fuera, las iba a echar de menos. Después de tantos meses, el trabajo y el trato, había hecho que terminara

teniendo aprecio por ellas.

Estaba empezando a anochecer cuando tomó el carruaje de vuelta a casa. En un momento empezó a caer una tromba de agua, que hizo que tuvieran que ralentizar el paso. El cielo se encapotó de tal forma, que parecía de noche. Los caballos se pusieron nerviosos, y Miguel, que llevaba las riendas, estaba empapado, al igual que el muchacho a su lado.

De pronto ella oyó relinchar a los animales y el carro se quedó clavado. Escuchó a los hombres discutir acaloradamente. Se asomó por la ventanilla, y vio a Miguel al lado de los animales tomar las riendas, y al chico bajar y ponerse delante negando con la cabeza. Había un gran tronco de árbol atravesando el camino, y se dispusieron a apartarlo.

Miguel, que era más robusto, se puso en cuclillas de espaldas al tronco, para hacer más fuerza y alzarlo. El chico lo intentó ayudar como pudo.

—¡Vamos, a la de tres!

—¡Una, dos...y tres!

Ángela al ver que el barro les complicaba la tarea, bajó del carruaje y enseguida la lluvia también la empapó. Hizo oídos sordos a las quejas de Miguel por lo que acababa de hacer, y le replicó:

—¡Vamos, Miguel, cállese y déjeme ayudar, si no, no llegaremos a casa!

Lo intentaron los tres, pero el barro hizo que resbalaran una y otra vez. A Miguel se le había caído el sombrero al empujar y tenía toda la cabeza mojada y le caían gotas por la nariz y los pelos de la barba. En un intento inútil por secarse, se frotó la cara. Los tres miraron a los animales, que casi al unísono se apoyaron sobre las patas traseras y las delanteras las azotaron en el aire. Relincharon nerviosamente. Cuando Miguel y Ángela volvieron a mirar el tronco, Miguel vio que el muchacho no estaba al lado de ellos. Miró alrededor, y dijo apresuradamente con firmeza:

—¡Señora, métase en el carruaje!

Por la forma en la que se lo dijo, no titubeó en ir a paso ligero hacia el vehículo.

Miguel, giró la cabeza para ver cómo detrás de un gran árbol tenían agarrado al muchacho, que daba patadas al aire y en un segundo, le rebanaron el cuello y la sangre salió a borbotones.

Ángela, antes de abrir la portezuela, dirigió la mirada hacia Miguel, que de repente lo vio con una expresión extraña en su rostro y ella se quedó quieta. Él dio unos pasos indecisos hacia el coche, como si estuviera a punto de desplomarse, y a dos metros de ella, cayó de bruces y estrepitó la cara y el cuerpo contra el barro. Fue entonces cuando vio el cuchillo clavado en la espalda del hombre, y la sangre empezó a brotar, mezclándose con el agua que caía sobre el cuerpo.

Ella inmóvil, con una mano en el pomo de la puerta del carro, sintió cómo la agarraron, le colocaron los brazos violentamente a su espalda, y le taparon la cabeza con un saco. Sintió pavor, y la maniataron con cuerdas. Ella intentó deshacerse de su agresor, pero sintió un crujido en la cabeza por un golpe seco. Todo se volvió negro, perdió el sentido y su cuerpo cayó inerte.

XX

Jaime estaba en el comedor, cuando oyó gritos y lloros en el recibidor. Encontró a María hecha un mar de lágrimas, empapada de agua y sucia. Su vestido celeste ahora tenía un color indefinido, y gotas de agua resbalaban por la tela cayendo a su alrededor. Corrió a su encuentro y ella hablaba de forma entrecortada. Tenía los brazos con moratones y el labio partido tenía sangre. El cuello del vestido también estaba manchado de sangre. Jaime la intentó tranquilizar, para entender lo que le decía. Le cogió la carita con ambas manos, e intentó limpiarle las lágrimas.

–¡Empieza por el principio, María! ¡No puedo entenderte!

–¡Señor, snif, snif, me había amarrado al árbol...snif, y hasta ahora no he podido quitarme las cuerdas y venir a avisarle!

–¿Pero quién te ha hecho esto?

–¡El señor Villodres, me sorprendió en el campo esta mañana! ¡Me pegó! ¡Tuve que decirle la verdad!

Jaime la abrazó horrorizado, y María continuó:

–¡Lo siento, tuve que decírselo, que su esposa está muerta, y que la señora Ángela es la hermana de su mujer!

Yeji que estaba en la cocina, acudió corriendo a abrazarla. Jaime dio pasos lentamente hacia atrás, hasta sentarse en el último escalón de la escalera y frotarse la cara preocupado. Yeji la tomó por los hombros y de forma apaciguadora le preguntó a la niña:

–María, ¿Dónde te amarró? ¿Cuándo ha pasado?

–¡En el campo, “snif”, esta mañana!

La niña empezó a temblar de frío, y Yeji con cara de angustia, se dirigió a Jaime para decir:

–Tengo un mal presentimiento...

Jaime de un salto se levantó y corrió al exterior de la casa, para coger un caballo y salir a buscar a Ángela.

Cuando llegó al lugar, y vio el tronco atravesado en medio del camino, paró el caballo y rápidamente bajó al suelo. Reconoció el carruaje. Vio el cuerpo de Miguel tendido boca-abajo con el cuchillo clavado y se agachó para comprobar que estaba muerto. Corrió hacia el carruaje y abrió la puerta, para constatar que no había nadie dentro. Agarró un chal que había encima del asiento y apretándolo se lo acercó a la frente con la cabeza gacha. Se separó unos metros del carruaje. La lluvia había amainado, y examinó las huellas de alrededor, para dilucidar, si era posible, lo que había ocurrido. Todo indicaba que se la habían llevado. En un susurro dijo:

–¡No, por Dios, no!

Empezó a tener dificultad para respirar, se sintió mareado y desorientado por momentos. Miro hacia un lado y otro, pero sin ver, y comenzó a andar lentamente, sin rumbo aparente, hasta que se apoyó sobre el tronco de un árbol cercano. Sintió como si estuviera sumergido en agua. Se agachó ligeramente para lanzar un grito de rabia. Alzó un brazo, con el chal apretado, y dio un puñetazo al tronco.

–¡Nooo!

Le sobrevino una arcada, y vomitó el contenido de su estómago. Cuando se irguió, tenía el rostro bañado en lágrimas y se dirigió con pasos firmes al caballo, para coger la bota llena de agua y limpiarse. Dejó caer el agua sobre el rostro y la boca, para luego escupirla. Vio entonces el cuerpo del muchacho degollado a los pies de un árbol. Rojo de ira, montó encima del animal, para

dirigirse a la casa y llamar a Tomati y hacer una partida de búsqueda.

* * *

Cuando Ángela abrió los ojos, no podía ver nada, porque aún llevaba el saco en la cabeza. Estaba sentada en una silla, tenía ya las manos y los pies entumecidos de las ataduras. Pudo oír a dos hombres discutir y reconoció en seguida una de las voces, que pertenecía a Villodres. Tenía la cabeza agachada hasta el pecho, y cuando la levantó, se callaron abruptamente, y un momento después, le quitaron de un tirón el saco. Estaba aturdida por el dolor tan fuerte de cabeza. El vestido estaba empapado y embarrado. El cabello lo tenía mojado y pegado a la espalda, aunque algunos mechones le caían sobre el rostro. Entornó los ojos por la luz y vio que delante tenía una mesa de madera resquebrajada en su mitad. Enfrente había una chimenea encendida, y cuando miró alrededor comprobó que estaban en lo que parecía una cabaña abandonada: estaba llena de polvo, telarañas, y restos en las paredes como si tiempo atrás hubiera habido un incendio. Había una ventana, pero algunos tablones la tapaban. Un cuenco de loza en el suelo, recogía la lluvia que se filtraba desde el techo, y un cubo de madera al lado de la chimenea hacía el mismo cometido.

Villodres arrojó un saquito de monedas encima de la mesa y dijo:

—¡Coge el dinero y lárgate!

El hombre no se lo pensó dos veces, cogió el saco, miró el interior y se lo anudó al cinturón, para después pasar por el lado de ella sin mirarla y a su espalda dio un portazo. Villodres lo siguió con la mirada, sin moverse, hasta que se fue. Tenía la vista fija en la puerta, pero después la miró a ella, y despreocupadamente se acercó a la mesa a ojear unos papeles que había sobre la madera.

Ella se mantuvo callada, agachó la cabeza y vio que tenía sangre en el pecho. Alzó un hombro y se frotó la cara con la tela del vestido, y apareció una mancha restregada de sangre. El dolor de cabeza y el entumecimiento de manos y piernas la hacían estremecer.

Él se acercó y se puso frente a ella, y Ángela alzó la cabeza para mirarle directamente a los ojos. Villodres aspiró de forma sonora y se frotó la nariz, entonces ella con total tranquilidad dijo:

—¿En serio crees que secuestrándome vas a tener el dinero antes?

Él emitió una sonrisa de soslayo y acercó la mano a su rostro para apartarle un mechón de delante de la cara, pero ella apartó la cabeza. El optó por retirar la mano y tranquilamente le dijo:

—Déjame ponerte al día...

Cogió una silla, para sentarse frente a ella, con las piernas separadas y apoyando la espalda en el respaldo, continuó:

—Anoche recibí una carta de Clara en la que decía, que aba todas mis deudas a cambio de que me deshiciera de ti...

Mientras lo decía, hizo un gesto hacia la mesa, como que la carta estaba encima, entre tantos papeles. Después, hizo una pausa, sonrió de forma falsa y prosiguió:

—Pero haciendo esto, podré tener el dinero de ella... y el de Orellana, porque sé que hará todo lo que le pida, con tal de que no te ocurra nada, y no sólo por el acuerdo que tiene con su suegro, sino por lo que esta misma mañana he confirmado...

—¿Qué quieres decir?

—Que María ha cantado como un pajarito

—¡No le habrás hecho nada a la niña!

—Tranquila, esa piojosa está vivita y coleando, además, quería que él supiera que lo sé todo. Y por otro lado, quería comprobarlo por mí mismo...

—¿El qué?

—Que no eres ella

Ella se revolvió en su asiento incómoda. No tenía ya ningún sentido ocultarlo, además, si la quisiera muerta, ya lo estaría...

No, él lo que quería era perjudicar a Jaime, por encima de cualquier dinero que pudiera obtener de todo aquello. Si conseguía finalmente el dinero, bien, pero sobre todo, le regocijaba el martirizarlo al tenerla retenida, sin saber si ella estaba bien o no, y en caso extremo, la utilizaría como moneda de cambio para salir airoso.

Se acercó a ella, y le posó ambas manos deliberadamente encima de los muslos, mientras decía:

–Empecé a sospechar que algo ocurría, cuando Tomati y tú montasteis el numerito de la carta... posteriormente, tu reacción cuando te saqué a bailar, nada me cuadraba.

Ángela mirándole directamente a los ojos, le dijo fríamente:

–Quítame las manos de encima

Él emitió una sonrisa de soslayo y lentamente la recorrió con la mirada. Bajó la vista y se quedó unos momentos pensativo, y en un segundo, sin ella esperarlo, le rasgó la parte de arriba del vestido, le quitó el peto, y le abrió la camisa. Ella se revolvió como pudo y roja de ira le gritó:

–¡Cabrón, no me toques!

Él echó la cabeza ligeramente hacia atrás sorprendiéndose al ver la tela que tenía a modo de sujetador, ella respiraba agitadamente, pero él lo que hizo fue introducir la mano entre medio de sus pechos, bajó la tela, se quedó mirando con el ceño fruncido la zona, y como si su piel le quemara, la soltó. Se puso de pie con tal violencia que tiró hacia atrás la silla. Se giró y dio una patada a la silla, la lanzó cerca de la chimenea y tiró el cubo, desparramándose el agua por el suelo.

Ella se estremeció cuando dio la patada. Por unos momentos, le dio la espalda, se echó las manos a las caderas, agachó la cabeza y luego se giró. Se puso frente a ella, y dijo:

–Ella tenía un lunar entre los pechos, tú no lo tienes...

Ángela se le quedó mirando con la boca abierta, y él volvió a acercarse, le tomó el rostro de forma brusca por la barbilla, y le alzó la cara. Villodres entrecerró los ojos observando sus facciones, y mientras la soltaba dijo:

–Increíble... ¿Cuál es tu verdadero nombre?

–Ángela

Él apretó la mandíbula, y la vena yugular se le inflamó, poniéndosele la cara y cuello colorados. Levantó el brazo y con la mano abierta, de un revés le cruzó la cara. Ella sintió un pitido en el oído, las imágenes se volvieron borrosas, y se quedó aturdida unos momentos. Cerró los ojos con fuerza.

Villodres cogió la silla del suelo, y se sentó frente al fuego. Fijó la mirada en las ondulantes llamas, que chisporroteaban a ratos por algunos troncos algo más húmedos que el resto. Inclino ligeramente la cabeza hacia adelante y el rostro se iluminaba y aaba a capricho del jugueteo de las llamas. Abrió las manos recogiendo el calor sobre las palmas y un rato después se volvió y la miró cuando ella dijo:

–Es cierto, da la casualidad que me llamo como ella...

Él al ver que Ángela estaba tiritando, se levantó y se puso tras ella para deshacerle las ataduras. Ella se encogió instintivamente cuando se acercó, pero se relajó cuando la soltó. Le costó trabajo poner los brazos hacia adelante. Se frotó las muñecas y los tobillos, y él la agarró del brazo para acercarla al fuego. Las rodillas se le doblaron, y tuvo que tirar de ella otra vez. Acercó la silla y la sentó frente a la chimenea. Cruzó los brazos sobre sí misma y él le echó una

manta sobre los hombros. Se tocó la cabeza, y la sien. De forma seca Villodres dijo:

–Habla

Ella pensó que lo mejor era relatarle la historia que en un principio le contó a Jaime, que su familia estaba en cuba y regresarían en poco tiempo a La Florida. Que volvería con ellos, cuando se cumpliera el plazo, y Jaime recibiera el resto de la dote.

Villodres la oía sorprendido, y ella concluyó:

–...Acordamos que si alguien se enteraba que yo no soy ella, diríamos que soy su hermana gemela, así no hay que dar muchas explicaciones, y la gente tampoco tiene porqué saberlo, creo que no tienes un pelo de tonto, así que... mejor decirte la verdad

–¡Vaya! ¡Menuda historia!

–Necesito...ir a...

–Ve detrás de ese biombo, hay un cubo

Ella levantó ligeramente el labio superior mostrando asco, pero al menos no tendría que orinar delante de él.

Cuando salió de detrás del biombo, él le señaló la silla para que se sentara. Ella bufó, y más cuando volvió a atarla de pies y manos. Sin decir nada se fue, y oyó que puso una cadena en el exterior de la puerta.

* * *

Al anochecer del día siguiente, Jaime estaba en su despacho, sentado sujetándose la cabeza con ambas manos. Yeji entró en la sala y dijo:

–Jaime...

Él alzó la cabeza para mirarla, ella se acercó y le puso una mano en el hombro diciéndole:

–Anoche, Jacobo y Gabriel, trajeron el carruaje de vuelta a casa, y ya le hemos dado cristiana sepultura a Miguel y al muchacho...

Él asintió ligeramente con la cabeza. A Yeji le partía el alma verlo tan destrozado, sin poder hacer nada al respecto.

Juan Tomati, cuando se enteró de lo ocurrido, llamó a José Arredondo, y Manuel Heredia junto a su hijo mayor y su yerno, se unieron al grupo de búsqueda, reuniendo a más hombres que trabajaban para ellos. Con Jaime, estuvieron buscándola toda la noche y parte del día sin descanso. Aunque Jaime no quería parar, tuvo que acceder a que los hombres, al menos por unas horas, pudieran descansar, asearse y comer. Otro grupo de hombres, tomó el relevo de la búsqueda. En caso de que encontraran alguna pista, le avisarían inmediatamente.

Yeji, le apretó el brazo a Jaime y dijo:

–Hijo, deberías descansar un poco, los demás están ya acomodados en las habitaciones. Tienes que comer y descansar algo para estar fuerte

–No puedo...

La miró con los ojos cargados y un nudo en la garganta, pero continuó:

–No puedo, y tengo el estómago cerrado, necesito... necesito saber que ella está bien

Yeji no pudo más que abrazarlo y dijo:

–Bueno, de todas formas te prepararé un tentempié, ahora te lo traigo

Ella se fue a la cocina, se sentía impotente. El sólo pensar que le ocurriera algo a Ángela... Era ella la que la había traído allí, y la había metido en todo aquello, y ahora su vida corría verdadero peligro

Llamaron a la puerta, Lupe fue la que abrió, y sin darle tiempo a replicar, Clara irrumpió en la casa y con aires de superioridad dijo:

–¿Dónde está tu amo, en su despacho? No hace falta que me anuncies...

Sin darle tiempo a responder y con pasos decididos se dirigió al despacho de Jaime. Cuando lo vio sentado frente al escritorio, con los ojos cerrados, apretándose el puente de la nariz, se sacó un pañuelo de entre los pechos, y mostrándose muy afectada dijo:

—¡Oh, querido! ¡Cuánto lo siento! Me he enterado de lo ocurrido, y tenía que venir a ver cómo estabas, y a ofrecer mi ayuda en lo que necesites...

Jaime se sorprendió, pero en el estado en que estaba, ni se paró a pensar cómo se había enterado tan rápido. Hizo de tripas corazón para mantener el tipo, y le dijo:

—Gracias, Clara, pero no te preocupes...

—¡Tonterías! Seguro que ahora que no está la señora, los criados andan como ratones cuando no está el gato, déjame ocuparme a mí de las cuestiones domésticas mientras tú estás buscándola, así una cosa menos de la que preocuparte, sé que hemos tenido nuestras desavenencias, pero en este caso, quiero ofrecerte mi mano amiga

Jaime lo que menos quería en esos momentos era discutir con aquella mujer, así que le dijo:

—Está bien, dile a Yeji que voy a tratar de descansar...

Se fue de la estancia y subió la escalera, dejándola en el despacho. Cuando Yeji apareció con la bandeja, se quedó petrificada, y Clara le dijo:

—Prepárame una de las habitaciones de invitados, me voy a quedar aquí supervisando las cuestiones de la casa, mientras están buscando a Ángela. Jaime, ha ido a descansar un rato

Yeji arrugó la frente, pero no pudo más que asentir.

Cuando ya estaba Clara instalada en la habitación, le dijo que reuniera a todo el servicio en la cocina, que iba a decirles unas palabras.

Unas horas después, Clara se dirigió al servicio diciendo:

—Voy a quedarme por aquí hasta que encuentren a vuestra señora, así que si pensabais hacer el vago estos días, estáis muy equivocados. A primera hora, quiero que empecéis limpiando el polvo y todos los suelos y ventanas. Quiero que cuando los hombres vuelvan, tengan las sábanas limpias y las toallas perfumadas en sus respectivas habitaciones, y ya hablaré con Yeji para supervisar los menús. ¡Ojo con lo que hacéis!, porque después pasaré el dedo para comprobar que no haya una mota de polvo... Y ahora, ¡retiraos!

El personal al unísono miró a Yeji, pero al ver que ella mantenía la cabeza gacha, en silencio, poco a poco, abandonaron la estancia. Yeji esperó a que Clara se fuera a dormir, para decirle a Lupe:

—Lupe, de momento hagamos lo que nos dicen, pero hacedlo como siempre, esconde las fregonas, y los utensilios que la señora Ángela nos hizo fabricar para que la tarea fuera menos tediosa, no podemos dejar que esa mujer lo vea. Estando como está el señor, no le vamos a dar ningún quebradero de cabeza más, que ya bastante tiene...

A la mañana siguiente, cuando los hombres volvían a salir, Yeji le preguntó a Jaime:

—Jaime, ¿la señora Clara...?

Jaime por un momento puso cara de extrañeza, se había olvidado completamente que estaba en la casa. No había dormido apenas, y lo único que quería era volver a salir cuanto antes a buscar a Ángela, así que sin pensar dijo:

—Déjala, dice que quiere ayudar, no me opongo a cualquier ayuda que se brinde.

Se apresuró a salir al exterior de la casa, los demás estaban ya esperándolo. Yeji se tuvo que morder la lengua, y aceptar la situación.

* * *

Ángela oyó de nuevo la cadena de la puerta. Varias veces la había dejado en la cabaña, esta vez estuvo sola toda la noche, y naturalmente trató de escapar, pero fue inútil. Las cuerdas estaban

atadas a conciencia. El dolor de cabeza y de las ataduras impidió que pudiera dormir. Sólo pudo dormitar por momentos. Volvió de madrugada y le trajo comida, y aparte de tirar al exterior el contenido del cubo de sus deposiciones, Villodres no hizo mucho más, ni tampoco habló. Estaba dando el último bocado, cuando la agarró por las muñecas y de igual forma que la noche anterior la ató. No pudo evitar un gemido cuando apretó las cuerdas. Al intentar moverse, se le cortaba la circulación. Su respiración se volvió agitada por la desesperación. Era incapaz, no podía hacer nada. Su cuerpo se volvió a entumecer, al pasar casi todo el día así. Era ya por la tarde, cuando entró por la puerta y ella no quiso demostrarle su angustia, así que mantuvo la vista fija en la chimenea que hacía horas no tenía fuego, pero tampoco hacía falta, porque desde que dejó de llover, la temperatura volvió a subir. La desató, y ella agitó los brazos para que su circulación volviera a la normalidad. Se frotó las muñecas y los tobillos.

–Te he traído queso

Ella de forma irónica le dijo:

–¡Espero que no se te haya olvidado el pan! ¡Si no, te hago volver al mercado!

Por un segundo se quedó parado mirándola con la boca ligeramente abierta y las cejas alzadas, pero terminó sonriendo al sentarse frente a ella y extraer del saco el queso, y después de forma sonora puso el pan sobre la mesa, después de apartar un poco todos los papeles que seguían allí.

–Ahí lo tienes, “querida”, no me he olvidado

Al primer bocado, oyeron caballos a lo lejos. Ella que mantenía la vista en la mesa, la alzó rápidamente para mirar hacia la ventana y luego a él que lo tenía enfrente. Él se levantó y la tomó con fuerza por la muñeca. Le hizo daño cuando apretó los dedos en la piel. Rodeó la mesa sin soltarla, la acercó a su cuerpo y extrajo del cinto un cuchillo y dijo:

–Por tu bien, espero que estés calladita...

Se quedó un momento parado, escuchando. Tiró de ella hacia la puerta, se asomó, y la arrastró al exterior de la casa.

Estaban en medio del bosque. Él cogió las riendas del caballo y se escondieron entre el follaje. Detrás de unos grandes arbustos le dio un tirón hacia el suelo, y cayó sentada. Ángela no quería ni moverse. Los caballos se oían lejos. Él miraba entre los arbustos, sin dejar de amenazarla con el cuchillo. De repente la alzó, se puso tras ella, le apretó el cuchillo al cuello, y le tapó la boca con la otra mano. Ella oyó entonces que varios caballos se acercaban al lugar, e intentó morderle. Él ahogó un grito cuando sintió los dientes en uno de sus dedos, pero la agarró por los cabellos y tiró de ellos violentamente, lo que hizo que echara la cabeza y el cuerpo hacia atrás. Ella gimió de dolor, y una lágrima rodó hacia su sien. Escucharon entonces los caballos que pasaron de largo, y se alejaron. Villodres, sintiendo aún el dedo dolorido, muy nervioso, le apretó un poco más el cuchillo contra su garganta y empezó a brotar un poco de sangre, pero para no terminar por rajarla, en un brote de ira, lo que hizo fue segarle el cabello que mantenía tenso entre la maraña que apretaba y su cabeza.

–¡No! ¡Ahhh!

Ella pudo notar lo que estaba haciendo, pero rápidamente dejó de sentir la tensión del cabello, y Villodres alzó el puño y dejó caer al suelo toda la cantidad de pelo que mantenía agarrada.

Ángela cayó de rodillas al suelo, se le empapó el rostro por las lágrimas al oír que los caballos se alejaban más y más y de forma entrecortada balbuceó repetidas veces hasta terminar gritándole:

–¡Hijo de puta!

La tomó fácilmente por los brazos, la alzó y zarandeándola volvió a llevarla al interior de la cabaña.

En la casa grande, Yeji estaba afanada en la cocina preparando la comida para cuando volvieran. El resto del servicio, tal como se les había ordenado, estaba muy ocupado limpiando. Yeji, hacía rato que no veía a Clara ir de acá para allá, y sospechó de ella. Dejó a una de las muchachas al cargo en la cocina, y se dispuso a buscarla. Al no hallarla en la planta de abajo, subió a la de arriba. Oyó un ruido dentro de la habitación de Ángela, y sin llamar entró.

—¡Señora Clara!, ¿Qué hace? ¡No tiene derecho a estar en los aposentos de mi señora!

Lejos de acobardarse, Clara que sostenía en las manos unos lazos, los dejó caer encima de la cama de forma despreocupada, y acto seguido se sacudió las manos como si las tuviera sucias, y dijo:

—Tengo entendido que tu señora en unas semanas vuelve a España

—Es cierto, lleva seis meses sin ver a su familia y tiene previsto el viaje, pero eso no le da derecho a husmear entre sus pertenencias. Aún no se ha ido, y aunque lo hubiera hecho, sigue ella siendo la señora de esta casa, ¿No querrá que el señor Orellana se entere de esto?, así que le ruego que salga inmediatamente de aquí.

Clara con aire condescendiente caminó lentamente hacia Yeji. Se paró a su lado, y sólo girando la cabeza, le dijo en voz baja:

—Vete acostumbrando a mi presencia, pronto esta habitación será mía...

Yeji apretó los labios, pero se mantuvo en la misma posición mirando al frente. Clara siguió su camino al exterior de la habitación, pero antes de irse por el pasillo, en el umbral de la puerta, dijo:

—¡Ah! Y mandaré quemar todos los vestidos que hay ahí dentro...

XXI

Ángela despertó a media tarde por el dolor de manos y pies. Se había quedado dormida de puro agotamiento. Su respiración empezó a agitarse, y abrió más los orificios de la nariz. Villodres estaba dormido delante de ella y al oírla despertó. Al comprender lo que ocurría, se levantó y la desató. Ella sintió súbitamente cómo la circulación volvía a sus manos hasta la punta de los dedos, percibiendo un hormigueo desagradable. Las palpitaciones al correr la sangre con fluidez, se hicieron más rápidas, hasta dejar de sentir las. Cuando le desató los tobillos, le costó trabajo quitarse los zapatos, pues tenía los pies hinchados. Al sólo roce de las plantas tocar el suelo, sintió como si millones de agujas se le clavaran. Retiró de inmediato los pies, hasta que el hormigueo fue cesando lentamente.

Gimió al apoyar los antebrazos encima de la mesa y los retiró, porque agravando su situación, los tendones bajo la clavícula derecha se le cruzaron. La única manera de descruzarlos era alzar el brazo rápidamente, contrayendo así el hombro, pero le era imposible por el dolor que le provocaba. Hizo una aspiración profunda, y apoyando el brazo laxo encima de la mesa, contuvo la respiración al flexionar todo el cuerpo hacia adelante con rapidez hasta oír un “crac”. Su cuerpo por momentos se convulsionó por el dolor, pero empezó a serenarse al respirar de forma rítmica y dejó de dolerle inmediatamente. Después se echó mano a la cabeza, para comprobar hasta dónde le había cortado el pelo, el cual se había quedado por encima de los hombros, y se lo alborotó por la parte de atrás. Después se tocó la cabeza por la parte de arriba, aun le dolía la herida que le hicieron, al apresarla.

Villodres quedó mudo al ver toda la escena. Le costó unos segundos entender qué estaba haciendo, pero se asombró no sólo por ver cómo ella actuó para aliviar su dolor, si no que no hizo drama alguno, ni cuando se tocó el cabello. Sólo por eso, cualquier mujer que él conociera, estaría montando un buen alboroto, pero ella estaba callada, aunque rompió el silencio al decir:

—¿Va a durar esto mucho más tiempo?

—El que haga falta, ya le he mandado una carta diciéndole cuánto quiero, si quiere volver a verte viva...

A Villodres le brillaron los ojos cuando lo dijo, y volvió a sorprenderle que ella lo mirara desafiante, y que ni mucho menos sus palabras la amedrentaron. Sonrió al decir:

—Empiezo a entender por qué está prendado de ti...

—Estás “colgado” si piensas que todo esto te va a salir bien

Él hizo una micro-expresión de extrañeza por la palabra que había utilizado, pero después volvió a sonreír al decir:

—La paciencia no es una de mis virtudes, así que me adelanté al plazo para obtener lo mío...

Ella puso los ojos en blanco y bufó, tamborileó los dedos, mostrándole desinterés. Él, en vez de enfadarse, se divirtió por su osadía. El que siguiera intentando provocarlo, hacía que todo aquello fuera más entretenido. No hubiera soportado los constantes lloriqueos de una mujer, y probablemente si hubiera actuado así, habría perdido la paciencia. Se dio cuenta que ella mantenía la vista fija en los papeles que estaban encima de la mesa, cayó en la cuenta que no había sido prudente en guardar la carta que Clara le había mandado ofreciéndole el dinero. Cogió los papeles y los puso encima de la chimenea, lejos de ella. Tomó la carta de Clara, la dobló en varias partes y se la puso sujeta al cinturón.

* * *

Al anochecer el grupo de Jaime venia de vuelta. Don Manuel adelantó su caballo para posicionarlo al lado del de Jaime.

–Muchacho, hoy hemos recorrido “Azua” y el otro grupo ha peinado “La vega” sin resultados, pero eso no significa nada, mañana iremos a “San Juan”, allí tendremos caballos de refresco, no te preocupes, la encontraremos.

–“Capitán”, no sé cómo agradecerle...

–No hay nada que agradecer, ella se ha ganado el cariño de todos, no podría estar sentado en casa sin hacer nada, pero tenemos que descansar, no sabemos lo que puede durar esto

Jaime asintió con la cabeza. Llegaron a la casa y enseguida le entregaron a Jaime la carta que había mandado Villodres; Arrugó el papel con fiereza cuando lo leyó, y lo arrojó encima del escritorio. Tomati se apresuró a coger el papel, y cuando lo leyó también mostró su indignación, terminando por hacer añicos el papel.

–No se va a salir con la suya, Jaime, estamos peinando la isla. La noticia ha corrido como la pólvora, mis criados me han dicho que los vecinos están colaborando. No hay hacienda en la que no se esté buscando. No accedas al chantaje...

Don Manuel dijo:

–Yo como excapitán sigo teniendo amistades influyentes, esto se considera un asunto privado, por lo que oficialmente las autoridades no pueden hacer mucho, pero los soldados en el puerto, están registrando palmo a palmo cada barco que sale de la isla, si intentara sacarla, enseguida lo apresarían y nos lo notificarían.

Jaime estaba desesperado, pero no pudo más que agradecerles su ayuda. Tenían que descansar y reponer fuerzas. El grupo que les tomó el relevo, era ahora aún más grande, los vecinos cedieron a sus trabajadores de confianza para que ayudaran en la búsqueda.

De repente, Clara irrumpió en la estancia:

–Señores, buenas noches...

Después de los saludos y explicarles que estaba allí para echar una mano, les dijo que en el comedor había comida servida. Pasaron al comedor todos excepto Jaime que se quedó en el despacho. Clara hizo de anfitriona y cenó con ellos. Poco a poco se fueron retirando, y Clara fue al despacho con un emparedado. Él estaba sentado, con una copa en la mano y la cabeza gacha. Ella le dijo:

–Ya sé que no has querido cenar, pero al menos deberías intentar comer algo.

Jaime apretó los labios en un intento de sonrisa. Con el plato delante, cogió el pan para darle un bocado, pero le sobrevino una arcada. Retiró el plato, le era imposible. Clara entonces, tomó el vaso que había encima de la mesa y se acercó al carrito de bebidas diciendo:

–Bueno, al menos déjame que te llene el vaso, yo me voy a tomar algo también...

Al darle la espalda para servir las copas, alzó una ceja y sonrió levemente. De un bolsillo oculto en la tela de la falda, extrajo una ampolla de cristal y vertió el contenido en el vaso de Jaime. Volvió a meterse rápidamente el recipiente en el bolsillo, y se giró con cara afligida a tenderle la copa.

Jaime un rato después, al tener el estómago vacío, achacó el aturdimiento al alcohol, así que se retiró y fue a su habitación. Cuando llegó a la cama, no le dio tiempo a quitarse ni las botas, cayó como peso muerto encima de la cama.

Clara esperó un tiempo prudencial para escabullirse dentro de la habitación. Cuando comprobó que estaba completamente ido, le quitó las botas con mucho trabajo. Para cuando consiguió quitarle la camisa, ella ya estaba empapada en sudor, y pensó que así bastaba para cumplir sus propósitos. Ella intentó desvestirse sola, pero le era difícil, así que se acercó a la

jofaina y abrió los enseres de aseo de él. Con la navaja para afeitarse, se cortó los lazos para poder quitarse el corsé y dejó caer el vestido y las enaguas de cualquier manera en el suelo. Curioseó entre los botes, y tomó uno que ponía “agua de colonia de sándalo”. Lo olió, y cerró los ojos instintivamente dejándose embargar por el perfume. Después, se metió entre las sábanas a su lado.

Por la mañana, Lupe llevaba una taza de café en una bandeja a la habitación de Jaime. Dio dos toques suaves a la puerta y entró. Se quedó petrificada cuando vio la escena. Clara se restregó los ojos y bostezó. Jaime estaba boca abajo con un brazo rodeándola y al sentir el cuerpo femenino, lo apretó contra sí y suspiró; aún tenía los ojos cerrados. Clara alzó ligeramente una ceja y emitiendo una sonrisa de soslayo le dijo a Lupe:

–Deja la bandeja ahí encima...

A Lupe se le arrebolaron los mofletes, hizo ademán de irse por donde había venido, pero un segundo después, caminó unos pasos e hizo lo que le había dicho.

–¡Ah! Y coge mi vestido, hay que lavarlo

Lupe se acercó rápidamente al bulto de tela que había en el suelo, lo cogió de un puñado y de igual manera, salió presurosa de la habitación. Corrió escaleras abajo, y cuando estaba frente a Yeji se quedó parada, porque no sabía muy bien cómo decírselo. Yeji dijo:

–¿Qué haces ahí parada? Entiendo, la “señora” quiere que también le lavemos la ropa...

Le arrebató de las manos el vestido, que entre tanta tela, tapaba el rostro de la muchacha. Cuando Yeji descubrió la cara de consternación de Lupe, se puso en alerta:

–¡¿Qué ocurre?!

–Ehm... ¡La señora Clara está en la cama desnuda con el señor Orellana!

Yeji se quedó paralizada unos segundos, y cuando reaccionó arrojó contra el suelo el vestido, lo que hizo que la ampolla de cristal saliera del bolsillo emitiendo un pequeño sonido. Ambas miraron al suelo, viendo rodar el pequeño recipiente de cristal. Yeji furiosa se agachó y lo cogió. Abrió el tapón y olió. Puso cara de asco al comprender lo que el frasco, aunque ahora casi vacío, había contenido. Le mostró a Lupe el frasco diciendo:

–Ha utilizado esto para meterse en su cama

Lupe abrió los ojos de par en par y se tapó la boca, entendiendo que Clara lo había drogado. Yeji se metió el frasco en el bolsillo del delantal. Tuvo que empezar a disimular cuando el yerno de Don Manuel bajó el primero a desayunar. Yeji le dijo a Lupe que se llevara el vestido de allí, y continuó preparando el desayuno.

Jaime empezó a despertarse, sintió la boca pastosa. Con los ojos cerrados arrugó la nariz cuando le vino un olor que no era el de Ángela. Abrió los ojos y pestañeó un par de veces. Al ver claramente a quien tenía sujeta, retrocedió de forma brusca, y se sintió tremendamente aturdido. Se restregó los ojos y se quedó un momento con la boca abierta, ella dijo:

–¡Vaya, anoche te mostraste más receptivo...!

Él arrugó la frente y de un salto se bajó de la cama. Se echó las manos a la cabeza mirándola con repulsión y trastabilló con una de sus botas. Se fue presuroso a echarse agua en la cara. Tenía un dolor horrible de cabeza, y se la mojó también. Ella muy melosa, acariciando las sábanas dijo:

–Tu mujer ya mismo se vuelve a España, podríamos volver a repetir esto asiduamente....

Jaime confundido se puso la camisa y las botas velozmente, no entendía nada. No se acordaba de nada. No comprendía cómo era posible; había bebido, pero el estómago vacío el cansancio y el alcohol, ¿Habían hecho que yaciera con esta mujer sin acordarse? No, no podía ser cierto...

Clara dejó caer la sábana mostrando sus pechos y sonriéndole. Él frunció más el ceño, negó con la cabeza, puso el dedo en alto como para decir algo, pero salió raudo de la habitación. Ella

soltó una carcajada y se dejó caer entre los almohadones.

Abajo en el comedor ya estaban los hombres desayunando y esta vez sí que comió y tomó café. Estuvieron hablando de la ruta a seguir para la búsqueda. Cuando se levantaron de la mesa, Clara apareció en la estancia sonriente:

–Señores, espero que el desayuno haya sido de su agrado

Mientras cruzaba palabras de cortesía con los hombres, Jaime salió del comedor muy disgustado. Yeji lo interceptó y presurosa le dijo:

–¡Jaime, es muy importante! ¡Tengo que decirte algo!

Lo tomó del brazo para que no se negara y lo llevó diligente a su despacho. Cerró la puerta y le dijo en voz baja mostrándole el frasco que extrajo del bolsillo:

–Jaime, esto estaba en un bolsillo del vestido que llevaba anoche puesto Clara. Estoy segura que te drogó para hacerte creer que te acostaste con ella...

Quitó el tapón del frasco y se lo mostró para que lo oliera. Jaime se puso rojo de ira, apretó los puños y se dirigió a la puerta, la abrió y salió al recibidor.

Lupe se acercó corriendo a él, para decirle que había mucha gente en el exterior de la casa. Con la frente arrugada, trató de serenarse, respiró hondo y salió al porche.

Un grupo de unas cincuenta personas estaba delante de la casa, dispuestos a ayudar en la búsqueda. Cuando él vio aquello, se sintió abrumado. Le tembló ligeramente la barbilla, y Yeji se puso a su lado y le apretó el brazo:

–Hijo, no desesperes

Jaime después de decir unas palabras, finalizó diciendo:

–...y tened cuidado, ese hombre puede ser peligroso...

Él apretó la mano de Yeji, y se sintió con fuerzas renovadas. El grupo empezó a disolverse y a alejarse en diferentes direcciones. Poco a poco, salieron de la casa el resto. Empezaron a montar en los caballos.

Clara se enteró en el comedor por José Arredondo, que Villodres había pedido rescate por Ángela y entendiendo que quería sacar tajada también de Jaime y que probablemente aún no estaba muerta, el cabreo hizo que saliera al exterior y se acercó con pasos decididos a él diciendo:

–¿Te ha dado alguna prueba de que está viva? ¿No accederás a arle, no? Porque puede que a estas alturas ni siquiera esté...

No la dejó terminar cuando se aproximó rápidamente hacia ella, y tomándola fuertemente por el brazo le dijo en voz baja:

–Ni te atrevas a decirlo, y sal de mi casa... ¡Ya! No quiero volver a verte, ¿Entendido?

–¡Pero!

–¡Lárgate de aquí!

Le dio la espalda, se acercó a su caballo y de un salto montó encima del animal. Empezó a alejarse de la casa y los demás le siguieron, excepto Tomati, que se quedó unos segundos más mirándola, arrugando el ceño y apretando la mandíbula.

Al atardecer, acudieron donde iba a ser la entrega. Era muy cerca de donde la habían secuestrado. En medio de un cruce de caminos se situó Jaime. Varios hombres se dispusieron estratégicamente alrededor, ocultos tras los árboles con rifles, pero después de una hora de espera, nadie apareció. Don Manuel hizo lo que nadie se atrevía hacer, salir de su escondite y acercarse a él.

–Hijo, no creo que aparezca ya, no pienses que no lo ha hecho porque algo horrible ha ocurrido, mil cosas han podido suceder, y entre ellas es que no ha visto seguro aparecer por aquí

–Lo peor, es que es verdad que no tengo ninguna prueba de que esté viva

–Tampoco de lo contrario, no perdamos la esperanza, creo que lo mejor será que retomemos la búsqueda

Don Manuel gritó a los demás que salieran de sus escondites. Tomaron los caballos y se dirigieron a “San Juan”.

* * *

Ángela salió de detrás del biombo, se había aseado con el barreño que Villodres trajo el día anterior. Él estaba extrayendo de un saco comida. Con una gran navaja, partió por la mitad una manzana. Ella adelantó unos pasos, él estaba de espaldas a la ventana, pero Ángela que estaba frente a ella, a pesar de tener unos tablones cruzados, vio un bulto moverse en el exterior. Abrió los ojos de par en par cuando vio a un muchacho casi pegar la nariz para tratar de ver el interior. Rápidamente, miró a Villodres para comprobar que no se había dado cuenta. Volvió a mirar, y el hombre restregó con la manga la suciedad del cristal, ahuecó las manos para ponerlas a ambos lados de su rostro y volver a acercarse, y luego se separó. Villodres estaba de pie y Ángela se aproximó más, le quitó de las manos el trozo de manzana y mirándolo a los ojos le dio un mordisco. Él al ser más alto que ella, miraba ligeramente hacia abajo, pero bajó un poco más la mirada para observarle los labios. Él levantó levemente las comisuras de los labios.

Ángela sabía que tenía las de perder si lo agredía, era más fuerte que ella, pero algo tenía que hacer para hacer ruido. Si se ponía a chillar, lo más seguro es que la golpeará, así que hizo lo que Villodres nunca se hubiera esperado. Precisamente porque era más baja que él, flexionó el brazo, y con toda la fuerza que fue capaz, alzó el codo velozmente para estrellárselo contra la nariz, el duro hueso le haría el daño que quería. El impacto hizo que él arrojara la cabeza hacia atrás con violencia, e instintivamente se echó las manos a la nariz.

–¡Ahhh!

Pestañeó varias veces por la sorpresa, y en seguida la sangre salió profusamente. Ella dio varios pasos hacia atrás. Fue instintivo que el dolor y la rabia hicieran que la empujara agresivamente, lo que provocó que cayera al suelo. Él seguía sujetándose la nariz dando muestras de dolor, pateó el suelo, y gimió. Ángela apoyó la mano derecha encima de la mesa para levantarse. Villodres que en todo momento mantenía sujeta la navaja, con los ojos cerrados por un segundo, dejó caer la navaja para dejarla clavada en la madera. Pero fue en ese preciso momento que ella había apoyado la mano.

Ángela sintió de repente un dolor en el índice, a lo que rápidamente retrocedió la mano y se cubrió el dedo con la izquierda, después se apretó ambas manos sobre su estómago. Por un segundo fue como si le hubieran arrancado una uña, pero empezó a sentir palpitaciones, y como si el dedo empezara a inflamarse. Abrió la mano izquierda, para ver qué le había hecho, y de pronto la sangre brotó manchándole el vestido. Apretó otra vez el dedo con la otra mano y lo miró rápidamente. Ella se balanceó intentando soportar el dolor que cada vez era más intenso, pero lejos de achantarse, lo que todo aquello le provocó fue ira. La adrenalina la inundó y el dolor dejó de subir de intensidad. Apretó los dientes de rabia y abrió otra vez la mano para ver bien la gravedad de la herida: La primera falange del índice la había rebanado de manera que quedó un colgajo de carne separado del resto del dedo, casi pudo ver el hueso. Apretó otra vez el dedo para detener la hemorragia. Tomó un lienzo que había encima de la mesa, que momentos antes había utilizado para secarse después del aseo, y envolvió con fuerza el dedo. Respiraba agitadamente, cuando volvió a mirarlo. Él por momentos, cogiéndose con una mano la nariz, se quedó paralizado, porque su intención ni mucho menos fue herirla.

De repente, la puerta se abrió de par en par. Se abalanzó un hombre contra él, pero él actuó

rápidamente. Aprovechó la rapidez con que se aproximaba, se hizo a un lado, y levantó la mano para empujarlo contra la mesa, le estampó la cabeza encima de la madera. La mesa terminó por partirse en dos, y el hombre cayó inerte al suelo. Acto seguido, un segundo hombre, se disponía a levantar el rifle para apuntarle y disparar, pero Villodres rápidamente se acercó desviando el cañón de un golpe. Sonó un disparo, y le extrajo de las manos el arma para darle fuertemente con la culata en el rostro, lo que hizo trastabillar al hombre y caer de espaldas al exterior de la cabaña. No desperdició ni un segundo, y le dio un segundo golpe dejándolo “K.O.”. Todo esto ocurrió muy rápido y ella no pudo más que agacharse, quedándose de cuclillas protegiéndose la cabeza, pero vio que el papel que Villodres tenía sujeto al cinturón, por todos esos movimientos que hizo, cayó al suelo sin él darse cuenta.

Un tercer hombre joven, que estaba fuera con los caballos, se puso nervioso y le apuntó con la pistola, pero erró en el tiro. Villodres ni se inmutó al acercarse con celeridad a él. Dos de los caballos al oír los disparos, huyeron. El tercero, lo tenía cogido el muchacho por las riendas, pero las soltó al tener ya a Villodres frente a frente y le dio un puñetazo, pues la pistola al ser de avancarga, estaba sin munición. Villodres le respondió con otro derechazo y un golpe seco en el estómago, que lo hizo caer de rodillas. Tomó las riendas, el caballo estaba encabritado, pero cuando oyó varios silbidos de balas alrededor, por otros hombres que acudieron rápidamente al lugar, montó presto a lomos del animal. Desde esa altura pudo ver que al menos cinco hombres se estaban acercando, desde diferentes posiciones, por lo que puso el caballo al galope para alejarse. Oyó detonaciones dirigirse hacia él. Sintió la sangre salpicarle la cara cuando una bala le atravesó el hombro. Él no disminuyó la velocidad a la que se alejaba.

Intentaron seguirlo, entonces Ángela cogió la carta y se la metió bajo el sujetador para después salir de la cabaña y pedir ayuda. Dos de ellos se acercaron para ayudarla. Uno la tomó por la cintura, otro entró dentro de la cabaña, un tercero fue a ver el estado de su compañero que frente a la cabaña estaba tendido en el suelo. Otros dos se alejaron a galope, para ver si podían capturarlo. Como estaban en medio del bosque, el terreno era muy difícil, y parecía que Villodres lo conocía muy bien. Saltaron los perseguidores un gran tronco de árbol, uno de ellos lo hizo sin problemas, pero el segundo caballo, que estaba exhausto, tropezó e hizo que el jinete saliera disparado. El amigo del que se había caído, tuvo que abandonar la persecución, pues su compañero estaba mal herido.

Ángela, al ver que ya no había peligro, comenzó a relajarse, y se apoyó en el brazo del hombre que la sujetaba firmemente por la cintura, y la alejaba de la cabaña. Dio unos cuantos pasos hacia uno de los caballos, pero ella se paró:

–Espera, me estoy mareando, no puedo...

–Está bien, tranquila

Se acercó a un árbol cercano y se dejó caer, se acuclilló de nuevo, y empezó a hacer respiraciones, con la cabeza agachada para no terminar por perder el conocimiento. Oyó al hombre muy lejos, aunque estaba cerca, decir a los otros:

–¡Id a avisar a la curandera! ¡Urge que la traigamos antes de avisar a Orellana que la hemos encontrado!

Ángela sintió cómo todo su cuerpo se bañó en un sudor frío. Las respiraciones hicieron que no llegara a desmayarse, pero gotas de sudor le cayeron por la nariz y por la espalda. Las palpitaciones en el dedo eran muy fuertes, y lo sentía como un globo inflado, aunque no fuera así. Volvió a cabrearse al pensar que le tendrían que coser el dedo, y palideció al recordar que allí aún no existía la anestesia.

Momentos después, se repuso completamente, pero el hombre no la dejó levantarse, no quería

que se desmayara después de todo, y esperaba que la curandera estuviera ya de camino, porque por el aspecto del vestido, había perdido bastante sangre.

Ella miró hacia la cabaña, y vio cómo el muchacho al que Villodres le había quitado el caballo, agacharse delante de su amigo en la entrada. El hombre tenía la boca excesivamente abierta, porque le había sacado la mandíbula de su lugar por el golpe, y los ojos los tenía abiertos y sin vida. El que momentos antes entró en la cabaña, pudo despertar al que estaba dentro tirado encima de las dos mitades de la mesa y un rato después, el hombre salió a trompicones por la puerta desorientado y sujetándose la cabeza.

XXII

Yeji estaba en el porche de la casa, para ver cómo esa mujer salía. Clara muy enfurruñada, a paso ligero se cruzó el chal por delante del pecho. Se paró un momento frente a ella para decirle:

–Esto no va a quedar así...

Continuó su camino, bajó los escalones dispuesta a subirse al carruaje, con la ceja alzada y los labios apretados, mirando cómo le abrían la portezuela, se paró unos segundos al decirle Yeji:

–¿Sabe qué? Permítame que lo dude, el señor Orellana ya sabe que usted lo durmió con esto...

Yeji adelantó unos pasos y le tiró frente a los pies la ampolla vacía. Al ser la tierra blanda, con trozos de césped aquí y allá, el recipiente se mantuvo intacto. Clara miró fugazmente hacia el suelo, abrió los orificios de la nariz, alzó la barbilla, y pisó a propósito el tubo para destruirlo y seguidamente se subió al coche. Yeji puso los brazos en jarras, y no evitó sonreír al ver alejarse el carruaje. Cuando se disponía a entrar en la casa, se giró y vio por el extremo opuesto, cómo se acercaban hacia la casa al galope dos hombres.

Una hora les tomó a los hombres ir a la casa de Orellana y volver con la curandera en un carromato. Cuando Yeji la vio, se echó las manos a la boca, pero se acercó a ella para abrazarla diciendo:

–¡Oh, tu pelo! ¿Estás bien?

Ella se abrazó a Yeji y comenzó a llorar. Se aferró al abrazo y dejó correr las lágrimas.

Cuando estaba algo más calmada, Yeji le tocó las rozaduras de las muñecas, para después decir:

–Tengo que ver eso...

Lo dijo señalando el dedo y Ángela le respondió:

–Me vas a tener que coser, pero aquí, no quiero volver a entrar en esa cabaña...

Se sentaron bajo un árbol, uno de los hombres se puso al lado de ella, para que le pudiera coger la mano y servir de apoyo para lo que estaba por venir. Yeji, lentamente comenzó a deshacerle el vendaje improvisado. Ella no quiso mirar, y dirigió la mirada hacia otro lado. Sintió que la piel se había pegado ligeramente a la tela, así que Yeji le echó agua para poder despegarla. Cuando por fin dejó el dedo libre, Ángela miró a Yeji, la cual no hizo ningún gesto. Yeji la miró y le sonrió:

–No te preocupes, efectivamente hay que coser, y lo mejor es hacerlo ya...

–¡¿Qué no me preocupe?!

Yeji volvió a sonreír al decir:

–Tranquila, terminaré enseguida

Ángela vio cómo introducía la mano en su bolsa y extrajo un frasco, lo destapó y se lo puso en los labios para que bebiera. Ella echó instintivamente la cabeza hacia atrás por el hedor que emanaba del recipiente. Yeji le dijo en un tono tranquilo pero autoritario:

–Bebe

Contuvo la respiración y bebió. Yeji empezó a hablarle para mantenerla entretenida, mientras le hacía efecto el brebaje. Ella no se dio cuenta que Yeji había cogido los utensilios necesarios para coserle el dedo. Ángela empezó a sentirse aturdida, y sintió de pronto, sin previo aviso, un pinchazo en la piel. Se convulsionó, pero el hombre la tenía bien agarrada, para que no se moviera. Su pecho empezó a ascender y descender rápidamente por la respiración. Intentó controlarse, e inhalaba aire por la nariz y lo expulsaba por la boca rítmicamente. Relajó el cuerpo,

y entonces el hombre, hizo menos presión sujetándola. Sintió seguidamente cómo la aguja penetraba la dermis, para luego salir por otro orificio y después un pequeño tirón. No sabía muy bien si era por el brebaje o por qué, podía sentir lo que hacía, pero ya no había tanto dolor. Seguía introduciendo la aguja y el tironcito del segundo después, y parecía como si el dedo hubiera aumentado sus dimensiones y se hubiera puesto como una pelota de tenis, aunque realmente no era así. Las palpitaciones en el dedo eran muy continuadas y ella seguía hablándole de forma jovial, pero ella ya no la escuchaba.

La hemorragia había cesado y le parecieron minutos interminables hasta oír las tijeras cortar el último. Yeji se percató de la serenidad con que Ángela la miraba, y el amago de sonrisa que hizo después. Empezó a cubrirle el dedo y ella sentía toda la zona ardiendo. Yeji observó que en el dedo medio también tenía un corte, en la segunda falange, pero menos profundo. Lo observó con detenimiento y con los dedos separó la piel. Aquello estremeció a Ángela, y Yeji volvió a juntar la piel con la yema de los dedos y dijo:

–Aquí también.

Ángela frunció el ceño, estaba dejando de sentir el aturdimiento, y en su lugar empezó a emerger una rabia contenida. Pensó: “¿Por qué demonios me ha tenido que pasar esto? ¡Si es que encima no ha sido a cosa hecha!”

Cuando la aguja penetró en la piel, esta vez sintió mucho dolor. Rápidamente introdujo la aguja y un poco más lentamente deslizó el hilo. Volvió a pinchar y atravesó la piel. El hilo lo deslizó suavemente para no rasgar la epidermis y a una velocidad increíble anudó el hilo. Sintió enseguida la tirantez. Un segundo y último punto hizo que estirara la piel, para cerrar bien la herida. El rostro y cuello le brillaron por el acusado sudor, y aun habiendo cubierto el dedo con otro vendaje, sentía la tensión de los puntos.

–Esto ya está

Ángela no evitó un gemido al sentir el dolor, soltó la mano del hombre y éste le dijo:

–¡Ha sido muy valiente, señora!

Yeji, empezó a enjuagar los utensilios y limpiarlos. Ángela intentó moverse pero Yeji se lo impidió

–Espera unos minutos

–No, estoy bien...

Se restregó la frente con la mano izquierda, estaba deseando volver a casa, ver a Jaime y descansar. El hombre la ayudó a levantarse y lo hizo lentamente, dio unos pasos. Observó cómo Yeji había ido a atender a los demás heridos. Al ver al que tenía el golpe en la cabeza, sentado en los escalones de la cabaña sujetarse la cabeza, frunció el ceño. Por el que estaba tirado en el suelo con la mandíbula desencajada, poco se podía hacer ya.

Pero fue al ver a Yeji sajar el bulto de la cabeza que se le había formado al otro hombre, cuando a Ángela le dio el bajón. Ver bajar profusamente la sangre por toda la cara fue superior a sus fuerzas. Esta vez no pudo evitar desmayarse. El hombre a su lado la cogió en volandas antes de caer al suelo. Éste miró a la curandera, y ésta le dijo:

–Ha soportado mucho dolor, es normal que se haya desvanecido...

Yeji tardó poco en curar al hombre. Subieron a la parte de atrás del carromato el cadáver. También montó en la trasera el que tenía la cabeza vendada. El tercero, ya había subido a Ángela en el asiento, y tomaron rumbo a la casa grande.

Estaban llegando a la casa cuando Ángela despertó. Tenía la cabeza apoyada en el hombro de Yeji, y ésta la agarraba por la cintura. Se sintió mareada por el traqueteo del carro. Pocos minutos después, pararon frente a la casa. El hombre ayudó a bajar a ambas mujeres. En la casa se armó un

gran revuelo cuando llegaron. Ella caminó lentamente de la mano de Yeji al interior de la casa. Angela en medio del recibidor dijo:

–Espera, dame un minuto

Se sentó en los primeros escalones de la gran escalera. Yeji ordenó traer agua para beber y que prepararan la tinaja para que se pudiera bañar. El personal hizo un corrillo alrededor de los dos.

En el exterior de la casa un rato después, los hombres vieron cómo venía Orellana al galope y detrás de él el resto del grupo. Cuando Jaime atisbó el carronato y el hombre en el interior tendido bocabajo, sobresaliendo por los pies, temió lo peor.

De un salto bajó del animal y se acercó a los dos hombres. Miró con preocupación hacia el interior del carro y apresuradamente dijo:

–¿Dónde está mi mujer?

–Está dentro, señor, está...

Lo dejó con la palabra en la boca, y corrió al interior de la casa.

Un momento después, Don Manuel, José y Juan, se apearon de sus respectivos caballos. Don Manuel fue el primero que se dirigió a los hombres.

–¿Vosotros sois los que habéis traído a la señora?

–Sí señor, “capitán”, mi nombre es Tobías, aquí mi amigo Pedro, y el difunto... era Isidro, trabajamos como cafetaleros en las tierras de Don Diego Salazar. En cuanto nos enteramos de lo ocurrido, pedimos permiso para buscar a la señora, puesto que ya hacía tiempo que andábamos tras Villodres... nos estafó el jornal de dos meses en una ocasión, y queríamos aprovechar la oportunidad...

El hombre continuó relatándole todo lo ocurrido, y posteriormente Don Manuel les dijo que los compensaría por todo.

Cuando Jaime llegó en medio del recibidor no podía verla, puesto que varias personas estaban delante.

–¡Ángela!

En un instante, el corrillo de personas se abrió y pudo verla sentada junto a Yeji en los escalones. Sintió como si el corazón se hubiera saltado un latido para luego bombear de forma atronadora en su pecho. Se echó las manos a la cabeza e hizo un gesto de dolor, un segundo después sonrió, pero volvió a fruncir el ceño y emitió un sonido entre el llanto y la risa mientras se acercaba a ella. Se dejó caer arrodillándose y puso las manos a ambos lados de su cabeza, que temblaron ligeramente sin tocarla, y como si no se atreviera a hacerlo. Pero tomó su rostro dulcemente con ambas manos, y secándole las lágrimas que ya corrían por su rostro dijo con voz turbada:

–¡Dios, tu pelo! ¿Estás bien?

Ella cuando lo vio, se sintió abrumada y se abrazaron. El personal alrededor empezó a dispersarse, para darles privacidad.

Jaime tenía marcas violáceas debajo de los ojos, y la barba ahora más abundante, estaba completamente descuidada.

–¡Sí, estoy bien! Pero, ¿Y esta barba?

Cuando lo dijo él sonrió con tristeza y tocó la mano que le acariciaba la cara para darse cuenta del vendaje, y volvió a contraer el rostro. La recorrió con la mirada, y cuando vio toda la sangre preguntó de forma rápida y entrecortada:

–¿Qué te ha hecho? ¿Toda esta sangre es tuya? ¿Te ha tocado?

–¡No! Ni siquiera... en realidad lo del dedo fue un accidente, él no pretendía...

–¡No justifiques a ese mal nacido!

Ángela hizo que se callara rodeándolo de nuevo con los brazos, después lo besó y se volvieron a abrazar.

Fue Yeji quien interrumpió el momento diciendo:

–Jaime, creo que Ángela necesita un baño y cambiarse, después te puede explicar lo ocurrido tranquilamente

Él miró de forma intermitente a Yeji y a Ángela, tomándola de la mano izquierda y besándosela, mientras Ángela respondió:

–¡Oh, sí, un baño caliente!

Tomati, José y más tarde Don Manuel, vieron toda la emotiva escena en la puerta callados. Un rato después, estaban los hombres en el despacho y cuando Jaime se enteró por Don Manuel que Villodres había huido entró en cólera. Hizo ademán de salir del despacho, pero le pararon los pies. Don Manuel dijo:

–Jaime, ahora ella te necesita, lo primero es decirle a todo el mundo que la hemos encontrado. Después buscaremos a Villodres, descuida que tarde o temprano aparecerá. ¡De la isla no sale como me llamo Manuel Heredia! tenemos que descansar, y el primero tú

–Démosle unos días de tregua para que se confíe y piense que hemos abandonado la búsqueda al encontrarla a ella...– Dijo Tomati

–¿Tú crees que se confiará? Como poco habrá huido a las montañas...– dijo José

A lo que Don Manuel repuso:

–Uno de los hombres que la han rescatado me ha dicho que cree que llegaron a herirlo, que al menos una bala le alcanzó...

–¡Así se desangre!

Dijo Jaime, retrayendo la comisura hacia un lado, mostrando desprecio. Tomati dijo:

–Pues como ha dicho José, no me extrañaría nada que esté en las montañas, si está herido buscará refugio

Don Manuel dijo:

–¿Y creéis que se atreverá? Las montañas están plagadas de palenques [\[31\]](#)

Jaime dijo:

–Te sorprendería de lo que Villodres es capaz; además, dinero sigue teniendo para comprar a gente que lo ayude

Don Manuel dijo:

–Bueno, creo que lo mejor será que volvamos a nuestras casas, descansemos, y a ver qué podemos ir averiguando en los próximos días. Jaime, despreocúpate que nos encargamos. No dudes que de cualquier novedad, en seguida te informamos, dedica tiempo con tu mujer, no quiero ni pensar lo que ha debido padecer Ángela estos días...Ese hombre no puede salir indemne de todo esto.

Cuando ya salieron todos de la casa, Jaime fue a verla. Estaba profundamente dormida, asumió que Yeji le habría dado algo para que descansara. Se quedó mirándola a los pies de la cama y rodeó con una mano el barrote de madera que hacía de dosel. Yeji se acercó y le acarició el brazo. Él le preguntó:

–¿Cómo está?

–Se recuperará, recemos para que agarre bien el trozo que le he cosido, y no amanezca ennegrecido, si no, tendría que volver a abrir, cortar y volver a coser...

Conforme la escuchaba apretó el barrote de madera, hasta que se le volvieron blancos los nudillos. Yeji continuó:

–Şeun Olohun^[32] que no ha ocurrido algo peor, y podrá reponerse. Hijo, date un baño tú también y descansa, voy a preparar algo rico para cenar.

Jaime optó por afeitarse completamente, se aseó y se recostó a su lado. Se quedó dormido al poco abrazándola.

Horas después, estaba anocheciendo cuando Ángela despertó, el dolor hizo que se sentara en la cama y comenzara a mecerse sujetándose por la muñeca la mano vendada. Jaime al despertar, se irguió enseguida y acariciándole el hombro dijo:

–¿Qué puedo hacer?

–Nada, Jaime, no puedes hacer nada, esto lo tengo que pasar

Lo dijo mientras se levantó, y empezó a caminar de un lado a otro, tratando de soportar el dolor.

–Cuéntamelo, quiero saberlo todo desde que te apresó

–En realidad no fue él directamente. Pagó a un “tío” para que lo hiciera por él...

Continuó relatándole todo lo ocurrido y cuando ya finalizó, Jaime dijo:

–¿Qué te parece si bajamos a cenar? Yeji me ha dicho que iba a preparar...

–Sí, estoy hambrienta

Prácticamente lo dejó con la palabra en la boca, y salió de la habitación en camión. Bien poco le importaban ya las apariencias, a esas alturas esa ya era su casa. Tampoco es que se percatara de ello, puesto que para ella un camión hasta los tobillos era lo suficientemente decente, lo único que quería en ese momento era estar en movimiento y comer algo, le dolía mucho el dedo.

Cuando Jaime bajó vestido, ella ya estaba comiendo en la cocina lo que Yeji había dejado preparado. Al entrar Jaime, Ángela le dijo de forma despreocupada:

–¿Sabes? Voy a echar de menos la comida. Aquí todo está mucho más sabroso. El tomate sabe a tomate, el pollo sabe a pollo, el pan... ¡Oh! El pan sí que está delicioso.

–¿Qué quieres decir?

Ella suspiró, y tragó lo que masticaba para decir:

–Contra las plagas en los campos, utilizas técnicas para acabar con ellas, ¿Cierto? Pues poco a poco con el tiempo, se utilizarán métodos artificiales: pesticidas, químicos... porque los bichos y enfermedades de las plantas serán más virulentas, y para acabar con ellas, se utilizan técnicas y productos cada vez más fuertes. Tenemos comida todo el año, incluso si no es su tiempo, porque lo han hecho artificialmente, eso hace que pierdan sabor los alimentos.

–¿Y no hay acceso a alimentos sin esas cosas?

–Sí, pero cuando vas al mercado y compras, para encontrar los que verdaderamente son criados o cultivados de forma natural, lo tienes difícil. También son bastante más caros, o te engañan diciendo que lo son, y después no es así... creo que nuestros paladares están ya acostumbrados a esos sabores. Además, le ponen saborizantes o colorantes que hacen que no puedas distinguir si es natural o no; a ver, un tomate sigue siendo un tomate, es rojo, pero el sabor no es igual que éste...

Hincó el tenedor en un trozo de tomate y se lo metió en la boca. Cerró los ojos, levantó la cabeza masticando y emitió un pequeño gemido de placer. Después continuó:

–La verdad es que ya hay tendencia a volver a lo natural. Mi abuela y mi madre siempre han cocinado en casa los alimentos, porque ahora, ya puedes comprar las cosas cocinadas, y mucha gente por falta de tiempo, se compra directamente el pollo hecho o cualquier cosa, que no siempre es lo mejor; el caso es que se está reivindicando que vuelva lo de antes, porque es más sano, muchas cosas saben ya a plástico...

–¿qué es plástico?

Ella le pidió que le cortara la carne, puesto que no podía hacerlo. Después continuó explicándole lo que era el plástico, y el gran problema medioambiental que finalmente provocaría. Él se echó un último bocado a la boca y se acercó el plato de ella para rápidamente cortárselo mientras la escuchaba. Le devolvió el plato y él siguió comiendo también. Jaime sonrió al ver cómo disfrutaba ella con la comida, pero dijo serio:

–¿Sólo echarás de menos la comida?

Ella se puso seria y se quedó callada mirando el plato. Un silencio denso los envolvió. Ángela en voz baja dijo:

–Ya sabes que no...

Yeji entró en la cocina en ese momento:

–¡Ah! Estáis levantados, ¿Cómo te sientes Ángela?

–¡Uf, me duele mucho! Me arde...

–Mañana te haré la cura a primera hora y veremos como está, te he traído esto para que puedas dormir toda la noche

Ángela se quedó mirando el botecito que contenía un brebaje y dijo:

–Yo hablando de vida sana y como una “yonqui” estoy deseando meterme un “chute”, ¡Madre mía! Ja ja ja

–Es para el dolor

Dijo Jaime, porque aunque no entendió las palabras, entendía que era reacia a tomar el bebedizo. Ella le sonrió:

–Lo sé, sólo bromeaba, ¡claro que lo tomaré! No quiero sentir dolor.

Yeji dijo:

–¡Pues claro que lo tomarás! Prepararé una tisana, para que te sea más fácil

Jaime se levantó de la silla y se acercó. Le rozó lentamente con el pulgar la cara. Ella miró hacia arriba para verle el rostro. Él le puso un rizo tras la oreja y acto seguido Ángela le rodeó la cintura y lo abrazó, posando la cabeza en su vientre. Él la estrechó contra sí y le acarició la cabeza.

Yeji sonrió al ver la escena, y unos minutos después le puso la taza humeante delante y le retiró el plato ya vacío.

Se despertó varias veces en la noche por las punzadas, pero la bebida que le dio Yeji hizo su cometido y no tardó mucho en volver a dormir.

Jaime no pudo más que estar a su lado y abrazarla. Sin duda habría preferido que le hubiera pasado a él, y no ver cómo ella sufría, sin poder hacer nada al respecto. Juró en silencio que mataría a Villodres...

XXIII

Al día siguiente por la tarde Tomati fue a visitarlos. Jaime al verlo, enseguida preguntó:

–¿Se sabe algo, hay alguna novedad?

–No, aún no sabemos nada, sólo venía a ver cómo se encuentra Ángela.

En ese momento ella apareció en el despacho, y después de los saludos le dijo:

–Estoy mejor, sobre todo al saber que Yeji no me va a tener que cortar el dedo... Esta mañana me ha hecho la cura y hay riego sanguíneo, por lo que ya sólo hay que esperar a que vaya sanando. Es increíble el trabajo que ha hecho esa mujer al reconstruirme el dedo. Me ha dicho que cuando esté totalmente curado, poco se notará

Lupe llamó a la puerta y entró en la estancia. Le dijo a Jaime que el capataz esperaba fuera, acto seguido Lupe y Jaime salieron, Ángela se dirigió a Tomati y le dijo directamente:

–Puedes estar tranquilo, Villodres está más preocupado en provocar a Jaime para enfrentarse a él, que en airear tu vida sexual

Juan dio muestras de alivio, y se sentó en uno de los butacones. Ángela llamó a Lupe y pidió que les sirviera té. Jaime a los pocos minutos, volvió al despacho y dijo:

–Me necesitan en los campos

–Ve tranquilo, no me voy a mover de aquí– dijo Ángela

–Está bien, procuraré no tardar mucho, nos vemos luego. Juan, cuida de ella

–No lo dudes – dijo Tomati.

Ella se quedó mirando cómo se alejaba, y después dijo:

–Tampoco es que esté postrada, para que me tengas que cuidar...en fin.

–¿Estás bien, de verdad?

Ángela resopló y dijo:

–Hombre, a ver, mi dedo parece el del “monstruo de Frankenstein”, pero al menos no lo perderé...

–¿El monstruo de...?

–...sí, ya sabes, el de “Mary Shelley”... ¡Oh!

Acababa de darse cuenta que probablemente aún “Mary Shelley” no había escrito la novela, si no la conocía.

–Es... es sólo una novela, es como una versión moderna de Prometeo. Espera aquí, voy a mi habitación a coger una cosa

Cuando volvió, le mostró la carta de Clara y dijo:

–Esto no lo sabe Jaime, he preferido que no lo sepa, al menos de momento, ya bastante tiene con su vendetta personal con Villodres, para sumar otra persona más. Preferiría que fueras tú quien se ocupara. Además de esta carta, Yeji esta mañana echó a Jaime de la habitación mientras me estaba haciendo la cura, porque se estaba poniendo de “todos los colores” al verme el dedo, y me contó lo que Clara hizo en mi ausencia...

Le explicó todo y entonces Juan leyó la carta. Al hacerlo, su cara mostró desprecio:

–¡Será...! No te preocupes, yo me encargo

–Yo no tengo ahora mismo ni fuerzas ni ganas de enfrentarme a “esa”. Además, no quiero desperdiciar el poco tiempo que me queda aquí en ella, ¿Qué tienes en mente?– dijo Ángela curiosa.

Juan emitió una sonrisa de soslayo y dijo de forma socarrona:

–Cuanto menos sepas, mejor. Lo sabrás cuando ocurra...

Después se puso serio al decir:

–Pero ahora, cuéntamelo todo desde el principio.

Le relató todo lo acontecido desde que la apresaron. Empezó a sentirse más relajada conforme iba desahogándose, y al final dijo:

–¿Sabes? Pienso que Villodres desde pequeño le tuvo celos a Jaime, sin ver que tampoco Jaime lo ha tenido fácil. Jaime no ha tenido opción de elegir lo que él quería. Podría haberse dedicado a cualquier otra cosa, pero ha tenido que ocuparse de la hacienda con toda la responsabilidad que eso conlleva y aceptar un matrimonio de conveniencia...

Juan le sonrió, pero ella entonces se dio cuenta que él tampoco lo tenía nada fácil, y tomó su mano para apretarla, tratando así de alguna manera de reconfortarlo y como gesto de apoyo. Él lo entendió, pero para desviar la atención de él dijo sonriendo:

–Deberías ver como hablas de él, a lo que me lleva...Esto que te ha ocurrido ha sido grave, informarás a tu familia, ¿No?

Ella retiró la mano y se separó, se sirvió otra taza de té y dijo con fingida despreocupación:

–No merece la pena que se preocupen cuando dentro de poco los veré

Juan frunció el ceño y dijo:

–Pero volverás

Ángela esperó unos segundos antes de responder:

–No puedo

–¿Cómo? ¿Cómo vas a dejarlo todo, a todos, a él? No lo puedo entender...

Ángela se levantó, se cruzó de brazos y se aproximó a un ventanal, haciendo como que miraba el exterior, pero sin poder ocultar su nerviosismo. Tomati esperaba pacientemente una respuesta, y ella sin más dijo en voz alta:

–¡Mierda! Con lo tranquila que estaría yo tirada en el sofá viendo en la tele “juego de tronos”

Se volvió hacia él. Tomati en un principio pensó que podría ser por culpa de Villodres su decisión de no volver, pero al oír lo que acababa de decir, en su rostro se mostró el desconcierto. Ángela comenzó a decirle en inglés, utilizando deliberadamente acento americano:

–¿Recuerdas la noche en la que salvé de que te ahogaras?

–¡Claro, como olvidarme!

–Sé que desde esa noche te has preguntado sobre mi acento, y muchas cosas sobre mí que no te cuadran... es hora que de que sepas la verdad;

Juan, no puedo volver porque no vengo de Florida, vengo del futuro. Por favor, no estoy loca, Jaime ya lo sabe, vengo de España, pero del siglo XXI.

Juan frunció el ceño pero dejó caer la mandíbula mientras la miraba inmóvil. Empezó explicándole por qué sabía idiomas, y que en el siglo XXI era usual que sobre todo en los sitios turísticos, la gente los supiera. Le dijo que incluso en las carreras universitarias era obligatorio la asignatura de algún idioma, y no otorgaban la licenciatura o doctorado si no se aprobaba. Que había máquinas que automáticamente podían traducir idiomas, pero que aún existía el empleo para personas expertas en lenguas, a las que se llamaban traductores o intérpretes. Que en ciertos trabajos se apreciaba el conocimiento de más de un idioma. Y continuó:

–El acento en el que ahora mismo te estoy hablando es... o será, la manera en la que hablen en los estados unidos de América

Cambió al español para explicarle cómo había llegado hasta allí, y que fue Yeji con sus descendientes la que la trajo a ese momento de la historia, y la razón.

Posteriormente le habló de la liberación de la mujer, la revolución industrial, y los adelantos

tecnológicos y de medicina. Socialmente hablando, le explicó:

–Vengo de un mundo en donde las personas del mismo sexo pueden casarse, pueden adoptar hijos legalmente. Hasta hay un día mundial para celebrar el orgullo de poder mostrar libremente su condición sexual...

Juan la miraba con ojos espantados, ella siguió hablando de forma rápida:

–Las personas que nacen con un género equivocado, se pueden operar cambiando su sexo, cuando ya son adultas claro está, lo llamamos “reasignación de género”. Naturalmente eso es un proceso de años con un tratamiento médico específico y como finalización las personas que lo desean, lo hacen. También legalmente pueden cambiar su documento de identidad al hacerlo. Aunque también hay trasplantes de corazón, de medula, de riñón... siempre y cuando sean compatibles

Jaime entró en la estancia, y se quedó parado. Ella miró a Jaime y dijo:

–Jaime, se lo he tenido que decir, no podía callarme más, con él no.

Jaime se acercó al carrito de las bebidas, y le ofreció una copa. Juan reaccionó cuando tenía el vaso delante de la cara. Lo tomó y miró a Jaime, para luego mirarla a ella.

–Es broma, ¿No?, porque hasta yo estoy escandalizado con lo que acabas de decir

Al ver que ninguno de los dos dijo nada, se bebió el contenido de la copa de un tirón. Jaime entonces le dijo:

–Sé que suena increíble, yo tampoco lo creí en un principio, pero ella me ha dado pruebas de que es cierto

Juan miró a Jaime en tono de pregunta, a lo que él respondió:

–Aparte de contarme muchas cosas, me dio la fecha exacta de la firma de ratificación del final de la guerra en Estados Unidos, bastante tiempo antes. Lo leí en los periódicos cuando publicaron la noticia.

Ángela le explicó por qué lo sabía, y un rato después Juan dijo:

–Entonces, si sabes cosas relacionadas con las colonias del norte...a ver, tengo entendido, que en Diciembre George Washington renunció a su mando como comandante en jefe, creo haber leído que se va a jubilar después de esto, es así ¿No?

Ella le sonrió y dijo:

–Poco le va a durar esa jubilación, en realidad será el primer presidente de los Estados Unidos, pero eso no ocurre hasta...sí, 1789 creo recordar, por lo que aún falta tiempo para que eso pase... ¡No me miréis como si fuera un unicornio, por favor! Ni tampoco sé mucho más Juan, imagina que amaneces trescientos años atrás, hay cosas que sabes y muchas cosas que no

Un silencio denso impregnó la estancia durante unos minutos. Ángela dijo:

–Cuando evité que te ahogaras, lo hice porque es una maniobra de primeros auxilios que no se descubrirá hasta el siglo XX. La gente sí sabe qué es lo que hay que hacer en estos casos. Menos mal que no llegaste a perder el conocimiento o incluso que se te parara el corazón, porque te habría tenido que hacer otras técnicas más agresivas, o peor, hacerte una traqueotomía para que pudieras respirar si no podía extraer la guinda que te atoraba la garganta... ¡eso dudo que hubiera sido capaz de hacerlo!

La miraba con los ojos desorbitados, y ella continuó explicándole más tranquilamente lo que acababa de decirle.

Finalmente, después de unas horas de explicaciones, Juan dijo:

–El corazón no suele atender a las mismas razones que la cabeza. Mi mente se niega a creer que hayas viajado en el tiempo, pero mi corazón me dice lo contrario. No es posible que sepas las cosas que sabes, si no es por esa explicación. Porque o tienes una mente prodigiosa, o eres una

adivina, o estas completamente loca...

Ángela resopló aliviada, y dijo:

–Juan, no solo te lo he revelado por la amistad que nos une, si no que apelo a esa misma amistad, para que sepas por qué no puedo volver, y que cuando no esté aquí, cuides de Jaime

Jaime se acercó a ella y la abrazó. Ella continuó diciendo:

–Y no estoy loca, pero tampoco tengo una mente prodigiosa, ni mucho menos. Sólo sé más que ustedes porque en este tiempo aún no habéis descubierto muchas de las cosas que ya sé, eso es todo. Ni siquiera soy experta en historia, en medicina o tecnología para poder explicar mejor ciertas cosas, o daros más pruebas...

Después, Juan empezó a hacerle preguntas y estuvieron hablando los tres hasta altas horas de la madrugada.

Juan dijo:

–Sería increíble poder vivir sin ocultarme, eso me parece de cuento de hadas...

–Juan, en realidad, hace relativamente pocos años que eso es posible, pero el mundo, aunque lento, tiene que avanzar, ¿No? Soy de la opinión que aún hay muchas barreras que hay que romper. Aún hay muchas personas a las que se las educa bajo el odio, la intolerancia o el machismo...

Durante unos segundos los tres se mantuvieron callados. Ángela rompió el silencio al decir:

–Se me viene a la mente una canción muy apropiada, la escribí, bueno, la escribirá un compositor de Liverpool que será conocido en todo el mundo, su nombre: “John Lennon”. Esa canción se convertirá en un icono. La versionarán después otros muchos, porque la letra alienta a que nos imaginemos un mundo de paz y no existan divisiones entre las personas por religión, fronteras o nacionalidades. Aunque aún no ha ocurrido algo así en mi tiempo, cuando la escuchas, no puedes evitar sentir que quieres que ocurra lo que dice, o al menos, como dice la canción, imaginarlo. Se me ocurre... ¿Vamos a la sala de baile? No sé tocar el piano, pero algunas canciones sé tocarlas y esta la aprendí, ¡Vamos!

Se dirigieron a la sala de baile. Se sentó delante del piano y tocó algunas teclas al azar, sin ningún tipo de orden, mayormente para comprobar si podía hacerlo con la venda y que no le doliera. Como comprobó que podía hacerlo, paró unos segundos, y después tecléo las primeras notas. Comenzó de nuevo y empezó a cantar “Imagine”. A Juan conforme la oía, se le hizo un nudo en la garganta, emocionado. Jaime tampoco se quedó atrás. Cuando terminó la canción, se hizo el silencio y vio que Tomati tenía los ojos vidriosos. Ella les sonrió, y se dirigió a él para hablarle del final de la esclavitud y a colación de la canción, le dijo que sí se había conseguido que toda persona era igual ante la ley independientemente de su clase social, ideal político, raza, género, religión o su orientación sexual, al menos en la mayoría de países.

Puesto que lo que había cantado no lo habían oído nunca, les habló que la música en el siglo XX ya podía llegar rápidamente a todo el mundo. Que después de la ópera, nacería el jazz, después el “swing”, continuó mencionando los diferentes tipos de música que surgieron posteriormente hasta llegar a la música disco. Terminando por mencionar el éxito de las bandas, dijo que ninguno de los anteriores estilos desaparecería, y que en cualquier sitio podían oír una ópera, música lenta o animada. Les puso ejemplos de todos esos tipos de música, y algunos incluso con baile para que pudieran entenderlo mejor.

Horas después, Juan estaba aturdido por toda la información que había recibido aquella noche, y era ya de día cuando tumbado en su cama, consiguió dormir. Ángela y Jaime, por el contrario, se quedaron dormidos apenas Tomati se fue.

Después de las curas, al día siguiente, Yeji le aseguró que la herida estaba bien, aunque el aspecto fuera horrible. Seguía doliéndole, aunque con menor intensidad, pero de vez en cuando

sentía pinchazos muy fuertes, a lo que Yeji le administraba su brebaje, con gotas contadas.

Comenzó la semana grande para los católicos, y durante ese tiempo tendrían que abandonar la búsqueda de Villodres. Jaime sólo se ausentaba de la casa cuando era necesario y por poco tiempo. Al estar ella convaleciente, estaba libre de tener que acudir a todas las misas y actividades relacionadas con la semana. Una de las primeras tardes, ella le dijo:

–Jaime, tenemos que hablar...

Él se sentó frente a ella y con tristeza Ángela dijo:

–No existe una palabra en ningún idioma (que yo sepa) para cuando unos padres pierden un hijo... Tenemos “viudo” o “huérfano”, pero no hay palabra para eso. Creo que es lo peor que le puede pasar a una persona, por eso, teniendo la opción de volver, es que lo haré. No puedo hacerles eso a mis padres. No quiero que pasen por ese sufrimiento sin saber qué ha pasado conmigo...

Jaime frunció el ceño y agachó la cabeza. Asintió ligeramente y ella continuó:

–Ni siquiera podría mandarles un mensaje si me quedara, porque ¿Qué les digo? Sí, puede que a través de las descendientes de Yeji les llegara el mensaje, pero, ¿Qué podría decirles?: Hola, estoy bien, es que he viajado en el tiempo, por eso no me vais a ver más, ni saber más nada de mí, ni yo de ustedes...

–Lo entiendo

–Jaime, no me arrepiento de nada, y prefiero mil veces haber pasado estos meses contigo, a no haberlos vivido nunca.

Él levantó la mirada para encontrarse con la suya, y ella continuó:

–He estado más en peligro en seis meses aquí, que en toda mi vida. Ni lo bueno ni lo malo, lo borraré nunca. Prefiero recordar este tiempo que he vivido tan intensamente contigo y pensar en lo que pudo ser y no fue posible, a una vida entera siendo consciente del daño que les provocaría si me quedara...

–Si hubiera una manera de que estuvieras en contacto con ellos, ¿Te quedarías?

–Falta mucho para que se invente el teléfono, además, yo no pertenezco a este sitio, a este tiempo, no sabemos las repercusiones que podría haber.

Él se aproximó a ella. Tomó entre las manos su rostro y la besó dulcemente en los labios, en la mejilla, en la frente. Se quedaron unos segundos mirándose, y ella se acercó para chupar su labio inferior. Él exhaló un gemido y tomó sus labios, esta vez con avidez. Ángela abrió la boca para permitirle la entrada, y cuando sus lenguas se tocaron, el corazón de ambos bombeó enloquecido. Ella fue en esta ocasión la que gimió cuando sintió sus labios besarla con deseo, y cuando le succionó el lóbulo de la oreja, su piel se erizó.

Jaime volvió a mirarla a los ojos con la respiración ya agitada, y ella con una sonrisa le dijo:

–Vamos a la habitación

Lo que no fueron capaces de expresar con palabras, lo hicieron con caricias, besos, abrazos. Ambos tenían la necesidad de sentirse, y grabar a fuego en su piel y en su mente todas las sensaciones que experimentaban cuando se unían. Ninguno quería que llegara el momento de despedirse, no querían pensarlo, pero al hacerlo el dolor de saber que no se iban a volver a ver era insoportable.

Esta vez se tomaron su tiempo, se acariciaron lenta y suavemente. Ella se sentó encima de él y se unieron en un abrazo largo. Cuando Ángela se posicionó para que la penetrara, él lo hizo lenta y profundamente e introdujo además un dedo entre sus nalgas, a lo que ella emitió un quejido placentero. Empezó a moverse y ella echó la cabeza hacia atrás. La aferró más contra sí cuando sus gemidos se aceleraron, hasta que las convulsiones lo apretaron e hizo que él también gimiera

con ella. En el último momento la alzó para descargar fuera. Ella tomó su miembro palpitante, para sentir cómo su fluido caliente salía disparado, en una explosión de placer, provocando que su cuerpo temblara bajo su mano.

Se miraron de forma intensa y sonrieron, después se volvieron a abrazar, hasta que sus respiraciones se volvieron a serenar.

Ese sólo fue el primero de una larga noche...

Al día siguiente tardaron en despertar. Ella desprezándose dijo:

–¡uy, qué hambre!

Jaime alzó las cejas sorprendido, la miró directamente a los ojos y emitió una sonrisa de soslayo, sin apartar la mirada. Deslizó un dedo en una caricia entre sus pechos, bajando lentamente y de forma despreocupada dejó reposar la mano en su vientre y le dijo:

–Voy a por una bandeja con comida, y mandaré que llenen la tinaja con agua caliente, ¿te parece?

Ella asintió, sonriendo como una niña traviesa y él continuó:

–Quédate aquí, no tardo

Se vistió y bajó a la cocina. Después de ordenar que llenaran la tina, mientras ponía cosas varias en la bandeja le dijo a Lupe:

–Lupe ven, acércate

–¿Sí, señor?

–¿Cuándo fue la última vez que la señora manchó sus paños?

A Lupe se le arrebolaron los mofletes y titubeo al decir:

–Señor, es que... no sabría decirle, porque desde hace bastantes meses ella insiste en limpiar sus propios paños cuando tiene sus días del mes. Ni siquiera lo limpia en la habitación, así que no veo el agua...

–De acuerdo, no te preocupes... y no le digas que te lo he preguntado, por favor.

Lupe asintió con la cabeza y se apresuró a hacer lo que le habían pedido.

Jaime se demoró en su despacho media hora por unos papeles, pero después, cuando subió con la bandeja llena de comida, ella estaba sumergida en la tina, con la mano hacia afuera, para no mojar la venda.

–Te ayudo con eso, ¿O quieres comer antes?

Ella ronroneó al decir:

–Como quieras

Cuando lo vio quitarse la ropa y meterse en la tina ella se rio:

–Ja, ja, ja ¿Estás seguro que cabemos?

Se puso tras ella, y suavemente le pasó una esponja por toda la espalda y los brazos. La atrajo hacia sí y continuó por el pecho, bajó a su vientre y dio pequeños círculos. Siguió por los muslos, y ella dijo:

–Jaime, cuando me vaya, procura ser feliz. No dejes de oler el cacao, creo que eres feliz cuando lo haces...

–Sí, es uno de los pequeños placeres de cultivarlo

Jaime se quedó callado un momento, y después dijo:

–Yo también quiero que seas feliz, pero preferiría que lo fueras a mi lado...

Ella se giró y lo besó suavemente en un principio, pero cuando el beso se tornó voraz, él se separó para decir:

–¿No tenías hambre?

–Sí, de ti...

Ángela se separó, se levantó y se puso frente a él de pie. Jaime la agarró por los muslos y hundió la cara en su centro. Cuando sintió su lengua cómo hábilmente rodeaba su clítoris, las piernas le temblaron, y gimió cuando sus dedos acariciaron los pliegues. Inevitablemente echó las caderas hacia adelante ansiando sentirlo, y su pene al ver cómo ella humedecía su mano y su boca, cobró vida.

Como si fuera una criatura, él se levantó y la alzó en vilo. Con ella en brazos salió de la tina y la llevó al lecho, la recostó, pero ella sonriente reculó. Se arrastró hasta el cabecero. Él se quedó mirándola a los pies de la cama. Ángela se giró y poniendo sus rodillas sobre los almohadones, apoyó el pecho sobre el cabecero agarrándose a él. Giró la cabeza y puso el trasero en una clara invitación.

Ella lo sintió unos segundos después a su espalda, le apretó con la mano la nalga izquierda mientras hizo un gruñido y la abrazó mientras su miembro erguido se introdujo en ella muy lentamente, de forma que ambos exhalaban sonidos de placer. Ella se sintió enseguida llena, plena. Jaime con una mano la estimulaba, mientras empezó a salir y entrar de forma cada vez más rápida, conforme sus jadeos se hacían más seguidos.

—¡oh, sí!

Antes de que ella temblara entre sus brazos se separó, la tomó por la cintura e hizo que se diera la vuelta. Ella se tumbó boca arriba y él no tardó en hundirse profundamente en ella, y ambos tomaron un ritmo frenético. Cuando su interior suave, caliente y húmedo lo apretó, dejó correr las oleadas de placer que lo envolvieron. Ambos, al unísono, rompieron en éxtasis, que hizo unirlos aún más si cabe. Ninguno de los dos por unos momentos tuvo noción del tiempo, ni del espacio. Se fundieron de una manera que las palabras no pueden explicar, que sabían no podrían volver a sentir con otra persona que no fueran ellos mismos. Sólo existía ese momento y no importaba el ayer, ni el mañana. El nivel de conexión que experimentaron trascendería en sus corazones fuera del tiempo, sin importar el lugar donde estuvieran en el futuro, y siendo conscientes de que ese momento tan valioso lo disfrutarían al máximo.

Ambos con la respiración agitada, temblorosos, sudorosos y sorprendidos, se miraron intensamente para terminar abrazándose fuertemente mientras sus respiraciones se fueron serenando.

Al cabo de un rato, cuando se volvieron a asear y mientras ella comía con afán, le dijo seriamente:

—Cuando encuentres a Villodres, uno de los dos resultará muerto, ¿Verdad?

Él no la miró al decir:

—Así es, no hay ya otra forma de que todo esto se termine, pero tranquila, procuraré no ser yo quien muera

Jaime sonrió, pero ella no lo hizo y dijo:

—Procura no hacerlo, pero... déjalo todo bien atado.

—Eso ya está arreglado, José tiene los papeles en caso de que algo me ocurriera. Además, hemos intentado por activa y por pasiva hacerlo legalmente, que el peso de la ley recayera sobre él, pero en la medida que íbamos recopilando testigos, siempre nos topábamos con algo. No tenemos mucho para denunciarlo. Ha ado a mucha gente por su silencio, por lo que no hay otra forma de arreglar esto, si no es batiéndome con él.

Ella dijo con tristeza:

—De todas formas, cuando yo vuelva, hará mucho que ya no estés...

—No pienses en eso

Jaime hizo que se callara metiéndole una uva en la boca, por lo que tuvo que terminar

sonriendo y él después.

Cuando terminaron de comer, Ángela le dijo:

–¿Crees que Juan me ha creído?

Jaime se quedó unos segundos pensativo y dijo:

–Piensa que para nosotros esto es una historia fantástica, ese futuro del que hablas... para nosotros es inverosímil. Yo tardé un poco en digerirlo. Dale tiempo, creo que sí lo cree o lo quiere creer, al igual que yo. Solemos subestimar el poder de los sentimientos, y él te tiene mucho aprecio. Si tu corazón te decía que tenía que saberlo, confía.

Ella apretó los labios, y después dijo:

–Bueno, qué pena que no pueda llevarme siquiera una foto tuya, sólo podré llevarme este anillo, que es el que permite que viaje

–Podemos intentar algo...

Jaime se levantó y se acercó donde tenía sus pertenencias. Extrajo una caja pequeña de uno de los cajones, bajo sus camisas. Se lo puso en las manos y dijo:

–Esto no lo vio nunca mi esposa. Quiero que seas tú quien lo tenga. Ojalá cuando viajes, puedas llevarlo contigo, y no se quede aquí...

Ángela enmudeció cuando vio el anillo y Jaime le explicó:

–Este anillo era de mi madre, mi padre lo mandó engarzar. Es uno de los granos de cacao de la primera planta que sembró él en estas tierras. Le dieron un tratamiento para que perdurara, y luego lo bañaron en oro

–¡Oh! No sé qué decir...

Ella lo abrazó visiblemente emocionada y él la apretó contra sí, exhalando un suspiro.

XXIV

El Viernes Santo ese año fue el día nueve de Abril, no podían eludir más asistir a las actividades de esa semana. El día anterior, jueves, en la catedral primada de América (catedral de Santa María de la Encarnación de Santo Domingo), el arzobispo Isidro Rodríguez^[33] encabezó la “misa Crismal”, que era una solemne ceremonia donde los sacerdotes renovaban sus votos, a la que sí acudió la familia Heredia al completo.

El viernes se centraba en la pasión y muerte de Cristo, y después del “vía crucis” que salía desde la Iglesia de Las Mercedes^[34], reverenciaban los ciudadanos la cruz en cada parroquia e iglesia. Fue un día largo para ella. Y los días posteriores fueron parecidos hasta finalizar la semana grande. El dedo le picaba y le dolía, pero estaba sanando bien. Por las noches caía rendida, se sentía agotada y dormía toda la noche de un tirón.

La esposa de Tomati, María, que estaba en Cuba, había acudido a Santo Domingo al final de la “Semana Santa” para acompañar a su marido. Después de esos días de recogimiento, organizaron una pequeña fiesta en su casa por motivo del cumpleaños de ella. Tomati se aseguró de invitar a bastantes personas de la alta sociedad, excepto a Orellana y su esposa, ya que para lo que tenía planeado, era mejor que no estuvieran. Se aseguró que Clara, la ex amante de Jaime, tuviera su invitación, aunque la hora que aparecía en la tarjeta era dos horas más tarde a la que comenzaría la fiesta.

Se reanudó la búsqueda de Villodres, y Jaime cada día estaba más desesperado por encontrarlo y darle su merecido, aunque por otro lado estaban ya en la cuenta atrás y no quería ni pensar en el día en el que ella se tuviera que ir.

En casa de los Tomati, la noche del cumpleaños de María, empezaron a llegar carruajes. Se reunieron un buen grupo de personas y la cena fue amena. Después de los postres, Tomati se levantó y cogió una copa que hizo tintinear con una cuchara.

–Amigos...

Lo dijo de forma solemne. María se puso en pie a su lado y él le rodeó la cintura dándole un beso en la mejilla de forma cariñosa.

–Les agradezco que hayan venido a celebrar el aniversario de mi querida esposa...

Levantó su copa, y todos al unísono la levantaron igualmente. Después del brindis y las felicitaciones, Juan continuó:

–Señoras, señores. No sólo les he hecho venir por el cumpleaños. Quiero haceros partícipes de una información que recientemente me ha llegado. Como bien sabéis, hace poco, una vecina de nuestra comunidad y buena amiga nuestra...

Miró de forma fugaz a María y ésta asintió con la cabeza, él continuó:

–...fue retenida en contra de su voluntad y casi pierde la vida. Gracias a la colaboración de todos, pudo ser rescatada. Hombres han perdido la vida por ello, y ella casi pierde un dedo... bueno, todavía está recuperándose

Los hombres lo observaban preocupados, las mujeres lo miraban con estupor. Una se echó la mano a la boca para tapársela, y otra a la garganta.

–...Todos ya sabemos quién es el responsable, pero la señora de Orellana, pudo coger esta carta que perdió su agresor mientras huía...

Desdobló el papel que había sacado de un bolsillo del interior de su chaleco y la puso en alto, para luego dejarla encima de la mesa.

–Esta carta, demuestra que ese miserable no actuó sólo, sino que fue instado a hacer lo que hizo, a cambio de una gran suma de dinero. Una persona que hasta ahora, pensábamos era un miembro respetable de nuestra sociedad y ha resultado ser de la peor calaña...

Hizo una pausa de unos segundos para darle dramatismo al momento y que el impacto fuera mayor cuando dijera el nombre de la causante de todo. Había un silencio sepulcral y todos estaban expectantes.

–La mente retorcida que ideó el secuestro es la de Clara Dávila ^[35]

Los reunidos dieron muestras de asombro y él continuó diciendo:

–¡Gracias a Dios que no resultó muerta porque llegaron a tiempo!, pero en la carta como podéis ver, dice que se deshaga de ella...

Le pasó la carta al primer hombre que tenía a su derecha, para que lo leyera y fuera pasando de mano en mano y cada uno pudiera corroborar lo que estaba diciendo. Conforme iban leyendo y pasando al siguiente, las reacciones eran varias, sobre todo de repulsa.

–Bien sabéis, que si esto lo denunciáramos, sólo quedaría en una multa por el agravio, y el o de los costes de las curas, puesto que finalmente la señora de Orellana no ha resultado muerta. Terminaría por considerarse sólo como una disputa entre vecinos. Considero, y por eso les hago partícipes, que algo así es inadmisibile y que no debe volver a ocurrir. Por lo tanto, la única opción que tenemos es hacerle el vacío social, y si eso hace que se vaya de nuestra isla... ¡mejor! Creo... creo que todos estamos de acuerdo en que no queremos que alguien así forme parte de nuestra comunidad...

Conforme más personas leían la carta, más barullo se iba generando, y todos daban muestras de indignación. Después de un rato, cuando ya todos habían leído la carta, fueron pasando a la sala de baile. Tuvo que pasar un buen rato para que el ambiente fuera de nuevo festivo después del impacto inicial de la noticia. Lo que nadie esperaba, es que apareciera Clara en la entrada del salón de baile.

Los asistentes se fueron dando cuenta de su presencia y las reacciones fueron dispares. En sus caras podía verse el desprecio, el asco, la indignación y el asombro.

Nada más entrar en la sala, ella notó que algo no iba bien. A pasos lentos se fue acercando fijando la vista en los anfitriones. Alrededor las personas se iban separando. Su intención era la de acercarse a María para felicitarla, pero al notar la reacción de los invitados, se quedó parada de pie a unos metros de Juan y María. Tomati la miró directamente, al final de ese pasillo creado por los congregados. Clara ojeó hacia un lado y otro, para ver que las mujeres le volvían la cara y susurraban algo a sus acompañantes. Llegó a oír a su derecha: “¡qué vergüenza!”. A su izquierda escuchó: “¡bellaca!”

Se hizo el silencio. Los músicos dejaron de tocar y Tomati sacó la carta y la puso abierta delante de ella, para que pudiera ver lo que era.

Ella adelantó dos pasos. Cuando vio que era la carta que ella le había enviado a Villodres firmada de su puño y letra, se quedó petrificada. Perdió el color en sus mejillas, pero levantó la barbilla casi de forma exagerada en un intento inútil de mantener la dignidad y compostura. Alzó una de sus cejas, pero el silencio alrededor hizo que se diera cuenta que ya todos lo sabían, por lo que no le quedó más remedio que dar media vuelta, y lentamente con la cabeza en alto, y apretando los labios aunque le temblara ligeramente la barbilla, salió de la estancia. Conforme iba saliendo, las piernas se le doblaron ligeramente, y aceleró un poco el paso para salir. Tomati se apresuró a seguirla, y ya en medio del recibidor dijo su nombre. Los invitados en silencio se dieron prisa para arremolinarse en la entrada de la sala de baile para ver el espectáculo. Clara esperó unos segundos a que el lacayo le diera su chal, pero como tendría que esperar de todas

formas, no tuvo más remedio que volverse hacia él y encararlo cuando dijo: –¡Eso, huya cual rata ante el peligro! Espero que después de esto, ceje en su empeño de seguir acosando a la señora de Orellana...

Lejos de amedrentarla, en un último intento de mantener la compostura, se acercó altiva a él. Echó la mirada un segundo hacia la sala de baile, comprobando que todos en la puerta los observaban, por lo que a propósito, dijo en voz muy baja para que no los oyeran:

–Veo que su interés por ella puede ir más allá de lo apropiado, si llego a saberlo antes, es con usted con quien debería haber pactado, para terminar con ese matrimonio de una vez...

Juan arrugó la nariz mostrando asco, y juntando las cejas dijo:

–Habría fracasado, porque está muy equivocada

Juan adrede, alzó un poco más la voz para que los demás lo oyeran decir:

–¡No quiero volver a verla en mi casa! ¡Esto sólo ha sido una advertencia, si vuelve a acercarse a ellos o a nosotros, no dude que la denunciaré a las autoridades, y ya sabe que tengo las pruebas para demostrarlo!

Esta vez sí que Clara se puso de color escarlata, se dio media vuelta y mientras le arrebatava al sirviente el chal de las manos, Juan ya en voz bastante alta dijo:

–¡Largo de aquí!

Ella se echó el chal sobre los hombros y rápidamente cruzó la tela sobre su cuello. No esperó a que el sirviente le abriera la puerta, si no que ella misma puso la mano en el pomo. En ese momento, fue cuando oyó cómo los congregados, cada vez más alto, comenzaron a soltar improperios hacia su persona. Salió de la casa apresuradamente. Juan adelantó unos pasos para cerrar él mismo la puerta que con la premura ella se había dejado abierta. La cerró lentamente mientras no evitó sonreír de satisfacción.

Lo que nunca se hubiera imaginado Tomati, ocurrió una media hora después. Un sirviente le anunció lo esperaban en el recibidor. Extrañado, dejó la sala de baile y al llegar a la entrada de la casa vio un hombre de unos cuarenta y cinco años, el cual no conocía, con el sombrero en la mano esperando impaciente, y vestido de forma impoluta. El hombre al verlo acercarse, se apresuró a decir:

–Señor Tomati, lamento mucho irrumpir en su fiesta, pero me urge hablar con usted. Mi nombre es Arturo Salazar, y estoy buscando a Clara Dávila...

Juan se quedó un momento parado ante la sorpresa, pero el hombre continuó diciendo:

–Entiendo el contratiempo, pero me han informado que Clara venía a la fiesta, y es imperativo que hable con ella...

–Pero no comprendo...

–¡Oh, discúlpeme! Se trata de un asunto familiar...

–Pues lo lamento mucho, pero Clara hace poco se ha marchado apresuradamente, perdone la indiscreción pero, ¿Es usted familiar de ella?

El hombre frunció el ceño y miró hacia el suelo, más fastidiado que avergonzado, y entre dientes dijo:

–Lamentablemente sí...

Tomati alzó una ceja asombrado, pero tras unos segundos dijo:

–Señor Salazar, concédame unos minutos, creo que usted y yo tenemos que hablar, ¿Le importa pasar a mi despacho? Necesito explicarle lo que ha pasado aquí esta noche con Clara...

El hombre al oír aquello quedó intrigado, por lo que siguió la dirección donde le invitaba a pasar Tomati.

Al entrar en el despacho, no pudo evitar restregarse los ojos con la mano y Juan le dijo:

–Tome asiento, por favor, creo que necesita una copa...

El hombre le hizo caso y se sentó. Alzó la mano tomando la copa que le tendía, mientras Juan le decía:

–Creo que si usted es familiar de ella, es de vital importancia que sepa lo que ha ocurrido, ¿Puedo preguntarle que parentesco tiene exactamente con ella?

–Verá, soy el primogénito de su marido Edmundo Salazar, hijo de su primer matrimonio.

–Entiendo...

Juan le explicó que era amigo del matrimonio Orellana y toda la implicación de Clara con respecto al secuestro e intento de asesinato de Ángela. Le contó que su madrastra estaba obsesionada con Jaime y lo que había pasado en la fiesta esa misma noche. Le mostró la carta y Don Arturo no salía de su asombro con toda la historia. Cuando terminó de leer la carta, dijo:

–Dadas las circunstancias, aunque mi intención era mantener este asunto en privado, al hacer usted esto público, tengo que contarle porqué la estoy buscando personalmente...

–Lo siento mucho, señor Salazar, pero entienda que no me quedaba de otra, era mi deber moral de informarle...

–¡No, no se preocupe! No sabe lo que le agradezco lo que ha hecho. Lo que me fastidia es no haber sabido ver hasta qué punto esa mujer es malvada, mucho antes hubiera tomado cartas en el asunto. Es lo que se merece, haber sido ninguneada por la alta sociedad.

Verá, no sé si sabe que mi padre era ya mayor, y llevaba tiempo delicado de salud. Nuestra residencia habitual está en Cuba, pero también tenemos una en La Florida y otra aquí en Santo Domingo. Yo comercio con tabaco y vengo dos veces al año. Clara convenció a mi padre de venir a esta isla a pasar una temporada. Él ya no estaba para viajar, pero ese hombre nunca le negaba nada...

Hizo una pausa, se tapó la boca y arrastró la mano hasta cogerse la barbilla, a lo que Tomati dijo:

–¿Negaba? ¿En pasado?

–Sí, por eso la estoy buscando, ni siquiera se ha enterado que anoche murió...

–¡Por Dios! ¡Mi más sentido pésame!

El hombre apretó el puño conteniendo la rabia, pero asintió ante las palabras de Tomati, y continuó hablando:

–Mi padre le consentía todo, y Clara siempre andaba periqueando, pero eso se ha acabado. En los últimos años he visto a mi padre ir deteriorándose. Sospecho que esa mujer le ha estado haciendo algo, pero no tengo pruebas para demostrarlo. Antes de que vinieran a Santo Domingo, dejé dicho a un criado de confianza que tuviera especial cuidado, y que si veía algo raro, me lo notificara inmediatamente. Arribé a la isla hace sólo unos días, me avisaron de que estaba realmente mal. ¡Gracias a Dios que pude llegar a tiempo! Me he podido despedir de él, pero a ella ni la he visto, ¡A saber por dónde andaba! La cuestión es, que mañana lo enterramos, y ella como su viuda debe estar presente.

–Pues imagino que su intención era ir a casa para hacer el equipaje e irse de la isla, después de lo que acaba de pasar, pero se va a encontrar con...

Juan no se atrevió a continuar, pero Don Arturo sí habló para decir:

–Como primogénito, soy heredero y albacea de todos los bienes y paso a ser su tutor legal ¡gracias a Dios que la herencia no la conceden al sexo débil! Pero tengo la obligación de darle una remuneración por viudedad. Al no tener pruebas de que ha atentado contra mi padre, no puedo llevarla ante las autoridades, pero con esta carta, siendo su tutor, si puedo forzarla a que ingrese

en un convento, prefiero arles a las monjas su pensión que a ella. Así no podrá volver a hacerle daño a nadie...

Tomati se quedó con la boca abierta al oír esto último, pestañeó un par de veces mientras digería lo que ese hombre dolido le decía, pero después de todo lo ocurrido, no dudó en cederle la carta.

Al día siguiente acudió al cementerio para el entierro de Don Edmundo Salazar, y darle oficialmente el pésame a la familia. Clara llevaba un sombrero con una tela de encaje negro que hacía que le cubriera toda la cabeza y el rostro. Después de la inhumación, zarparon en la carabela de Don Arturo, rumbo a Cuba. Allí, como posteriormente le informó el señor Salazar en una carta, Clara ingresó en el convento de Santa Clara, en la Habana.^[36]

Unos días después, cuando Tomati se aseguró que efectivamente Clara se había ido de la isla, fue con su esposa María a visitar a Ángela. Cuando ella oyó toda la historia, se echó las manos a la boca con las cejas alzadas. Tomati concluyó diciendo:

–Quería asegurarme que esa sinvergüenza se fuera para no volver, antes de contarte nada...

–¡Por Dios! ¡Qué fuerte!

Jaime en un principio se enfadó porque no le habían contado lo de la carta, pero después se alegró de cómo Juan había resuelto el asunto. No sabía muy bien cómo habría reaccionado de haberla tenido delante, sabiendo que instó a que Villodres matara a Ángela.

Ángela se dirigió a Juan para decirle:

–¡Habría ado por verle la cara en la fiesta! pero lo del convento...

–Ni lo pienses, pues se lo merece Ángela, y a saber si no es verdad lo que decía su hijo y ha ido estos últimos años envenenando al hombre hasta matarlo...

–¡Ay! ¡Calla, por Dios!– replicó María

Ángela imaginándose el suceso que le relató con todo lujo de detalles, no pudo evitar acordarse de una escena de una película: la protagonista que hacía el papel de malvada, en un teatro, le hacían algo parecido, y que vilipendiada se quitaba el maquillaje delante de un espejo. Entonces preguntó:

–¿Cómo es que no hay aquí teatro, en la isla?

–¿Teatro, a qué te refieres?– dijo Jaime

–Sí, un sitio donde representan óperas y obras, además es una opción más de ocio para que la gente de la alta sociedad se deje ver...

–Algunas veces las hacen, pero en las iglesias, porque son siempre de carácter religioso. Las autoridades eclesiásticas las prohibieron. Promulgaron células reales para prohibir escenificaciones anas, para preservar la moral cristiana.^[37]

–¡Vaya!

Se mordió la lengua para no decir: “Con la iglesia hemos topado...”

María, la esposa de Tomati, cambió de tema preguntándole por el estado de su dedo. Pasaron una tarde-noche entretenida los cuatro hablando de todo un poco.

Unos días después, por la mañana, Jaime se estaba vistiendo para pasarse por los campos. Ángela le dijo:

–¿Me llevas? Jaime, he pensado...que ya que yo tampoco puedo dejar nada aquí, podría hacer como tu padre, plantar un árbol de cacao, y así quedará constancia de algo que he hecho yo. Naturalmente me tienes que ayudar, porque no puedo utilizar la mano derecha, se podría infectar...

Jaime la miró y sonrió con gratitud, después dijo:

–¿Quieres que haga como él, que con los primeros granos que salgan cuando crezca, haga una joya como la que te he dado?

Ella le sonrió y asintió con la cabeza, posteriormente dijo:

–En realidad, creo que más que un anillo, a ti te quedaría mejor un colgante, y que la semilla reposara sobre tu pecho...

Él se miró fugazmente el pecho imaginándoselo y sonrió.

–La verdad es que es el momento apropiado para plantar, este mes y el que viene son propicios para ello.

En los campos le explicó a la distancia que habría de hacerlo entre árbol y árbol, que sería de unos dos metros. Ella eligió el injerto que iba a sembrar, mientras sujetaba la rama con la mano derecha, con la izquierda ponía tierra en la base tapando el hueco donde la había depositado y le preguntó a Jaime:

–¿Cómo es que hay ceniza encima de la tierra?

–Porque es para evitar plagas y enfermedades en la planta...

Aplastó un poco la tierra para que se asentara. Sonrió satisfecha, pero ambos posteriormente, se miraron con tristeza, porque sabían que ella no iba a ver crecer esa planta.

* * *

A la semana siguiente llegó el último dinero de la dote. La carta de los padres de Ángela, decía que creían justo que ya lo recibieran, puesto que había cumplido con creces el acuerdo. Decían que estaban orgullosos de ella, y que si quería podía volver a España, o quedarse. Esperaban que continuara su vida en Santo Domingo, y que en todo caso, irían ellos a visitarla si pronto les daba la noticia de que iban a ser abuelos.

Ángela al leerlo dijo:

–¡“Buah”! ¡Sí que son directos!

Jaime al leer la carta se sintió culpable y dijo:

–Creo que cuando te vayas lo mejor sería decirles la verdad

Yeji que también estaba en la estancia en ese momento le dijo:

–Jaime, aunque no es ético, en este caso deberíamos seguir con el plan. Sé que el dinero no te importa, no es por los pesos, pero si les dices que ella en realidad está muerta, pronto vendrían a ver la tumba de su hija en el panteón familiar, ¿Cómo les explicas que no está? Sería peor. Además, si siguieras con la farsa, tendrías que ar al cura por enterrar el cuerpo en el sitio adecuado, las misas pertinentes... y un sinfín de cosas más, ¿Cómo explicarías donde está enterrada? Podrían pensar otra cosa que no es ¿O es que vas a enterrar un ataúd vacío? ¡No!. La explicación más lógica y menos problemática para ti es que ella viajó hacia España y no se supo más de ella. Todos los días naufragan barcos o son saqueados...

Tanto Ángela como Jaime mantuvieron el silencio. Ambos se sentían mal, pero Yeji tenía razón. Ángela entonces dijo:

–Tiene razón, Jaime, y ni tú ni yo buscamos todo esto. Toda esta situación la provocó tu mujer, y tú no tuviste nada que ver con su muerte. No intentes arreglar algo que ya de por sí no tiene arreglo

Yeji dijo:

–Bueno, como ya la semana que viene tienes que partir, tenemos que empezar a hacer el equipaje.

Ángela la miró en tono de pregunta, a lo que Yeji dijo:

–Tenemos que hacerlo todo como si de verdad te fueras para España. Hay muchos vestidos allí arriba que hay que meter en baúles

Después de la sorpresa inicial, Ángela se ofreció a ayudar en la tarea. Ni siquiera le había dado tiempo a ponerse todo lo que había en ese vestidor en los meses que llevaba allí.

Necesitarían ayuda para todos los vestidos y complementos.

Un día después, Ángela estaba doblando cuidadosamente un vestido, cuando se dio cuenta que en un bolsillo oculto había algo. Cuando lo sacó era una tarjeta en la que había dibujado unas conchas en cada esquina del pequeño cuadrado y una cosa extraña en la parte superior central, con un nombre escrito con letras grandes.

—¿Yeji, qué es esto?

Cuando Yeji lo vio frunció el ceño y dijo señalando la imagen:

—Este dibujo es un Akete, es un tipo de gorro que usan los santeros en sus ceremonias. Averiguaré quién es la persona que se anuncia en esta tarjeta.

Unos días después, Yeji le pidió a Jacobo que la acompañara. Tomaron un carromato, y se dirigieron hacia el lugar donde averiguó que se encontraba el santero. Más de cuatro horas les tomó llegar al sitio donde tenía la cabaña. Una pequeña cerca rodeaba la casa. En la entrada de la cerca, estaban apostados dos enormes hombres que se quedaron mirando con curiosidad cómo Jacobo ayudaba a Yeji a bajar del carro. Cuando ella se acercó a la entrada, automáticamente se pusieron delante haciendo una barrera, sin decir nada, para impedirle la entrada. En el porche, había una joven sentada en una silla de enea, con las faldas arremangadas mientras cortaba judías verdes y las echaba en una palangana. Al ver a Yeji, con todos los collares, frunció el ceño. Se quedó parada unos momentos, pero se levantó de la silla y les dijo a los hombres que la dejaran pasar. Yeji le dijo a Jacobo: —Quédate esperando ahí, al lado del carromato, no tardaré mucho tiempo

Conforme Yeji se iba acercando a la entrada, a la joven más le intrigaba por qué una “Iyalocha” venía a ver a su padrino. La joven rindió “moforibale” que era una especie de saludo postrándose ante el “Orisha” que representaba Yeji. Pidió bendición, y Yeji, tocándola en un hombro con la palma de su mano se lo dio. Posteriormente, la joven que sí estaba consagrada a su religión, la saludó mediante el cruce de brazos enfrentándose hombro con hombro, concluyendo en un abrazo. Cuando ya le explicó que venía a ver a su padrino, la joven entró en la cabaña y minutos después le dijo que pasara.

Yeji, al entrar a su vez, hizo también un “moforibale”, como acto de respeto al “Orisha”, y porque estaba de visita en el templo del santero. Posteriormente a los saludos, Yeji observó que era una estancia lúgubre. Unos trozos de tela tapaban las ventanas, por lo que poca luz entraba en la estancia. Estaba llena de cachivaches, más que en su cabaña. En el suelo había muchas velas rojas, blancas y negras encendidas. El santero en cuestión era un hombre de mediana edad, delgado, no mucho más alto que Yeji, con algunas canas en las sienes y una perilla fina y alargada terminada en punta. Sus rasgos negroides delataban su procedencia. Tenía una mirada inquietante, aunque estaba más intrigado que otra cosa. Yeji, al haberle saludado de primeras como se debe según su religión, supo que venía de forma respetuosa, por lo que le preguntó tranquilamente: —¿A qué se debe tu visita?

—Sólo quiero información. Encontré esta tarjeta en un vestido de la esposa de mi señor...

El hombre al ver la tarjeta, la cogió y dijo de forma despreocupada:

—Sí, es mía. No es la primera vez que una señora me a por hacer “un trabajito”

—No es eso lo que quería saber, eso ya lo suponía. Sé que le dio instrucciones para que ella misma hiciera un ritual falso

Al hombre le centellearon los ojos al oírlo. Su primera reacción fue de indignación, apretando los labios, pero el semblante le cambió al continuar ella diciendo:

—Lo que quiero saber es si Clara Dávila le ó para que le diera a la señora de Orellana las instrucciones de que hiciera ese supuesto ritual.

Ya todo el mundo en la isla sabía que a una mujer de la alta sociedad la habían secuestrado y rescatado, y que fue Clara Dávila una de las causantes del suceso. El santero por un segundo se debatió entre si negarlo o afirmarlo. Frunció el ceño y dijo:

–No tengo por qué darte cuentas, mis asuntos, míos son...

Yeji ladeó ligeramente la cabeza, mirándolo directamente a los ojos, lo que hizo que el hombre se replanteara la respuesta. Por lo que terminó por chasquear la lengua, dando muestras de fastidio, y mirando hacia otro lado dijo:

–Está bien, no quiero que me involucren con esa mujer, me puede perjudicar, y prefiero no volver a saber nada de esa “señoritinga”...

–No te preocupes, ha salido de la isla y dudo que vuelva, esto es un asunto privado, y no se sabrá, pero cuéntamelo todo, por favor.

Cuando una hora después Yeji volvía hacia la hacienda, no podía creerse lo que acababa de descubrir, y le dijo a Jacobo que acelerara el paso del caballo para llegar cuanto antes a la hacienda y contárselo todo a Jaime y a Ángela.

Al llegar, fue directamente al despacho, Lupe le dijo que los señores se encontraban allí, y que en ese momento no tenían visitas. Entonces Yeji entró como un vendaval en la sala y dijo:

–Jaime, trata de mantener la calma con la información que te voy a dar... Averigüé quien era el santero de la tarjeta que tenía tu esposa oculta en uno de sus vestidos. Pedí reunirme con él. Entre nosotros nos entendemos, el caso es que ha cantado como un pajarito. Resulta que fue él quien le dijo a tu esposa lo que debía hacer para realizar el ritual. Fue Clara la que ó al santero para que le dijera a la señora Ángela lo que tenía que hacer y para que metiera la serpiente en esa caja. De hecho, cuando llegué y encontré a tu mujer muerta, inmediatamente me di cuenta que todo estaba mal, aparte del hecho de que no fuera él mismo quien lo hiciera. Le dio instrucciones erróneas a propósito y le mandó hacer cosas sin sentido, y para finalizar, debía coger un “amuleto” que estaba dentro de la caja. Naturalmente ni el santero, ni Clara, saben que la serpiente finalmente sí mató a tu esposa. Con el supuesto ritual, tu esposa pretendía que tú te sometieras a su voluntad. Encontré en uno de los botes aliento del diablo, o también conocido como burundanga. Se extrae de una planta que se llama Datura Estramonio. Si te la hubiera dado, habrías quedado como hipnotizado, sin voluntad por horas, y no te acordarías de lo que has hecho durante ese tiempo, porque también borra la memoria.

Ángela y Jaime mostraron sorpresa, después se miraron mutuamente y él apretó el puño. Se levantó dando claras muestras de disgusto. Ángela aún seguía impactada cuando Yeji dijo:

–Ese santero no volverá a hacer algo así, además, no quiere saber nada de la señora Dávila, porque sabe que terminaría perjudicándole mucho. En toda la isla ya saben lo que esa mujer trató de hacer a Ángela, y lo que menos quiere es que esto también se sepa...

Jaime dijo después de un rato, cuando ya estaba más calmado:

–¡Menos mal que esa mujer se ha ido de la isla! ¡No me extrañaría nada que también sometiera a su marido con esa planta!

Por la tarde Tomati fue de visita. Su esposa ya había emprendido el viaje de vuelta a Cuba y ardía en deseos de hablar con Ángela y hacerle muchas preguntas que con la presencia de María no pudo la última vez que se vieron. Cuando le contaron que Clara fue la culpable de que la esposa de Jaime muriera por la mordedura de una serpiente, también quedó impactado y se dirigió a Jaime para decir:

–Entonces, llevaba ya tiempo queriendo quitarse de en medio a tu mujer, y supongo que pensó que lo de la serpiente no funcionó, y simplemente siguió intentándolo

–Creemos que así es – dijo Ángela.

–No lo vi venir...– dijo Jaime, a lo que Juan le dijo:

–Jaime, no te fustigues, es normal, con Villodres de por medio hostigándote, y la llegada de Ángela, por cierto – dijo mirándola – ¿qué día te vas?

–El último día de este mes– le contestó ella.

Observó Juan que ambos miraron hacia el suelo. Se rascó la barbilla, y aun sabiendo que no querían hablar del tema, preguntó:

–¿Cómo exactamente te irás?

Ángela tardó unos segundos en responder:

–En realidad, no lo sé. Creo que no me he atrevido a preguntarle a Yeji. Imagino que de igual manera a como vine. Simplemente me quedé dormida en “Halloween” y luego desperté aquí. Sé que no sufriré ningún daño y que volveré a la misma noche...

Jaime tenía el ceño fruncido oyéndola hablar, pero después miró a Juan cuando le preguntó lo que significaba “Halloween”. Ella se lo explicó, y la conversación le llevó a que le contara sobre su trabajo en el hotel.

Pasaron todo el resto de la tarde y gran parte de la noche hablando del futuro. Tomati estaba fascinado con ese mundo que contaba ella, pero entendiendo que tendrían que descansar y que podrían seguir hablando en los días siguientes, aunque quedaran pocos días, muy a su pesar, se fue, con la promesa de que volvería al día siguiente, se despidió de ambos.

Al día siguiente, por la tarde, cuando llegó a la hacienda, se encontró con la sorpresa de que los Heredia al completo estaban de visita. La señora Francisca estaba diciendo:

–Querida, hemos esperado estas semanas para que te pudieras recuperar, antes de visitarte, puesto que después de lo que tuviste que pasar, imaginamos que necesitabas tiempo para descansar y recobrarte...

Ángela les agradeció y se quedaron consternados ante la noticia de que se iba para España. Después entendieron que tras lo ocurrido, ella quisiera visitar a su familia y estar un tiempo alejada. Don Manuel le preguntó:

–¿Cuánto tiempo vas a estar en la península?

–“Capitán”, realmente no lo sé...

La visita fue agradable, pero con un halo de tristeza por parte de todos por la noticia de su partida.

Al día siguiente fue parecido, puesto que las mujeres de la iglesia, con las que había trabajado todos esos meses, también la visitaron. Le inundaron la estancia con ramos de flores. Ella se sentía extraña, se estaba despidiendo de todas aquellas personas, a las que con los meses les había cogido cariño, sin saber ellos que nunca más la verían, ni ella a ellos.

Tres días antes de su partida, ella quiso recorrer toda la hacienda con Jaime, de alguna manera a modo de despedida. Pasó largo rato con los caballos y los demás animales de la hacienda. Los cachorros con los que meses atrás jugó, habían crecido mucho. Ayudó a Lupe cuando volvieron a recoger tubérculos del huerto, mientras Jaime en su despacho hacía sus quehaceres. Ángela sonrió con tristeza a Lupe cuando ésta le dijo:

–Señora, realmente la echaremos de menos por aquí...

De los que no quería ni pensar en despedirse era de Juan, de “mama Yeji” y sobre todo de Jaime...

Esa noche durante la cena ambos estuvieron especialmente callados. Ninguno quería que llegara el momento, ninguno quería despedirse. Las horas pasaban irremediablemente, y pensar que era la penúltima noche, se les hacía extraño. También a la vez ambos sin decirlo estaban nerviosos. Cuando terminaron de cenar, Ángela dijo:

–¿Sabes? Nunca creí que me acostumbrara a esto. Se me antoja mi vida en el futuro como si hubiera pasado en otra vida. Han pasado tantas cosas... Pero tengo ganas de ver a los míos

–Bueno, pronto los verás

Hubo un momento de silencio incómodo, y entonces ella comenzó a decir algo que realmente no sentía, quizás para auto convencerse.

–No creo que si me quedara lo nuestro funcionara

Él frunció el ceño y dijo:

–Eso no lo sabes

–Jaime, una cosa es vivir aquí unos meses sabiendo que voy a volver, a pasar el resto de mi vida en un mundo completamente diferente a lo que estoy acostumbrada. A mí me han educado de forma muy distinta, por lo que a la larga terminaríamos como el perro y el gato.

En ese punto Jaime estaba ya realmente enojado y dijo:

–Te repito, que eso no lo puedes saber.

–Es que una cosa es “jugar a las casitas” un tiempo, a pasar el resto de la vida... quiero decir, hasta ahora hemos pasado estos meses como en una “luna de miel”. Pero eso con el tiempo cambiaría, esas cosas pasan. Es mejor despedirse estando bien, a no poder volver a mi mundo cuando la relación se degradara, o no nos soportásemos...

Jaime se levantó de la silla y lanzó la servilleta encima de la mesa. Con voz grave y pausada dijo:

–No puedo decir que te equivocas, puesto que no estarás aquí para demostrarte que yo no dejaría que eso ocurriera, ¿verdad?

Se fue de la estancia con pasos decididos y Ángela oyó cómo dio un portazo cuando salió de la casa. En ese momento, ella dejó correr las lágrimas.

Jaime tomó un caballo y lo puso al galope, sin rumbo aparente. Por primera vez en su vida no sabía qué debía hacer y se sentía frustrado. Entendía perfectamente los motivos por los que ella tenía que irse, pero a la vez era como si le clavaran en el estómago un cuchillo. No sabía cómo demonios podría volver a su vida cuando ella se fuera, después de todo, como si nada hubiera pasado, y como si esos seis meses sólo hubieran sido un paréntesis. No la iba a volver a ver y eso lo mataba. Las palabras de ella resonaban en su cabeza: “No creo que lo nuestro funcionara”. Le enfurecía que ella pensara que era mejor irse, porque en realidad su relación era efímera y que algo así no perdura en el tiempo.

Sin apenas darse cuenta, puesto que la cabeza la tenía pensando en todo eso, dirigió el caballo rumbo a casa de Tomati. Se apeó frente a la puerta, esperó unos segundos dubitativo, pero finalmente tocó a la puerta y el sirviente que le abrió, le dijo que pasara a una sala, que enseguida lo anunciaba. Juan presuroso bajó con un batín anudado.

–¡Jaime! ¿Qué haces aquí?

–No... no sé muy bien qué hago aquí

Juan al ver la cara de preocupación de Jaime, le impidió que se fuera, le ofreció una copa y le dijo que se sentara. Cuando lo hizo, se sujetó la cabeza con las manos, ocultando el rostro y Juan le dijo:

–¿Está Ángela bien? ¡No se habrá ido ya!

–No, aún no. Es pasado mañana cuando se va.

–Jaime, ¿qué ocurre?

A Jaime se le hizo un nudo en la garganta. De forma pausada y entrecortada le dijo lo que ella le había expresado después de la cena. Juan se quedó un momento en silencio, y después dijo:

–Amigo, no me gustaría estar en tu pellejo...

Jaime alzo la cabeza y lo miro con los ojos cargados, Juan continuó:

–Creo... pienso que ella sólo lo ha dicho para convencerse que está haciendo lo correcto. Que sería una mala idea quedarse, porque nadie le da garantías de que vuestra relación perdurara. Eso realmente nadie puede saberlo, en eso tiene razón. Creo que está tan asustada como tú por el hecho de que no os vais a volver a ver.

Jaime miró al suelo y se bebió de un tirón la copa que le había dado, pero mantuvo el silencio. Juan siguió hablando:

–Creo que ambos estáis enamorados, pero tú no has experimentado algo así hasta ahora y te aterra perderla. Lo peor es que sabes que va a ocurrir... y ella por otro lado también está asustada de pensar que esto que habéis vivido en estos meses no haya sido real. Exterioriza que no es para tanto lo que siente por ti, cuando la realidad es otra, sabiendo que te va a perder igualmente. Si aceptara que de verdad te ama, sería más doloroso el tener que irse.

–¿Tú crees?

–Jaime, ¿En serio a estas alturas te planteas que ella no siente lo mismo por ti?

–Con ella nunca he estado seguro de nada...

–Pero ha permanecido a tu lado todo este tiempo ¿No es así? Se ha dejado llevar, y ha hecho el papel de esposa tuya ante todos. Si es verdad ese mundo que nos cuenta, ha tenido que hacer un gran esfuerzo en adaptarse a vivir aquí, y eso no lo ha hecho sólo por los de la hacienda.

Jaime empezó a relajarse, se mantuvieron callados un momento. Juan dijo:

–¿Le has dicho lo que sientes?

Jaime frunció el ceño y negó con la cabeza. Juan abrió las manos y puso las palmas hacia arriba en señal de que debería hacerlo. Luego cruzó las manos, esperando a ver qué decía Jaime. Sabía perfectamente que Jaime opinaba que eso no solucionaba el hecho de que ella se fuera, y que aunque no se lo había dicho con las palabras, se lo había dicho de otras maneras. A él no lo habían educado para que mostrara sus sentimientos, por lo que era como pedirle a un perro que hablara. Al no obtener respuesta, Juan emitió una sonrisa y le dijo:

–Jaime, lo único que puedes hacer es pasar el mayor tiempo posible a su lado, el tiempo que queda. Atesora todos los momentos que puedas, para guardarlos en tu corazón.

Jaime respiró hondo y dijo:

–Tienes razón

–¿Pues a qué esperas? ¡Largo de aquí!

Jaime emitió una sonrisa, y antes de salir por la puerta le dijo:

–Gracias.

Juan puso los ojos en blanco y sonrió ampliamente, le dio un empujón para que saliera de la casa. Cuando cerró la puerta, Juan volvió a sus aposentos. Un cuerpo esculpido como el de un dios griego, pero color chocolate, lo esperaba en la cama. Juan sonrió al decir:

–¿Por dónde íbamos...?

Cuando Jaime volvió a la hacienda, ella dormía plácidamente. Las palabras de Juan lo habían tranquilizado un poco y quería grabar a fuego en su mente la imagen que tenía delante. Sintió una punzada en el corazón, y como una pequeña descarga que bajó a su brazo derecho. Le dolía. Le dolía pensar que en poco tiempo esa cama estaría vacía. Se desvistió y se aseó. Quería sentir su cuerpo suave entre sus brazos. Se recostó a su lado y la rodeó con un brazo. Ella suspiró pero no despertó. Él dejó reposar la mano en su vientre, y ella de forma inconsciente puso la mano sobre la suya.

XXV

Al día siguiente, ninguno de los dos dijo nada de la conversación que tuvieron la noche anterior. Ángela estuvo casi todo el día dándole vueltas a un asunto. No sabía si decírselo o no, pero optó finalmente por hacerlo.

—Jaime, no quiero irme mañana sin decirte algo que creo que debes saber. No quiero que haya secretos entre nosotros. Verás, cuando yo tenía unos quince años conocí a un chico de mi edad que era muy parecido a ti...

Ángela le relató toda la historia que vivió con el Jaime del futuro. Conforme le contaba, su semblante cambió y se puso muy serio. En la parte en la que le habló de Villodres, el del futuro, apretó la mandíbula y los puños. Entre dientes dijo:

—¡Miserable!

Cuando terminó la historia, Ángela no se esperó la pregunta que le hizo:

—¿Sigues teniendo sentimientos hacia él? ¿Lo buscarás cuando vuelvas?

Ángela arrugó la frente y muy cabreada le dijo:

—¡No! No has entendido nada, si te cuento todo esto, es para que entiendas porqué aquella mañana que llegué aquí estaba tan desconcertada. No sólo por el hecho de que había viajado en el tiempo, ¿cómo era posible que el chico con el que había tenido tantos desencuentros estaba delante de mí? Mi mente tardó en procesarlo, ¡pero enseguida me di cuenta que tú no eres él! En un principio, la curiosidad hizo que me dejara llevar. Jaime, eso pasó hace mucho tiempo. Lo tenía casi olvidado, pero el hecho de conocerte, hizo que recordara todo. Lo que ocurrió entonces, fue fruto de errores por ambas partes. No sé muy bien si por inmadurez, por una lucha de egos, o no sé...

—Me resulta rocambolesco todo esto

—Precisamente por eso te lo cuento. Yeji opina que tú y yo nos hemos encontrado en diferentes vidas, y que en cada una, hemos tenido desencuentros. Al viajar yo hacia atrás en el tiempo, nos daba la oportunidad de arreglar nuestras desavenencias.

—Pero si eso fuera así, ¿qué sentido tiene? Vamos a suponer que es cierta esa hipótesis. Si yo cuando vuelva a encontrarme contigo no te recuerdo, ni tú a mí, ¿para qué entonces encontrarnos? Volveríamos a actuar de igual manera.

—Bueno, según los que creen en la reencarnación, las diferentes veces que estamos aquí, es para tener esas vivencias y aprender. Conscientemente no lo recordamos, pero el alma sí lo recuerda. Por eso lo de la ley del “karma”: Tú me la juegas a mí y en la siguiente vida, yo te la devuelvo. Aunque en realidad creo que lo único que nos une es un parentesco, es decir, tu esposa, es una antepasada mía, por eso de parecerme a ella, y que tú eres el antepasado del Jaime del futuro.

—Bueno, esa segunda teoría la veo más factible

—Lo que nos lleva a que todo ha sido una gran coincidencia, el hecho de que nos hayamos conocido aquí y allí, y eso precisamente, me escama mucho. Hay quien dice que las coincidencias no existen, que todo está dictaminado por algo para algo. Hablar de todo esto no nos lleva a nada, porque no lo podemos probar, ni corroborar. Probablemente la coincidencia no tiene mayor importancia y yo sí se la he dado. ¡Lo más seguro es que al Jaime del futuro le importaba yo una mierda y sólo quería acostarse conmigo, y yo que no estaba preparada, para mí en aquel momento, fue una espinita clavada porque no llegué a estar con él!

–Según me has contado, lo rechazaste en varias ocasiones, la primera cuando elegiste a Villodres en vez de a él, y otra vez cuando te tendió los brazos cuando estabas llorando y preferiste irte con tus otros amigos.

Ella muy alterada dijo:

–¡Sí, pero fue por...!

Las palabras se fueron diluyendo conforme hablaba. Agachó la cabeza con el ceño fruncido, dejó caer los hombros y dijo:

–Nunca me había parado a pensarlo desde esa perspectiva... pero aun así, recuerdo que una vez después de todo aquello lo llamé, para hablar con él y que aclaráramos la situación, y me dijo rotundamente ¡No!

–Si ya lo habías rechazado más de una vez, no había nada que hablar, puesto que fuiste tú quien verdaderamente ya tomó la decisión

A Ángela le centellearon los ojos, acababa de ponerle en las narices una realidad vista desde un prisma completamente diferente, y tuvo que claudicar y reconocer que quizá él tenía razón.

–De todas formas, de alguna manera nos atañe. No sabemos si lo que viví cuando era adolescente está relacionado con el hecho de que yo esté aquí y hayamos vivido estos meses juntos. No tenemos forma de averiguar el por qué y si hay una razón. Puede que como he dicho antes, sólo haya sido una coincidencia, y no hay que darle más vueltas. Nos terminaría dando dolor de cabeza seguir pensando en todo esto y exponer diferentes hipótesis, porque no íbamos a llegar a ningún lado, pero pienso que era importante que lo supieras.

–Tienes razón, que hayas compartido conmigo lo que te preocupa, y aunque no te pueda ayudar para obtener una respuesta, hace que me sienta agradecido.

Ella terminó sonriendo y se acercó para abrazarlo y darle un tierno beso en la mejilla.

–Voy a la cocina a ver qué están haciendo, te dejo solo un rato. Creo que necesitas pensar en esto.

Él asintió con la cabeza. La siguió con la mirada viendo cómo salía de la estancia. Si ya era difícil digerir que ella venía del futuro, esto complicaba más las cosas. No podía competir con una sombra del pasado de ella, cuando probablemente era él mismo. Aunque no se acordara cuando la volviera a ver, se inclinaba más por pensar que ese Jaime no era él, y que era un extraño. En el pasado sus anteriores amantes habían creado problemas en su relación. A un día antes de su partida, no era menester que él se enfadara por alguien del pasado de ella, no podía, no quería que esta información turbara las pocas horas que les quedaban de estar juntos, así que tuvo que reprimir los sentimientos que le provocó el saberlo. Se acordó de lo que le dijo Juan, así que optó por tratar de no pensar en ello. Era mejor así, que pensar que él mismo y Villodres se volverían a encontrar en el futuro. Tenía que zanjar este tema, en esta vida, lo que ocurriera o lo que podría ocurrir en el futuro mejor ni pensarlo, porque se decantaba más por el hecho de que no tenía nada que ver con él. Simplificando las cosas, no podía responder por su yo futuro o por su tataranieta... lo que le llevó a pensar que si era un descendiente, eso significaba que él iba a tener hijos. Frunció el ceño cuando cayó en ello, y verdaderamente le empezó a doler la cabeza.

El resto del día fue un poco extraño, permanecieron en la habitación charlando, haciendo el amor. Perdieron la noción del tiempo hasta que anocheció. De vez en cuando mientras hablaban miraban al exterior. Ella en un momento dado rompió a llorar y él la abrazó con fuerza. De puro agotamiento ella quedó dormida. Él casi no pudo dormir, sólo dormitó a ratos, y cuando estaba despierto la acariciaba y observaba cómo dormía.

Los rayos de sol penetraron entre los cortinajes iluminando la estancia en un nuevo día. El último.

Cuando ella despertó, él ya se había aseado y vestido. Dijo:

–Te espero abajo para desayunar, y luego vamos a la cabaña de “mama Yeji”, hemos retrasado el saber cómo va a ser exactamente tu partida y necesitamos respuestas.

Después del desayuno, cada uno tomó un caballo y fueron en silencio a la cabaña. A ella le parecía de locos todo, como si fuera lo más normal del mundo, paseando montada en un caballo junto a él, en el último día de su estancia en el siglo XVIII.

Al llegar a la cabaña, Yeji estaba rezando. Llevaba días disponiéndolo todo. Tenía que prepararse mentalmente y espiritualmente. Había en el altar fruta y pan fresco. Cuando terminó sus rezos, ella les sonrió. Ángela le preguntó directamente:

–¿Cuándo y cómo exactamente será?

–Esta tarde, y será como la primera vez. En un momento estarás, y al siguiente no.

Ella se quedó unos segundos mirándola callada y Jaime dijo:

–¿No correrá ningún peligro, no?

–Haremos todo lo posible para que llegue sana y salva. No es algo fácil, por lo que no te mentiré al decir que no hay riesgos

–Pero, ¿Sabremos si todo ha salido bien?

–Sí, a través de ellas, mis descendientes me lo dirán. Tenéis que saber que cuando comience a hacerlo, el “ritual”, no habrá vuelta atrás. No me podéis interrumpir, porque cualquier cosa puede ocurrir. Estaré en trance, por lo que si alguien me habla no podré responder. No cortaré la conexión hasta que todo termine. Lo mejor es que yo esté sola aquí, en la intimidad de mi cabaña, para ponerme en contacto con ellas y con los “Orishas”. Ángela, tu quédate en la habitación, en la casa grande. Jaime, tú puedes estar con ella, pero que nadie más lo vea. Esto será un proceso de horas, no podría decirte cuantas, porque eso dependerá de muchos factores.

Continuaron hablando, pero llegó el momento de las despedidas y tenían que dejarla sola para que siguiera con sus rezos. A Ángela se le saltaron las lágrimas cuando se abrazó a Yeji.

–¡Gracias por todo, Yeji! ¡Cuida de él, de todos! ¡Cuidate!

–¡Ay niña, gracias a ti! Me ha encantado conocerte, habrías sido una buena esposa para mi Jaime, la mejor. Yo sí puedo saber de ti, de alguna forma, al contactar con las mías, pero espero que todo te vaya bien en la vida.

Ángela le sonrió, pero salió apresuradamente de la cabaña y montó en el caballo tratando de no romper a llorar.

Juan Tomati esa mañana despertó bastante tarde. No había dormido mucho la noche anterior. Bajando al comedor, su mente divagaba en ese mundo futuro del que le había hablado Ángela. Se tomó sólo una taza de café, puesto que la hora del almuerzo ya estaba próxima. Estuvo ojeando el periódico, aunque realmente no podía concentrarse en otra cosa que no fuera la partida de Ángela. Miró a su lacayo cuando éste le dijo:

–Señor, un esclavo está en la puerta, tiene una carta para usted, se la quiere entregar en mano.

Tomati con fastidio se levantó y salió al exterior de la vivienda. Tomó la carta y la abrió. Al ver que estaba firmada con una “V”, se apresuró a leerla. Leyó con horror lo que estaba escrito.

Cuando Jaime y Ángela estaban volviendo a la casa, después de la visita a la cabaña de Yeji, vieron cómo se acercaba Tomati a caballo a gran velocidad. Enseguida Jaime se puso en alerta, y al llegar cerca de ellos, Juan muy alterado dijo:

–¡Jaime, Villodres se ha puesto en contacto conmigo!

Bajaron todos de los caballos, y continuó diciendo de forma apresurada:

–Parece ser que sí estaba en las montañas, me ha mandado la carta a mí a través de un esclavo para que nadie más se enterara. Dice que casi lo descubren en su escondite, así que prefiere bajar,

harto ya de ocultarse. Quiere zanjar ya el asunto, ¡lo antes posible! Si la guardia o los demás hombres lo encuentran...

–¡Demonios! ¿Ahora? ¿Hoy?

–Dice que si no vas ya, más riesgo hay que lo descubran, y si tiene la posibilidad, huirá

–¡De eso nada! ¡No se va a “ir de rositas” después de todo lo que ha hecho!

Se giró entonces hacia ella y le puso las manos encima de los hombros.

–¡Ángela, he de hacerlo, tengo que ir! Entra en la casa, ve a la habitación como ha dicho Yeji...

–¡No!

–¡Haz lo que te digo por una vez, mujer!

Ella lo agarró del brazo, muy asustada. Lo entendía perfectamente, pero le aterraba que le pasara algo e irse sin poder despedirse. Él tomó con ambas manos su rostro. La besó dulcemente en los labios. Ella gimió de desesperación, sintiéndose impotente de no poder hacer nada, ni impedirle que se fuera. Una lágrima rodó por su cara, y él con el pulgar se la secó mirándola de forma amorosa.

–Intentaré volver antes de que te vayas...

–¡Más te vale!

–Escúchame, lo he dispuesto todo con José, por si las cosas salieran mal. Le he dejado una carta, para mi tío Rafael, el que está en Newport. Confío en Yeji, y que te devolverá con los tuyos, pero si algo me ocurriera, y Yeji no te pudiera hacer volver, he dejado con José toda la documentación y dinero para que puedas acudir a él. Si las cosas se torcieran, ve con mi tío, me quedaría tranquilo sabiendo que estarás bajo su protección, ¿Recuerdas que te hablé de él?

–Sí, el que le vende a los americanos vino de Málaga y jabón de aceite de oliva, pero ¡más te vale volver sano y salvo!

Entró en la casa, y a los pocos minutos salió con una espada sujeta a la cadera izquierda por un tahalí y metiéndose una pistola, en la zona lumbar, se montó presto encima del caballo y le dijo a Juan:

–¿Dónde está?

–No, yo te acompaño, yo voy...

–Juan, no quiero por nada del mundo que al vernos a los dos se arrepienta y se vuelva a ocultar o huya. Esto es entre él y yo. Te pido por favor que cuides de Ángela hasta que vuelva. Te lo pido como favor especial, hoy se va, ya lo sabes, no queremos que nada impida que eso ocurra.

Juan frunciendo el ceño, con fastidio, le explicó dónde iba a ser el encuentro. Tenía él razón en que eso era cosa de ellos dos, y sólo ellos podían zanjar el asunto. Uno de los dos moriría ese día, o ambos.

Tomati obligó a Ángela a entrar en la casa. La cogió del brazo y ella intentó zafarse de él, viendo cómo Jaime se alejaba mientras gritaba:

–¡No! ¡No!

Finalmente rompió a llorar por la impotencia. Él no pudo más que reconfortarla.

A Jaime le costó bastante tiempo llegar al lugar de encuentro. Villodres no se hizo esperar mucho. Salió de detrás de unos árboles, con una amplia sonrisa en los labios. Hizo el gesto universal de “ven a por mí” mientras dijo:

–¡Por fin!

Jaime bajándose del caballo le gritó:

–¡¿Por qué?!

Mientras Jaime se acercaba a él hasta ponerse enfrente, Villodres se puso rojo de ira y le

gritó:

–¡Para demostrar de una vez que soy mejor que tú!

Jaime con las cejas fruncidas y juntas, apretó los labios a la vez que abría los orificios nasales y desenvainó su espada. Villodres, al ver que se quedó parado esperando que él hiciera lo mismo, aprovechó esos segundos para continuar diciendo:

–¿Recuerdas las cicatrices de mi espalda?, te dije que me caí sobre unas zarzas, pero fue el regalito del borracho de mi padre por haber tenido unas calificaciones menores que las tuyas en la academia militar, ¡a partir de entonces fui mejor que tú en todo! ¡Pero nunca fue suficiente para mi padre!

Jaime lo miró con estupor, viendo cómo salpicó gotas de saliva con las últimas palabras, entendiendo automáticamente que los malos tratos de su padre habían engendrado unos celos enfermizos hacia él, terminando por trastornarlo. La mirada encolerizada de Villodres aumentó al continuar:

–¡Nunca me dijo algo agradable por tu culpa! ¡Todo se volvió peor cuando se enteró que tu padre me dio el dinero! ¡Se ahogó en su propio vómito, alcoholizado la noche de tu boda! ¡Desde entonces sólo he deseado enfrentarme a ti, por eso te he estado provocando!

Emitió una sonrisa macabra al decir:

–¡Hasta he tenido que raptar a tu nueva putita para que me hicieras caso!

Desenvainó la espada, sabiendo la respuesta inmediata que Jaime tendría, y no lo defraudó, se abalanzó hacia él para atacar. El sonido de las espadas al entrecrocarse hizo relinchar a uno de los caballos que estaba cerca. Cruzaron las espadas unas cuantas veces, hasta que con un rápido movimiento, Jaime arrinconó a Villodres contra un árbol. El esfuerzo de mantener separada la hoja de su cara, puesto que Jaime lo aprisionaba, hizo emitir un gruñido a Villodres, pero con fuerza empujó a Jaime hacia atrás. Hizo un ligero movimiento que le indicó a Jaime que le dolía el hombro por el esfuerzo que acababa de hacer, y no dudó en aprovecharse de ello. Por la forma de usar la espada, se dio cuenta que efectivamente algo le pasaba en el hombro. La herida que semanas atrás se hizo, empezó a sangrar, tiñendo la camisa blanca, pero a Villodres no parecía importarle lo más mínimo o no lo notaba. Rápidamente volvió a chocar la espada contra la de Jaime, una, dos, tres veces, hasta que hizo un giro con las hojas, y Jaime trastabilló hacia atrás, consiguiendo así arrebatarse la espada de las manos. Al intentar no perderla, le dio la espalda a Villodres por un momento, así que para no darle tiempo de reacción, Jaime alzó el codo y con un medio giro de todo su cuerpo, le estampó el codo en la nariz. El codazo provocó que echara la cabeza hacia atrás de forma violenta perdiendo él también su espada. Se cogió la cara con ambas manos, y emitió un grito de dolor.

–¡Grrr...! ¡Entre esa ramera tuya y tú me vais a dejar sin nariz!

Empezó a sangrar profusamente, esta vez Jaime sí se la había roto. La adrenalina corría por sus venas, así que rápidamente se recolocó la nariz oyéndose un crujido, seguido de otro grito. Tenía toda la boca y cuello manchados de sangre. Con mirada diabólica se abalanzó de nuevo hacia Jaime dándole un puñetazo en la cara. Eso hizo que Jaime girara violentamente la cara hacia un lado saliendo salpicaduras de sangre de su boca. Jaime a su vez, le dio en el costado y en la cara, a pesar del aturdimiento. Villodres se arrimó aprisionándolo con los brazos, pero Jaime consiguió liberar uno de los suyos, clavándole los dedos en la herida del hombro, logrando que se abriera más y provocando que lo soltara.

–¡Ah, hijo de puta!

Se dieron puñetazos el uno al otro hasta que el agotamiento, el dolor y el entumecimiento hicieron que sudorosos, con las respiraciones agitadas poco a poco ralentizaran los envites.

Jaime tenía abierta una de las cejas, y la sangre lo obligó a que cerrara uno de los ojos, así que no vio cómo Villodres sacó una daga que tenía oculta. No pudo apartarse a tiempo para evitar que le clavara la hoja. Le introdujo hasta la empuñadura en un costado.

En la casa grande, Ángela se movía insistentemente por el despacho, sólo habían pasado diez minutos desde que Jaime se había ido, y se retorció las manos una y otra vez de desesperación.

—¡Juan! ¿Cómo coño puedes estar ahí sentado sin mover un dedo? ¡Joder!

—Se lo he prometido, no debemos interferir.

—¡Una mierda! ¡Vamos ahora mismo para allá! ¿Quién coño va a socorrerlo si pasa algo grave?

Tomati se debatía entre hacer lo que le pedía, o por el contrario esperar. Ella tenía razón, no habían ido allí a jugar a las cartas, iban a luchar a muerte, por lo que si le pasaba algo a Jaime, ¿Qué ocurriría entonces?

—Juan, ¿Tienes escopeta, o pistola?

—Sí, en mis alforjas están, ¿Por?

—¿Tú que crees? ¡Sé disparar, si no estoy muy lejos del objetivo! ¡Así que muévete de una vez y vamos para allá!

No pudo negárselo, él tampoco podía estar en ascuas sin saber qué ocurría, y si podía ver cómo Jaime le daba su merecido a Villodres, mejor que mejor. Así que cada uno subió a un caballo. Por un segundo Juan alzó las cejas al verla, pero pensó: “No sé de qué me sorprende, viniendo de ella, debería haberme imaginado que montaría a horcajas”.

Se dirigieron al lugar. Empezaron a atravesar un pequeño bosque. Ángela le preguntó a Juan:

—¿Cómo sabes dónde están exactamente?

Juan hizo un gesto despreocupado hacia la montaña. Ella miró y vio que en mitad del monte había dos montículos grandes de piedra, eso es lo que tomaba como referencia. Llegaron a un claro a las faldas del macizo. En un primer momento no vieron a nadie, aunque sí estaban los caballos. Otearon por los alrededores. Bajaron de los caballos. Ángela vio un movimiento extraño bajo unos frondosos árboles. La zona estaba mucho más oscura por la sombra que otorgaban las plantas. Adelantó unos pasos para mirar mejor y se quedó horrorizada con la imagen que vio. Casi un instante después, Tomati también los visualizó.

Todo el mundo bajo las circunstancias adecuadas es capaz de matar. Sólo el miedo a las consecuencias, nos impide cometer actos atroces. La rabia que Ángela sintió, hizo que actuara casi sin pensar, por un impulso natural promovido por el miedo a ver morir a Jaime ante sus ojos. Se fue rápidamente hacia el caballo de Juan, sacó la carabina. Comprobó que estaba cargada. Se posicionó ligeramente de lado, colocó fuertemente la culata sobre el hombro. Con un pie hacia adelante, para mantener una posición firme, alzó el cañón. Fijó la mirada por el visor, mientras sujetó el arma con fuerza. Al ver en ese instante a Villodres clavarle el cuchillo a Jaime, le tembló todo el cuerpo. Perdió por un momento la estabilidad, pero la retomó un segundo después con más determinación y rabia.

Jaime agachó la cabeza para ver la daga clavada en su carne, la debilidad hizo que cayera de rodillas. Se echó una mano a la espalda y sacó la pistola, pero Villodres actuó rápidamente y de un manotazo la lanzó a unos metros. Jaime se encogió de dolor, pero su oponente con rapidez le extrajo la daga, lo que hizo que saliera sangre a borbotones. Al ponerse la mano por inercia, para taponar la herida, Villodres que estaba de pie, alzó el arma blanca hacia un lado, con intención de cruzar la hoja por su cuello.

Se oyó la detonación en todo el valle, lo que hizo que una bandada de pájaros sobre los árboles cercanos, emprendieran los vuelos asustados.

Villodres salió impulsado hacia atrás y cayó boca arriba, pero sin soltar la daga. Empezó a

respirar de forma entrecortada. Ambos sorprendidos, tardaron unos segundos en reaccionar. Jaime miró un momento hacia atrás, para ver de dónde había venido el proyectil, pero acto seguido se acercó a su enemigo, sin poder impedir que Villodres en un último intento de hacerle daño, le rajara en el muslo. Dobló la rodilla de dolor, pero se dejó caer a propósito clavándosela sobre el estómago, impidiéndole así aún más la respiración. Aprovechó Jaime el momento para arrebatarse la daga.

Villodres empezó a convulsionarse por la herida del pecho, pero con las manos desnudas intentó torpemente quitarse de encima a Orellana. Jaime, con la daga en la mano, vio cómo Villodres daba bocanadas con la boca muy abierta intentando la entrada de aire. No se lo pensó dos veces. Le clavó la hoja en la yugular, para terminar con su agonía y rematarlo. La sacó segundos después, y vio un reguero de sangre salir del cuello. Los espasmos en segundos se fueron ralentizando, hasta terminar completamente quieto, con los ojos desmesuradamente abiertos, en una grotesca expresión.

Lentamente, dejó de presionar la rodilla sobre el cuerpo. Retiró la pierna y se echó hacia atrás poniéndose en pie. Lanzó la daga a unos metros. La respiración la tenía acelerada. Dio unos pasos alejándose del cadáver, pero no pudo mantener el equilibrio, la pérdida de sangre del costado y la pierna hizo que las rodillas se le doblaran y cayera al suelo. No vio cómo Juan y Ángela corrían hacia él al perder el conocimiento.

Ángela se arrojó hacia Jaime, y puso las manos sobre su costado sangrante, pero al darse cuenta de la herida del muslo gritó:

—¡No! ¡Oh Dios! ¡Juan, presiona aquí!

Rápidamente Juan se arrodilló junto a ella, e hizo lo que le pedía. Rodeó Ángela a Jaime, poniéndose frente a Juan, para ver la gravedad de la herida del muslo. Se quitó rápidamente la falda, quedándose con los pololos, e intentó romper la tela.

—¡Mierda, joder!

La tela no se rompía, no era tan fácil la tarea, además del hecho que no podía utilizar todos los dedos para hacerlo, puesto que aún no tenía curado del todo el dedo cosido. Miró alrededor buscando la daga. La halló a los pies de Villodres. Ni siquiera lo miró, tomó rápidamente el cuchillo del suelo y rasgó la tela. Le hizo un torniquete como le habían enseñado en el curso de primeros auxilios, terriblemente nerviosa y asustada. Las manos le temblaban, y puso toda la tela que pudo para taponar la herida del costado. Juan con gran esfuerzo, ayudado de Ángela montó a Jaime en un caballo. Mientras lo hacía, silbó al suyo para que acudiera a su encuentro. Sacó de las alforjas una cuerda y amarró a Jaime, para que no pudiera caerse, y él lo sostendría. El peso de los dos hombres en un solo caballo, iba a ser demasiado, y si montaba con ella, probablemente no podría sujetarlo.

Ángela gimió de desesperación y miedo. La casa grande estaba más cerca que la cabaña de Yeji, así que optaron por volver a la casa.

Al llegar a la hacienda, Jacobo y Gabriel ayudaron a bajar del caballo y a meter en la casa a Jaime. Ángela rápidamente, arrojó al suelo los candelabros y todo lo que había encima de la mesa del comedor, pidió que lo depositaran allí. Le dijo a Jacobo que fuera a buscar a Yeji. A Gabriel le pidió que trajera agua caliente y toallas. Juan se acercó para mantener presionada la herida del costado. Toda la tela que tenía sobre la herida estaba empapada en sangre.

Ángela se acercó a su cara entre sollozos al ver que había recuperado el conocimiento. Sabía que estaba herido de gravedad y los minutos eran cruciales para su supervivencia. Yeji a esas horas probablemente estaba ya haciendo el ritual, y temía lo peor, que estuviera en trance y para cuando pudiera despertar fuera ya tarde para que curara a Jaime.

Jaime tenía el ojo derecho casi cerrado de la inflamación, también tenía el pómulo izquierdo abultado y el labio inferior rajado. Toda la cara estaba bañada en sangre, y ella intentó limpiársela como pudo. Le temblaban las manos, y sollozaba mientras le decía en voz baja:

–¡Jaime, por Dios! ¡Resiste!

Las lágrimas rodaron por su cara cuando Jaime le tomó la mano, apretándosela. Casi sin poder hablar, dijo en un hilo de voz:

–Te dije que volvería antes de que te fueras...

–¡Sí cariño, lo dijiste, y lo has cumplido! pero ahora debes aguantar, debes resistir, ¡Jaime, Yeji viene de camino! ¡Oh, Dios!

Juan miraba toda la escena abrumado, y viendo que a cada segundo que pasaba, menos posibilidades tendría su amigo de sobrevivir. Mientras seguía presionando la herida, Ángela trataba de mantenerlo con ellos. Le acariciaba el pelo, y le limpiaba la frente, pero por temor a hacerle más daño, sólo lo acariciaba. Ella miró fugazmente para ver el estado de su pierna, volvió a mirarle a la cara. Él perdió de nuevo el sentido por un momento, pero al recuperarlo empezó a temblar. Ángela rápidamente le echó una manta encima que había traído Gabriel, junto con las toallas.

–¡Jaime, quédate con nosotros! ¡No te vayas! ¡Por Dios!

Ángela lloraba con miedo, desesperación, no sabía qué hacer, sólo estar a su lado. Él hizo intento de hablar y ella se acercó a su cara, entonces él apretándole con fuerza la mano dijo de forma entrecortada:

–Ángela...

Pero las fuerzas lo abandonaron, volvió a perder el sentido. Ella casi gritó de dolor, pero se apresuró a ponerle los dedos en el cuello para ver si aún tenía pulso. Respiró aliviada y miró a Juan para decir:

–¡Aún vive!

De repente se sintió aturdida. Pestañeó dos veces. Oyó un pitido agudo y las imágenes se volvieron borrosas. Intuyó que había llegado el momento. Les dijo de forma apresurada a los sirvientes que salieran todos de la sala. Volvió a sentir un ligero mareo y automáticamente se aferró al cuerpo de Jaime, manteniendo en todo momento la mano enlazada con la de él. Se quedaron los tres solos en la estancia.

Jaime despertó y notó el peso de su cuerpo, pero por unos momentos, como si ella se separara de él, percibió cómo dejaba de presionar la mano y todo el cuerpo, y un instante después de nuevo la sentía abrazándolo.

Juan creyó estar atolondrado por lo acontecido, porque por unos segundos vio el cuerpo de ella volverse translúcido.

Jaime de forma instintiva, también sintió que ella se estaba yendo, que había llegado el momento que tanto habían temido.

La mayoría de las personas piensan que hay dos estados de conciencia: La vigilia y el sueño. Pero hay otro estado, el hipnagógico. Lo caracterizan las visiones oníricas y percepciones sensoriales extrañas. Ella se encontró de repente en ese estado paralizada. Sin poder moverse oyó zumbidos. Empezó a respirar de forma agitada y consiguió apretar aún más su mano, quiso gritar, pero no podía, la voz no salía de su garganta.

Jaime tomó aire para decir:

–¡Te amo, ahora y siempre!

A ella le rodaron lágrimas empapándole la cara, y sintió como si cayera por un acantilado y unas fuerzas invisibles la tomaran con fuerza arrastrándola. Intentó de nuevo gritar, pero no podía,

vio como si ellos estuvieran ya muy lejos, en un último momento ella lo miró con tristeza y con los labios, aunque no saliera el sonido de su boca dijo:

—¡Te quiero!

De repente se volvió todo negro para ella. Su cuerpo se convulsionó, como si se hubiera caído al suelo desde una gran altura. Un segundo después, también sintió el cuerpo de él estremecerse, aunque no pudiera ya verlo, y acto seguido no tener nada entre sus brazos. Perdió el sentido de todo lo de alrededor.

Juan miró horrorizado cómo ella se fue volviendo completamente transparente. Ante sus ojos desapareció. La ropa que llevaba estaba en el mismo sitio, pero como un globo que se desinfla, la tela empezó a deslizarse hacia el suelo. Oyó un tintineo, y mirando hacia el sonido, vio cómo el anillo que ella llevaba en una mano, el del grano de cacao, cayó rodando. Miró a Jaime cuando éste con mucho esfuerzo gritó:

—¡No! ¡No!

—¡Jaime, ha desaparecido! ¡Lo he visto con mis propios ojos! ¡Todo era verdad! ¡Dios! ¡Dios mío!

Jaime tosió, empezó a respirar con dificultad, comenzó a temblar de nuevo. Juan que se había echado las manos a la cara y a la cabeza no dando crédito a lo que acababa de presenciar, volvió a poner rápidamente las manos sobre Jaime:

—¡Amigo, resiste, no te vayas a ir tú también, aguanta, la curandera debe estar al llegar!

—Ya... ya nada importa, ya todo da igual...

—¡No! ¡No te atrevas a dejarnos! ¡Lucha! ¡Demonios, Jaime, lucha! ¡Ella querría que vivieras!

—Tengo frío...

Juan estaba desesperado porque apareciera de una vez Yeji. Temía que él se dejara llevar y muriera. Todo pintaba muy mal. Su color era ahora ceniciento. Daba bocanadas de aire, y se apreciaba que cada vez le era más difícil. Había perdido mucha sangre, demasiada. Estuvo un rato así, perdió Juan la noción del tiempo, hasta que de repente Jaime dejó de respirar.

Juan se desorientó por unos segundos cuando sintió que unos brazos le daban un empujón con fuerza y lo separaban de Jaime. Miró horrorizado cómo Yeji en un instante empezó a darle golpes sobre el pecho. Aquella escena dantesca le pareció surrealista, y cuando sus piernas por fin reaccionaron, se dirigió hacia ella para tomarla por los brazos para impedir que agrediera de esa manera a su amigo muerto. Yeji gritó:

—¡No!

—¡Mujer! ¿Estás loca?

—¡Suéltame! ¡Hay que revivirlo! ¡Se puede hacer, Ángela me enseñó cómo hacerlo!

Juan la soltó de inmediato. Se quedó inmóvil cuando ella dijo aquello. No la hubiera creído de no ser por lo ocurrido en las últimas horas. Todo lo que había presenciado, lo llevaba inevitablemente a que tendría que replantearse todo lo que creía hasta el momento. Con ojos desorbitados veía cómo Yeji le echaba la cabeza hacia atrás, le tapaba la nariz y le insuflaba aire por la boca, después volvía a darle golpes en el pecho.

Juan echó un paso atrás aterrado cuando tras unos largos minutos, vio cómo Jaime después de una de las sacudidas por los golpes, tomó una bocanada de aire de forma sonora, y su amigo volvía a la vida de forma “milagrosa”

—¡No te quedes ahí parado, ven y ayúdame!

Juan pestañeó un par de veces de incredulidad, pero se acercó rápidamente al lado de Jaime, como le acababa de decir Yeji, para ayudar.

XXVI

3 meses después

Juan entró por las puertas de la hacienda y Lupe le dijo que José estaba en el despacho de Jaime. Cuando entró a la sala ambos se saludaron. Se tomaron un té que les había traído Lupe y en un momento dado Juan preguntó:

–¿Cómo va todo?

–Pues, la verdad que bien, mejor que nunca, económicamente hablando...

Se calló de forma abrupta cuando vio a Jaime en la puerta del despacho. Juan al ver que miraba hacia la puerta, miró a la misma dirección. No ocultó el gesto de sorpresa y dijo:

–¡Alabado sea el Señor! ¡Estás de pie!

–Bueno, a duras penas...

Jaime hizo un amago de sonrisa, y entró en su despacho con la ayuda de un bastón. Tanto José como Juan se acercaron y le dieron un apretón en el brazo, seguido de unas palmadas.

–¡Me alegra verte fuera de la cama!

Juan había sido testigo que gracias al tesón y la paciencia de Yeji, sus cuidados lo habían mantenido con vida, y había hecho que se recuperara. Miró a Jaime cuando éste dijo:

–José, habla abiertamente sobre el estado de la hacienda, no tengo secretos con Juan.

–Pues, como decía, todo va como la seda, mejor que nunca. Gracias a la última inyección de capital hemos aumentado la producción. Y menos mal que contrataste al capataz, porque estos meses, el hombre se ha ocupado de supervisar los trabajos del campo. Yo me he estado ocupando de la parte económica y el papeleo, pero ese hombre ha realizado su trabajo de forma notoria. Tienes dos nuevos terneros y...

José siguió poniéndolo al día de la situación. Juan miraba a Jaime observando las marcas violáceas que tenía bajo los ojos. Estaba recién afeitado, pero la pérdida de peso hacía que estuviera demacrado. Aunque Yeji lo había alimentado, cuando recuperó las fuerzas y pudo comer por sí mismo, ella siempre le discutía porque comía poco.

Después de un rato de hablar de la hacienda, José se despidió de ellos. Cuando Juan y Jaime estuvieron solos, Juan vaciló un momento para decir:

–Igual... tú mismo quieres ver esos progresos de los que hablaba José...

–Sí, ya es hora que vuelva yo mismo al trabajo, así mantendré la cabeza ocupada en algo productivo.

Juan estaba de acuerdo con él en que cuanto antes se pusiera a trabajar, antes se repondría. Al menos físicamente, ya que sabía que lo que lo había mantenido en cama las últimas semanas no había sido su estado de salud, puesto que ya estaba casi recuperado, la falta de ánimos por la pérdida de Ángela se lo había impedido. Juan no sabía muy bien qué decir o hacer para consolarle.

Yeji entró en el despacho alterada y dijo:

–¡Jaime, tenemos que hablar!

Él se quedó mirándola esperando que continuara, pero ella vaciló al decir:

–Es... sobre Ángela

Jaime arrugó la frente, y al ver que no continuaba, alzó la voz al decir:

–¡Yeji, habla! ¿Qué ocurre?

Yeji miró fugazmente a Juan, pero ella ya sabía que Tomati estaba al tanto de todo. En esos meses habían tenido tiempo de hablar largo y tendido junto al lecho de Jaime, por las asiduas visitas de Juan. Tomati, sentado en la silla se puso recto al oírla.

–Algo ha salido mal... Esta noche voy a volver a contactar con mis descendientes, para que juntas encontremos la manera de arreglarlo

–¿Pero qué ha pasado? ¿Está bien? ¿Está viva?

–Sí, está viva, está sana y salva, pero ha ocurrido algo que no habíamos previsto. No sé por qué razón no lo he visto venir, ni siquiera en aquel momento cuando todo ocurrió se me pasó por la cabeza, no sé por qué no intuí...

–¡Mujer, explícate!

–Sí, es que... Ángela está...

31 de Octubre 2020

A Ángela al despertar, con los ojos cerrados aún, le sobrevino un dolor de cabeza, y no parecían responderle ni los brazos ni las piernas. Unos segundos después, al moverse, sintió los miembros entumecidos. Una especie de descarga eléctrica le recorrió todo el cuerpo y fue entonces cuando se irguió de forma abrupta. Abrió los ojos y se encontró frente a una computadora. Al parecer se había quedado dormida delante del ordenador, y al moverse, la pantalla que estaba en modo pausado se encendió y había un documento de “Word” abierto con una hoja de texto entera escrita. De forma instintiva tomó el “ratón” y minimizó el documento para ver en la esquina inferior derecha la hora y la fecha: 31/10/2019. Frunció el ceño, porque no recordaba haberse dormido delante del ordenador. Se miró y llevaba unos vaqueros, una camiseta y en los pies sólo tenía unos calcetines gruesos puestos. Cuando miró alrededor entró en pánico.

Estaba sentada delante de un escritorio que no conocía, y había apilados libros encima. Al girarse para ver que estaba en un apartamento que desconocía, tiró un libro que había al borde de la mesa. Se agachó para cogerlo y miró el título: “El anacronópete”^[38]. Lo volvió a poner en la mesa y se puso de pie. Se sintió mareada y desorientada, pero el terror hizo que se moviera de un lado hacia otro para ver dónde se encontraba.

Era un espacioso apartamento. Se asomó a los grandes ventanales para ver qué había fuera. Ya se había ocultado el sol, pero las increíbles vistas hacia un río la hicieron palidecer. Se giró y rápidamente buscó el baño. Casi no llega al retrete, se arrojó sobre el inodoro para descargar todo el contenido del estómago. Estuvo un rato vomitando y el esfuerzo, más el miedo de no saber dónde estaba, hizo que se le empapara la cara por las lágrimas. Se mojó la cara en el lavabo y se la secó con una toalla, intentando tranquilizarse, con la respiración ahora un poco más calmada, salió del cuarto de baño.

Posó ambas manos en el quicio de la puerta, puesto que las rodillas se le doblaron de los nervios. Oyó un “bip” que provenía de un móvil que estaba encima de la mesa donde se había despertado. Se apresuró a cogerlo. Las manos le temblaron al desbloquear la pantalla de inicio. Abrió los ojos de forma desmesurada al ver en la foto de fondo de pantalla a un hombre moreno con los ojos azules que sonreía y al lado un niño pequeño que también tenía el pelo oscuro y tenía los mismos ojos. Los dos eran guapísimos, pero ella dirigió la mirada hacia la parte superior izquierda donde se podía leer: 8:30 pm Glasgow, 31/10/2019 y la temperatura decía que en ese momento en el exterior tenían 1º, con una máxima de 4º. Con el pulgar tocó sobre la temperatura y

salió una pantalla que mostraba por horas el tiempo y que efectivamente estaba en Glasgow. El río que se veía por los ventanales debía ser el río Clyde, puesto que parecía por los alrededores estar en el centro, y no en las afueras de la ciudad. El símbolo del “wassapp” avisaba que tenía mensajes, pero ella miró en derredor. Encontró encima de una mesita delante de la televisión el mando a distancia y la conectó. Al encenderse se veían imágenes del desfile que estaba teniendo lugar en Edimburgo por motivo del “Samhuinn” que era la fiesta de “Halloween” para los escoceses, celebraban el final del verano y la noche de brujas, disfrazados. Un corresponsal estaba comentando la gran afluencia de gente y naturalmente el canal y el idioma era el inglés.

Teniendo claro que no estaba en España, se dejó caer sentándose en el sofá. Se echó las manos a la cara tapándose. Volvió a oír un “bip” procedente del móvil que había arrojado al lado de ella en el asiento. Cogió el teléfono y abrió la aplicación para ver los mensajes. Aó la televisión y con horror oyó el mensaje de audio de un tal Scott:

–“¡Cariño! ¡Han llegado a un acuerdo y han firmado el contrato, así que en unos días vuelvo a casa!”

Deslizó el dedo para ver el hilo de la conversación y enterarse con los mensajes anteriores de qué habían hablado. Se oyó a sí misma en un mensaje diciendo:

–“John quería ir a casa de tu madre a hacer el “truco o trato”, así que este mediodía lo he llevado. Al final se ha disfrazado de “brujo”, quería quedarse en casa de su abuela a dormir, y como iba retrasada con mi novela lo he dejado allí...”

Continuaba diciendo que el niño había cogido muchos caramelos y le había reenviado fotos del chico disfrazado.

Miró hacia el frente y vio en una estantería al lado del televisor unas fotos. Se levantó y se vio a sí misma en una playa, en bikini, y el tal Scott la tomaba por detrás rodeándola y los dos reían. En otra foto estaba ella con un bebé en brazos, y en otra estaban los tres sonrientes mirando al frente.

Se tapó la boca con estupor, no los conocía. Su cuerpo se convulsionó cuando oyó la puerta. Empezaron a aporrearla, y ella asustada estaba paralizada, hasta que oyó al otro lado de la puerta:

–¡Ángela, abre! ¡Soy Amelie! ¡Ángela, abre la puerta, no tengas miedo, te lo puedo explicar todo!

Ella se acercó corriendo a la puerta, aunque vaciló antes de abrirla. Cuando vio a Amelie, la chica que junto con su abuela en el hotel le había dado el anillo con el que había viajado en el tiempo se aferró a ella en un abrazo. Al ver una cara conocida rompió a llorar.

–¡Ángela, estas temblando! Vamos, entremos y te cuento lo que ha pasado...

Sin soltarla del brazo, se dirigieron al sofá e hizo que Ángela se sentara, y a continuación Amelie lo hizo también y dijo:

–¿Conoces el efecto mariposa?

–¡Oh, Dios! ¡Sí, un pequeño cambio en el pasado puede generar un cambio considerable en el futuro! Pero... ¿Qué hice para cambiarlo todo? ¿Es por lo de Villodres? ¿Sabes si Jaime sobrevivió? ¿Es por eso?

–Sí, tranquila, Jaime sobrevivió, lo salvaste, pero no es por eso, ni por lo de Villodres. Esos hechos ocurrieron después del cambio que ya se había producido...

–¿Es por lo del “carimbo”? ¿No estaba escrito que quitaran en ese momento que marcaran a los esclavos?

–¡No! No es por eso, estaba escrito que ocurriera, sólo ayudaste a que pasara un poco antes de tiempo, ¡Ángela! ¡Estás embarazada!

Ángela se echó hacia atrás con cara de horror y se levantó, de pie ante Amelie, de forma

inconsciente se echó la mano sobre el vientre. Amelie la miró por unos segundos callada, alzó el brazo para que ella se tranquilizara, pero Ángela dio un paso atrás turbada. Se echó las manos a la cara y se dijo así misma: “¡Pues claro que lo estás, ya lo sabías, lo sabías desde hace tiempo y no has querido reconocerlo! ¡Bien que querías volver con tu familia, pero has sido egoísta al querer llevarte lo más preciado, una parte de él, un bebé al que nunca conocerá! ¡En el fondo lo buscaste, si no habrías puesto medios!”

Empezó a sollozar y Amelie se levantó para abrazarla. Estuvieron así un rato y Ángela dejó correr las lágrimas de forma descontrolada.

Cuando ya estaba más calmada, sentadas en el sofá, Amelie le dijo:

–Ángela, el problema no es que estés esperando un hijo...bueno, en parte sí, te lo explico: Para traerte a tu tiempo, es como si te hubiéramos “tele–transportado”. Cada célula de tu cuerpo se desintegró allí para volver a formarse aquí. El hecho de que tengas una nueva vida dentro de ti lo ha cambiado todo. Ese bebé no pertenece aquí, fue concebido allí. Es allí donde debería estar, y eso ha hecho que el devenir de los acontecimientos se haya bifurcado en otra línea temporal. Tu yo de ahora es una persona completamente diferente, porque ha tenido otras vivencias.

Ángela la miraba enmudecida, con los ojos como platos muy asustada. Amelie continuó:

–En esta línea temporal, la que yo he vivido al cambiarse el pasado, yo te conocí hace unos meses en España, con mi abuela, y no ha podido venir ya que está delicada de salud, pero me ha mandado a mí para que te ayude. El caso es, que sí te conocí en el hotel, te di el anillo, porque debía hacerlo para que todo cuadrara, no te acuerdas porque no es a ti a la que se lo di, si no a la Ángela de esta línea temporal, ella estaba de vacaciones con Scott y su hijo...

–¡Yo no conozco a ese hombre ni a ese niño!

–¡Claro que no!, es la Ángela de esta línea temporal la que está casada con él...

–Pero entonces, si hay una Ángela que no soy yo aquí, ¿Dónde está ella?

Amelie le señaló en el pecho y Ángela alzó las cejas y casi gritó:

–¿La he poseído?

Amelie emitió una sonrisa de soslayo y dijo:

–No, no es así en realidad. Veras, como te decía al “tele–transportarte”, a la hora de recomponerse otra vez todo tu cuerpo, ha ocurrido que tus células se han materializado en la Ángela que debe ocupar este lugar, en este espacio, en este tiempo...

–Pero, entonces ella...

–Ella ahora mismo, es como si estuviera dormida. Está latente en ti.

–¡Lo que yo decía, la he poseído!

–Bueno, el caso es que esto no debería haber ocurrido. No podéis ocupar el mismo cuerpo, ahora mismo ella es como si estuviera dormida, pero si despertara ella tomaría el control, puesto que es su tiempo y su lugar.

–¿Qué significa eso?

–Que si decides quedarte, tu familia sí está aquí, aunque no lo recuerdas, me hablaste de ellos, pero si ella toma el control, tus células serán absorbidas por ella, irás olvidándote de todo lo ocurrido y finalmente volverán los recuerdos de esta vida, en la que estás ahora.

–¿Y el bebé?

–No existiría, al reabsorberte desaparecería.

–¿Pero podría ocurrir que coexistiéramos?

–Verás, aunque tú acabas de llegar aquí, yo hace meses que me enteré. Todas nosotras, desde Yeji hasta mí, hemos estado trabajando en ver la manera de arreglar todo esto. Me contaron lo que ocurrió en tu línea temporal, y desde entonces he estado estudiando lo que ocurriría, las

posibilidades que tienes y cómo arreglarlo. Podemos hacerte volver o puedes decidir quedarte. Respondiendo a tu pregunta de si cabe la posibilidad de que coexistierais, la respuesta es no. La ciencia explica este supuesto, según “*el principio de exclusión de Pauli*” [\[39\]](#), aplicado a nuestro caso, dos almas no pueden ocupar un mismo cuerpo, por lo que el resultado sería que ella absorbería finalmente tus células, y dejarías de ser tú para ser ella si te quedas. El hecho de que estés embarazada es lo que ha impedido que os fusionéis automáticamente, pero cuando ella despierte...

–Dame unos minutos para procesar todo esto...

–Sí, será lo mejor, ¿Qué te parece si preparo un té?

Ángela levantó el brazo y alzó la mano como diciéndole que lo hiciera, que se sirviera ella sola de utilizar la cocina.

Al cabo de un rato, mientras bebían el té, Ángela preguntó:

–¿Ella qué hace aquí?

–Bueno, su familia está en España, tú... bueno, ella se vino aquí por él, Scott. Escribe novelas románticas, y está teniendo éxito. Ahora está trabajando en una novela en la que la protagonista viaja en el tiempo...

Al decir las últimas palabras sonrió, y Ángela dijo:

–¿Es broma, no?

–¿Sabes?, creo que para que todo esto haya ocurrido, que hayas viajado en el tiempo, en ir allí y volver es porque hay una entidad, o entidades superiores que han permitido que ocurra, y él, ella o ellos tienen un sentido del humor muy peculiar... Yeji diría que los Orishas permitieron que lo hiciéramos.

–¿Cómo averiguasteis que estaba embarazada?

–¿Recuerdas que Yeji te contó que cada una de nosotras tenemos un don, y que fue la unión de nuestros dones lo que te hizo dar el salto cuántico?

–Sí, lo recuerdo

–El don de Yeji, además de ser sanadora, es que es muy intuitiva. Supo que estabas en peligro cuando Villodres te secuestró, por ejemplo. El uso de sus caracolas, le confirma sus presentimientos. Ella fue la que nos advirtió, de lo que podía ocurrir. El mío es encontrar a personas y cosas cuando las necesito. Yo fui la que le confirmé, que esta línea temporal había cambiado con respecto a la que tú viviste. Todas estuvimos de acuerdo que era por tu embarazo. Cogí un vuelo hacia aquí, cuando me aseguraron que distes el salto en Escocia. Recuerda que aunque nuestra percepción del tiempo es lineal, no es realmente así, y aunque para ti sólo hace unas horas que estás aquí, yo he tenido tiempo.

–¿Entonces puedo volver con Jaime?

–Tienes dos opciones, quedarte aquí con los tuyos, pero olvidarás todo, incluido a Jaime. Tendrás una nueva vida con Scott y su hijo. La segunda opción es devolverte a 1784, ocurriría como la primera vez, te despertarías allí. Todo tu cuerpo se volvería a materializar allí, incluido el bebé que llevas en el vientre. Tengo que advertirte que cualquiera de las dos opciones no tienen vuelta atrás. Ya se nos ha permitido hacerlo una vez y traerte de vuelta, aunque ya no exista tu línea temporal, pero no podremos hacerlo de nuevo, aunque quisiéramos...

–¿Por qué no?

–Una de nosotras tiene el don de tener sueños y hablar con las entidades superiores, o las energías que mueven el universo, como dice ella. De alguna manera ella nos ha advertido que a ti no podemos hacerte volver a viajar en el tiempo, sólo esta última vez si lo decides, porque las consecuencias serían catastróficas. Ya hemos cambiado las cosas, hacerlo otra vez, ni se sabe las

repercusiones que podría tener.

–Poder volver con Jaime para siempre y tener al bebé con él, a una nueva vida olvidando todo lo ocurrido, con un nuevo marido y un nuevo hijo... no, esa sería otra persona y no yo. Creo que está clara mi respuesta. Haz lo que tengas que hacer, antes de que la Ángela de esta línea temporal despierte y empiece a engullirme...

Amelie sonrió y asintió con la cabeza. Se levantó y se dirigió hacia la puerta de la casa donde había dejado la maleta al entrar. La acercó donde estaban. Le dijo que la ayudara a retirar la mesa, el sofá y la alfombra del salón. Allí mismo empezó a preparar las cosas para realizar el ritual. Ángela dijo:

–¡Espero que la Ángela de aquí no tenga ningún problema!

–Lo recordará como un sueño, por lo que le dará material para su novela.

–¡Pues menos mal que no estaba aquí el hijo ni el marido!

Amelie asintió mientras arrodillada en el suelo preparaba los enseres. Ángela dijo:

–Yeji más o menos me explicó cómo lo hacéis, pero explícamelo tú

–Bueno, la ciencia, aunque no lo ha podido realizar, explica que hay cuatro fuerzas fundamentales de interacción en la física cuántica: Gravitación, electromagnetismo y las fuerzas nucleares débiles y fuertes. Nosotras hemos utilizado los cuatro elementos: tierra, aire, fuego y agua. La unión de nuestros dones, cada una en un momento diferente de la historia, en un espacio diferente (unas más lejos y otras más cerca). Utilizamos la gravedad de la tierra (esa sería la gravitación), más el elemento del anillo que llevas puesto (eso sería la parte electromagnética al estar en contacto con tu cuerpo).

Ángela se quedó con la boca abierta oyéndola, absorta con lo que le estaba explicando, pero empezó a ponerse nerviosa al pensar que ahora iba a volver con él, con Jaime, para siempre, y que en su vientre se estaba creando una nueva vida, fruto del amor de ambos. Amelie interrumpió sus cavilaciones al decir:

–¿Sabes? Tengo la certeza de que nosotras sólo hemos sido un instrumento para que todo ocurriera, y que debía ser así desde el principio. Creo que se nos permitió hacer esto, porque la verdad es que tú perteneces a esa época, tu bebé pertenece a aquel lugar y tiempo en consecuencia. Creo y pienso que todo estaba dictaminado desde un principio, que nosotras sólo hemos ayudado a que ocurriera. No hay manera de demostrarlo, pero siento en mi corazón, que vosotros teníais que estar juntos, y el momento tenía que ser allí, en Santo Domingo. Creo que algún error pasó, a nivel cuántico probablemente, para que las fuerzas superiores hicieran que lo arregláramos.

–¿Mi familia?

–Ángela, tu línea temporal simplemente se difuminó, ya no está. Existe esta Ángela, con su familia aquí, con su marido y su hijo. Cuando vuelvas, tu familia no puede echarte de menos, ellos la tienen a ella.

Ángela asintió, mirando hacia el suelo entendiendo perfectamente la situación, pero por otro lado nerviosa porque iba a volver al pasado. Tenía que dejar a Amelie concentrarse y ella se quedó callada, parecía estar meditando. Amelie pronto entró en un estado alterado de conciencia, el entrenamiento hizo que llegara a ese estado en poco tiempo. Enseguida contactó con ellas, las oía primero saludándola, y evidenciando así que iban llegando, y poco a poco las fue visualizando, imágenes de cada una de ellas, de forma translúcida iban colándose posicionándose alrededor de ella, de forma espiritual, aunque todo ello lo hacía con su mente. Como no sabía cuánto tiempo Amelie estaría en ese estado optó por curiosear por la casa. Naturalmente Ángela ni las veía ni las oía.

Era un amplio ático sin apenas divisiones interiores. El salón, comedor, recibidor y cocina compartían área. Había un dormitorio principal y otro infantil, una tercera habitación hacía las funciones de biblioteca y despacho. El baño era espacioso. La cocina tenía los muebles negros con encimera de madera y la decoración en general era cálida, con toques “vintage” e industrial. Los ventanales que daban al río ocupaban de techo a suelo, y éste era de madera maciza. Se acercó a una estantería y cogió unos libros, los cuales descubrió que Ángela había escrito. Se vio así misma en una foto de la contraportada de uno de ellos. Aquello era de locos, soltó la novela, si seguía pensando en ello le explotaría la cabeza. Se alejó para mirar que en una pared, la que separaba el dormitorio principal del salón, había un cuadro enorme. El marco tenía un cristal que protegía un tartán extendido. Los colores eran azul claro, azul oscuro, cuadros superpuestos en verde y una línea adicional fina amarilla. En la parte superior central había un escudo con un dibujo de lo que parecía ser un ciervo y estaba escrito: “Bydand” y debajo del ciervo “Gordon” [40]. Bajó la mirada y tocó el “sporrán” que estaba colocado sobre un mueble bajo el cuadro, en un soporte especial, para que se mantuviera expuesto. El bolso era de cuero negro y tenía borlas. Estaba fascinada mirándolo cuando Amelie le dijo:

–Ángela, ya casi es el momento, ven, acércate, lo mejor es que te tumbes en el sofá y te relajes.

–No creo que pueda relajarme, estoy muy nerviosa. Hay una cosa que no entiendo bien, antes has dicho que le distes el anillo a la Ángela que está aquí hace unos meses para que todo cuadrara, ¿Me lo explicas?

–Verás, la primera vez que te mandamos a Santo Domingo, que para ti fue hace seis meses, fue originalmente en una noche como hoy. La noche más mágica del año. Ya los celtas creían que el velo existente entre el presente, pasado y futuro caía en esta noche, por lo que era y es el momento propicio para las artes mágicas. Por eso fue más fácil llevarte allá. Cuando Yeji nos avisó que te quedarías los seis meses, sólo teníamos que prepararnos para tu vuelta. Al contactar Yeji con nosotras para traerte, le costó horas poder hacerlo, porque aunque el plazo era lo acordado, “mágicamente” hablando no era el momento propicio. En el primer contacto, me contaron lo ocurrido y rápidamente les dije que las cosas habían cambiado, que yo no recordaba nada de lo que decían, eso para mí pasó hace meses. Como mi don es encontrar cosas y personas, te encontré en España, en el hotel, bueno, la encontré a ella. Le tenía que dar el anillo, puesto que era el nexo de unión para traerte.

El anillo por sí solo es inocuo, pero como Yeji ya estaba poniéndose a la tarea de traerte, tenías que encontrar el camino de vuelta a casa, por eso le di el anillo. Si no hubiera sido así, puede que te hubieses quedado en un limbo, al no encontrar tu casa. La Ángela de aquí, con el anillo, hacía posible que encontraras el camino a casa, aunque no fuera realmente la que tú conoces.

Aunque para ti sólo han pasado horas, para mí han pasado meses. Ellas me avisaron, cuando averiguaron dónde y cuándo llegarías.

– Es decir, Yeji no sabía nada de esto, que había cambiado el futuro hasta esa noche.

–Exacto, y cuando lo supo, ya estaba todo en proceso y no había vuelta atrás. Fue meses después, en su tiempo, cuando le confirmé que todo había cambiado por tu embarazo

–¿Esta vez no habrá errores, no?

–No, hoy vuelve a ser la noche más mágica del año. Esta noche volverás con Jaime, te lo aseguro.

–¿Cuándo ella despierte, como le explicarás qué haces aquí?

–No le explicaré nada. Procuraré no estar aquí cuando despierte, en el caso de que no me dé

tiempo, ya veré que le digo. De todas formas la llamaré por teléfono, para ver cómo está; si me cuenta el sueño que ha tenido, le aconsejaré que lo escriba en su novela.

Amelie sonrió de forma enigmática, y ella la abrazó para despedirse.

—¡Gracias por venir a ayudarme, gracias por todo! Por cierto, ¿Tu hija, qué edad tiene?

—¡No! Yo no tengo hijos. Las primeras generaciones sí tenían que quedarse embarazadas para empezar a contactar con las demás, pero con el tiempo hemos ido desarrollando el “don”, sin necesidad de ello. En mi caso, empecé con trece años a contactar con ellas, ya estaba preparada porque mi madre me aleccionó desde pequeña.

Amelie volvió a sonreír y la instó a que se recostara en el sofá. Cuando ya estaba Ángela preparada, se puso de rodillas, dentro del círculo de tierra.

Ángela pensó: “¡Qué fuerte! Al final después de todo he terminado en Escocia... aunque solo haya sido por unas horas. ¡Ángela, si recuerdas esto, siento mucho haberme metido dentro de ti!”

Lo pensó como si se lo estuviera diciendo a un espejo mirando su reflejo, pero en seguida empezó a marearse y oyó unos zumbidos que le inundaron los oídos. Aunque tenía los ojos cerrados, sentía que todo le daba vueltas, y como la vez anterior, le dio la sensación de que era como si cayera desde una gran altura, estrepitándose al vacío.

Santo Domingo, 31 de octubre 1784

Se despertó muy desorientada. Se echó las manos a la cara para restregarse los ojos. Estaba acostada en una cama enorme. Al abrir los ojos, lo recordó todo y enseguida se puso la mano sobre el vientre. Esperaba que no hubiera sufrido ningún daño la nueva vida que se estaba gestando en ella. Reconoció la habitación de la hacienda. Se miró las manos y llevaba el anillo del zafiro. Curiosamente en el dedo que tenía la cicatriz cosida por Yeji, se apreciaba una línea un poco más blanca que la piel, como si hubiera pasado mucho tiempo. Estaba completamente desnuda y se irguió para buscar algo que ponerse encima. Se adentró en el vestidor y cogió una bata. Se la puso y descalza salió de la habitación rápidamente en busca de Jaime.

Jaime estaba cenando solo en el comedor, agotado de haber estado los últimos días recolectando casi sin descanso. Ya estaba casi recuperado de sus heridas, aunque la cicatriz de la pierna era la que más le seguía fastidiando.

Ella, después de comprobar que él no estaba ni en su habitación ni en el despacho, corrió hacia el comedor.

Cuando Jaime la vio aparecer por la puerta, pensó que era una ilusión, que eran tal las ganas de volver a tenerla entre sus brazos, que creyó que su mente le estaba jugando una mala pasada.

Ángela al verlo se paró en seco unos segundos en el umbral de la puerta.

Al acercarse ella, fue cuando Jaime comprobó que efectivamente la tenía delante. Él se levantó tan bruscamente que tiró la silla donde estaba sentado. El corazón empezó a bombearle de forma alocada cuando ella se arrojó a sus brazos y casi sin aliento exhaló un suspiro diciendo:

—¡Oh Dios!

Al sentir su cuerpo temblar entre sus brazos, la estrechó más fuerte. Ella respiraba agitadamente y entre sollozos dijo de forma acelerada:

—¡Oh, Jaime! ¿Estás bien? ¡Amelie me dijo que lo estabas! ¡Para mí hace unas horas que te estabas muriendo y te dejé en esa mesa! ¡Habías perdido mucha sangre! ¿Cuánto tiempo ha pasado aquí?

—¡Ángela, hace seis meses que te fuiste!

Ella se separó para mirarlo horrorizada, y echó un paso atrás tapándose la boca. Le tembló la mano y dos lágrimas rodaron por su cara. Jaime se apresuró a abrazarla de nuevo, quería sentirla, quería sentir que aquello era real, mientras dijo:

–¡Oh, cariño! ¡Tranquila, todo está bien! ¡Te he echado tanto de menos! ¿Tú estás bien? ¡Ya creía que no volvería a verte!

–Pero, pero... ¿Sabías que venía?

Se separó de ella lo suficiente para mirarla a los ojos. Le tomó la cara con ambas manos secándole la humedad y dijo:

–Yeji hace tres meses me dijo lo que había pasado, y que había muchas posibilidades de que pudieras volver. Que iban a hacer todo lo posible para traerte. Desde entonces he tenido la esperanza de que volviéramos a estar juntos.

Ella calló sus palabras uniendo sus labios a los suyos. No podía aguantar más. Jaime cerró los ojos para poder sentir con mayor intensidad sus besos. Había deseado tanto tiempo volver a sentirla que quería saborearla suave y dulcemente.

Fue un beso largo, y cuando se volvieron a abrazar ella susurró:

–¡Tengo miedo!

–Yo también, ¿qué te parece, si nos asustamos juntos...?

Ángela titubeó al decir:

–Jaime, estoy...

–¡Sí, lo sé cariño! ¡Estás embarazada! ¡Yeji me ha tenido al tanto de todo!

Ella se separó y Jaime pudo ver el miedo en sus ojos cuando con voz ahogada dijo:

–Temía que no me creyeras cuando te lo dijera...

–¡Claro que te creo! Desapareciste entre mis brazos cuando yo estaba al borde de la muerte... ¡gracias a ti estoy vivo! Yeji sólo confirmó mis sospechas. Antes de que te fueras intuía que estabas embarazada, y si para ti sólo han pasado horas, entiendo por qué aún no tienes el vientre hinchado.

Ángela apretó los labios sorprendida, y él posó una mano sobre su barriga, sonriendo dijo:

–¡Estoy deseando ver a nuestro hijo!

A ella se le hizo un nudo en la garganta, posó ambas manos sobre la que tenía Jaime en su abdomen y alcanzó a decir emocionada:

–¡Oh, Jaime!

Él por un momento se puso serio, y con cierto halo de tristeza miró al suelo diciendo:

–¡Siento que no hayas podido volver a casa con los tuyos!

Ella tomó su rostro por la barbilla obligándolo a mirarla a los ojos y le dijo:

–Jaime, prefiero una vida recordándolos, estando contigo y con el bebé, conocerlo, que lo conozcas, verlo crecer, que una nueva vida olvidando todo lo que he vivido contigo. Una nueva vida estando allí, sin recordar todo lo que ha pasado, no sería yo, sería otra persona diferente. Además, la realidad es que sí he vuelto a casa, este ya es mi hogar, aunque sin agua corriente, pero de eso ya hablaremos...

Jaime sonrió abiertamente, la abrazó alzándola en vilo y dio una vuelta con ella en brazos soltando un grito triunfante. Ella rio, y sin posarla en el suelo, se acercó para besarla. Ángela esta vez sintió sus labios tomarla con deseo, demostrando todo el anhelo reprimido, y los sentimientos que con palabras no se pueden expresar. Ella le correspondió de igual manera, percibiendo un cosquilleo como si tuviera mariposas en el estómago. Ahora, entre sus brazos, sentía verdaderamente que había vuelto a casa.

Epílogo

7 meses después

Tenía los tobillos y pies hinchados, pensaba que iba a explotar si no tenía el bebé ya. Se sentó un momento en los asientos de la iglesia de Santa Bárbara. El día del “Corpus Cristi” estaba cerca y estaban engalanando la iglesia con flores. Ese día, especial para los católicos, se celebraba con dos misas, y después se hacía una procesión donde el pan de la comunión se exhibía por las calles proclamando que “es el cuerpo de cristo” y todas las iglesias se adornaban profusamente con flores. Necesitaba distraerse y por eso fue a la iglesia a ayudar a las demás mujeres con la decoración.

–¡Parezco un pez globo!– dijo entre dientes.

Miró con asombro cómo las mujeres y el cura que estaban en la iglesia se fueron a la entrada porque se armó un gran jaleo. Se dio cuenta que soldados estaban buscando a unos esclavos, por los comentarios de los que estaban en la entrada. Además, no se movió porque le vino un dolor en la zona lumbar, y la barriga se le puso dura. En los últimos días había tenido contracciones, todo indicaba que el momento de dar a luz se acercaba. Respiró varias veces, hasta que se le pasó.

Mientras respiraba y se acariciaba la barriga, vio cómo el cura salió al exterior. Muy indignado alzó la voz diciendo que no entrarían en la casa de Dios con armas. Las mujeres hicieron una barrera en la parte exterior de la entrada apoyando al cura. Con todo el barullo que se estaba generando, sola en la iglesia, sintió que detrás de ella unos ojos la observaban. Miró hacia atrás y no vio a nadie, pero un ligero movimiento en la penumbra, al final de la iglesia, hizo que pusiera más atención. Se levantó y se acercó unos pasos para ver que detrás de una columna había una muchacha negra con el pelo muy rizado y tenía una niña pequeña en los brazos, con los mocos colgando.

Oyó en la entrada que los demás estaban fuera discutiendo. Mientras la observaba, se dio cuenta que la muchacha cogió con más fuerza a la pequeña. Ángela dijo en voz baja, con las manos hacia adelante, exhibiéndole las palmas:

–¡Tranquila, no te delataré!

La muchacha la miraba con los ojos muy abiertos asustada. Ángela volvió a mirar hacia la entrada, y casi sin pensar corrió hacia allí y cerró las puertas. Una de las mujeres que estaba fuera, vio en el último segundo a Ángela, antes de cerrar. Los que estaban fuera discutiendo, al oír las puertas cerrarse, con más ímpetu gritaron que no pasarían por allí.

Ángela aprovechó toda aquella situación, y se acercó de nuevo a la muchacha. Miró hacia varios sitios, buscando otra salida, a la vez que le decía:

–Tranquila, voy a intentar ayudarte, ¿Cómo te llamas?

–Me llamo Dada

–Vale, Dada, ¿Cómo has entrado aquí? ¿Hay otra salida?

–Eh, no, vine anoche y he pasado todo el día aquí escondida, esperando el momento de poder salir...

Ángela pensó que si la llevaba a la sacristía no iba a ser una solución. Tenía que hacer algo rápido, sino, las descubrirían.

–Espera un momento aquí, Dada, voy a ver por donde puedes salir...

Buscó por la parte de atrás, para ver si había otra salida. Con pasos rápidos se movió por el recinto por si había alguna. En un lateral, de repente se quedó parada dado que se le vino a la cabeza la noche en la que vio el espíritu del monje que señalaba en el suelo exactamente en el punto donde estaba ella. Observó el suelo, oyó un crujido al moverse descubriendo así que había una trampilla grande. Por los filos donde se delimitaba la madera, se agachó y comprobó que

había corriente de aire. Se levantó y buscó alrededor para ver dónde se accionaba la puerta para que se abriera. No vio nada que indicara cómo se abría, tocó la pared por varios sitios, pero no notó nada anormal. Entrecerró los ojos al mirar la antorcha aada que estaba en la pared. Se encogió de hombros y la tocó: –¡Si en las pelis funciona, igual aquí también...!

La intentó mover hacia la izquierda, nada. Hacia la derecha, nada. Entonces, como si fuera una palanca, la atrajo hacia sí y oyó un crujido que hizo accionar la trampa y comenzó a abrirse. Hizo un gesto triunfal y luego miró hacia el interior, allí había una rampa. No sabía qué había abajo, probablemente una habitación o una bodega, pero por el momento valdría para que Dada se ocultara.

–¡Vamos, Dada, por aquí!

Dada vaciló para salir de su escondite, pero al ver la madera del suelo alzada y que había un hueco en el suelo, se acercó. Se miraron, y oyeron que intentaron abrir la puerta principal, así que rápidamente Ángela puso la antorcha en la misma posición que estaba y con prisa se introdujo junto a Dada para bajar la rampa, mientras se volvía a cerrar el hueco.

Se asombró que en un primer momento no parecía que al bajar, la entrada tuviera los techos tan altos, y cuando estaban llegando al final de la rampa parecía haber luz. Oyó a su espalda cerrarse completamente la trampa. Por instinto miró hacia atrás, pero al mirar hacia adelante se quedó con la boca abierta al ver un túnel^[41] con antorchas encendidas en las paredes.

Más se asombró al ver a Yeji, delante de un grupo de unas diez personas que las miraron con cara de horror. Yeji al ver a Ángela respiró aliviada, y dijo:

–¡Tranquilos, es de confianza!

Se calló de forma abrupta cuando miró a Dada. A la vez Ángela dijo:

–¡Yeji! ¿Qué haces aquí? Te hacía en el carro fuera de la igle...

Las palabras de Ángela se diluyeron cuando Yeji y Dada se abrazaron y ambas comenzaron a llorar acariciándose. Yeji dijo:

–¡Hija, hija mía!

Después ambas comenzaron a decirse cosas, pero Ángela ya no las entendía, porque probablemente estaban hablando en yoruba, aunque realmente no hacía falta traducción. Yeji tomó en sus brazos a su nieta, le limpió los mocos con un pañuelo que había tenido guardado entre los pechos, la besó y la acarició.

Cuando estaban algo más calmadas, Yeji apretó el brazo de Ángela y le preguntó cómo la había encontrado. Le contó que vio a Dada escondida y como los soldados querían irrumpir dentro de la iglesia buscando esclavos, buscó una salida y fue casualidad encontrar la rampa, entonces le preguntó a Yeji que qué hacía ella allí y ésta respondió:

–Estaba ayudando a estos esclavos a escapar. No te había dicho nada para no involucrarte y ponerte en peligro. Los túneles se conectan con otras iglesias, y hay uno que lleva a la costa, donde una pareja de españoles los llevará a un barco para salir de la isla. Yo sólo los iba a acompañar la mitad del camino, no te habrías percatado de mi ausencia, mientras estabas en Santa Bárbara. He entrado a la red de túneles por San Antonio, habíamos quedado aquí, en este punto.

–¡Pues hay soldados en la puerta de la iglesia ahora mismo intentando entrar!

–No te preocupes, sólo el cura y pocos más saben del túnel...

Ángela miró hacia el frente y arrugó la cara al ver que en una pared había catacumbas, probablemente serían sacerdotes. Yeji eludió su cara, para dirigirse al grupo y decir que lo mejor era que se fueran ya. Mientras hablaba con ellos, Ángela se sonrojó al notar humedad entre las piernas, pensó que con el trajín y el correteo de momentos antes, igual se le había escapado, en los últimos meses aguantaba poco para ir a orinar.

Frunció el ceño al notar que no sólo era en la entrepierna, sino que también notó humedad en las piernas. Miró hacia el suelo, se arremangó las faldas y vio un charco de agua.

–¡Mierda!

Yeji estaba de espaldas a ella hablando con Dada y los demás. Cuando la oyó, se volvió, la miró y dirigió la vista al suelo. Hizo un gesto apenas perceptible y se volvió de nuevo diciéndoles a los demás por dónde debían ir.

Ángela se acercó rápidamente a ella y la tomó del brazo con fuerza.

–¡Yeji, por lo que más quieras no me dejes!

–¡No, claro que no! ¡Y menos ahora! Tendremos que quedarnos aquí tú y yo. Si las cosas se complicaran, ahí está la puerta de salida. No te quiero correteando por los túneles, en cualquier momento te verás obligada a parar y no nos va a dar tiempo a llegar a otro lado estando de parto. Aquí hay luz, nos pueden dejar agua, comida y mantas. Ahora mismo no podemos salir, puesto que debemos darles tiempo suficiente para que huyan y no los descubran. ¿Estás de acuerdo?

–Sí, es lo mejor. Confío en ti.– pero tembló al comprender que verdaderamente había llegado el momento.

Yeji les explicó más exhaustivamente por cuales túneles debían ir. Empezaron a despedirse. Dada y Yeji se separaron un poco del grupo para hablar en privado. A Ángela le empezó una contracción, e hizo las respiraciones. Con el cuerpo echado hacia adelante, apoyó una mano sobre la pared, con la otra se masajeaba la barriga y vio abrazarse en despedida a las mujeres. Comenzaron a alejarse cuando Ángela gritó:

–¡Dada, espera!

La muchacha se acercó a ella y Ángela extrajo el anillo de zafiro de su dedo, con mucho esfuerzo, para dárselo, dado que tenía las manos hinchadas. Se quitó el collar que llevaba y también se lo dio:

–Toma, el collar es por si necesitas dinero, el anillo lo debes guardar, y llevarlo contigo siempre.

Dada miró a Yeji, y ésta le explicó en su idioma la razón, que ese era el anillo que debía guardar y dárselo a las futuras generaciones, para que todo ocurriera. Se volvieron a abrazar entre sollozos, y el grupo se alejó, insertándose en la oscuridad del túnel. Sólo llevaban una antorcha que les iluminaba el camino.

Ángela se echó las manos a la cara, empezó a reír de los nervios y dijo:

–¡Sólo a mí se me ocurre ponerme de parto en un túnel con unas catacumbas al lado...!

Pero se puso seria en seguida, al empezar a notar otra contracción.

–¡Ay, ay, ay, joder!

Yeji la tomó del brazo. Ya había preparado en el suelo una manta que les habían dejado. Con claras muestras de dolor Ángela dijo:

–¡No creo que pueda tumbarme, ahora no!

–Tranquila, no hace falta que lo hagas, pero debo ver cómo va la cosa por ahí abajo...

Ángela asintió, respirando de forma rítmica y le preguntó al rato:

–¿Desde cuándo llevas planeando todo esto, lo de los esclavos?

–¿Recuerdas cuando Jaime y tú discutisteis por lo del “carimbo”? Estuve ausente porque empezamos más o menos por esas fechas a organizarlo.

Estuvieron en silencio un rato. Ángela se quitó casi toda la ropa, y de repente sintió un dolor en toda la zona pélvica, como si tuviera el periodo, pero multiplicado por mil. La dejó sin respiración momentáneamente, pero cuando lo recuperó soltó un grito largo.

Horas después tenía el cuerpo bañado en sudor por el esfuerzo y Yeji la alentaba:

–¡Sí, muy bien! ¡Lo estás haciendo bien, ya queda poco!

–¡Oh, Yeji! Lo siento, tengo que... necesito...

–¿Necesitas ir al excusado?

Ella asintió enérgicamente con la cabeza, y Yeji sonrió al decir:

–No, querida, no te preocupes, eso es que ya viene, ¡no tengas miedo de empujar!

–¡Ahhh! ¡¿Por qué cojones no han inventado ya la epidural?! ¡Ahhh!

–¡Sí, así! ¡Vamos, tú puedes! ¡Ahora, empuja!

Finalmente, en un último empujón en el que todo su cuerpo tembló por el dolor y el esfuerzo, Yeji terminó de extraer al bebé, le limpió rápidamente la mucosidad de la nariz y de la boca y lo puso con sumo cuidado en los brazos de su madre. Ángela rompió a llorar al sentir el calor del cuerpecito y miró el pequeño rostro que empezó a dar muestras de furia, hasta romper a llorar. Yeji sonriendo dijo:

–¡Es un niño!

El pequeño abrió los ojos. A Ángela le pareció lo más hermoso que había visto en su vida, aunque estuviese cubierto de fluidos y amarotado. Al limpiarle la cabeza vio que tenía el cabello castaño como su padre, y aunque el color de ojos no estaría definido hasta bastante tiempo después, se adivinaba que serían también como los de Jaime, y no oscuros como los de ella. Dolorida le sonrió, a la vez que las lágrimas le rodaron por la cara. El bebé dejó de llorar al sentir los latidos de su madre.

Cuatro horas después, en la casa de la ciudad, Jaime estaba realmente nervioso y sospechaba que algo ocurría ya que Yeji y Ángela no habían vuelto. Entró realmente en pánico cuando al llegar a la iglesia no supieron darle señas de ninguna de las dos. Se dirigió entonces al hospital de S. Nicolás de Bari, por si se había puesto ya de parto. Cuando le dijeron que allí no estaban, fue al hospital de San Andrés, y al de San Lázaro en última instancia, aunque mayoritariamente ese hospital fuera destinado a los leprosos y aun sabiendo que estaban pasando estrecheces económicas, no quería descartar ninguna opción. El mayordomo del hospital, le dijo que allí no estaban.

Siete horas después, volvió a Santa Bárbara. Al entrar por las puertas y ver un grupo de mujeres en corrillo, y a Yeji en un extremo, intuyó que ella estaría cerca. Titubeó al decir:

–¡Ángela!

Las mujeres que estaban delante de ella se apartaron y él la vio sentada, liada en una manta y con un bebé en los brazos. Se le hizo un nudo en la garganta y el corazón le dio un vuelco. Ella lo miró y le sonrió, aunque las lágrimas le empararon la cara al decir:

–¡Jaime, es un niño! ¡Hemos tenido un niño!

Se apresuró a darle un beso en la frente. Miró la carita del bebé, con el pulgar le acarició la coronilla, y acto seguido posó muy suavemente los labios sobre su pequeña cabeza. Miró a Yeji con los ojos cargados y dijo:

–¡Yeji! ¡Es muy pequeño!

–Sí, tranquilo, es un bebé perfectamente normal y sano. Todo ha sido como debía ser. Para ser primeriza, lo ha parido sin problemas. ¡Lo ha hecho muy bien!

Volvió a acercarse a ella. Juntó la frente con la suya y cerrando los ojos susurró:

–¡Conociéndote, creo que me tendrás que dar después explicaciones de dónde demonios has parido!

Volvió a mirar a su bebé y le acarició la mano diminuta. Cuando el pequeño cerró la mano entorno a su dedo, fue cuando las lágrimas rodaron por su rostro, sin poder ya evitar la emoción. Sonrió ampliamente y ella a su vez también lo hizo. De forma acelerada dijo Jaime:

–¡Soy padre! ¡Es precioso cariño! ¡Ángela, tiene tu nariz! ¡Y también tus labios!

Ella miró al bebé sonriendo, y dijo:

–¡Me alegra saber que tiene algo mío, porque Tom es tu vivo retrato...!

–¿Tom?

–Sí, Tomás, ¿Te parece bien?

Jaime la miró unos segundos, sin saber ella muy bien si estaba de acuerdo o no, pero finalmente asintió con la cabeza aprobándolo, y dijo:

–Está bien, pero la próxima vez yo elegiré el nombre...

Ángela rápidamente lo miró con los ojos como platos, y la boca ligeramente abierta, pero antes de replicar, vio cómo Tomati, que momentos antes había entrado a la iglesia como un vendaval, apartó a Jaime de un empujón y dijo:

–¡Ya tendréis tiempo de hacer otro más adelante, pero ahora quiero conocer a mi ahijado!

Ella se rio y mientras Juan miraba al bebé, y le acariciaba la cabecita, Ángela dirigió la mirada hacia Jaime. Él sonriéndola, movió los labios para decir en silencio:

–¡Te quiero!

Fin

Bibliografía

- **Élites y grupos de poder: Los hacendados de Santo Domingo (1750–1795)**: Tesis doctoral de la facultad de Geografía e Historia del departamento de Historia Medieval, Moderna y Contemporánea. Área de historia de América de la Universidad de Salamanca, realizada por Ruth Torres Agudo, y como directora: Dra. Izaskun Álvarez Cuartero, en 2008

- **El gran libro de la santería, introducción a la cultura Yoruba**: por Alejandro Delgado Torres, año: 2005, editorial: La esfera de los libros

- **Diccionario de términos Yoruba**: por Mario Michelena y Rubén Marrero, año:2010, editorial: Prisma

- **La española, isla de encuentros**: Jessica Stefanie Barzen, Hanna Lene Geiger, Silke Jansen, editorial: Narr Francke. Año: 2015

- **Delitos y penas en el nuevo mundo**: Trabajo realizado para la Universidad de Valladolid, por Ricardo M. Mata y Martín. Año: 2010

- **Delitos y penas en la España del siglo XVIII**: Trabajo realizado para la universidad de Valencia, por José Miguel Palop Ramos. Año:1996

- **Aspectos de la delincuencia en el siglo XVIII. Las bandas de falsificadores de moneda**, por Jesús Cruz Valenciano. Edit: Universidad Complutense. Año: 1986

- **La alimentación en la corte española en el siglo XVIII**: por María de los Ángeles Pérez Samper. Estudio realizado para la universidad de Barcelona, pertenece a los cuadernos de Historia Moderna. Año: 2003

- **El siglo XVIII y el juego deportivo**: por Manuel Hernández Vázquez, año: 2011, obra perteneciente al museo del juego, apartado “el siglo XVIII y el movimiento ilustrado”

- **Los excesos en la Navidad de los siglos XVIII y XIX**: documento que pertenece al fondo de la Real Audiencia de Extremadura, autos registrados de 1791 y 1823.

- **Medidas y caminos en la época colonial: expediciones, visitas y viajes al norte de la nueva España (Siglos XVI– XVIII)**, por Valentina Garza Matínez. (estudio realizado para el

centro de investigaciones y estudios superiores en Antropología Social) Vol 17–2/2012 – Fronteras de la historia.

- **Leyes para esclavos, el ordenamiento jurídico sobre la condición, tratamiento, defensa y represión de los esclavos en las colonias de la América Española:** por Manuel Lucena Salmoral, año: 2000. “Los códigos negros de la América española” pertenece a la colección memoria de los pueblos, ediciones Unesco/ Universidad de Alcalá

- **Historia dominicana: desde los aborígenes hasta la Guerra de Abril,** por Augusto Sención Villalona. Edit: Alfa & Omega, año: 2010

- **La opilación o el búcaro de las meninas:** artículo realizado para revista digital “una mirada artística al mundo”, por Vicente Camarasa, año:2010

- **La bucarofagia:** artículo realizado por Ana V. Pérez de Arlucea, para el periódico digital “El Español”, año: 2016

- **Los hospitales de la ciudad colonial de Santo Domingo, tres siglos de medicina dominicana (1503–1883):** por Jose Luis Saez, S. J., edit: Corripio, Año: 1996

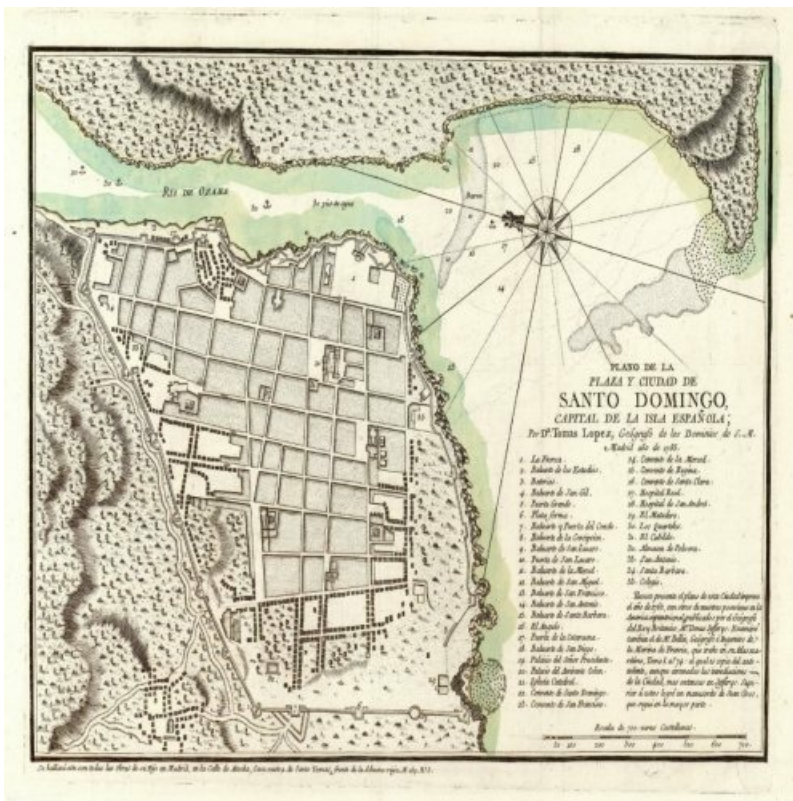
- **The Scottish Tartans:** historia de los clanes y familias de escocia, ilustrado por William Semple, publicado por W. & A.K. Johnston LTD. (1971)

- **Clanes de Escocia III (e–g):** extracto de la web <http://clanesescoces.info/category/clanes>, artículo realizado por Alejandra Gayoso

- **Túneles bajo tierra, descubren tesoros antiguos de la época colonial:** artículo realizado para Bacana (revista digital) en sección de historia por Elena Crespo, en agosto de 2017

- **Zona colonial de Santo Domingo:** página perteneciente a www.visitarepublicadominicana.org

Plano de Santo Domingo: realizado por D. Tomas López en 1785 (Documento perteneciente a la biblioteca nacional de España)



Plano de Santo Domingo: realizado por D. Juan López en 1784



Notas del autor

[1] En yoruba significa imagen de la madre.

[2] En yoruba, divinidad hija y manifestación directa de Olodumare (Dios).

[3] Sacerdotisa de los Orishas.

[4] En 1697, al finalizar la guerra entre España y Francia, en el tratado de paz que se realizó en Ryswick, la Corona española aceptó la presencia francesa en la parte oeste de la isla (actual Haití). La parte este es la actual República Dominicana

[5] En yoruba, pelo rizado

[6] José Esteban Arredondo Castro, pertenecía a la segunda generación de hacendados, de finales del siglo XVIII, censados en la isla. De profesión abogado, empezó a ejercer en 1779, con el grado de Doctor

[7] En Santo Domingo, había cuatro facultades divididas en mayores, donde se estudiaba Derecho Civil y Canónico, Teología y Medicina. En las menores, Artes y Filosofía. Los títulos obtenidos eran tres: el de Bachiller, Licenciado y el de Doctor era en Teología, Derecho y Medicina.

[8] El patrimonio de un hacendado en el siglo XVIII, en Santo Domingo, se componía de tierras, haciendas, hatos, esclavos, barcos y propiedades urbanas. (No todos tenían barcos, pero sí era común lo demás)

[9] Juan Tomati, fue un empleado político en la audiencia de Santo Domingo en 1783, con el cargo de intérprete de lenguas. La toma de posesión de ese cargo la obtuvo el 17 de Julio de 1777 con un sueldo de 240 pesos anuales

[10] La iglesia de Santa Bárbara está localizada en el antiguo barrio de los Canteros, y fue construida a finales del siglo XVI sobre la mina de la que se sacó el material necesario para su edificación, aunque tuvo que volver a ser levantada en el siglo XVIII debido a su destrucción al paso por la isla de un huracán.

[11] En 1763, después de la guerra de los siete años, España tuvo que ceder Florida a Inglaterra, a cambio del puerto de la Habana (Cuba), muchos españoles abandonaron la colonia.

[12] La batalla de Pensacola se produjo entre marzo y mayo de 1781, en la que España reconquistaba la Florida del dominio Británico, en el contexto de la Revolución americana

[13] En el tratado de París del 3 de Septiembre de 1783, se reconocía la independencia de Estados Unidos y España mantenía los territorios recuperados de Menorca y Florida occidental y oriental. Además recuperaba las costas de Nicaragua, Campeche y Honduras (costa de mosquitos). Se reconocía también la soberanía Española en la colonia de Providencia. Sin embargo, Gran Bretaña, conservaba Gibraltar.

[14] El tatuaje existe desde la antigüedad, pero a la sociedad de Occidente lo trajo James Cook, en 1771, al volver de la Polinesia. Los marineros aprendieron las técnicas Maories, se puso de moda e instalaron salones en los alrededores de los puertos, es por eso que se atribuyen los tatuajes a los marineros. Fue después, cuando empezó a asociarse con la clase baja y delincuentes, ya que muchos se embarcaban por largos periodos para evadir la justicia. No fue hasta 1891, que Samuel O'Reilly creó la primera máquina de tatuar. En el siglo XX se inventaron nuevas técnicas.

[15] Francisca Mieses Guridi estaba casada con Manuel Heredia Serrano Pimentes que fue capitán de las milicias disciplinadas y de Urbanos, capitán de los Reales Ejércitos. En el Ayuntamiento de Santo Domingo fue alcalde ordinario de segundo voto en 1768 y en 1769 alcalde de Santa Hermandad y regidor del ayuntamiento de Santo Domingo

[16] Mesmerismo era una terapia inventada por el médico alemán Franz Mesmer (1734–1815) en el que argumentaba que todos poseemos una cualidad llamada “magnetismo animal”, la cual afectaba nuestra salud, y con imanes se podía manipular. Se hizo tan famoso que el rey Luis XVI mandó hacer una investigación oficial en 1784, donde se concluyó que la existencia del fluido animal no se podía probar y los efectos de las curas magnéticas sólo funcionaban por el poder de la sugestión y no tenían bases sólidas. Una segunda investigación de la Real Sociedad Médica concluyó que las ideas sobre el magnetismo animal eran inútiles y quizás hasta peligrosas, y que debería prohibirse su uso.

[17] En el cuadro “Las Meninas”, obra de Velázquez, pintada en 1656, se puede observar que la infanta Margarita, figura central de la obra, parece vigilar de soslayo la reacción de sus padres antes de coger el búcaro que le están ofreciendo. Tal como explica Yeji, la práctica de comerlo fue una costumbre muy popular hasta mediados del siglo XIX. Esto provocaba pérdida de peso, debilidad, palidez, anemia y la importante disminución o desaparición del flujo menstrual sirviendo como tosco anticonceptivo.

[18] La primera fábrica de chocolate en España data de 1777, en las cercanías de Barcelona. En 1780, se sofisticó el

proceso de molienda, a cargo de una caballería que desplazaba cinco rodillos de acero. El cacao provenía de las colonias españolas. En el periodo de Carlos III, donde se ambienta esta novela, la corte de Madrid llegó a consumir cerca de 12 millones de libras de chocolate al año.

[19] El reloj de sol permanece en el mismo sitio desde 1753. Es un gran atractivo turístico puesto que se conserva en muy buenas condiciones. Los oficiales de la época se mantenían al tanto de la hora con él. Está justo al final de calle las damas y antes de la Plaza de España.

[20] Fue la primera calle que trazaron los europeos en el continente americano, en un principio se llamó calle La fortaleza, pero después la llamaron calle de Las Damas, porque las mujeres de los colonos paseaban dejándose ver. En esta calle se sitúa el palacio de la Real Audiencia, residencias palaciegas, la fortaleza Ozama (o Torre Homenaje) y al final la Plaza España

[21] En 1783, Viguée- Lebrun hizo un retrato de la reina María Antonieta luciendo la famosa “robe chemise” (un vestido camisero) diseñado por Rose Bertin, fue tan escandaloso que le ordenaron hacer un segundo cuadro con un adecuado vestido de corte

[22] Isabel Martínez de Venecia Santelices, casada con José Esteban Arredondo Castro, hacendado de Santo Domingo, segunda generación de hacendados de finales del XVIII en Santo Domingo

[23] El Láudano, se consideraba uno de los medicamentos más importantes de la época. Algunos de sus usos no han sido superados por ningún fármaco moderno. Una de las más famosas mezclas para realizarlo, comercializadas por Thomas Sydenham, usaba vino de Málaga, azafrán, canela, clavo y otras sustancias además del opio; usada con fines medicinales, había una gran variedad de jarabes.

[24] El jabón de castilla era un jabón fabricado a base de aceite de oliva, agua y sosa. Se le llama así porque se produjo a gran escala en los territorios de la Corona de Castilla, y se exportaba a Europa y América. Se fabricaba también en las jabonerías de Andalucía, llamadas “almonas”, que era un término de origen árabe. Una de las más destacadas era la de Sanlúcar de Barrameda, que permaneció durante los siglos XVII y XVIII, estaba intacta, hasta el año 2003 que fue derribada parcialmente.

[25] Caswell-Massey fue la primera empresa de fragancias en América, fundada en 1752. Comenzó en Newport con una tienda de boticarios que fundó un médico escocés llamado William Hunter. A finales del siglo XVIII la élite social compraba allí productos de aseo. La tienda era muy conocida por su jabón de Castilla de alta calidad. La fragancia “N.6” para hombres la compraba George Washington y posteriormente otras celebridades como J.F.K. Después, crearon la fragancia White Rose, para mujeres, también muy demandada. Fue pasando de manos de farmacéutico a aprendiz. La empresa hoy día tiene su sede en Edison, Nueva Jersey.

[26] Don Isidro Peralta y Rojas, gobernador de Santo Domingo, recibió el 23 de Diciembre de 1783 la orden de hacer unas “ordenanzas para el gobierno económico, político y moral de los negros de la isla” al modo como lo tenían los franceses que llamaban “Código Negro”. Entregó el código “Carolino” listo a la Audiencia el 14 de Diciembre de 1784. La obra constaba de 86 folios, 172 hojas con 222 leyes. El 19 de Julio de 1785 se envió a la Península, y por acuerdo del consejo de Indias, el expediente pasó a la Contaduría General. Este expediente no fue publicado hasta 1974, pues el historiador Javier Malangón, encontró un ejemplar.

[27] A finales del siglo XVIII y principios del XIX, la gente salía a la calle a pedir el aguinaldo y se llegaron a documentar episodios de alborotos que causaban, llegando a entrar en las casas exigiendo el aguinaldo y en las entradas de iglesias incluso en el interior molestando con palabras obscenas. En Extremadura, por ejemplo, hay dos autos documentados de la Real Audiencia por estos desórdenes del año 1791 y otro de 1823 en la ciudad de Cáceres, que se cometieron en nochebuena.

[28] “carimbo” era la marca con la que se señalaba a los esclavos en la cara o espalda. El 4 de Noviembre de 1784 se dio la real cédula que suprimió la bárbara práctica. La corona mandó recoger los hierros, sólo en Cuba, por ejemplo, se llegaron a recoger 16 hierros

[29] El baluarte el Conde hoy día se mantiene en pie y se puede visitar; su valor histórico es que fue escenario del primer acto de independencia de la República Dominicana el 27 de febrero de 1844 y se izó por primera vez la bandera nacional, es un edificio militar del siglo XVII que servía de puerta de entrada a la ciudad

[30] En los siglos XVIII y XIX, tal como se explica, se utilizaba mucho la expresión para decir que se retiraban e iban a esnifar “rapé”, pero algunos utilizaron la excusa para tener un encuentro íntimo con su amante. Con el tiempo se convirtió en una forma coloquial de decir sexo, incluso en la obra teatral de 1874 “Don Juan Notorio: burdel en cinco actos y 200 escándalos” se usa la palabra “polvo” para sustituirla como coito. Varios diccionarios a partir de 1900, lo asimilarían como forma coloquial de referirse al sexo.

[31] Palenques o Manieles eran los esclavos fugados que vivían en las montañas de Santo Domingo, realizaban ataques a los españoles.

[32] Expresión que significa “Gracias a Dios” en yoruba

[33] Según la archidiócesis de Santo Domingo, el arzobispo Isidro Rodríguez Lorenzo, perteneciente a la orden de Basilio, inició su puesto el 14 de Diciembre de 1767 y terminó de ejercer el 12 de Septiembre de 1788

[34] La iglesia de las Mercedes está situada en la ciudad colonial, terminada en 1555, tras 32 años de trabajos, aún sigue en pie pese a los fenómenos meteorológicos, conflictos bélicos y el pésimo mantenimiento. En 1586 quedó muy deteriorado por el asalto del corsario Francis Drake, pero continuó funcionando cuatro siglos más. Durante un tiempo incluso fue residencia del dramaturgo Tirso de Molina. Está cerca del monasterio de San Francisco y del parque Independencia.

[35] Aunque el personaje de Clara es completamente ficticio, los Dávila fueron mayorazgos que por generaciones tuvieron tierras en Santo Domingo. Desde Francisco Dávila que el 23 de Agosto de 1554 (rico terrateniente miembro del cabildo) creó el patrimonio, hasta la última heredera Maria de las Mercedes Severiana de la Rocha (hija de Maria Manuela Dávila) que donó en 1888 gran parte de los terrenos.

[36] El convento de Santa Clara, está en la calle Cuba, al sur de la Plaza Vieja. Es el más antiguo de toda la Habana, construido entre 1638 y 1643. Fue el primer convento femenino de la ciudad. Dejó de funcionar para fines religiosos en 1920, y durante algún tiempo albergó al Ministerio de Obras Públicas. Actualmente lo están restaurando.

[37] Durante los siglos XVII y XVIII en la isla, tal como explica el protagonista sólo se hacían obras de carácter religioso, porque se prohibieron las escenificaciones. No fue hasta después de la independencia de la isla en 1844 que Félix María del Monte (1819–1899) inició el teatro en Santo Domingo.

[38] El anacronópete es obra del madrileño Enrique Gaspar y Rimbau (1842–1902). Escrita en forma de zarzuela fue la primera novela en la que aparece una máquina del tiempo. La publicó en 1887, ocho años antes de que H. G. Wells publicara “La máquina del tiempo”. No tuvo ni reconocimiento ni éxito en su momento, pero en 2017, con motivo del 130 aniversario de su publicación, una editorial valenciana lo recuperó, actualizándolo al castellano actual y rejuveneciendo los colores de las ilustraciones.

[39] El principio de exclusión de Pauli es una regla de la mecánica cuántica, enunciada por Wolfgang Emst Pauli en 1925, que dictamina que dos elementos no pueden ocupar un mismo estado cuántico al mismo tiempo. La consecuencia es que dos electrones de un átomo no puede tener los mismos números cuánticos.

[40] El origen del clan Gordon es de las tierras bajas, aunque actualmente están en las tierras altas, en el distrito de Aberdeenshire. Descienden de Sir Adam Gordon que fue amigo de William Wallace y después apoyó al rey Bruce. El actual jefe del clan es Gramville Gomer Charles Gordon, es el 13º marqués de Huntly. Tienen varios tartanes reconocidos, y varios castillos. Su planta insignia es la hiedra. Su slogan: un Gordonash (Gordon). La música: “la marcha Gordon”. Su lema Bydand que significa persistente, constante, aunque también es la contracción de la frase que traducida del gaélico es “quédate y lucha”

[41] Hay una red de túneles subterráneos bajo la ciudad colonial que interconectan las basílicas de Las Mercedes, Nuestra Señora del Carmen, Santa Bárbara, El convento, San Francisco, la iglesia Regina Angelorum, la Basílica menor y la Catedral. Hay otros túneles que dan a la costa. El de Santa Bárbara se puede ver en una habitación lateral y es el que tiene los techos más altos, con 15 metros de altura, daba la posibilidad a los curas, en caso de ataque, huir a caballo. Con el tiempo, cuando los ataques de piratas cesaron, se empezó a utilizar como catacumbas para enterrar a los sacerdotes. Se han descubierto tesoros de la época colonial. La oficina del Patrimonio Monumental algunas ocasiones organizan tours guiados por las partes que se pueden transitar, que algunas están en muy buen estado. La construcción de los mismos se inició en 1502